

LA POSADA DE SUNSET HARBOR.—LIBRO 3

PARA SIEMPRE, CONTIGO



SOPHIE LOVE

PARA SIEMPRE, CONTIGO

(LA POSADA DE SUNSET HARBOR—BOOK 3)

SOPHIE LOVE

Sophie Love

Como apasionada de toda la vida del género romántico, Sophie Love se enorgullece de presentar su primera serie romántica: POR AHORA Y SIEMPRE (LA POSADA DE SUNSET HARBOR – LIBRO 1).

¡A Sophie le encantaría oír tu opinión, así que por favor visita www.sophieloveauthor.com para escribir un correo electrónico, para unirte a su lista de contactos, recibir ebooks gratis, enterarte de las últimas noticias y seguir en contacto!

Copyright © 2016 por Sophie Love. Todos los derechos reservados. Con excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o en un sistema de recuperación de datos, sin el permiso previo del autor. Este ebook tiene licencia sólo para su placer personal. Este ebook no puede ser revendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o si no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia. Jacket image Copyright EpicStockMedia, utilizado bajo licencia de Shutterstock.com.

NOVELAS DE SOPHIE LOVE

LA POSADA DE SUNSET HARBOR

POR AHORA Y SIEMPRE (Libro #1)

POR Y PARA SIEMPRE (Libro #2)

PARA SIEMPRE, CONTIGO (Libro #3)

CONTENIDO

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUARTO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISEIS](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)

[CAPÍTULO VEINTE](#)

[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)

[CAPÍTULO VEINTIDOS](#)

[CAPÍTULO VEINTITRES](#)

[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)

[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)

[CAPÍTULO VEINTISEIS](#)

[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)

CAPÍTULO UNO

Emily miró a la hermosa niña que dormía tranquilamente en la cama de Daniel. Su cabello rubio estaba extendido sobre la almohada blanca. Sus rasgos eran inconfundiblemente los de Daniel. Parecía angelical.

Afuera estaba oscuro, la única luz en la habitación era un rayo de luna que se deslizaba a través de las cortinas, haciendo que la habitación se volviera de un azul apagado. Emily había perdido la noción del tiempo, pero a juzgar por el agotamiento que sentía en lo más profundo de sus huesos, estaba a punto de amanecer.

Oyó que la puerta crujía y miró por encima de su hombro para ver a Daniel de pie en la grieta, la cálida luz de la chimenea de la cochera iluminando su silueta. Sólo con verlo, su corazón dio un vuelco. Era como un espejismo, como un soldado que regresó de la guerra.

— ¿Sigue durmiendo?—susurró.

Emily asintió. A pesar de que él estaba de vuelta y de pie frente a ella después de una ausencia de seis semanas, Emily todavía no podía creerlo, no podía bajar la guardia por completo. Fue como si ella estuviera anticipando el momento en que él anunciaría que se iba una vez más, que estaba sacando a Chantelle de su vida con la misma rapidez con la que él la había metido en ella.

Salieron juntos de la habitación, cerrando la puerta en silencio para no despertar a la niña dormida.

—Debe haber sido un largo viaje desde Tennessee—dijo Emily, al escuchar lo torpe que era su voz, lo antinatural que de repente se sintió en compañía de Daniel—. Debes estar exhausto.

—Creo que todos lo estamos—contestó Daniel, reconociendo en una declaración la prueba que él le había hecho pasar.

Mientras se sentaban juntos a la mesa, Daniel miró intensamente a Emily, una expresión sincera en sus ojos.

—Emily—comenzó, con la voz quebrándose de inmediato—No sé cómo decir esto, cómo sacar las palabras. Sabes que luché con ese tipo de cosas.

Sonrió débilmente. Emily le devolvió la sonrisa, pero sintió que su corazón se estremecía de angustia. ¿Iba a llegar? ¿Estaba anunciando su partida y la de Chantelle? ¿Había vuelto a ella para decirle de frente que se había acabado? Sentía que las lágrimas empezaban a nadar en sus ojos. Daniel cruzó la mesa y le dio una palmadita en la mano. El gesto fue todo lo que se necesitaba para hacer que las lágrimas que ella estaba tratando de evitar inundaran sus ojos, bajaran por sus mejillas y se terminaran sobre la mesa.

—Lo siento mucho—dijo Daniel—. No es suficiente, lo sé, pero es todo lo que tengo, Emily. Siento mucho lo que te hice pasar. Respecto a huir de esa manera.

Emily tartamudeó, sorprendida de que las palabras para las que había sido preparada no hubieran llegado.

—Pero hiciste lo correcto—dijo ella—. Fuiste a ver a tu hija. Aceptaste tu responsabilidad. No hubiera esperado otra cosa.

Ahora le tocaba a Daniel parecer confundido, como si las palabras que *él* esperaba de ella no hubieran sido pronunciadas—. Pero yo te dejé—dijo.

—Lo sé—contestó Emily, sintiendo una puñalada de dolor en su corazón que le dolió tanto como en el momento en que se marchó—. Y duele, no voy a mentir. Pero lo que hiciste te convierte en un buen hombre a mis ojos. —Finalmente, pudo ver a través de sus lágrimas—. Estás a la altura de las circunstancias. Te convertiste en padre. ¿Realmente crees que te lo echaría en cara?

—Yo... no lo sé—dijo Daniel con un suspiro.

Tenía una expresión que Emily nunca antes había visto en su cara. Era una mirada de alivio total. Se dio cuenta entonces de que él esperaba que ella se enfadara con él, que desencadenara un torrente de ira contra él. Pero Emily nunca se había enojado, sólo estaba aterrorizada de que no hubiera manera de que los dos pudieran forjar una vida juntos ahora que Daniel tenía una hija que cuidar.

Ahora era el turno de Emily para consolarlo, para dejar en claro que no necesitaba cargar con ninguna culpa por sus acciones. Ella le apretó la mano.

—Estoy contenta—dijo, sonriendo a pesar de las marcas de lágrimas en sus mejillas—. Estoy más que feliz, estoy encantada. Nunca pensé que esto pudiera ser una posibilidad. Que la traerías a casa contigo. Daniel, no podría estar más feliz en este momento.

La cara de Daniel estalló en una sonrisa. Se levantó de la mesa con prisa y levantó a Emily de su asiento y la puso en sus brazos. Le besó la cara, el cuello, como si tratara de besar las lágrimas que había causado. Emily sintió que todo su cuerpo se relajaba, toda la tensión se le escapaba. Su cuerpo había estado inactivo durante las últimas seis semanas, y ahora aquí estaba Daniel despertando todas esas partes de ella que habían quedado en reposo. Ella le devolvió el beso, sin querer, con una pasión cada vez mayor. Él era *su* Daniel, con el mismo olor a bosque y aire fresco, con sus manos ásperas corriendo sobre su cuerpo, con sus dedos retorciéndose en su desordenado cabello. Tenía el sabor a Daniel, de menta y té, un sabor que funcionaba como la campana de Pavlov para despertar a Emily.

Cuando se retiró del beso, Emily sintió la enorme ausencia.

—No podemos—dijo en voz baja—. Aquí no. No con Chantelle durmiendo.

Emily asintió con la cabeza, aunque sus labios temblaban de deseo. Daniel tenía razón. Necesitaban ser sensatos, ser adultos. Tenían la responsabilidad de hacer lo mejor para la niña. Ella tendría que ser lo primero, siempre.

—¿Puedes abrazarme?—pidió Emily.

Daniel la miró, y ella reconoció la mirada de adoración en sus ojos. Había echado tanto de menos esa mirada, y sin embargo parecía que las seis semanas lejos de ella la habían fortalecido más. Emily nunca había sido vista de esa manera, y eso hizo que su corazón saltara un latido.

Ella se puso de pie, tomando la mano de Daniel, y lo llevó al sofá. Juntos se sumergieron en él, el toque del terciopelo verde que le recordaba a Emily de inmediato el momento en que hicieron el amor aquí, junto a la chimenea. Mientras Daniel la abrazaba, ella se sintió tan contenta como esa noche, escuchando los latidos de su corazón, respirando su aroma. No había otro lugar donde ella quisiera estar ahora mismo que aquí, con Daniel, su Daniel.

—Te extrañé—escuchó a Daniel decir—. Demasiado.

De alguna manera, con ellos acurrucados en esta posición, sin contacto visual, Emily encontró más fácil discutir sus sentimientos—. Si me extrañaste tanto, podrías haber llamado.

—No pude.

—¿Por qué no?

Escuchó el suspiro de Daniel.

—Era tan intenso lo que estaba pasando allí que no podía soportar la idea de que te rindieras conmigo. Si te hubiera llamado, habrías confirmado mis peores temores, ¿sabes? La única forma de superar toda esta prueba fue aferrándome a la esperanza de que aún estarías aquí para mí cuando volviera.

Emily tragó. Le dolió oírle hablar así, pero su honestidad fue muy bienvenida. Ella sabía que todo esto había sido increíblemente difícil para él y que tendría que ser paciente. Pero al mismo tiempo, ella también había pasado por una prueba. Seis largas semanas sin noticias, esperando y preguntándose qué podría pasar cuando Daniel regresara, o si regresaría. Ni siquiera se le había ocurrido que él traería a su hija a casa con él. Ahora tenía que empezar a imaginar de qué manera sus vidas y su relación cambiarían, ahora que tenían una hija que cuidar. Ambos estaban parados en un terreno nuevo e inestable.

—Suena como si no tuvieras mucha fe en mí—dijo Emily en voz baja.

Daniel se quedó callado. Entonces su mano comenzó a acariciar su cabello—. Lo sé—dijo—. Debería haber confiado más en ti.

Emily suspiró profundamente. Por ahora eso era todo lo que necesitaba escuchar; la afirmación de que fue su falta de confianza en ella lo que había convertido una situación difícil en algo mucho más difícil de lo que debía ser.

—¿Cómo era?—Emily preguntó, curiosa, pero también en un intento de hacer que Daniel se abriera, para ayudarlo a no sufrir en silencio—. Tu estada en Tennessee, quiero decir.

Daniel respiró hondo—. Me quedé en un motel. Visitaba a Chantelle todos los días, sólo para tratar de protegerla, sólo para ser una cara cálida y amistosa. Vivían con el tío de Sheila.

Literalmente no había nada allí para un niño. —Su voz se tensó—. Chantelle se mantenía alejada. Había aprendido a no molestar a ninguno de los dos.

El corazón de Emily se apretó—. ¿Los vio Chantelle consumiendo drogas?

—No lo creo—fue la respuesta de Daniel—. Sheila está viviendo una vida de completo desorden, pero no es un monstruo. Se preocupa por Chantelle, me doy cuenta. Pero no lo suficiente para ir a rehabilitación.

— ¿Intentaste que se fuera?

Emily oyó a Daniel aspirar aire entre sus dientes.

—Todos los días—dijo cansado—. Dije que yo pagaría. Le dije que les encontraría un lugar para que no tuvieran que vivir más con el tío. —En la voz de Daniel, Emily escuchó su corazón roto, su desesperanza por el estado miserable de la vida de su hija. Sonaba insoportable—. Pero no puedes forzar a alguien a cambiar si no está preparado. Eventualmente, Sheila aceptó que Chantelle estaría mejor conmigo.

— ¿Por qué no te dijo que estaba embarazada?—preguntó Emily.

Daniel se rió con tristeza—. Ella pensó que yo sería un mal padre.

Emily no podía imaginar la clase de hombre que Daniel debió haber sido una vez para hacer que alguien pensara tal cosa. Para ella, Daniel sería el padre perfecto. Ella sabía que había tenido una mala racha de chico, unos pocos años de juventud rebelde, pero estaba segura de que esa no podía ser la verdadera razón por la que Sheila le había ocultado su embarazo, o por la que mantenía en secreto la existencia de su hija. Era una excusa, una mentira pronunciada por un consumidor de drogas que apartaba la culpa de sus propios fracasos.

—No crees eso, ¿verdad?—Emily preguntó.

Sintió que la mano de Daniel comenzaba a acariciar su cabeza de nuevo—. No sé cómo me habría comportado hace seis años cuando ella nació. O incluso cuando Sheila estaba embarazada. No era exactamente del tipo comprometido. Podría haber huido.

Emily se movió para estar de frente a Daniel, y le envolvió los brazos alrededor de su cuello—. No, no lo habrías hecho—le imploró—. Te habrías convertido en el padre de esa niña, como lo estás haciendo ahora. Hubieras sido un buen hombre, hubieras hecho lo correcto.

Daniel la besó suavemente—. Gracias por decir eso—dijo, aunque su tono traicionó su incertidumbre.

Emily se acurrucó de nuevo en él, apretándose un poco más. Ella no quería verlo así, con dolor, lleno de dudas. Parecía nervioso, pensó Emily, y se preguntó si estaba luchando con el reajuste de estar en casa, de ser padre de repente. Daniel debió haber estado tan concentrado en Chantelle que se había olvidado de prestar atención a sus propias emociones, y sólo ahora, en la cálida, acogedora y segura cochera, pudo darse a sí mismo el espacio para sentir.

—Estoy aquí para ti—dijo ella, acariciando suavemente su pecho con su mano—. Siempre.

Daniel suspiró profundamente—. Gracias. Es todo lo que puedo decir.

Emily sabía que venía de su corazón. Gracias era suficiente para ella por ahora. Ella se hundió contra él y escuchó el sonido de su respiración ralentizándose mientras él caía en un sueño. Poco después, sintió que el sueño también la inundaba.

*

Se despertaron abruptamente por el sonido de Chantelle agitándose en la cama en la habitación de al lado. Emily y Daniel saltaron del sofá, desorientados por el repentino brillo de la habitación. En la chimenea, las brasas aún ardían.

Un momento después, la puerta del dormitorio se abrió un poco.

—¿Chantelle?—Daniel dijo—. Puedes salir. No seas tímida.

La puerta se abrió lentamente por completo. Chantelle estaba allí de pie, usando una de las camisas grandes de Daniel, su cabello rubio enredado en su cara. Aunque no compartía el pelo oscuro de Daniel ni su piel de olivo, su parecido era irrefutable. Especialmente sus ojos. Ambos tenían el mismo tono de azules lirio, penetrantes.

—Buenos días—dijo Emily, dándose cuenta de lo rígida que estaba por las pocas horas de sueño que ella y Daniel habían tenido en el sofá—. ¿Quieres que te haga el desayuno?

Chantelle se rascó la barbilla y miró tímidamente a Daniel. Él asintió con la cabeza, enseñándole que estaba bien usar su voz aquí, que no le gritarían o le llamarían una molestia en este lugar.

—Ajá—dijo Chantelle con voz tímida.

—¿Qué te gusta?—Emily preguntó—. Podría hacer panqueques, tostadas, huevos. ¿O prefieres cereal?

Los ojos de Chantelle se abrieron de par en par con asombro y Emily se dio cuenta con una punzada dolorosa de que probablemente nunca antes le habían dado una opción. Quizás ni siquiera le habían dado el desayuno.

—Quiero panqueques—dijo Emily—. ¿Y tú, Chantelle?

—Panqueques—repitió.

—Oye, ¿sabes qué?—Emily añadió—. Podríamos ir a la casa grande y desayunar allí. Tengo arándanos en mi nevera para poder ponerlos en los panqueques. ¿Qué opinas, Chantelle? ¿Te gustaría ver la casa grande?

Esta vez Chantelle comenzó a asentir con emoción. Daniel parecía aliviado de que Emily hubiera tomado la iniciativa esta mañana. Emily podía darse cuenta de lo desconcertado que estaba por todo el asunto sólo por sus expresiones faciales.

—Oye—sugirió en voz baja, tratando de no pisarle los pies—. ¿Por qué no vas a ayudar a Chantelle a vestirse?

Asintió apresuradamente, como si estuviera un poco avergonzado de que ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza hacerlo, y luego condujo a la niña al dormitorio para que se cambiara. Emily los vio irse, notando lo incómodo que parecía Daniel por esta simple tarea de ser padre. Se preguntaba si parte de las dificultades que había experimentado durante su estancia en Tennessee también habían sido en la adaptación al papel de padre, si había estado tan preocupado por los asuntos prácticos -vivienda, escuela, alimentación- que aún no había tenido la oportunidad de concentrarse en el hecho de que ahora tenía que ser padre.

Una vez que todos estaban listos, salieron de la cochera y subieron por el camino de ripio hacia la posada. Chantelle pateó las piedritas a lo largo de la entrada, riéndose de los ruidos que podía hacer con sus zapatos. Durante todo el camino se aferró a la mano de Daniel, aunque no había nada cómodo en el gesto de ninguno de los dos. Daniel parecía rígido e incómodo, como si estuviera tratando desesperadamente de no hacer nada malo o romper a la frágil criatura ahora confiada a su cuidado. Chantelle, por otro lado, parecía desesperada, como si nunca quisiera perder a Daniel, como si hacerlo le causara una enorme pena.

Emily no estaba completamente segura de cuál era el mejor curso de acción. Vacilante, tomó la otra mano de la niña y se sintió complacida y aliviada al ver que Chantelle no se acobardaba ni se alejaba. Daniel, también, parecía mucho más cómodo con la participación de Emily y se veía más natural. A su vez, Chantelle se aferró a su brazo.

De la mano, los tres subieron por los escalones del porche hasta la puerta principal, y Emily los llevó adentro.

Chantelle flotaba en la puerta, como si no estuviera segura si pertenecía a un lugar así. Ella miró hacia atrás, hacia Daniel, en busca de aliento. Sonrió suavemente y asintió. Vacilante, Chantelle entró y Emily sintió que su corazón se estremecía de emoción. Luchó contra las lágrimas.

Inmediatamente, Emily tuvo la sensación de que Chantelle estaba asombrada por la casa en la que se encontraba. Miró a su alrededor, a la gran y ancha escalera con sus barandillas pulidas y alfombras de color crema, al candelabro y al enorme mostrador de recepción antiguo que había sido comprado en Rico's. Hasta parecía asombrada por las ilustraciones y fotografías en el pasillo. Lo único con lo que Emily podía compararlo era con un niño que entraba a la casa de Papa Noel por primera vez.

Emily la llevó a la sala de estar y Chantelle hizo un pequeño ruido al ver el piano.

—Puedes tocarla si quieres—la animó Emily.

Chantelle no necesitaba escucharlo dos veces. Se dirigió directamente al piano antiguo, que se

encontraba en la alcoba del mirador, y comenzó a pulsar las teclas.

Emily le sonrió a Daniel—. Me pregunto si tenemos un músico en ciernes en nuestras manos.

Daniel miró a Chantelle casi con una mirada de curiosidad, como si no pudiera creer que ella existiera. Emily se preguntaba si había tenido algún contacto con niños antes que ella. Ella misma cuidó a las sobrinas de Ben en innumerables ocasiones, así que al menos tenía una idea. Daniel, por otro lado, parecía totalmente fuera de su entorno.

En ese momento, Chantelle dejó de tocar. El ruido de sus discordantes notas había alertado a los perros de que alguien había regresado a casa, y habían empezado a ladrar desde el lavadero.

—¿Te gustan los perros?—Emily le preguntó a Chantelle, decidiendo que necesitaba tomar la iniciativa en esto.

Chantelle asintió con entusiasmo.

—Tengo dos—continuó Emily—. Rain es el cachorro y Mogsy es su madre. ¿Quieres conocerlos?

La sonrisa de Chantelle se amplió.

Cuando Emily la llevó al pasillo, sintió la mano de Daniel en su brazo.

—¿Es una buena idea?—preguntó en voz baja mientras se dirigían a la cocina—. ¿No la asustarán? ¿O la morderán?

—Por supuesto que no—Emily le tranquilizó.

—Pero se oye hablar de perros que maltratan a los niños todo el tiempo—murmuró.

Emily puso los ojos en blanco—. Son Mogsy y Rain, ¿recuerdas? Son los perros más tontos y bobos del mundo.

Habían llegado a la cocina y Emily hizo un gesto a Chantelle para que se dirigiera hacia el lavadero. En el momento en que abrió la puerta, los perros saltaron y se abalanzaron sobre ellos. Daniel miró más allá de la tensión mientras Rain corría en círculos alrededor de Chantelle mientras Mogsy tocaba su suéter e intentaba lamerla. Pero Chantelle se lo estaba pasando de maravilla. Se disolvió en un ataque de risas.

Los ojos de Daniel se abrieron de par en par, sorprendido. Emily sabía instintivamente que era la primera vez que escuchaba a Chantelle expresar tanta felicidad.

—Creo que les gustan—le dijo Emily a Chantelle con una sonrisa—. Podemos llevarlos afuera a jugar si quieres.

Chantelle la miró con sus enormes ojos azules. Parecía tan feliz como un niño el día de Navidad.

—¿En serio?—tartamudeó—. ¿Puedo?

Emily asintió—. Claro. —Le dio a Chantelle unos juguetes para perros—. Los veré a todos desde la ventana.

Ella abrió la puerta trasera que conducía al patio trasero y los perros salieron. Chantelle rondaba un momento como si se mostrara reticente a salir sola, para dar su primer pequeño paso hacia la independencia. Pero finalmente encontró su confianza, salió y lanzó una pelota para que los perros la trajeran.

Cuando Emily volvió a la cocina, Daniel estaba preparando café.

— ¿Estás bien?—preguntó suavemente.

Daniel asintió—. No estoy acostumbrado a esto. Mi abrumadora preocupación es que no le haga daño. Sólo quiero envolverla en algodón.

—Por supuesto que sí—contestó Emily—. Pero tienes que dejarla tener algo de independencia.

Daniel suspiró—. ¿Cómo es que eres tan natural en esto?

Emily se encogió de hombros—. No creo que lo sea. Sólo estoy yendo por instinto. Está perfectamente a salvo ahí fuera, siempre y cuando la vigilemos.

Se apoyó en el fregadero de la cocina y miró por la gran ventana hacia el patio trasero, donde Chantelle estaba corriendo, los perros persiguiéndola con emoción. Pero mientras Emily miraba, de repente se quedó impresionada por lo similar que Chantelle parecía a Charlotte a esa edad. Las similitudes eran extrañas, casi misteriosas. La vista provocó que resurgiera otro de los recuerdos perdidos de Emily. Ella había tenido muchos de estos recuerdos recuperados espontáneamente desde que se mudó a la casa en Sunset Harbor, y aunque la forma en que se le presentaban tan abruptamente la asustó, apreciaba a todos y cada uno de ellos. Eran como piezas de un rompecabezas, cada una de ellas ayudándola a armar una imagen de su padre y de la vida que habían compartido antes de su desaparición.

En este recuerdo, Emily recordaba haber tenido una fiebre horrible, quizás incluso la gripe. Eran sólo ellos tres de nuevo porque mamá no había querido venir a Sunset Harbor para las vacaciones del largo fin de semana, así que su padre estaba haciendo todo lo que podía para cuidarla. Recordó que uno de los amigos de papá había traído a sus perros y que a Charlotte se le permitía jugar con ellos, pero Emily estaba demasiado enferma y tenía que quedarse adentro. Ella había estado tan molesta por perderse el juego con los perros que su padre la había alzado contra la ventana de la cocina, la ventana de la que ahora estaba mirando, para poder observar.

Emily se alejó de la ventana y suspiró. Descubrió que sus mejillas estaban mojadas, que había estado llorando mientras veía a Chantelle transformarse en Charlotte. No por primera vez, Emily tuvo una fuerte sensación de que el espíritu de Charlotte se estaba comunicando con ella, que de alguna manera estaba viviendo dentro de Chantelle y dándole una señal a Emily.

En ese momento, Daniel se acercó a ella por detrás y la abrazó. Él era una bienvenida distracción, así que ella hundió la cabeza hacia atrás hasta que descansó sobre su pecho.

— ¿Qué pasa?—preguntó suavemente, su voz tranquilizadora.

Debió haber visto las lágrimas que caían de sus ojos. Emily agitó la cabeza. Ella no quería contarle a Daniel sobre su recuerdo, o cómo sentía que el espíritu de Charlotte estuviera en Chantelle; no sabía cómo se lo tomaría.

—Sólo un recuerdo—dijo.

Daniel la sostuvo con fuerza, balanceándola de un lado a otro. La forma en que manejaba a Emily en estos extraños momentos parecía tan diferente de la forma en que manejaba a Chantelle. Él estaba familiarizado con Emily, y ella podía darse cuenta de cuán confiado estaba con ella en comparación con su hija. Ella se había apoyado en él tantas veces. Ahora era su turno de darle alguien en quien apoyarse.

—Es un poco abrumador, ¿no?—dijo ella, finalmente, volviéndose hacia él.

Daniel asintió con la cabeza, su expresión angustiada—. Ni siquiera sé por dónde empezar. Para empezar, necesito matricularla en la escuela. El próximo semestre empieza el miércoles. Entonces tengo que hacer los arreglos para dormir.

—Te arruinarás la espalda si sigues durmiendo en ese sofá cama—asintió Emily. Luego fue golpeada por un momento de inspiración—. Múdate aquí.

Daniel vaciló por un momento—. No lo dices en serio. Tienes tantas cosas que no hay forma de que puedas acomodarnos.

—Quiero que lo hagas—insistió Emily—. Quiero que Chantelle tenga espacio y su propia habitación.

—No tienes que hacer esto—dijo Daniel, aun resistiéndose.

—Y no tienes que estar solo. Estoy aquí para ti. Tiene mucho más sentido que tenerlos a los dos apretados en la cochera. —ella se aferró a él con fuerza.

—Pero no puedes darte el lujo de renunciar a una de las habitaciones de huéspedes, ¿verdad?

Emily sonrió—. ¿Recuerdas cuando hablamos de convertir la cochera en una suite vacacional, separada de la posada? Bueno, ¿no sería ahora el momento perfecto? Chantelle puede tener la habitación de al lado del dormitorio principal, así que estará cerca de nosotros. Puede tener su propia llave para que sea seguro. Entonces puedes renovar la cochera a tiempo para el Día de Acción de Gracias. Estoy segura de que será un gran atractivo para los clientes.

Daniel miró a Emily con una expresión de preocupación. No estaba segura de dónde venía su reticencia. ¿La idea de vivir con ella era tan horrible que preferiría hacerlo en la estrecha cochera?

Pero finalmente asintió—. Tienes razón. La cochera no es adecuada para una niña.

— ¿Te mudarás?—Emily dijo, sus cejas levantándose con excitación.

Daniel sonrió—. Nos mudaremos.

Emily lo rodeó con sus brazos y sintió cómo sus brazos se apretaron contra ella.

—Pero juro que encontraré la manera de ganar dinero para poder mantenernos—dijo Daniel.

—Lo pensaremos en otro momento—dijo Emily. Estaba demasiado abrumada por la alegría como para pensar en tales detalles. Todo lo que importaba en ese momento era que Daniel se iba a mudar con ella, que tenían una hija que amar y cuidar. Iban a ser una familia y Emily no podía estar más feliz.

Entonces ella sintió su cálido aliento mientras él le susurraba al oído—. Gracias. Desde el fondo de mi corazón. Gracias.

*

—¿Te gustaría que este fuera tu dormitorio?— preguntó Emily.

Estaba de pie con Chantelle en la puerta de una de las habitaciones más bonitas de toda la posada. Daniel parado detrás de ellas.

Emily vio como la expresión de Chantelle se convertía en asombro. Entonces Chantelle dejó caer la mano de Emily y entró lentamente en la habitación, pisando con cuidado como si no quisiera romper o perturbar nada. Se acercó a la cama grande con su ropa de cama limpia y carmesí y la tocó con la punta de los dedos, muy suavemente. Luego se dirigió a la ventana y miró hacia los jardines y hacia el océano que centelleaba sobre las copas de los árboles. Emily y Daniel observaron con la respiración contenida mientras la niña paseaba silenciosamente alrededor de la habitación, levantando suavemente la lámpara antes de volver a ponerla en su sitio, y luego mirando en los armarios vacíos.

—¿Qué te parece?—Emily preguntó—. Podemos pintar las paredes si no las quieres blancas. Cambiar las cortinas. Pon algunas de tus fotos en la pared.

Chantelle se volvió—. Me encanta tal como es. ¿Realmente puedo tener un dormitorio?

Emily sintió que Daniel se ponía rígido a su lado. Ella supo inmediatamente lo que él estaba pensando: que Chantelle, a los seis años de edad, nunca había tenido su propio dormitorio antes; que la vida que había vivido hasta ese momento había estado llena de dificultades y manchada de negligencia.

—Realmente puedes—dijo Emily, sonriendo amablemente—. ¿Por qué no desempacamos tus cosas? Entonces realmente empezará a sentirse como tu habitación.

Chantelle asintió con la cabeza y todos fueron juntos a recoger sus cosas a la cochera. Pero una vez allí, Emily se sorprendió al descubrir que Chantelle sólo tenía una mísera mochila.

— ¿Dónde están todas sus cosas?—le preguntó a Daniel en secreto mientras volvían a la casa.

—Eso es todo lo que había—contestó Daniel—. No tenía casi nada en la casa del tío de Sheila. Interrogué a Sheila y me dijo que todo había quedado atrás cuando los desalojaron.

Emily suspiró en voz baja. Le rompió el corazón pensar en todas las cosas terribles por las que Chantelle había pasado en su corta vida. Más que nada en el mundo, quería asegurarse de que la niña se sintiera segura, que tuviera la oportunidad de florecer y dejar atrás el pasado. Emily esperaba que con amor, paciencia y estabilidad, Chantelle pudiera recuperarse del horrible comienzo de su vida.

En la nueva habitación de Chantelle, Emily colgó las pocas prendas de ropa que tenía en perchas en el armario. Sólo tenía dos pares de vaqueros, cinco camisas y tres suéteres. Ni siquiera tenía suficientes calcetines para una semana entera.

Chantelle ayudó a desempacar su ropa interior en uno de los cajones de la cómoda—. Estoy tan feliz de tener padres ahora—dijo Chantelle.

Emily fue y se sentó en la esquina de la cama, deseosa de animar a Chantelle a abrirse—. Estoy feliz de tener una niña encantadora como tú con quien pasar el tiempo.

Chantelle se sonrojó—. ¿De verdad quieres pasar el tiempo conmigo?

— ¡Por supuesto!—Emily dijo, un poco sorprendida—. No puedo esperar a llevarte a la playa, a salir en el barco contigo, a jugar juegos de mesa y juegos de pelota juntas.

—Mi mamá nunca quiso jugar conmigo—dijo Chantelle, su voz suave y humilde.

Emily sintió cómo se le rompía el corazón—. Lamento escuchar eso—dijo, tratando de que el dolor en su corazón no sea audible en su voz—. Bueno, ahora podrás jugar todo tipo de cosas. ¿Qué te gusta hacer?

Chantelle se encogió de hombros, y se le ocurrió a Emily que su crecimiento había sido tan sofocante que ni siquiera podía pensar en cosas divertidas que hacer.

— ¿Adónde fue papá?—preguntó.

Emily miró por encima de su hombro y vio que Daniel había desaparecido. Ella también estaba preocupada.

—Probablemente fue a buscar más café—contestó Emily—. Oye, tengo una idea. ¿Por qué no vamos al ático a buscar osos de peluche para tu habitación?

Había empacado y guardado cuidadosamente todos sus juguetes viejos y los de Charlotte del cuarto que habían sido tapiados después de la muerte de Charlotte. Chantelle tenía una edad similar a la de ellas cuando la habitación se cerró, así que muchos de los juguetes serían adecuados para ella.

La cara de Chantelle se iluminó—. ¿Tienes osos de peluche en el ático?

Emily asintió—. Y muñecas. Están todos de picnic, pero estoy segura de que querrán otra invitada. Vamos, te mostraré el camino.

Emily llevó a la niña al tercer piso y luego por el pasillo. Bajó la escalera del ático. Chantelle levantó la vista tímidamente.

— ¿Quieres que yo vaya primero?—Emily preguntó—. ¿Asegurarme de que no haya arañas?

Chantelle agitó la cabeza—. No. No les tengo miedo a las arañas. —parecía orgullosa de sí misma.

Fueron juntos al ático y Emily le mostró la caja de juguetes viejos—. Puedes tener todo lo que quieras de ahí—dijo ella.

— ¿Papá vendrá a jugar?—preguntó Chantelle.

Emily también quería a Daniel por aquí. No estaba segura de dónde había desaparecido, o por qué se había ido—. Déjame ir a preguntarle. ¿Estarás bien aquí arriba por un rato, ya que no le tienes miedo a las arañas?

Chantelle asintió con la cabeza y Emily dejó a la niña jugando. Bajó por el tercer y segundo piso buscando a Daniel, luego bajó a la planta baja. Lo encontró en la cocina, junto a la cafetera, inmóvil.

— ¿Estás bien?—preguntó Emily.

Daniel se asustó y luego se volvió—. Lo siento. Bajé a tomar un café y me sentí completamente abrumado por todo. —Miró a Emily y frunció el ceño—. No sé cómo hacer esto. Ser un padre. Estoy en medio de una situación difícil.

Emily se acercó a él y le frotó ligeramente el brazo—. Lo resolveremos juntos.

—Escucharla hablar me mata. Ojalá hubiera podido estar ahí para ella. Protegerla de Sheila.

Emily abrazó a Daniel—. No puedes mirar atrás y preocuparte por el pasado. Todo lo que podemos hacer ahora es asegurarnos de hacer todo lo que esté en nuestro poder para ayudarla. Va a ser genial, lo prometo. Vas a ser un gran padre.

Todavía podía sentir algo de resistencia en Daniel. Ella quería desesperadamente que él se suavizara, que aceptara su abrazo y que se sintiera reconfortado, pero algo lo detenía.

—Ya está empezando a hacer preguntas—dijo—. Me preguntó por qué nunca le envié sus tarjetas de cumpleaños. No sabía qué decir. Quiero decir, ¿qué le puedes decir a una niña de seis años que pueda entender?

—Creo que tenemos que ser honestos—dijo Emily—. Los secretos nunca ayudan a nadie.

Pensó en lo patético de sus palabras. Su padre había guardado secretos toda su vida. Emily sólo había descubierto la punta del iceberg desde que llegó aquí.

En ese momento, Chantelle corrió a la cocina. Ella sostenía un gran oso panda de peluche en sus brazos. Él era casi tan grande como ella.

— ¡Mira, papá! ¡Mira!—dijo ella, corriendo hacia Daniel.

Emily estaba conmocionada. No había visto al oso mientras ordenaba la vieja habitación de Charlotte. Debía haber estado en el ático. Había sido el favorito de Charlotte. Ella lo llamaba Andy el Pandy. El verlo ahora envió un pinchazo de dolor corriendo por su cuerpo. Se preguntó cómo lo había encontrado Chantelle entre todas las cajas.

— ¿Cómo se llama tu oso?—Daniel le preguntó a Chantelle, agachándose para estar cara a cara.

—Andy Pandy—dijo Chantelle con una sonrisa.

Emily se agarró a la mesa con shock. Una vez más, ella sintió fuertemente que era otra señal de Charlotte, un recordatorio para no olvidarse de ella, que ella los miraba desde arriba.

—Oye, tengo una idea—dijo Daniel, abriéndose paso a través de su pensamiento—. ¿Crees que a Andy le gustaría ir a un desfile?

— ¡Sí!—Chantelle gritó.

Daniel miró a Emily—. ¿Qué te parece? ¿Vamos todos al desfile del Día del Trabajo? ¿Nuestra primera salida familiar?

Al referirse a ellos como una familia, Emily salió de su estupor.

—Sí—dijo ella—. Sí, me gustaría mucho.

CAPÍTULO DOS

La calle principal estaba llena de gente, algunos agitando banderas, otros sosteniendo globos. Como en la mayoría de los eventos festivos nacionales, Sunset Harbor estaba haciendo todo lo posible para celebrar el Día del Trabajo. La ciudad estaba bellamente decorada, con banderines y luces colgadas entre farolas y árboles, serpentinas atadas a vallas y un pequeño carnaval.

Mientras caminaban por las concurridas calles, Emily agarró fuertemente a la mano de Chantelle, sintiendo que la niña estaba abrumada. Pero cada vez que miraba hacia abajo había una sonrisa en la cara de Chantelle. El corazón de Emily se llenó de alegría al saber que era feliz. Pero también la llenó de mucho más; un sentido de paz, de satisfacción. Ella había querido tener sus propios hijos por un tiempo, pero no se había dado cuenta de cuánto disfrutaría realmente pasando tiempo con Chantelle.

Emily no pudo evitar notar que Daniel, por otro lado, parecía tenso. Entre la multitud ocupada parecía nervioso, como un halcón sintiendo el peligro en cada esquina de la calle. Ciertamente, había asumido con naturalidad su papel de protector, pero parecía que le faltaba algo en el frente de los lazos afectivos. Emily esperaba que fueran sólo problemas de ajuste, que se relajara con el paso del tiempo y aprendiera a disfrutar de la paternidad tanto como ella. Necesitaba aprender a ser *papá*, no sólo un padre.

A través de la multitud, Emily vio a su amiga de Sunset Harbor, Cynthia Jones, de la librería. Como siempre, Cynthia se había vestido para la ocasión con una falda azul brillante, una camisa roja brillante y un sombrero de vaquero blanco brillante. Todo el conjunto chocaba horriblemente con su cabello teñido de naranja.

Ver a Cynthia hizo que Emily se sintiera angustiada por primera vez en mucho tiempo. Hace apenas unas semanas, ella llamó a la mujer mayor para pedirle consejo después de que ella y Daniel descubrieron que Chantelle existía. Ahora ella estaba caminando por la calle de la mano con Daniel y su hija sorpresa, actuando como una familia feliz. Emily no pudo evitar temer su juicio.

Pero cuando Cynthia los vio a todos, sonrió ampliamente y saludó con la mano. Emily podía ver la aprobación en sus ojos.

—Chantelle, déjame presentarte a una amiga mía—dijo Emily.

Ella y Daniel llevaron a Chantelle a donde estaba Cynthia. La mujer mayor abrazó a Emily inmediatamente.

—Sabía que al final todo saldría bien—susurró al oído de Emily mientras la abrazaba con fuerza.

Emily se apretó hacia atrás. Cynthia le había dado tanto apoyo y amistad desde que llegó a Sunset Harbor hace ocho meses, y sintió una gran gratitud en ese momento.

—Ella es Chantelle—dijo Emily finalmente después de que su abrazo cesó.

Cynthia se arrodilló para estar a la altura de la niña—. Encantada de conocerte, Chantelle. Creo que te va a encantar Sunset Harbor.

Chantelle se volvió tímida y se aferró a la pierna de Emily. Ella no pudo evitar acariciar el cabello rubio y suave de la niña, sintiendo una sensación materna abrumadora dentro de ella. Una vez más se sorprendió de lo rápido e instantáneo que era su amor por Chantelle. Y notó que el sentimiento parecía ser mutuo. Chantelle había pasado de aferrarse a Daniel la noche anterior a aferrarse a Emily esta tarde.

En ese momento, un hombre joven y delgado con el pelo despeinado se acercó a ellos.

—Owen—le dijo Cynthia—te acuerdas de Emily, ¿verdad? ¿De la posada?

—Por supuesto—dijo Emily, extendiendo la mano para estrecharla—. Viniste a afinar mi piano.

Owen asintió de acuerdo. Parecía un hombre tímido—. ¿Cómo va todo allí ahora? Si mal no recuerdo, tenías prisa por arreglarlo todo.

—La tenía—contestó Emily—. ¡Arreglar veinte habitaciones en veinticuatro horas no es una experiencia que quisiera repetir pronto! Pero gracias por tu ayuda para afinar el piano. Suena fantástico ahora.

Owen sonrió—. Me alegra oírlo. En realidad fue un placer trabajar en un piano antiguo como ese. Me encantaría tener la oportunidad de volver a tocarlo algún día.

—Puedes venir cuando quieras—dijo Emily—. Tener un pianista residente en la posada es una de mis metas futuras. Simplemente no tengo el dinero en este momento para pagarlo.

—Bueno—dijo Owen, sonriendo con una sonrisa tímida y amable—, ¿qué tal si vengo a tocar gratis? La exposición sería muy útil para mí y me estarías haciendo un favor.

Emily estaba encantada—. ¡Eso sería fantástico!

Intercambiaron números de teléfono y ella se despidió de Owen. Emily estaba encantada de tener un pianista en la posada.

—Vamos, Chantelle—dijo Emily, animada por su reunión con Owen—. Vamos a la feria.

Tomando el liderazgo de la familia, Emily los dirigió a las carpas donde había juegos tradicionales, un cocotero y un campo de tiro.

— ¿Por qué no ves si puedes ganar un juguete para Chantelle?—Emily sugirió a Daniel.

Dio una especie de mirada perdida e indefensa, casi como si estuviera avergonzado de no haber pensado en hacerlo él mismo.

—Claro—dijo, sonriendo de una manera un tanto forzada—. Sólo mira esto.

Emily le dio una palmadita en los hombros a Chantelle mientras veían a Daniel pagarle al

hombre en la cabina y apuntar con la pistola de perdigones. Luego, con tres disparos perfectos, dio en el blanco. Chantelle saltó arriba y abajo y empezó a aplaudir.

—Adelante—Emily la animó—. Ve y elige un premio.

Chantelle corrió a la cabina y eligió el oso de peluche más grande y esponjoso.

—¿Por qué no le das las gracias a papá?—sugirió Emily.

Chantelle abrazó al oso con fuerza y miró tímidamente a sus pies mientras murmuraba su gratitud. La expresión tensa de Daniel regresó. Emily extendió la mano y apretó el brazo de manera tranquilizadora, como para decirle que lo estaba haciendo bien. Ella hizo una nota mental para reforzar a Daniel tan a menudo como fuera posible, para recompensarlo y consolarlo; él estaba claramente luchando.

Justo entonces se encontraron con Serena.

—¡Oh, Dios mío!—Serena gritó mientras miraba de Chantelle a Daniel y a Emily—. Esto es... tan increíble.

Emily no había tenido la oportunidad de contarle a nadie sobre el regreso de Daniel, y mucho menos sobre el hecho de que había traído a Chantelle con él. Serena había sido una de las personas que había estado allí para Emily, apoyándola durante esas duras semanas en las que Daniel había estado ausente. Ella sabía que significaba mucho para su joven amiga verlos a todos juntos, felices y unidos.

Serena se agachó para hablar con Chantelle. Tenía una habilidad tan natural para conectarse con la gente que Emily podía ver a Chantelle al instante.

—Sabes, aquí venden algodón de azúcar arco iris—dijo Serena—. ¡Con chispas! ¿Quieres venir a comprar uno conmigo?

Chantelle miró a Daniel y a Emily. Ambos asintieron con la cabeza. Mientras veían a Serena y Chantelle caminar de la mano hacia la cabina de algodón de azúcar, Emily sintió una repentina sensación de pérdida, casi de dolor. La niña sólo había caminado al otro lado de la calle y Emily ya sentía su ausencia. *Esto debe ser lo que sienten otras mamás*, pensó Emily para sí misma con una sonrisa.

En ese momento, Daniel atrajo a Emily hacia él, como si estuviera buscando su consuelo y tranquilidad.

—Lo estás haciendo bien—le dijo ella mientras apoyaba su cabeza contra su hombro.

—No me siento como si así fuera—contestó—. Siento que estoy constantemente esperando un desastre.

—Eso tiene mucho sentido—aseguró Emily—. Ahora eres papá. Tienes instintos de papá.

Daniel se rió—. Instintos de papá—bromeó, sonando tranquilo por primera vez desde que dejaron la posada—. ¿Es como el sentido arácnido?

Emily asintió vigorosamente—. Sólo mil veces mejor.

Mientras se callaban y miraban a Chantelle y Serena en el puesto de algodón de azúcar, Emily se sintió contenta y gloriosamente feliz. Más feliz, incluso, de lo que nunca pensó que fuera posible.

Entonces Serena y Chantelle volvieron saltando, la cara de Chantelle pegajosa con azúcar.

— ¡Pruébalo, Emily!—gritó, mostrándole el brillante algodón de azúcar arco iris.

Emily dio un mordisco, sintiéndose abrumada por la alegría que la niña quería compartir con ella—. ¡Yum!—dijo ella alegremente, aunque estaba luchando por contener sus alegres lágrimas.

— ¿Papá quiere un poco?—Emily sugirió. Lo último que ella quería era que Daniel se sintiera excluido, a pesar de que un bocado de algodón de azúcar arco iris brillante era probablemente la última cosa que él querría consumir.

Chantelle tímidamente le sostuvo el algodón de azúcar a Daniel. Daniel abrió la boca, haciéndola exageradamente grande, y luego hizo un enorme ruido mientras fingía que había mordido el algodón de azúcar, haciendo ruidos fuertes al masticar. Chantelle se disolvió en risas. Era la primera vez que Daniel se había soltado, se había comportado de una manera tonta con Chantelle. Emily llamó la atención de Daniel y movió las cejas. Él le mostró una sonrisa triunfante de logro.

Al comenzar el desfile, la familia se paró en la acera y observó el paso de los tractores. Todos en Sunset Harbor salieron a pasar el día y Emily saludó a muchos de sus amigos. Ya no se sentía incómoda por aparecer en público con Daniel y Chantelle. Esto era lo que ella quería y si la gente lo desaprobaba, entonces eso no le importaba.

Pero justo cuando Emily se sentía más segura de sí misma, sintió un toque en su hombro. Se giró y una sensación como de hielo la bañó. Trevor Mann estaba allí de pie con cara de sapo y petulante.

Se alisó el bigote—. Me sorprende verte aquí, Emily—dijo.

Emily se cruzó de brazos y suspiró, sabiendo instintivamente que Trevor iba a intentar derribarla—. ¿Y por qué, Trevor?—dijo ella, secamente—. Por favor, dime. Me muero por saberlo.

Trevor sonrió a su manera torcida y horrible—. Sólo quería recordarte que tu prórroga de los impuestos atrasados se está acabando. Tienes hasta Acción de Gracias para pagar todo.

—Soy muy consciente de ello—contestó Emily con frialdad, pero el recordatorio fue menos que bienvenido. Emily todavía no tenía idea de cómo iba a encontrar el dinero para pagarles.

Ella vio a Trevor girar sobre su talón y desaparecer, dejando a Emily sintiendo frío y aterrorizada.

*

A Chantelle parecía gustarle mucho Serena, así que Emily la invitó a cenar a su casa. Emily decidió hacer una comida masiva de fajitas. Ella quería que Chantelle se sintiera segura y amada, estimulada con actividades y alimentada con sustento. Así que mientras Serena y Chantelle tocaban el piano juntas en la sala de estar, Daniel y Emily cocinaban todo tipo de platos en la cocina.

—No sé si ella ha probado la mitad de estas cosas—dijo Daniel mientras mezclaba salsa casera—. Tomates. Aguacates. Probablemente todo es nuevo para ella.

—¿No comía bien en casa?—Emily preguntó. Pero ella sabía la respuesta. Por supuesto que no. Su madre ni siquiera podía mantener un techo sobre la cabeza de la niña o comprarle suficientes pares de pantalones para que duraran una semana; las posibilidades de que ella alimentara a Chantelle eran escasas o nulas.

—Era una casa de papas fritas y Pop-tarts—contestó Daniel, con la mandíbula rígida—. Sin rutina. Sólo come cuando tengas hambre.

Emily podía ver cuánto dolor llevaba en la forma en que se encorvaban sus hombros, por la forma frenética en que convertía los aguacates en guacamole como si no hubiera mañana.

Emily se acercó y suavemente pasó sus manos por sus brazos, hasta que la tensión pareció derretirse de sus músculos.

—Ahora nos tiene a nosotros—Emily lo tranquilizó—. Estará limpia. Estará alimentada. Estará a salvo. ¿De acuerdo?

Daniel asintió—. Siento que tenemos mucho tiempo para compensar. Es que, ¿podemos realmente borrar lo que ella pasó cuando yo no estaba ahí para ella?

El corazón de Emily se cayó. ¿Realmente Daniel se sentía responsable por los años que no pudo controlar? Durante todos esos meses, semanas y días que no había podido amar y cuidar a Chantelle?

—Podemos—le dijo Emily con firmeza—. Puedes.

Daniel suspiró y Emily se dio cuenta de que no se lo estaba creyendo del todo, que sus palabras entraban por un oído y salían por el otro. Tomaría tiempo antes de que se sintiera bien por su ausencia al principio de la vida de Chantelle. Emily sólo esperaba que su abatimiento no alejara a la niña de él.

La comida estaba lista, así que todos se fueron al comedor a comer. En la enorme mesa de roble oscuro antiguo, Chantelle parecía pequeña. Sus codos apenas descansaban sobre la mesa. La habitación no había sido diseñada exactamente pensando en los niños.

—Le traeré un cojín—dijo Serena riendo.

En ese momento, Emily se dio cuenta de que Chantelle estaba llorando.

—Está bien, cariño—dijo suavemente—. Sé que estás abajo, pero Serena conseguirá un cojín y entonces podrás sentarte tan alto como una princesa.

Chantelle agitó la cabeza. Eso no era lo que la había molestado, pero no parecía ser capaz de expresar con palabras lo que tenía.

—¿Es la comida?—Daniel estaba preocupado—. ¿Demasiado picante? ¿Demasiado? No tienes que comerlo todo. Ni nada de eso. Podemos conseguir comida para llevar. —Se volvió hacia Emily, sus palabras se desbordaban de angustia—. ¿Por qué no compramos comida para llevar?

Emily levantó las cejas como para decirle que se calmara, para no añadir ninguna emoción innecesaria a la situación. Luego se echó hacia atrás, se puso de pie, se acercó a Chantelle y se arrodilló a su lado.

—Chantelle, puedes hablar con nosotros—dijo con la mayor delicadeza posible—. Tu papá y yo. Estamos aquí por ti y no nos enfadaremos.

Chantelle se inclinó hacia Emily y susurró. Su voz era tan silenciosa que era casi inaudible. Pero Emily se las arregló para entender las palabras que había pronunciado, y cuando la comprensión se filtró en la mente de Emily, un rayo de emoción golpeó su corazón.

—Ella dijo que eran lágrimas de felicidad—le dijo Emily a Daniel.

Ella vio el aliento de alivio que salía del pecho de Daniel, y el brillo de las lágrimas en sus ojos.

*

Más tarde esa noche, era hora de que Emily y Daniel llevaran a Chantelle a la cama.

—Quiero que Emily lo haga—pidió Chantelle, tomando su mano.

Emily y Daniel intercambiaron una mirada. Emily se dio cuenta por la forma en que se encogió de hombros de que estaba decepcionado de ser excluido.

—Entonces di buenas noches a papá—dijo Emily.

Chantelle corrió hacia él y le plantó un beso rápido en la mejilla antes de regresar con Emily, donde claramente parecía más cómoda.

De todas las tareas maternas que Emily había tenido que hacer en las últimas veinticuatro horas, ésta era la más angustiada para ella. Metió a la niña en la gran cama de cuatro postes en la habitación contigua a la principal, metiendo su osito del desfile junto a ella y a Andy Pandy en el

otro lado.

— ¿Quieres un cuento para dormir?—Emily le preguntó a Chantelle. Su padre siempre le había leído por la noche; ella quería recrear esa magia para Chantelle.

La niña asintió con la cabeza, sus ojos soñolientos ya empezaban a caer.

Emily corrió a la biblioteca y encontró su vieja copia de *Alicia en el País de las Maravillas*. Había sido uno de sus favoritos cuando era niña, y cuando encontró la vieja y polvorienta copia en la casa cuando llegó por primera vez, se sintió abrumada. Le hizo feliz saber que podía darle una nueva vida al libro y llevar la alegría contenida en sus páginas a alguien nuevo.

Llevó el libro arriba y se sentó en una silla al lado de la cama, tal como lo hacía su padre. Cuando comenzó a leer, Emily sintió que los recuerdos se arremolinaban dentro de ella. Su propia voz se transformó en la de su padre al sentirse transportada en el tiempo.

Estaba metida en la cama, con las mantas hasta las axilas. La habitación estaba iluminada con velas. Pudo ver las barandillas del entresuelo que tenía delante y se dio cuenta de que estaba en la enorme habitación de la parte de atrás de la casa, la habitación que ella y Charlotte compartían. Aunque estaba luchando para mantenerse despierta, para seguir escuchando la maravillosa historia que su padre estaba leyendo, sus párpados estaban empezando a sentirse pesados y caídos. Un momento después se dio cuenta de la oscuridad que la envolvía y del sonido de las pisadas de su padre mientras bajaba por la escalera del entresuelo y se dirigía hacia la puerta. Hubo una ráfaga de luz desde el pasillo cuando abrió la puerta, y luego una voz que decía—: ¿Están durmiendo?—Emily se preguntó de quién era esa voz. Ella no la reconoció. No era de su madre porque se había quedado en Nueva York. Pero antes de que tuviera la oportunidad de reflexionar más, se quedó dormida.

Emily se sorprendió al volver al momento presente. La habitación estaba ahora en la oscuridad, la luna llena afuera proveyendo una luz suave. Había una manta en sus rodillas. Debía haberse quedado dormida mientras leía y Daniel la había puesto allí.

En la cama ante ella, Chantelle roncaba suavemente. Emily se puso de pie, con el cuerpo adolorido por estar tanto tiempo en la silla. ¡Ella realmente necesitaba quedarse dormida en una cama de verdad en algún momento!

Mientras caminaba hacia la puerta, se preguntaba por el recuerdo, por la misteriosa voz que había oído hablar a su padre. Desentrañar el misterio de la desaparición de su padre era algo por lo que Emily había estado trabajando desde que llegó a la casa. Pero ahora con Chantelle aquí, su mente estaba ocupada con otras cosas. Quería mirar hacia adelante y planificar el futuro, no hacia atrás en un pasado que ya había dejado de existir.

Mientras cerraba la puerta de Chantelle detrás de ella y deambulaba por el pasillo, Emily se preguntaba qué le traería su nueva vida, cómo se vería ahora que tenía una familia. Se había sorprendido a sí misma por lo mucho que había disfrutado el día, por lo contenta que se había sentido y por cuánto había logrado. Cada uno de los pequeños momentos en los que Chantelle había buscado consuelo en ella se sintió como una victoria. Su única preocupación era Daniel. No se había tomado todo con tanta naturalidad. Necesitaría más tiempo.

Justo cuando estaba pensando en estos pensamientos, llegó a la gran ventana en la parte superior de la escalera. Afuera estaba muy oscuro, la luna blanca y las estrellas parpadeando. Había poca luz para ver, pero había suficiente para que Emily pudiera ver a Daniel de pie junto a su motocicleta. Emily miró, su alegría se convirtió rápidamente en angustia cuando se puso el casco, montó en la moto y salió corriendo por el camino de entrada y fuera de la vista.

CAPÍTULO TRES

Emily se paró en el porche, mirando ansiosamente el regreso de Daniel. Ella retorció sus manos mientras sus peores temores se arremolinaban en su mente. Daniel había prometido no hacer esto, no irse en su motocicleta sin decírselo a ella. Si estaba rompiendo esa promesa, ¿podría ser porque estaba huyendo de ellas? ¿Había sido su día con Chantelle tan difícil para él que decidió abandonarla al cuidado de Emily? Ella no quería tener pensamientos tan terribles, quería confiar en él, pero él la había defraudado así antes.

Emily se agarró al marco de la puerta para contenerse, con la respiración agitada. Cuando Daniel regresó por primera vez, se sintió como si fuera un soldado que regresaba de la guerra. Ahora, mientras Emily lo esperaba con un pesado hoyo creciendo en su abdomen, se sentía como si estuviera esperando a ese soldado una vez más.

En ese momento se dio cuenta del sonido del motor de la motocicleta en la distancia. Se esforzó por escuchar, su esperanza creciendo. El sonido se hizo cada vez más fuerte hasta que se convenció de que era Daniel regresando a casa. Ella apretó los ojos con alivio y exhaló la respiración que había estado aguantando.

La motocicleta dobló la esquina y se dirigió hacia ella por el camino de entrada, atrapándola con sus faros, haciendo que entrecierre los ojos. Luego se detuvo. El motor se apagó y el silencio los envolvió.

Emily bajó corriendo por las escaleras mientras Daniel se quitaba el casco—. Estás despierta—dijo con una sonrisa—. No estaba seguro de que despertaras esta noche. —entonces su sonrisa desapareció mientras captaba la expresión de Emily.

—Idiota—gruñó—. ¿Dónde has estado?

Daniel frunció el ceño—. Fui a buscar gasolina. He estado fuera como quince minutos.

—No puedes hacer eso—gritó Emily—. Irte así. No tenía ni idea de dónde estabas.

—Lo siento—tartamudeó Daniel—. Te habías quedado dormido. Pensé que podría conseguir gasolina rápidamente.

Emily respiró hondo otra vez, tratando de calmarse. Ella sintió a Daniel envolver sus brazos alrededor de sus hombros.

—No puedes desaparecer así—jadeó Emily—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—dijo en su frente—. Lo entiendo. Lo siento.

Permanecieron así, sosteniéndose uno al otro bajo la luna y las estrellas, durante mucho, mucho tiempo.

—No voy a dejarte, Emily—dijo Daniel finalmente—. Tienes que confiar en mí.

—No siempre lo haces fácil—contestó Emily, soltándose de su abrazo.

—Lo sé—aceptó Daniel—. Pero no voy a ir a ninguna parte. Me mudé contigo, ¿recuerdas?

Emily asintió. Era una prueba de su compromiso, pero no la consolaba del todo.

Daniel continuó—. Y mientras estaba en la carretera estaba pensando en la cochera, en cómo podemos hacer de ella una casa de vacaciones independiente como tú querías. Haré el trabajo yo mismo, como agradecimiento por todo lo que has hecho por Chantelle y por mí.

Emily comenzó a sentir que se calentaba de nuevo, la angustia que se había acumulado comenzó a desvanecerse finalmente.

—Será una gran fuente de ingresos para ti—agregó Daniel—. Cuando Chantelle sea adolescente, podemos dejar que la use, darle un poco de espacio lejos de sus aburridos padres.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en lo más profundo de Emily. Daniel no había sido capaz de proyectar su relación más allá de unos pocos meses a la vez. Ahora estaba hablando en décadas. Se refería a ella como la “mamá”. Por primera vez, los veía como una unidad, como dos mitades de un equipo.

Pero mientras Daniel y Emily yacían en los brazos del otro en la cama esa noche, los temores de Emily parpadeaban en su mente una y otra vez. El pequeño truco de Daniel con la motocicleta había despertado su miedo al abandono. Hace unas semanas planeaba una vida sin Daniel. Ahora, de repente, parecía comprometido con ella. ¿Podría realmente cambiar así, tan fácilmente, tan rápido? ¿Y fue realmente porque se había dado cuenta de lo importante que era su relación para él?

¿O sólo estaba siendo empujado por Chantelle?

*

A la mañana siguiente, Emily se despertó temprano, casi sorprendiéndose del sueño. Cuando se dio cuenta de que Daniel estaba en la cama a su lado, se relajó y se echó sobre la almohada, respirando profundamente. No debería sentir alivio al ver a Daniel a su lado. Debería sentirse contenta.

Miró la cara dormida de Daniel y sintió como su angustia se desvanecía. Se sentía tan bien tenerlo aquí, de vuelta con ella, estar todos juntos. No debería haber dudado de él cuando dijo que iba a volver con ella. Y no debería haber reaccionado exageradamente a su paseo en moto la noche anterior.

Daniel seguía durmiendo profundamente, así que Emily decidió dejarlo en paz. Debía estar agotado por el largo viaje y todas las emociones y la necesidad de ponerse al día con todo el sueño perdido. Estaba segura de que era capaz de vestir a Chantelle y preparar su desayuno sola. Entonces ella podría mostrarle a la niña los pollos y ellas podrían pasear a los perros juntos hasta la playa.

Emocionada por el prospecto, Emily se duchó rápidamente y se puso algo de ropa. Una vez lista para el día, dejó su habitación y a Daniel que todavía roncaba; abrió la puerta de la habitación de al lado. Para su horror, la cama de Chantelle estaba vacía.

Emily sintió una sensación de malestar. ¿Dónde podría estar la niña?

Aterrorizada por el pánico, Emily empezó a pensar en un millón de escenarios: Chantelle había encontrado la puerta hasta el camino de la viuda y se había caído del techo; había encontrado uno de los graneros abandonados y ruinosos en la parte de atrás y había sido aplastada por los escombros que caían; había seguido el camino hacia la costa y había sido arrastrada al mar. Pero antes de que Emily tuviera la oportunidad de gritar el nombre de Daniel, escuchó el sonido de las risas que venían de afuera.

Emily corrió hacia la ventana y corrió las cortinas. Allí en el patio trasero estaba Chantelle jugando con Mogsy y Rain, riendo y gritando mientras los perros saltaban emocionados sobre ella y corrían en círculos a su alrededor. Chantelle todavía llevaba puesta la camiseta grande que Emily le había puesto en la cama. Sus pies estaban completamente desnudos.

Emily salió corriendo por la puerta y bajó. No quería asustar a Chantelle, pero tampoco creía que fuera una buena idea que la niña estuviera fuera sin supervisión y apenas vestida. Aunque sentía que Sunset Harbor era un vecindario seguro, ella misma había crecido en la ciudad de Nueva York y siempre sentiría una sensación de ansiedad por las cosas terribles que la gente podía hacerse unos a otros.

Apoyada en la puerta trasera, Emily llamó a Chantelle. La niña levantó la vista, sonriendo ampliamente. Sus pies estaban verdes por correr en la hierba húmeda.

—Entra, cariño—dijo Emily—. Hora de los panqueques.

— ¡Quiero jugar!—contestó Chantelle.

—En un minuto—dijo Emily, aun tratando de sonar calmada y amigable—. Primero necesitas desayunar. Una vez que te hayas vestido, podemos llevar a los perros a la playa y jugar allí. ¿Cómo suena eso?

Chantelle frunció el ceño a Emily y su cara se puso roja. Por primera vez, Emily se dio cuenta de los problemas que Chantelle había experimentado. En su rostro oscuro, vio ira y amargura. Sabía que no estaba dirigido a ella, sino a este mundo terrible, a las personas terribles que había conocido y a las experiencias terribles que había tenido la desgracia de experimentar. Probablemente estaba saliendo ahora porque Emily y Daniel habían proporcionado una red de seguridad en la que Chantelle podía explorar ese lado de sí misma sin temor a represalias.

De repente, Chantelle inclinó la cabeza hacia atrás y comenzó a chillar. Emily respiró hondo. No podía dejar de pensar en las miles de madres que había visto en su vida lidiando con la rabieta de un niño, las miradas cansadas en sus rostros, la vergüenza mezclada con la ira. Pero ella sabía que si quería que Chantelle confiara en ella y creciera feliz y bien adaptada, perder la calma no era una opción.

Salió al jardín y tomó la mano de Chantelle—. Vamos, cariño—dijo, como si los llantos de Chantelle no le perforaran los tímpanos.

En ese momento, Emily se dio cuenta de que alguien venía. Trevor. Por supuesto. Qué típico que escogiera este momento para venir y burlarse de ella.

—¿Qué pasa, Trevor?—siseó Emily, sin dudar en perder la calma con él.

—¿Qué crees que podría ser?—murmuró Trevor—. Aún no son las siete de la mañana y esta niña está haciendo un escándalo en el patio. Está perturbando mi derecho a la paz.

Chantelle inmediatamente se quedó callada. Alargó la mano y agarró la de Emily, casi como una disculpa por haberla metido en problemas.

—Sólo estamos buscando nuestro lugar —Emily dijo con un suspiro, sorprendida por lo poco que le importaban las objeciones de Trevor en estos días—. Y Chantelle va a empezar la escuela mañana por lo que no volverá a pasar.

—Siempre está el fin de semana—se mofó Trevor.

—Nos aseguraremos de no despertarte antes de las siete otra vez. —Emily suspiró—. ¿Verdad, Chantelle?

Pero cuando miró a la niña, vio que le caían lágrimas por la cara y temblaba de miedo. Verla angustiada de esa manera hizo que algo estallara en Emily, un repentino impulso maternal para defender a su hija.

Se volvió hacia Trevor, repentinamente humeante, sintiendo el calor subir en sus mejillas—. ¿Sabes qué, Trevor? Chantelle puede jugar en su jardín cuando quiera. Mi casa, mi hija, mis reglas.

Trevor parecía un poco sorprendido por el arrebato. Pero se recuperó rápidamente, su expresión volviéndose a su habitual mueca de desprecio—. Pero no es tu hija, ¿verdad?

—Ella está bajo MI cuidado—gritó Emily—. Soy su tutora y haré todo lo que esté en mi poder para protegerla de hombres viles como tú.

Por primera vez, Trevor parecía humilde. Emily no estaba preparada para escuchar más a Trevor, así que agarró a Chantelle por la cintura y la subió a sus brazos. La niña estaba temblando tanto que hizo que Emily sufriera de angustia. Ella había pasado por tanto en su corta vida, lo último que necesitaba era experimentar la monstruosidad que era Trevor Mann.

Emily llevó a Chantelle dentro y cerró de golpe la puerta trasera. Nunca había sentido una explosión tan tremenda de emoción, de deseo de amar y proteger a la niña que tenía a su cargo.

—¡Lo siento!—Chantelle lloró inmediatamente en cuanto entraron. Apretó tanto a Emily que pensó que se le rompería el cuello.

—Chantelle, está bien—dijo Emily, suavemente—. Trevor se enfada por todo. Y no sabías que ibas a despertarlo. Asegurémonos de que pidas permiso antes de volver a salir en el futuro,

¿eh? ¿Es un trato?

Chantelle asintió con la cabeza de una manera que parecía sugerir que estaba desesperada por compensar a Emily.

—Mami siempre me dijo que jugara afuera—dijo Chantelle entre lágrimas—. Nunca le gustó que me interpusiera en su camino.

Emily sintió un dolor de corazón. La pobre chica debía haber estado más que confundida cuando Emily le dijo que entrara. Se sintió mal por mezclar los mensajes.

—Bueno, Daniel y yo queremos jugar contigo todo el tiempo—dijo Emily—. ¿De acuerdo?

Chantelle asintió. Por fin sus lágrimas se secaron y Emily puso a la niña de pie.

Emily la llevó a la cocina, por donde Daniel estaba entrando—. ¿Qué está pasando?—dijo—. Oí llorar. ¿Te has hecho daño, Chantelle?

La niña agitó la cabeza.

—Le estaba diciendo a Chantelle que tú y yo queremos jugar con ella cuando salga, así que debería pedirle a uno de nosotros que la acompañe—dijo Emily, echándole una mirada a Daniel para decirle que no presionara.

Parecía entender lo que ella le estaba diciendo y asintió—. Bueno, me alegro de que todos estén felices de nuevo—dijo—. ¿Preparo algo para desayunar?

Chantelle asintió emocionada y ella y Emily fueron a la mesa a esperar su desayuno.

—Entonces—dijo Daniel mientras se sentaba un momento después con una pila de panqueques—. ¿Qué vamos a hacer hoy, ya que la escuela no empieza hasta mañana?

Emily se tambaleó. Ella podía ver que Daniel también estaba perdido por su expresión de pánico. Ninguno de los dos había tenido que cuidar a un niño antes, y ambos sentían la presión de asegurarse de que Chantelle se divirtiera lo más posible para compensar el terrible comienzo que había tenido en la vida.

—Creo que a Chantelle le gustaría ir a algún lugar con los perros—dijo Emily, mirando a la niña en busca de afirmación.

Chantelle asintió.

—Tengo una idea—dijo Daniel—. ¿No se llevaron Jason y Vanessa a la pequeña Katy a recoger manzanas ayer en Fall Farm? ¿Cómo suena eso?

— ¡Nunca he estado en una granja!—dijo Chantelle con un grito ahogado—. ¿Tienen animales? ¡Me encantan los animales! Los cerdos son mis favoritos. ¿Tienen cerdos?

Los ojos de Emily se abrieron de par en par. Nunca había oído a Chantelle decir tantas palabras de una sola vez. La idea de pasar tiempo con animales la estaba sacando de su

caparazón.

—Tienen un zoológico de mascotas—dijo Emily—. Con conejos y conejillos de indias.

— ¡Conejos!—Chantelle gritó—. ¡Los conejos son mis favoritos!

—Bueno—dijo Daniel con una sonrisa—. Supongo que hoy nos vamos a Fall Farm.

*

Mogsy y Rain aullaron de emoción durante todo el viaje hasta Fall Farm. No era frecuente que Emily y Daniel los llevaran a algún lugar aparte de la playa y el parque a caminar, para que pudieran darse cuenta de que algo emocionante estaba sucediendo. Pero no importaba lo felices que parecían los perros, palidecía en comparación con la alegría de Chantelle. Durante todo el viaje miró por la ventana con los ojos muy abiertos, contemplando las hermosas calles bordeadas de árboles, cuyas hojas apenas comenzaban a cambiar de verde a anaranjado. A Emily le encantaba ver a la niña mirando fijamente a su alrededor. Le reconfortaba saber que la habían sacado de las privaciones, que la habían salvado de su horrible vida y que ahora podían mostrarle lo hermoso que podía ser el mundo.

Daniel entró en el estacionamiento de Fall Farm, que era poco más que un campo embarrado. Ya había toneladas de autos aquí, a pesar de la temprana hora; claramente todos los padres en Sunset Harbor y el área local habían decidido que la recolección de manzanas sería su última actividad con sus hijos antes de la escuela.

Mientras Daniel aparcaba, Chantelle se quitó rápidamente el cinturón de seguridad y agarró la manija de la puerta.

—No tan rápido—dijo Daniel—. Tenemos que poner a los perros en sus correas primero o huirán para siempre.

—Lo siento—dijo Chantelle, agachando su cabeza por la vergüenza.

Daniel miró a Emily con una mirada apeladora. Emily simplemente agitó la cabeza, comunicándole en silencio que no debían hacer un escándalo, que no había nada que pudieran decir para que la niña se sintiera mejor, y que el amor, el tiempo y la paciencia eran las únicas cosas que podían enseñarle a Chantelle a no avergonzarse tanto de sí misma. Se sintió mal por Daniel, por su aparente falta de intuición en estas situaciones. Parecía tan fuera de sí a veces, y sin embargo, Emily sentía que se estaba convirtiendo en madre como un pato en el agua.

Emily ató las correas a los perros y luego todos salieron del auto. Otras familias se amontonaban, con niños riendo y jugando, corriendo en círculos alrededor de sus padres. Mientras caminaban hacia la entrada de Fall Farm, rodeada de otras familias charlando, Emily sintió un momento surrealista de darse cuenta de lo mucho que su vida se había transformado durante el último año. Había pasado de ser una ocupada asistente de marketing en Nueva York a

una especie de madre propietaria de una posada en Maine. Ella había pasado de esperar siete largos años por un anillo de Ben a lo que estaba empezando a sentir que era la mejor relación de su vida.

— ¡Vamos, Emily!—Chantelle gritó.

Emily levantó la vista, emocionada, para ver a Chantelle y Daniel en el kiosco esperando a recoger su cesta para recoger las manzanas. Chantelle estaba tirando de la mano de Daniel, como lo haría Rain con su correa. Daniel se estaba riendo, sonriendo de una manera que Emily nunca antes había visto. Claramente estaba encantado de estar con Chantelle, de estar aquí, como una familia.

Emily corrió hacia ellos y tomó la otra mano extendida de Chantelle. Llegaron al quiosco, recogieron su cesta y se dirigieron al huerto.

—Encontremos las manzanas más jugosas y rojas—le dijo Emily a Chantelle en un susurro emocionado—. Te apuesto a que están más atrás en el campo.

Chantelle asintió con los ojos muy abiertos, emocionada por el tono conspirativo de Emily.

Emily miró a Daniel. La sonreía ampliamente, un poco de orgullo en sus ojos. Emily no pudo evitar ruborizarse.

Cuando comenzaron a llenar sus canastas con jugosas manzanas, Emily se dio cuenta de que se estaba divirtiendo más de lo que se había divertido en años. Daniel también se reía como un niño alegre. Él estaba corriendo, recogiendo a Chantelle y dándole vueltas, dándole caballitos para que pudiera alcanzar las ramas más altas. Emily nunca había visto el lado tonto de Daniel. Era una alegría contemplarlo.

—Esto es divertido, ¿verdad?—dijo Daniel sin aliento mientras corría hacia Emily.

—No creo que me haya divertido tanto desde que era niña—contestó Emily.

—Yo tampoco—dijo Daniel.

Emily se sentía muy a gusto. De alguna manera, tener a Chantelle con ellos fue sanar las heridas de sus propias vidas traumáticas.

*

Después de recoger manzanas, Emily decidió que a Chantelle le vendría bien algo de ropa nueva. La niña no podía dormir con las camisas de Daniel todas las noches, especialmente cuando se acercaba el frío. Necesitaría pijamas, ropa interior, un abrigo, guantes y ropa para la escuela. Había traído una mochila tan pequeña, con tan pocas cosas en ella, que Emily necesitaría comprarle prácticamente todo un guardarropa.

—Sólo las niñas pueden venir—dijo Chantelle al llegar al auto.

Emily sabía que el comentario le haría daño a Daniel, especialmente después de lo bien que había pasado su tiempo en la granja. Que Chantelle eligiera ahora excluirlo sería confuso y doloroso. Y aunque Emily podía darse cuenta de que no quería perder esta oportunidad de establecer lazos afectivos, al mismo tiempo no quería ir en contra de los deseos de Chantelle y empujar a la niña a hacer algo que ella no quería.

Emily miró a Chantelle, agarrando su mano con fuerza—. Tu papá no tiene mucho sentido de la moda, ¿verdad?—dijo ella, tratando de sacar a la luz la situación.

Chantelle comenzó a reírse.

—Supongo que las dejaré tener un día de chicas—dijo Daniel, con un aire de resignación en su tono.

—Te daremos un desfile de modas cuando regresemos a casa—dijo Emily, tratando de levantarle el ánimo al incluirle.

Emily y Chantelle se despidieron de Daniel y de los perros, y luego comenzaron a pasear por las calles de Sunset Harbor. No había muchas tiendas de ropa para niños en la ciudad, aunque Emily sabía de una buena tienda en una calle lateral que vendía ropa de época y tenía algunas cosas para niños. Podía imaginarse lo hermosa que se vería Chantelle con un abrigo de lona al estilo victoriano, aunque le preocupaba que Chantelle encontrara que el estilo de Emily estaba pasado de moda. Emily no tenía ni idea de lo que los niños usaban hoy en día.

Doblaron la calle y Emily llevó a Chantelle a la tienda de ropa “vintage”.

—Entonces, si no te gustan las cosas que yo elijo para ti, sólo dilo—le dijo Emily—. No quiero que lleves nada que no te guste o que no te sientas cómoda.

Emily quería que Chantelle encajara con los niños que conocería en la escuela. Ella ya estaba en desventaja, habiendo sufrido una infancia negligente; lo último que Emily quería ahora era que la apuntaran por sus elecciones de moda.

—Ooh, Chantelle, ¿qué te parece este abrigo?—Emily dijo, sosteniendo un abrigo azul marino con botones grandes. Se imaginó que era el tipo de abrigo que Sara Crewe usaba en *La Princesita*.

Chantelle parece sorprendida. Alargó la mano y sostuvo el abrigo, luego frotó la tela contra su mejilla. El forro era un hermoso montaje de flores en rosas pálidas, verdes y amarillas.

—¿Te gusta el forro?—preguntó Emily.

Chantelle asintió con la cabeza y Emily hizo una nota mental para buscar algunas prendas con estampado floral para ella.

Chantelle quitó el abrigo de la percha y se lo puso. Tal como Emily predijo, se veía absolutamente encantadora con el abrigo, como si hubiera salido de una página de una novela de

Dickens. Mientras Chantelle se miraba en el espejo, las lágrimas comenzaron a brillar en sus ojos.

—No tenemos que comprarlo si no te gusta—dijo Emily, de repente preocupada.

Chantelle agitó la cabeza—. No es eso. No sabía que podía verme bonita.

Por enésima vez desde que la niña entró en su vida, Emily sintió que se le rompía el corazón. ¿Había pasado Chantelle toda su vida sin que nadie le dijera que era hermosa? Había mucho tiempo perdido que recuperar si iban a reconstruir la confianza de Chantelle.

Emily y Chantelle pasaron una buena hora en la tienda vintage, probándose vestidos y tops, bonitos pantalones y suéteres de cuello alto. Emily no podía decir si era imparcial o no, pero pensaba que Chantelle se veía increíble en todos los trajes, como una modelo infantil. Fue asombroso ver la transformación en ella, no sólo físicamente, sino también en su conducta, a medida que se sentía más cómoda, más segura y audaz con sus elecciones. Para una niña pequeña que nunca había tenido la oportunidad de elegir cómo vestirse, tenía un toque muy creativo. Al final de la hora tenían cinco trajes nuevos.

—Será mejor que vayamos a los grandes almacenes ahora—dijo Emily—. Comprar algo de ropa interior, calcetines y pijamas.

Juntas, salieron de la tienda vintage, los brazos de Emily cargados de bolsas, y se dirigieron en dirección a la tienda por departamentos. A medida que avanzaban, Emily vio a Vanessa con la bebé Katy en su cochecito. Vanessa había estado haciendo turnos de limpieza en la posada durante semanas. Emily la saludó desde el otro lado de la calle.

—Chantelle, esta es mi amiga Vanessa—dijo Emily—. Trabaja en la posada, así que probablemente la verás algunas mañanas.

Vanessa parecía algo desconcertada—. Hola, Chantelle—dijo un poco torpe. Luego miró a Emily—. ¿Es tu sobrina?

Emily sonrió y agitó la cabeza—. Es la hija de Daniel.

—Emily es mi nueva mamá—dijo Chantelle, apretando el brazo de Emily en su cuerpo y sonriendo.

Emily sintió cómo se le derretía el corazón. Pero cuando miró a la cara de Vanessa, su amiga se veía congelada.

—¿La hija de Daniel de Tennessee?—preguntó Vanessa.

Emily asintió con la cabeza, su humor comenzando a agriarse. Vanessa había estado por ahí durante las semanas de abandono de Daniel, durante esas largas seis semanas en las que Emily se había quedado confundida, sin saber si quedarse o empacar todo y volver a Nueva York, para aceptar la oferta de trabajo de Amy; aceptar la propuesta de Ben y fingir que todo este viaje a Maine había sido un sueño. Junto con Serena, Vanessa había apoyado a Emily, ofreciéndole consuelo y amistad, y ocupándose de lo que Daniel había dejado atrás. Ella claramente

desaprobaba que Emily hubiera aceptado a Daniel y a su hija en su vida sin dudarlo.

—Chantelle, cariño—dijo Emily—, ¿por qué corres a esa tienda y te compras unos dulces? Toma. —Le dio unos billetes de dólar—. A papá le gustan más los de mantequilla de maní.

Tan pronto como Chantelle se fue, Emily se volvió hacia Vanessa—. Sé lo que estás pensando —empezó ella—. Crees que estoy loca por dejar que Daniel vuelva a mi corazón sin pelear. Crees que soy un tapete.

Vanessa agitó la cabeza—. No es eso, Emily. Sé que lo amas. Cualquier tonto podría ver eso. Nunca dudé de que ustedes dos terminaran juntos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?—preguntó Emily, sintiéndose helada.

—La niña—contestó Vanessa—. ¿Realmente crees que está bien sacarla de su casa? ¿De su madre?

Emily se cruzó de brazos—. Su madre renunció a los cuidados. Es drogadicta y tiene problemas de salud mental. Daniel trató de ayudarla a limpiarse y entrar en un programa de tratamiento, pero no funcionó. Se dio cuenta de que Chantelle estaría mejor con nosotros. Pero no voy a dejar a Sheila fuera y fingir que no existe. Si quiere ser parte de la vida de Chantelle, puede, tan pronto como esté limpia. No dejaré que una drogadicta arruine la vida de esa niña.

Vanessa no parecía convencida—. No sé si te das cuenta en lo que te has metido—dijo—. Chantelle no va a ser una niña fácil de criar.

—Soy consciente de ello—dijo Emily segura, aunque Chantelle había sido nada menos que una delicia hasta ahora—. Por supuesto que habrá desafíos. Pero Daniel y yo estamos preparados para enfrentarlos juntos.

—¿Qué hay de tus propios hijos? ¿Tú y Daniel? ¿Podrás tener tu propia familia si estás ocupada tratando con los problemas de Chantelle? ¿Y qué hay de la posada? ¿Es un lugar adecuado para una niña con dificultades?

—Chantelle no tiene dificultades—respondió Emily, defendiendo y protegiendo de repente a la niña que empezaba a ver como una hija—. Necesita amor y cuidado. Daniel y yo somos los mejores para darlos.

Vanessa suspiró profundamente—. No lo dudo ni por un segundo—dijo con resignación—. Sólo me preocupa que no lo hayas pensado bien. Has visto la tensión que ha sido Katy en mi vida y es de mi propia sangre. Yo elegí tenerla. Chantelle ha sido arrojada sobre ti. Ella es más o menos un ultimátum de Daniel. Nunca pediste esto. Sólo creo que necesitas dar un paso atrás y tomarte un segundo para averiguar si esto es lo que quieres.

Alargó la mano y apretó el brazo de Emily. En ese momento, Chantelle regresó con una bolsa llena de dulces y chocolates.

—Vaya—dijo Emily—mira todos estos dulces.

Pero su voz no era tan alegre y despreocupada como antes. Las palabras de Vanessa la habían sacudido, habían cortado su felicidad y habían dejado una semilla de duda dentro de ella. ¿Podría criar a Chantelle correctamente?

CAPÍTULO CUARTO

Para cuando Emily y Chantelle regresaron a la posada, Chantelle estaba exhausta. Se las arregló para mantenerse despierta durante la comida que Daniel había preparado mientras estaban fuera, pero bostezó todo el rato.

—¿Quizás debería acostarse temprano?—Emily dijo—. Se levantó muy temprano. Y la escuela empieza mañana, así que no le hará daño estar descansada.

Daniel estuvo de acuerdo y subieron a la habitación de Chantelle, la acostaron y luego le leyeron un cuento hasta que se durmió.

Cuando salieron de su cuarto, cerrando la puerta silenciosamente, Emily pensó en los dos últimos días de la paternidad. Había sido más divertido de lo que ella esperaba. Pero las palabras de Vanessa todavía se arremolinaban en su mente, haciéndola dudar de sí misma.

Daniel y Emily bajaron las escaleras en silencio, sin querer que el crujido de las tablas del suelo despertara a Chantelle.

—Me encantaría llevar el bote a ver el atardecer—dijo Daniel—. ¿Qué dices? ¿Noche de citas?

Emily frunció el ceño—. No podemos dejar a Chantelle.

Daniel comenzó a reírse—. Menos mal que Serena está de camino.

El ceño fruncido de Emily se hizo más profundo—. ¿Eh?

Daniel sólo sonrió—. Bueno, mientras estabas fuera, me tomé la libertad de conseguir una niñera. Estará aquí a las siete.

El ceño fruncido de Emily se transformó en una sonrisa—. ¿De verdad?—no podía contener su emoción. Hacía tanto tiempo que no salía con Daniel que no se había dado cuenta de lo mucho que le apetecía. Ella le abrazó y le dio un beso suntuoso en los labios.

—Será mejor que me prepare—dijo radiante, y subió corriendo a vestirse.

Serena llegó puntualmente a las siete de la tarde, trayendo consigo su perfume de olor dulce extravagante.

—Alguien se ve deslumbrante—dijo mientras veía el atuendo de Emily.

Emily se sonrojó. Nunca había sido de las que aceptan cumplidos—. Gracias por hacer esto—dijo Emily—. Realmente apreciamos tener una cita.

—No hay problema—dijo Serena—. Estoy deseando relajarme y leer algunas cursis novelas románticas.

Emily y Daniel se dirigieron a la puerta, pero antes de que tuvieran la oportunidad de salir, se

toparon con alguien en la puerta. Era el amigo de Cynthia, Owen, el joven y tímido pianista que había estado antes en la posada para afinar el antiguo piano de cola de su padre, y a quien Emily le había ofrecido a venir a tocar cuando él lo deseara.

—Oh, um, lo siento, si vas a salir puedo volver en otro momento—dijo Owen, tropezando con sus palabras y jugando con las partituras que tenía en sus manos.

—Absolutamente no—dijo Emily—. Entra y toca. Serena está aquí de todos modos, así que puedes tocar todo el tiempo que quieras.

Owen sonrió tímidamente y dio las gracias a Emily, luego se fue a la sala de estar.

Mientras Emily y Daniel bajaban a trote por el porche, la hermosa e inolvidable música de piano de Owen flotaba tras ellos.

*

Las olas bañaban las paredes del puerto mientras Daniel ayudaba a Emily a subir a la barca. El cielo seguía azul, aunque el atardecer se acercaba rápidamente.

—¿Adónde nos dirigimos entonces?—preguntó Emily una vez que se instaló.

—Quería explorar otra isla—dijo Daniel.

Emily recordó la última vez que lo hicieron, cuando descubrió el faro y las pinturas que su padre había coleccionado. Ella estaba segura de que podría haber alguna pista sobre la desaparición de su padre contenida en ellas, pero como la mayoría de las pistas que había seguido, esa parecía haber llevado a un callejón sin salida: sólo el nombre de un artista que ya había fallecido.

Daniel encendió el motor y el barco se alejó del muelle. El agua estaba tranquila esta noche, y el viaje fue suave. El barco cortaba el agua fácilmente. Emily se agarró fuerte, entusiasmada por la sensación del viento en su cabello, ¡y agradecida de haberse arreglado el maquillaje!

El cielo se estaba tiñendo de rosa cuando llegaron a las orillas de la isla que Daniel quería explorar. Saltó del bote y ayudó a Emily a bajar, luego los dos se dirigieron de la mano a lo largo de la playa. A lo lejos, Sunset Harbor parpadeaba.

—Es tan hermoso—dijo Emily soñadoramente. Se había enamorado del lugar, de su posada y de la niña que dormía profundamente ahí.

—¿Crees que Serena está bien?—preguntó Daniel.

—Mientras Chantelle duerma, no habrá nada de qué preocuparse—contestó Emily.

Daniel se quedó callado—. Quería darte las gracias—dijo tímidamente.

— ¿Por qué?—preguntó Emily.

—Por ser tan increíble con Chantelle. Y sobre todo. Te he hecho pasar por un infierno, lo sé. No estaba seguro de que fueras a ser tan indulgente.

Emily tragó con fuerza. Recordar esas dolorosas semanas sin Daniel todavía le hacía mucho daño. Que él reconociera por lo que la había hecho pasar era reconfortante.

—No creo que realmente tuve elección—dijo Emily. Podía oír su voz vacilar—. Tan pronto como te vi con ella... fue todo lo que siempre quise, Daniel. Estoy tan enamorada de ti que duele.

Dejaron de caminar y Daniel se volvió para mirarla. Le limpió la lágrima de la mejilla con el pulgar, y luego suavemente le puso las manos alrededor de la cara.

—Yo también te amo, Emily—dijo.

Luego apretó sus labios contra los de ella. Emily se fundió con ellos, sintiendo una vez más esa cruda pasión que sólo Daniel podía encender dentro de ella. Ella envolvió sus brazos alrededor de él, sintiendo sus tensos músculos debajo de su camisa mientras sus manos se movían por todo su cuerpo. Escuchar a Daniel finalmente pronunciar esas tres palabras que ella había estado deseando escuchar hizo que su cuerpo cobrara vida de una manera que no lo había hecho en años. La pasión había desaparecido de su relación con Ben años antes, y a pesar de las noches felices que había pasado con Daniel, esta era la primera vez que sintió tal deseo, tal anhelo.

Ella se separó de él. Sus ojos ardían de deseo. Ella nunca lo había besado así antes.

—Te quiero, Emily—dijo Daniel, sin aliento—. Ahora y para siempre.

Emily se acercó entonces, jalando a Daniel hacia ella otra vez por los ganchos del cinturón de sus jeans. Ella lo quería a su lado, cerca de ella. Ella quería sentir cada centímetro de él. En esta isla abandonada, con el sol poniéndose a su alrededor, Emily no podía pensar en nada que quisiera más que a Daniel. Todo Daniel.

*

Las estrellas brillaban arriba. Las olas del océano rompían suavemente contra la orilla. Emily yacía en los brazos de Daniel, con la cabeza apoyada en su pecho desnudo y caliente. Podía escuchar los latidos de su corazón, su ritmo aun latiendo por hacer el amor. Su piel aún ardía al tacto bajo las yemas de sus dedos.

Se apoyó sobre el codo—. Hace siglos que nos fuimos—dijo—. Probablemente deberíamos volver.

Daniel respiró hondo, como si no quisiera abandonar este lugar. Emily sabía cómo se sentía. Ella también deseaba quedarse en este momento mágico para siempre. Pero recordó que había

más momentos mágicos para compartir en casa, en la posada. Ahora que formaban parte de una familia, habría un millón de momentos de diversión y felicidad para disfrutar.

Emily se recostó sobre la arena y vio a Daniel vestirse de nuevo, sintiéndose abrumado por la felicidad. Las estrellas por fin se habían alineado para ella.

Ella también se vistió y alisó su cabello, esperando poder arreglar su aspecto despeinado hasta el viaje en bote a la isla en lugar de lo que ella y Daniel habían hecho una vez allí.

Daniel se subió al bote y ayudó a Emily a entrar a su lado.

—Una vez que Chantelle esté en la escuela, deberíamos ir a la tienda de antigüedades que está al final de la calle—dijo—. Nunca he estado ahí y he oído que tienen joyas excelentes, algunos anillos realmente exquisitos.

El corazón de Emily empezó a latir más rápido. ¿Podría Daniel estar insinuando una propuesta? En la isla dijo que quería estar con ella para siempre; ahora hablaba de anillos. Emily ni siquiera había pensado en casarse con Daniel todavía. Había habido tanta agitación en su relación ya que ella había sacado esos pensamientos de su mente.

Pero ahora, mientras estaba sentada en el bote cruzando el océano y dirigiéndose hacia el pueblo que tanto adoraba, se dio cuenta de lo emocionada que estaba ante la perspectiva de establecerse con Daniel.

Por primera vez, la idea de que Daniel le propusiera matrimonio se alojó en su mente como una semilla que echaba raíces.

CAPÍTULO CINCO

—¿Estás lista para tu primer día de clases?—Emily le preguntó a Chantelle mientras se inclinaba sobre la mesa del desayuno y recogía los platos vacíos y las migas.

Chantelle la miró y asintió. Su expresión era de seria contemplación. Emily nunca había visto una expresión tan adulta en un rostro tan joven. Por supuesto, una nueva escuela sería inquietante para Chantelle, Emily lo sabía. Pero le dolía ver que la chica se viera tan solemne sobre todo esto. Ella esperaba poder ayudar a Chantelle a sentirse más cómoda y relajada, ayudarla a aprender a divertirse de la manera que debería hacerlo una niña de seis años.

En ese momento, Daniel entró en la cocina. Hoy llevaba puesta su camisa de cuadros escoceses metida en sus vaqueros, y se había cepillado el pelo hacia atrás y se había cortado la barba. Emily se llenó de orgullo al verlo, sabiendo cuánto se había esforzado por causar una buena primera impresión en las puertas de la escuela.

Daniel se acercó a Emily y la besó.

—Alguien se ve apuesto—le dijo Emily con una sonrisa de satisfacción.

Daniel miró a Chantelle—. ¿Lista para tu gran día?—preguntó.

Chantelle parecía un poco más relajada en la presencia de Daniel hoy, anotó Emily. Tal vez estaba aprendiendo a confiar en él al fin. Después de haber sido alejada de Tennessee, ella estaba empezando a establecerse y podía verlo como alguien en quien confiar, alguien que no la iba a defraudar.

—¿Vienes conmigo, papá?—me preguntó.

Emily notó la mirada de alivio en la cara de Daniel.

—Por supuesto—dijo.

—Ninguno de los dos se perdería esto por nada del mundo—agregó Emily.

Chantelle sonrió tímidamente, pareciendo tanto orgullosa como tímida.

Todos salieron de la casa y se subieron a la camioneta de Daniel. Mientras conducían por las calles bordeadas de árboles, Chantelle miraba por la ventana, con una mirada tensa y nerviosa. Cuando se detuvieron fuera del lindo edificio de ladrillos rojos que sería su nueva escuela, ella se puso pálida y retraída.

—Vas a estar bien—dijo Emily, acariciando su mano—. Sé que al principio da miedo, pero una vez que entres ahí y conozcas a todos los niños y a los profesores estarás bien.

Chantelle la miró con sus grandes ojos azules, claramente abrumada.

Emily se acercó a la puerta trasera de la camioneta y tomó la mano de Chantelle, apretándola para tranquilizarla, y la ayudó a saltar al suelo. Había otros niños y padres alrededor. Un grupo

de niños jugaban en una pila de hojas caídas, un par de niños se perseguían entre sí a través de la hierba. La propia Emily se sintió bastante abrumada por todo esto. Nunca había pasado mucho tiempo rodeada de niños, especialmente no de grandes grupos de ellos. El ruido era increíble, incluso peor que cuando Gus y su grupo de ruidosos setentañeros se habían quedado en la posada.

Emily miró a Daniel. Él también parecía perdido. No pudo evitar reírse para sí misma al ver a los tres, todos con los ojos muy abiertos y desconcertados.

En ese momento, una joven con una sonrisa de bienvenida caminó hacia ellos. Llevaba pantalones beige con corte de bota, una chaqueta lila y zapatos de tacón plano, un atuendo que Emily pensó que la revelaba como profesora de inmediato. Ella empujó a Daniel y no pudo evitar reírse en voz alta ante su expresión intimidante, que encajaba tan perfectamente con la de Chantelle. Enfrentarse cara a cara con los maestros fue claramente una experiencia aterradora para los Moreys, pensó Emily.

—Hola, soy la señorita Glass—dijo la joven, extendiendo su mano.

Emily tomó la iniciativa y le dio la mano. La Srta. Glass tenía manos increíblemente suaves y uñas perfectamente cuidadas.

—¿Es ella Chantelle?—preguntó la Srta. Glass, prestando atención y sonriendo a la niña.

Chantelle se alejó, aferrándose a la pierna de Emily. Emily le acarició la cabeza para consolarla.

—No tienes que tener miedo, cariño—dijo la Srta. Glass—. Todo el mundo está tan emocionado por conocerte. —Miró a Emily y a Daniel—. Son realmente un grupo súper dulce.

Emily sonrió, sintiéndose más cómoda con la idea de dejar a Chantelle fuera de su vista, de entregarla al cuidado de otra persona. Pero Daniel parecía estar luchando más con la idea de dejarla ir.

Se agachó junto a Chantelle y tomó sus hombros en cada una de sus manos—. Que tengas un día increíble—dijo, y Emily escuchó un toque de emoción en su voz—. No puedo esperar a oírlo todo.

Puso sus brazos alrededor y la abrazó con fuerza. Emily se dio cuenta de la forma en que apretaba los labios, conteniendo las lágrimas que intentaban escapar. Viéndolo de esa manera, ella también se emocionó, y eso hizo que ella lo amara aún más.

Daniel salió del abrazo y ahora era el turno de Emily de dar palabras de aliento a la niña. La abrazó con fuerza.

—Sé valiente—dijo—y muéstrales a todos los demás niños que tienes un alma amable, cariñosa y generosa.

Chantelle asintió. Se volvió hacia el edificio de la escuela y respiró hondo. Daniel extendió la mano y agarró la de Emily.

—Va a tener un día muy divertido—les aseguró la Srta. Glass mientras introducía la mano semi-reticente de Chantelle en la suya—. Lo prometo—añadió, moviendo el brazo.

Juntos, Emily y Daniel aguantaron la respiración mientras veían a Chantelle caminar por el camino hacia su nueva escuela. En el escalón superior, se detuvieron, y Chantelle se volvió. Con el aliento de la Srta. Glass, se despidió y luego desapareció dentro.

—El primer día de clases de nuestro bebé—susurró Emily.

*

En el camino de regreso a la Posada, Emily se preguntó qué harían con su día. Chantelle llevaba menos de una semana en sus vidas y ya no podía recordar lo que había hecho antes.

—¿Qué hacemos hoy?—le preguntó a Daniel.

—Creo que debería mudarme—contestó, su mirada aún fija en el parabrisas.

Emily lo miró—. ¿Hoy?

Daniel la miró y sonrió—. Es hora de que seamos una familia adecuada—dijo.

El estómago de Emily dio una voltereta. Las cosas con Daniel de repente se movían muy rápido, y le sorprendió lo mucho que quería que lo hicieran.

Llegaron a la posada y Daniel se estacionó fuera de su cochera. Al entrar, Emily sintió una extraña punzada de nostalgia. Apenas habían pasado tiempo en casa de Daniel, pero aun así se sentía especial para ella, un lugar lleno de recuerdos. Ya se sentía con menos vida, transformado por los acontecimientos recientes. Daniel había llevado una tonelada de sus cosas a Tennessee cuando se había ido en el verano y no había desempacado ninguna de las cajas o maletas, así que ya había algunas estanterías vacías y equipaje apilado en la esquina.

Se pusieron a trabajar de inmediato, empaquetando los libros y discos de Daniel, doblando su ropa y metiéndola en las maletas. La cocina tardó más en despejarse porque a Daniel le gustaban mucho sus experimentos culinarios y parecía tener una sartén o una olla específica para cada eventualidad. Pero en general, la limpieza de la cochera tomó muy poco tiempo. Daniel había pasado tantos años viviendo en un espacio tan pequeño que Emily se preguntaba cómo se adaptaría a la mansión interminable y desbordante. Sin mencionar que había estado solo por tanto tiempo y que ahora tendría que convivir no sólo con su pareja e hija, sino con una gran cantidad de huéspedes esporádicos, así como con el personal de la posada. Emily se recordó a sí misma que sin duda habría algunos problemas.

En su último viaje por el camino de entrada a la cochera para recoger las últimas cosas, Daniel y Emily se pararon en el pequeño porche, mirando hacia el espacio ahora vacío.

—Se ve tan extraño—dijo Daniel, una pizca de melancolía en su tono.

Emily esperaba que no se arrepintiera de su decisión.

De vuelta en la casa principal, Daniel se puso a trabajar desempacando sus cosas y encontrando lugares para ellas en el dormitorio principal. La propia Emily se preocupó más por la habitación de Chantelle. No era realmente adecuada para una jovencita. El lugar había sido decorado pensando en los huéspedes y todos los muebles eran demasiado adultos. Chantelle necesitaba una cama para niños en lugar de esta enorme y antigua pieza. Su osito de peluche metido en las cubiertas blancas y crujientes parecía solitario y desamparado. Necesitaba juguetes y un baúl para guardarlos y un estante para exhibirlos. Y podría tener un pequeño escritorio debajo de la ventana para poder ver el patio trasero en lugar del asiento de la ventana actual hecho de roble y salpicado de cojines de seda carmesí. Luego estaba el gran armario que ocupaba espacio en toda una pared. Incluso con toda la ropa que Emily había comprado para Chantelle, era demasiado grande.

Emily decidió entonces arreglar la habitación para Chantelle. Podría ser un proyecto de bricolaje que emprenderían como una familia. Chantelle podía elegir los colores que quisiera, y ellos podían ir a la tienda y encontrar almohadas, mantas, cortinas y alfombras a juego. Mientras tanto, sin embargo, quería hacer algo para que la habitación fuera agradable para Chantelle de inmediato, y se le ocurrió la idea de sacar algunos de sus juguetes viejos del ático. Ella había empacado todos sus juguetes y los de Charlotte cuando convirtió su vieja habitación en la primera habitación de huéspedes hace tantos meses.

Dejando a Daniel absorto en sus propias tareas, Emily subió al ático y buscó las cajas de juguetes que había ordenado cuidadosamente.

La hizo sentir muy emocionada cuando empezó a mirarlos todos de nuevo. A pesar de que había pasado mucho tiempo empaquetándolos cuidadosamente, algo en el hecho de que les estaba dando una nueva oportunidad en la vida al pasárselos a Chantelle la hizo sentir un poco melancólica, como si estuviera dejando ir a Charlotte de alguna manera. Pero también se sintió tan bien que Chantelle tuviera los juguetes viejos de Charlotte, ya que sentía que el espíritu de su hermana vivía en Chantelle.

Mientras Emily escarbaba en la selección de juguetes que creía que serían apropiados para Chantelle, se distrajo con una caja de fotografías. Ella las recordó instantáneamente como las que Daniel había rescatado del edificio durante la tormenta, había sacrificado sus propias fotografías para salvar éstas por ella. Ella nunca tuvo la oportunidad de mirar a través de ellas. Tomó la primera caja de la estantería y se instaló en el suelo.

El primer montón de fotografías eran de cuando Emily era bebé. Eran todos de la casa de Sunset Harbor, casi todas durante las vacaciones de verano, y en la gran mayoría también estaba con su mamá, Patricia. Sus padres se veían más felices en estas viejas fotos de lo que ella recordaba. Tal vez hubo un momento en que su matrimonio había sido exitoso después de todo.

A medida que pasaron los años, Patricia se volvió menos frecuente y su sonrisa aún más rara. Charlotte apareció cuando era bebé y luego cuando era una niña pequeña. Entonces tanto ella como Patricia desaparecieron por completo. Era casi como si Patricia hubiera muerto junto con

Charlotte, aunque Emily se dio cuenta de que era más probable que hubiera estado detrás de la lente, eligiendo permanecer fuera del centro de atención, de la misma manera que empezó a elegir no venir a Sunset Harbor en absoluto. Las fotos de la familia feliz en el patio trasero cesaron. Ahora, las fotos parecían ser momentos de tensión, capturadas a través de la necesidad. Una niña de ocho años con su padre en una mesa solitaria de Acción de Gracias. Una desamparada Emily de nueve abriendo sus regalos de cumpleaños con algunos amigos mientras su padre miraba melancólicamente. Los años pasaron, pero la oscuridad permaneció.

Mientras Emily hojeaba las fotos, mirando las instantáneas del tiempo que nunca antes había visto, un pensamiento la golpeó repentinamente. En todas las fotos desde la muerte de Charlotte, Emily y su padre habían estado juntos. Eso tenía sentido si Patricia hubiera sido la fotógrafa. Pero Emily estaba segura de que su mamá había dejado de venir a Maine cuando tenía unos diez años, y ciertamente no había estado para el Día de Acción de Gracias o Halloween ni para ninguna de las otras celebraciones de otoño. Emily se rompió el cerebro, tratando de poner en primer plano cualquier recuerdo que pudiera incluir a su mamá, sabiendo cuántas cosas había reprimido de su mente, pero se quedó en blanco. Pero si su madre no hubiera estado con la familia, ¿quién habría tomado las fotos?

Emily retrocedió, estudiando la de Acción de Gracias. Había tres lugares en la mesa. Estudió las fotos de Navidad y notó que entre sus regalos de libros, zapatos y lápices de colores, y los regalos de calcetines, corbatas y camisas de su padre, había una bata de mujer y un gran colgante de plata en una caja de presentación. ¿Para quién había sido el tercer juego de regalos? No pudo haber sido Patricia, ¿verdad? ¿Había una tercera persona que había aparecido en la infancia de Emily de la que se había olvidado? ¿Alguien que estuvo lo suficientemente cerca para estar presente en Acción de Gracias y Navidad?

Comenzó a temer que su padre tuviera una amante secreta a principios del verano, cuando encontró varios cuadros del mismo artista. Aquí, ahora, era lo más cerca que había estado de encontrar evidencia real de que tal mujer podría haber existido. Y sin embargo, no había ni una sola foto de esta mujer fantasma. ¿Su padre las había tirado a la basura cuando la aventura terminó, o la mujer se había mantenido alejada a propósito las fotos para que la aventura pudiera continuar?

Ella agitó la cabeza, confundida. El último pensamiento no tenía sentido. Digamos que hubo una amante secreta que se mantuvo alejada de las fotos por miedo a ser descubierta, entonces ¿por qué esa mujer también estaría presente en Halloween, Acción de Gracias, Navidad y cumpleaños; en otras palabras, entrando en la vida de Emily? ¿Habían jurado mantenerla en secreto? Parecía algo insensible y desagradable hacerle a una joven, hacerla mentir a su madre sobre la amante secreta de su padre, y sin embargo, ¿qué otra explicación podría haber? ¿Era por eso que Emily había borrado tan completamente los recuerdos de su infancia, porque siempre había estado tratando de olvidar?

La idea preocupaba a Emily. Ella no quería creerlo. Pero como con la mayoría de las cosas que concernían a su padre, su mente a menudo se escapaba con ella. Como ella no sabía la verdad, no le quedó otra que inventarla.

De repente, Emily sintió la sensación familiar de que la oscuridad nublabla su visión. Estaba

retrocediendo en el tiempo otra vez, a uno de esos lugares que su mente había borrado....

Estaba caliente, demasiado caliente. Se sentía como si las sábanas de su cama la estuvieran sofocando. Las pateó, con las piernas húmedas por el sudor. La cama de Charlotte estaba vacía y recordó que su padre la había puesto en otra habitación para que no se contagiara la gripe. Emily se sintió de repente muy sola. Ni siquiera el oso panda de Charlotte, que su hermana le había regalado para hacerle compañía, la consolaba. Aunque sus piernas temblaban y estaban inestables, Emily se levantó de su cama y bajó por la escalera del entrepiso.

Era otoño, ella lo supo al instante por el aire frío, no tan frío como el aire de invierno, pero definitivamente ya no contenía ese inconfundible calor primaveral. Puso su mano contra la pared, sintiéndose de repente muy inestable sobre sus piernas.

— ¿Papá?—dijo ella. Pero su voz era ronca y apenas se oía nada.

El miedo empezó a hacerla temblar. No sabía por qué, pero sentirse enferma y estar sola era aterrador. Ella quería alguien a quien abrazar, alguien real en lugar de un juguete de peluche. En ese momento apareció un perro en las escaleras. Emily ya había olvidado su nombre porque era algo largo y complicado. ¿Perséfone? ¿Ese era su nombre?

El perro se acercó a ella y le acarició la nariz mojada en la palma de la mano. Emily se sintió inmediatamente más tranquila y menos asustada. Caminaron juntos, uno al lado del otro, por el pasillo. Entonces con cuidado, todavía inestable de pie, Emily comenzó a bajar, Perséfone a su lado vigilando todo el camino hasta el rellano inferior. Una vez allí, Emily esperó a recuperar el aliento. Luego escuchó voces que venían de la cocina. Una era de su padre. La otra era una dama, probablemente la dama que trajo a Perséfone. ¿Se llamaba Diane? ¿Diana? Algo por el estilo.

Emily caminó por el pasillo hacia ellos, sus piernas cada vez más débiles. Entonces, de repente, empezó a resbalar, sus rodillas se doblaron, y cayó al suelo. Perséfone comenzó a ladrar inmediatamente, como si tratara de alertar a los adultos sobre el colapso de Emily. Funcionó. Su padre apareció, y la mujer también, y ambos corrieron hacia ella.

— ¿Emily?—dijo su padre—. Emily, ¿puedes oírme? ¿Emily?

Emily comenzó a volver al momento presente, tomando conciencia de que la voz que la llamaba no era la de su padre, sino la de Daniel. Sus mejillas estaban empapadas de lágrimas. Se las limpió.

—Tenemos que ir a recoger a Chantelle—gritó Daniel—. ¿Dónde estás?

Emily se puso de pie apresuradamente, alarmada por lo absorta que había estado en su tarea. Había tenido apagones antes, pero ninguno tan intenso como éste, ninguno que durara tanto tiempo y estuviera lleno de tantos detalles.

— ¡Ya voy!—respondió, corriendo hacia la puerta del ático.

Se encontró con Daniel en el tercer piso.

—Lo siento—dijo ella, apresuradamente—. Me distraje buscando esto para la habitación de Chantelle. —levantó el brazo lleno de ositos y muñecas en sus brazos.

— ¿Estás bien?—preguntó Daniel—. Parece como si hubieras estado llorando.

—Eran los juguetes de Charlotte—explicó Emily, eligiendo decirle a Daniel la verdad selectiva en lugar de toda la verdad.

Daniel abrazó a Emily y le besó la cabeza—. Creo que es muy amable de tu parte dárseles a Chantelle. Ella los adorará.

Emily apoyó la cabeza contra el pecho de Daniel y respiró profundamente. Su memoria la había sacudido mucho. Ella esperaba que él no la sintiera temblar.

*

Chantelle saltó por el camino hacia ellos, su sonrisa la más ancha que Emily había visto jamás. Junto a ella corrían otros dos niños, un niño pequeño de pelo negro azabache y una niña de mejillas rojizas con espesas trenzas jengibre. Todos se reían y bromeaban juntos. Emily se enorgulleció al saber que Chantelle había hecho amigos.

—Hola—le dijo Daniel a Chantelle—. ¿Quiénes son tus amigos?

—Él es Toby—dijo Chantelle, señalando al niño. Luego lanzó un brazo entusiasta en dirección a la chica bulliciosa—. Y ella es Bailey.

— ¿Eres el padre de Chantelle?—preguntó Bailey en voz alta, rápida y confiada—. ¿Quieres conocer a mi papá?—añadió antes de que Daniel tuviera la oportunidad de hablar—. Es piloto, así que no siempre puede recogerme de la escuela, pero está aquí ahora. Allí. —ella señaló.

Un hombre canoso y una mujer mucho más joven con un pelo rojo llamativo se acercaron. Bailey saltó a los brazos de su papá y él comenzó a balancearla, haciéndola reír a carcajadas. Emily notó la forma en que Daniel los miraba con un aire de envidia, como si estuviera decepcionado consigo mismo por no haber pensado en alzar a Chantelle de la misma manera. Intentó involucrarse en el juego en el que Bailey estaba arrastrando a su padre con Toby y Chantelle, pero acabó pareciendo un poco perdido.

—Veo que has conocido a nuestro pequeño monstruo—le dijo la mujer a Emily, sonriendo con una belleza juvenil. Ella extendió su mano inmaculada para estrecharla—. Soy Yvonne. Ese es mi marido, Kieran. ¿Cuál es el nombre de tu hija?

—Oh—dijo Emily, sonrojándose un poco—. En realidad no es mi hija. Daniel es su padre, pero yo soy su, bueno, todavía no soy su madrastra porque aún no estamos casados.

— ¿Aún?—Yvonne dijo jovialmente, levantando las cejas.

—Oh, no quiero decir que esté en las cartas en un futuro cercano—dijo Emily, comenzando a ponerse aún más nerviosa.

Yvonne se rió—. No te preocupes. Es complicado. Lo entiendo. Soy la segunda esposa de Kieran, así que soy madrastra cada dos fines de semana y durante la mitad de las vacaciones escolares. Entonces su ex también tiene hijastros, y ha pasado a tener más hijos con su nueva pareja también. Somos la definición de complicado. —Ella sonrió acogedoramente—. No tienes idea de lo difícil que es organizar la Navidad.

Emily se rió, sintiéndose instantáneamente a gusto en compañía de Yvonne.

—¿Tienes otros hijos propios?—preguntó Emily.

Yvonne agitó la cabeza—. Me hubiera encantado tener más, pero después de Bailey, tuve un aborto espontáneo. Entonces Kieran dijo que se sentía demasiado viejo para más niños. Tenía 45 años cuando tuvimos a Bailey. Ahora tiene 51 años. Sólo tengo treinta años, así que es una pena detenerme con una sola, pero, como dije, hay muchos hermanastros y medios hermanos con los que pasar el tiempo. —Ella sonrió—. Sé lo que estás pensando. Gran brecha de edad.

Emily se encogió de hombros un poco tímidamente—. Supongo que me preguntaba cómo se conocieron.

—En un siete treinta y siete de Portland a Reykjavik. —Ella sonrió—. Nos enamoramos y un año después me propuso matrimonio a treinta y dos mil pies.

En ese momento, llegaron los padres de Toby. Al ver que su hijo estaba jugando con los demás, se acercaron al lugar donde estaban Yvonne y Emily.

—Estos son Wesley y Suzanna—le dijo Yvonne a Emily.

El hombre estrechó la mano de Emily y la mujer pequeña sonrió. Claramente era ella de quien Toby adquirió la mayoría de sus rasgos. Compartían el mismo pelo liso, negro azabache, narices delgadas y labios anchos. Emily se dio cuenta al instante de lo tímida que era Suzanna en comparación con Yvonne, que era tan ruidosa y segura de sí misma como su hija.

—¿Son nuevos en el vecindario?—preguntó Wesley.

—Es una larga historia—dijo Emily, sintiéndose un poco incómoda por las circunstancias inusuales de ella y Daniel—. Mi padre vivió en Sunset Harbor durante mucho tiempo, luego me mudé aquí cuando heredé su casa.

—¿De dónde son ustedes?

Emily se sentía aún más incómoda—. Soy de Nueva York. Daniel vivió en diferentes partes de Maine la mayor parte de su vida, pero Chantelle creció en Tennessee.

Vio aparecer un ceño fruncido entre los ojos de Wesley.

—¿Chantelle es adoptada?—preguntó.

Emily agitó la cabeza—. Oh, lo siento, no estoy explicando bien esto, ¿verdad? Es la hija de Daniel de una relación anterior. —Se rió tímidamente—. Creo que la próxima vez que alguien me pregunte si soy nueva en el vecindario, debería decir que sí.

Wesley se rió, y eso ayudó a que Emily se sintiera un poco más cómoda.

— ¿Dónde vives?—preguntó Wesley—. Si ese es el tipo de pregunta con una respuesta directa.

Emily se rió—. ¡Puedo responder a eso! Vivimos en West Street. Acabamos de convertir la casa en una posada. La posada de Sunset Harbor.

Suzanna, que hasta ahora había estado escuchando con una educada sonrisa en la cara, de repente levantó las cejas—. ¿West Street?—preguntó ella—. Esa es una bonita parte de la ciudad.

Emily escuchó el énfasis en la palabra “bonita” y de repente se sintió cohibida. Estaba orgullosa de la posada, del sudor y el esfuerzo que había invertido para renovar el lugar, y odiaba pensar que Suzanna tenía algún tipo de idea preconcebida de que ella era una niña rica a la que le daba todo en un plato. Se sintió algo juzgada, con el repentino deseo de defenderse.

—Lo es—dijo con confianza, tomando un poco de la de Yvonne—. Mi padre vivió allí durante muchos años, pero la casa quedó muy deteriorada después de su desaparición. Ha sido un calvario devolverla a una condición habitable, por no hablar de un calvario emocional.

El comportamiento de Suzanna cambió instantáneamente, como si se hubiera dado cuenta de que había estado juzgando a Emily. En vez de un destello de celos, Emily vio un repentino estallido de simpatía en sus ojos.

—Eso suena difícil—dijo ella de manera significativa.

Emily se sintió un poco culpable por su actitud defensiva—. Sin embargo, lo peor es mi vecino—agregó Emily, tratando de aliviar el estado de ánimo—. Es un verdadero dolor en el trasero.

Suzanna sonrió.

Justo entonces Chantelle corrió—. Emily, ¿puedo jugar en la casa de Toby?

Emily miró a Wesley y Suzanna.

— ¿Qué tal si hacemos planes para el fin de semana?—dijo Wesley—. Podríamos reunirnos todos. A los niños les encantaría.

—Me gustaría mucho—contestó Emily.

Intercambiaron números y luego se despidieron.

De vuelta en la camioneta, Emily estaba feliz de que Chantelle no fuera la única que había hecho amigos hoy. La perspectiva de tener otros padres con los que hablar todo esto era justo lo

que ella necesitaba. Pero cuando regresaron a la posada, Emily vio un auto estacionado en la entrada. Era rojo y oxidado en algunos lugares, claramente muy antiguo, y ciertamente no era el tipo de coche que cualquiera de los invitados que ella tendría conduciría. Miró a Daniel y frunció el ceño. Su cara estaba pálida, desprovista de color.

— ¿Qué pasa?—preguntó Emily, aterrorizada de que Sheila hubiera regresado.

Pero lo que Daniel dijo en respuesta la conmocionó aún más—. Es mi madre.

CAPÍTULO SEIS

Emily observó cómo Daniel agarraba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. Apretando los dientes, parecía tenso, como un animal en estado salvaje siendo cazado. Ella nunca había visto una mirada así en su cara antes.

Chantelle, sentada plácidamente en el asiento trasero, de repente se dio cuenta del cambio de emoción dentro de la camioneta. Sus suaves ojos azules se volvieron temerosos mientras fijaba su mirada en la tensa figura de Daniel.

—Papi, ¿qué pasa?—tartamudeó.

Emily se dio la vuelta para mirar a la niña—. Nada, cariño—dijo ella—. Papá sólo tiene que hablar con alguien muy rápido, luego te llevaremos adentro y te prepararemos la cena.

Mirando a la niña, Emily se dio cuenta de que no creía ni una palabra de lo que dijo. Era demasiado astuta para una niña de seis años. Su dañina educación la había hecho claramente hipersensible a las señales que la rodeaban.

—Esperen aquí—murmuró Daniel mientras abría la puerta y salía corriendo por el camino.

Emily miraba, sintiéndose atemorizada, mientras la delgada mujer en los escalones del porche se volvía para mirar a su hijo. Tenía el pelo gris y la cara llena de pliegues. Emily sabía poco de la mujer a la que Daniel llamaba mamá, pero sabía que la mujer había sido joven cuando tuvo a Daniel. Que se viera tan vieja, razonó Emily, debía haber sido el resultado de la turbulenta vida que ella había vivido, el tipo de vida que Daniel no permitiría que se repita con Chantelle y Sheila.

No hubo cortesías. Ambos se encontraron -madre e hijo- e inmediatamente se pusieron a la defensiva. Emily pudo ver en la dura cara de la mujer un enojo y resentimiento que nunca debería existir entre una madre y su hijo. Ella había visto esa mirada suficientes veces en la cara de su propia madre. Solía pensar que transformaba a su madre en Medusa, porque podía convertir a Emily en piedra con esa mirada. Ver a Daniel ahora con la misma mirada encima hizo que Emily se sintiera fría de angustia.

Incluso desde esta distancia, con las puertas de la camioneta cerradas, Emily podía escuchar claramente cada palabra que se disparaban entre sí.

—¿Cuándo ibas a hablarme de ella?—gritaba la mujer—. ¡Una nieta! ¿Planeabas ocultármelo para siempre?

—No tienes derecho a verla—le gritaba Daniel—. Ella es mi hija. Mía. No la tuya. No dejaré que le metas las garras.

En el asiento trasero de la camioneta, Chantelle comenzó a temblar. Ver el miedo en los ojos de la niña fue suficiente para que Emily actuara.

—Vamos, cariño—dijo ella—. Entremos.

Se bajó de la camioneta y se dirigió a la puerta de Chantelle, abriéndola y cogiendo a la niña de la mano. Las discusiones de Daniel y su mamá se hicieron más fuertes a medida que se acercaban a la posada.

—¿Es ella?—tartamudeó la anciana cuando se fijó en Chantelle.

Daniel se giró en el lugar, la ira destellando en sus ojos mientras veía a Emily y Chantelle acercándose.

—Te dije que esperaras en el auto—siseó a Emily.

—Quería meter a Chantelle dentro—susurró ella con firmeza—. En algún lugar donde no se escuchen sus voces.

Era demasiado tarde para retractarse ahora. La madre de Daniel estaba sobre la niña. Chantelle se encogió, aferrándose a las piernas de Emily. El hedor del alcohol se agitaba en el aire.

—No tienes que asustarte—dijo la mujer, hablando entre sus dientes manchados y sus delgados labios—. Soy tu abuela, Cassie.

Emily se dio cuenta de que era la primera vez que oía el nombre de la madre de Daniel. Le había ocultado gran parte de su pasado. Todo lo que ella sabía era que su padre había luchado contra la dependencia del alcohol. Por el olor de Cassie, ella también lo había hecho.

—Chantelle ha tenido un día muy largo en la escuela—dijo Emily, acariciando el cabello de la niña de una manera que ella esperaba que fuera tranquilizadora, manteniendo su voz más calmada de lo que se sentía—. Está muy cansada. Vamos a entrar a por algo de comida. Dejaré que Daniel y tú se pongan al día.

Emily intentó entrar, pero Cassie se puso de pie y se enfrentó a ella—. ¿Y quién eres tú?—preguntó ella.

Emily sintió una puñalada de dolor en el pecho. Aunque sabía que Daniel tenía un contacto muy limitado con su mamá, ella asumió que la mujer sabría de su existencia por lo menos. Ella y Daniel habían estado juntos durante meses. ¿No era lo suficientemente importante como para mencionarlo?

—Soy Emily—contestó tratando de mantener la compostura—. Estás parada sobre mi propiedad. —Lo dijo como una amenaza, una advertencia a Cassie de que si causaba demasiada escena, Emily estaba en su derecho de llamar a la policía—. Espero una presentación adecuada en algún momento en el futuro. Pero por ahora, me gustaría que Chantelle entrara y se alimentara. Adiós.

Aunque su corazón estaba acelerado, Emily encontró el coraje de empujar a Cassie, guiando a Chantelle a su lado hacia la posada. En los escalones del porche, miró por encima de su hombro y vio a Daniel furioso, su mandíbula apretada por la ira. Emily se preguntaba si hubiera sido mejor alejar a Chantelle en la camioneta en lugar de someterla a una escena así. Estaban tratando de darle estabilidad a la niña, de enseñarle que el terror de sus primeros años había quedado

atrás. Claramente estaban fallando.

Una vez dentro, Emily trató de mantenerse calmada y alegre ante Chantelle.

— ¿Comemos sándwiches de mantequilla de maní y jalea?—dijo.

Chantelle se encogió de hombros. Parecía desamparada. Emily se arrodilló y la tomó por los hombros.

—Siento que tuvieras miedo—dijo ella—. Tu papá y tu abuela no se llevan muy bien. A veces a la gente le resulta difícil ser amiga, aunque sea de la familia.

Emily vio un destello de comprensión en los ojos de Chantelle. Continuó, aliviada de poder comunicarse de una manera que una niña de seis años pudiera entender, de una manera que pudiera relacionarse con su propia vida.

—Papá no quiere que te asustes nunca. Por eso le dice a tu abuela que se vaya. Quiere que sólo seamos nosotros tres por ahora, hasta que te instales.

Chantelle asintió con la cabeza y levantó el mentón con confianza. Emily respiró aliviada sabiendo que había calmado a la niña pequeña.

— ¿Puedo jugar con Mogsy y Rain?—preguntó Chantelle.

—Sí, pero sólo en el lavadero, ¿de acuerdo?—contestó Emily. Ella no quería que Chantelle los llevara afuera donde el sonido de la discusión de Daniel y Cassie pudiera llevarlos.

Vio a Chantelle irse y perderse de vista. Un momento después, la puerta principal se cerró de golpe. Emily corrió al pasillo y vio a Daniel entrando. La ira irradiaba de él como una corriente eléctrica.

— ¿Dónde está ella?—preguntó.

— ¿Chantelle?—Emily preguntó—. Está jugando con los perros.

Daniel fue a pasar a su lado, pero Emily se acercó y lo detuvo con una suave mano sobre su hombro—. He hablado con ella. La he calmado. Lo último que necesita es que hagas ruido ahí dentro, ¿de acuerdo? Ella está bien. Confía en mí.

Sintió que los músculos tensos de Daniel comenzaban a relajarse bajo su mano. Pero su respiración seguía alterada, sus ojos salvajes y brillantes. Podía haber calmado a la niña, pero sintió que calmar a Daniel sería un poco más difícil.

— ¿Se ha ido?—Emily preguntó—. ¿Tu mamá?

Daniel asintió con la cabeza y se pasó las manos por el pelo—. Le dije que me diera tiempo para arreglar lo de Chantelle y entonces tendríamos algún tipo de evento para que pudiera presentarla apropiadamente.

— ¿Ella lo creyó?

— No tenía elección. No había forma de que la dejara entrar en esta casa.

Emily se apoyó contra la pared y respiró hondo. Todo el encuentro la había perturbado mucho. Nunca se le había ocurrido que la existencia de Chantelle sacaría los esqueletos del armario de Daniel. Le había llevado mucho tiempo aprender a confiar en ella hasta el punto que le contara algo de su pasado. Ella esperaba que la repentina aparición de su madre no lo haría volver a callar.

Sintiendo que Daniel se había calmado, Emily lo tomó de la mano—. Tomemos un poco de café.

Ella lo llevó a la cocina, sintiéndose como una maestra guiando a un niño. Una vez dentro, los sonidos de Chantelle jugando felizmente con los perros al otro lado de la puerta del lavadero resonaron.

Daniel se sentó pesadamente en una de las sillas de la cocina. Cuando Emily le dio su café, notó lágrimas brillando en sus ojos. Se sentó enfrente.

— ¿Quieres hablar de ello?—dijo en voz baja.

—Todavía no—contestó Daniel.

En ese momento, Chantelle irrumpió en la cocina, con las mejillas rojas por las risas, y los perros le saltaban a los talones. Claramente ya había superado el espeluznante encuentro con Cassie afuera. Emily se maravilló de su resistencia.

— ¡Mira lo que le enseñé a hacer a Mogsy!—Chantelle gritó de emoción. Hizo un movimiento circular con la mano y Mogsy se giró—. ¡Mira!—exclamó Chantelle.

—Eso es genial—dijo Emily, radiante. Ella miró a Daniel—. Mira, Chantelle se está divirtiendo con los perros como te dije.

Daniel levantó la vista y asintió. Pero su expresión seguía siendo sombría.

—Eso es increíble, cariño—le dijo a Chantelle, tratando de alcanzar a la niña. Ella se acercó a él voluntariamente y él la empujó a un fuerte abrazo.

Emily lo observaba con curiosidad, preguntándose qué traumas guardaba en secreto y si alguna vez le contaría sobre su pasado.

CAPÍTULO SIETE

La vida en la posada volvió a la normalidad, la visita improvisada de Cassie se desvaneció hasta que no fue más que un recuerdo incómodo. Pero Emily notó que Daniel permaneció nervioso durante los siguientes días, y que estaba tan callado como siempre, si no más. Chantelle, por otro lado, se recuperó inmediatamente.

El sábado, la familia se despertó temprano, emocionada por la cita para jugar con Bailey y Toby, los nuevos amigos de Chantelle de la escuela. Iban a ir a un huerto de calabazas, algo que la propia Emily recordaba haber hecho en su juventud, aunque esta vez estaba más interesada en los cafés de calabaza con especias y en la tienda de la granja.

Cuando llegaron al huerto de calabazas, Yvonne y Kieran ya estaban allí con Bailey.

—Llegamos temprano para todo—dijo Yvonne mientras besaba a Daniel y Emily en la mejilla—. Es parte del paquete de casarse con un piloto. —ella se rió.

Emily encontró la confianza de Yvonne tranquilizadora. Nunca parecía preocuparse cuando Bailey estaba fuera de su vista, aunque quizás sólo sentía aliviada por tener un momento de paz de la exuberancia de la niña. Bailey era todo un desafío. Ahora mismo estaba corriendo por el huerto de calabazas a toda velocidad. Estaba vestida con un lindo vestido. Emily se preguntaba si debería haberle dado a Chantelle algo divertido para que se pusiera.

— ¡Mira!—Chantelle gritó, señalando un letrero—. ¡Hay una obra en el bosque!

Emily leyó el cartel—. Paseo por el País de las Maravillas Encantado de Alicia.

Yvonne sonrió ampliamente—. No has estado aquí antes, ¿verdad? Hacen una obra de teatro cada año. Es simplemente fabuloso. Te va a encantar.

Justo entonces, Daniel y Kieran regresaron con bandejas de cafés con leche y calabaza y rebanadas de pastel de calabaza. Todos se sentaron en los fardos de heno que habían sido colocados como asientos. La mesa era un hermoso pedazo de tronco de árbol tallado a mano. Bailey finalmente fue atraída de vuelta con la promesa de comida, y una vez que se estableció, las dos niñas comenzaron a susurrar conspiraciones entre sí.

Mientras todos comían sus bocadillos, el auto de Suzanna y Wesley se detuvo y salieron con Toby. Cuando vio a Bailey y Chantelle corrió a toda prisa hacia ellas con emoción.

Suzanna y Wesley compraron algunos cafés con leche con especias y pastel también, y finalmente todos se reunieron.

—Esto es absolutamente delicioso—dijo Emily, metiéndose más pastel en la boca.

—Por supuesto, ustedes nunca han estado aquí antes—dijo Wesley—. Te espera una verdadera experiencia.

—La obra comienza en cinco minutos—dijo Kieran, siempre controlando el tiempos—.

Deberíamos irnos.

Todos se fueron juntos al bosque. Era hermoso, decorado con luces de hadas y lanternas chinas. Había enormes estatuas de animales: zorros, tejones, gansos y sapos.

— ¿Te recuerda a alguien?—Emily le dijo a Daniel, señalando a un sapo.

— ¿Pensabas en Trevor?—dijo Daniel riendo.

Chantelle miró a su alrededor con temor. Estaba claro para Emily que nunca había visto algo tan mágico en toda su vida. Bailey la arrastró a ella y a Toby de las manos entre la multitud de niños para que pudieran estar justo al frente.

En ese momento, uno de los actores apareció vestido como un conejo blanco. Estaba corriendo, mirando su gran reloj de bolsillo. Entonces apareció Alicia, mirando al conejo con curiosidad. De repente, el conejo estaba corriendo y Alicia hizo una seña a los niños para que la ayudaran a perseguirlo. Se fueron corriendo hacia el bosque, gritando y riendo de emoción.

Daniel, Wesley y Kieran se fueron siguiéndolos, dejando a las mujeres atrás.

Yvonne se inclinó hacia Emily—. Te dije que era increíble. Los niños estarán ocupados al menos durante la próxima media hora.

—También pueden pintarse las caras—añadió Suzanna, mostrando su tímida sonrisa—. Manzana colgando. Baile en el establo. Es un día entero de actividades. A los niños les encanta.

—Puedo ver por qué—dijo Emily sonriendo.

Ella misma se lo estaba pasando de maravilla. Por primera vez, Emily pudo ver su futuro en Sunset Harbor. Chantelle se estaba acomodando, feliz y con nuevos amigos. Emily también sentía que estaba haciendo amigos de verdad en este lugar. Ella estaba tomando la maternidad de una manera que nunca esperó de sí misma, no sólo disfrutando sino deleitándose con ella. Se sintió como si estuviera donde se suponía que debía estar en ese momento. No sólo como una parte de la comunidad, sino como una mujer con una hija y otras parejas amigas. Estaba echando raíces.

— ¿Quieren ver la tienda de la granja mientras nuestros hijos y padres están ocupados?—dijo Yvonne.

Suzanna y Emily estuvieron de acuerdo y las tres mujeres caminaron por la senda. La tienda de la granja era un hermoso lugar en un granero convertido, con grandes ventanales de cristal que unían lo antiguo con lo moderno. El granero era enorme, y en su interior había luces que colgaban desde el techo con montantes. El suelo estaba alicatado. Tenía el aspecto de un museo o de una tienda de regalos artística como la que Emily solía frecuentar en la ciudad de Nueva York.

—Venden muebles aquí—le dijo Suzanna a Emily—. Todo hecho en el lugar. Tal vez haya algo que te guste para la habitación de Chantelle.

Emily les había contado a sus nuevas amigas todos los planes que tenía para transformar la habitación de Chantelle. Juntas, las tres mujeres observaron la gran cantidad de muebles que había en el interior del granero.

—Esto es precioso—dijo Emily, mirando la cama de madera para niños con un gran cajón debajo y los contornos de los animales del bosque tallados en el cabecero.

—A Chantelle le encantaría eso—estuvo de acuerdo Yvonne.

—Y aquí hay un escritorio y un armario a juego—dijo Suzanna.

Emily se acercó corriendo y se quedó boquiabierta de alegría. Había un juego de dormitorio entero. Todo lo que ella quería en términos de muebles para la habitación de Chantelle estaba aquí, en estas hermosas piezas hechas a medida, hechas a mano usando árboles de Maine. A Emily le pareció tan correcto comprar todo el juego, que lo hizo, sin pensar en las etiquetas de precio.

Mientras las mujeres compraban, hablaban, y Emily aprendió más sobre sus nuevas amigas. Suzanna, se sorprendió al descubrir que se había mudado a Sunset Harbor desde Chicago para casarse con Wesley, lo que significa que estaba en una posición similar a la de Emily.

—¿Alguna vez extrañas la vida de la ciudad?—preguntó Emily.

Suzanna se rió—. Por supuesto. Pero no lo cambiaría por la oportunidad de ser madre y tener mi familia. ¿Qué hay de ti?

Emily reflexionó sobre ello, comparando su vida de entonces con la de ahora—. Sabes qué—dijo ella—Creo que no.

—Es bueno saber que no te irás pronto a Nueva York—bromeó Yvonne—. Quería tu consejo.

—¿En serio?—Emily preguntó.

Por primera vez, Yvonne parecía un poco tímida—. Tengo el sueño de abrir un restaurante—dijo—. Y como eres una exitosa dueña de un negocio, pensé que podrías tener algunos consejos.

Emily se sintió orgullosa de sí misma por ser descrita de esa manera, y por ser alguien a quien otros acudían para pedir consejo.

—Podría ponerte en contacto con mis amigas Bárbara y Charles. Dirigen el restaurante de pescado en la ciudad.

—¿Lo harías?—Yvonne exclamó—. Oh, Emily, eres maravillosa.

Para cuando se unieron a sus parejas e hijos en la granja, Emily sintió que realmente había hecho dos nuevas amigas. Mientras cargaban a sus respectivas familias en sus autos, Emily sintió un repentino estallido de confianza.

—Oigan—gritó ella—. Vamos a cenar la semana que viene. Sólo adultos.

—Gran idea—estuvo de acuerdo Suzanna.

— ¡Sí, por favor!—Yvonne gritó—. Necesito desesperadamente una noche lejos de mi amorcito. —ella sonrió endiabladamente.

Emily asintió—. Bueno, entonces, estamos de acuerdo.

Al subir al coche, Daniel le preguntó—: ¿Qué fue eso?

Emily le sonrió—. Haciendo planes con nuestros nuevos amigos.

*

De vuelta en la posada, Emily empezó a trabajar directamente arreglando la habitación de Chantelle, mientras que Chantelle y Bailey corrían por el patio trasero con los perros. Emily se detuvo y observó a las niñas desde la ventana. La hacía tan feliz ver la alegría de Chantelle, como si pudiera captar la felicidad sólo con ver a la joven sonreír.

Desde la ventana, Emily también pudo ver un poco de la cochera que Daniel estaba ocupado restaurando. Iban a trasladar todos los muebles viejos de Chantelle a la cochera para establecerla como una unidad autónoma que luego alquilarían. Emily esperaba que estuviera listo a tiempo para el Día de Acción de Gracias para que pudieran recibir algunos invitados que pagaran. Por la velocidad a la que Daniel estaba trabajando, decidió que eso no iba a ser un problema.

Emily había comprado varios artículos nuevos para la habitación de Chantelle, pero había un artículo que quería traer del ático, y era su viejo cofre de juguetes. Ella subió y lo recuperó, haciendo fuerza mientras llevaba la pesada caja de madera hasta el tercer piso y entraba en la habitación de Chantelle. Ella esperaba que a Chantelle le gustara tanto como cuando era niña.

Una vez puesto en su lugar, Emily lo abrió para desempolvar el interior. Pero al levantar la tapa, algo le llamó la atención. La caja estaba vacía, pero había algo de color rosa vivo saliendo de entre las tablas.

Emily tiró con las yemas de los dedos y un delgado cuaderno de papel se deslizó hacia fuera con una cubierta de vinilo rosa de Barbie. Rápidamente hojeó las páginas. La libreta estaba llena de la letra grande y garabateada de un niño, y Emily se dio cuenta con sorpresa de que era un diario. En la primera página decía: Propiedad de Charlotte Marie Mitchell. MANOS FUERA. Emily jadeó al darse cuenta de que estaba sosteniendo en sus manos las palabras de su hermana. Palabras privadas que Charlotte había asumido que nadie leería. Por un momento, Emily se preguntó si debía leerlo, pero su intriga era demasiado abrumadora como para sofocarla. Se sentó con la espalda contra el baúl, el corazón revoloteando, y comenzó a leer.

La primera entrada era corta. *Fui a la tienda a comprar helado, estaba soleado en la playa, vi caca de perro en la arena, Charlotte.* Emily se rió para sí misma y pasó la página para leer la entrada del día siguiente. *Mami y papi tuvieron una pelea. Mami volvió a casa. No creo que*

mamá y papá se quieran más. Supongo que seremos sólo yo, Emily y papá para Acción de Gracias.

Emily sintió un horrible nudo en su garganta. Charlotte había muerto tan joven que en la mente de Emily la había reducido, pero Chantelle era el testimonio de lo astuta que podía ser una niña de seis años. Qué terrible para Charlotte haber sido tan consciente de la disolución del matrimonio de sus padres.

Antes de que Emily tuviera la oportunidad de leer más, escuchó el timbre de la puerta. Ella cerró el diario y lo metió en el bolsillo trasero de sus vaqueros, luego bajó corriendo para abrir la puerta. Cuando la abrió, se sorprendió al ver al alcalde Hansen parado en su porche, su ayudante, Marcella, de pie a unos pasos de distancia, con el portapapeles en la mano.

—Tengo malas noticias, Emily—dijo.

—¿Oh? ¿Qué ha pasado?—Emily rechinó los dientes, su instinto le decía que sea lo que sea, era casi seguro que tenía que ver con Trevor Mann.

El alcalde Hansen parecía nervioso—. Son esos impuestos atrasados—dijo—. Se ha puesto en marcha una nueva moción en la ciudad. No podemos seguir retrasándolo. Vas a tener que pagar.

Emily se cruzó de brazos—. ¿Una nueva moción puesta por quién exactamente?

El alcalde Hansen se tiró del cuello—. Bueno....

Emily miró por encima de su hombro a la siempre eficiente Marcella, sabiendo que la mujer obligaría a su petición de información.

—Trevor Mann—dijo Marcella, confirmando las sospechas de Emily. Subió trotando los escalones y le dio un trozo de papel a Emily.

Emily lo escudriñó—. No entiendo—dijo, leyendo y releendo la figura en el papel—. ¿Qué es esto?

—El pago de impuestos que tienes hacer—dijo Marcella.

La boca de Emily se abrió—. Pero esto es mucho más de lo que esperaba.

—La moción de Trevor pedía que se tuviera en cuenta el valor inflado de la propiedad. Luego está la inflación general, más el cargo permanente por la administración del papeleo de la propiedad, que también está sujeto a la inflación, y—miró hacia abajo a su portapapeles para confirmarlo y luego regresó a Emily—veinte años de multas.

El corazón de Emily empezó a martillar. Podía sentir cómo le sudaban las palmas de las manos—. No sé qué decir—tartamudeó—. Esto es mucho más de lo que puedo pagar.

En ese momento, Daniel subió por la entrada de la cochera. Debía haber visto el coche del alcalde en la entrada.

—¿Qué pasa?—dijo, mirando la pálida cara de Emily.

En respuesta, ella le pasó la carta. Estaba temblando tanto que tuvo que agarrar el marco de la puerta para estabilizarse. Ella miró los ojos de Daniel mientras él hojeaba la carta. Entonces el color se le fue de la cara.

—Esto tiene que ser una especie de broma—dijo.

—No, no, no es broma—dijo el alcalde evasivamente.

Marcella frunció los labios—. Yo no hago bromas, Sr. Morey.

El alcalde Hansen se volvió hacia Marcella—. Será mejor que nos vayamos, ¿no? Reuniones que atender. Citas que cumplir. Ese tipo de cosas.

Él apresuró a Marcella por el camino antes de que ella tuviera la oportunidad de decir algo en contra.

Daniel se acercó a Emily—. Estará bien—dijo con ternura.

—No, no será así—contestó Emily, hundiendo su cabeza contra su pecho—. No hay forma de que pueda pagarlo.

Daniel la abrazó con fuerza—. El no poder pagarlo nunca te detuvo antes—dijo con afecto burlón.

Emily se alejó, demasiado triste para que Daniel la animara—. No estoy de humor.

Se giró para dirigirse al final del pasillo. Daniel se acercó y la agarró.

—No tan rápido—dijo—. No quiero que te enfades. Déjame animarte.

— ¿Cómo propones hacer eso?—preguntó Emily, mostrando una mueca.

— ¿Por qué no vamos a la joyería de la que te hablé?—dijo Daniel, como si se tratara de un momento repentino de inspiración—. El de los anillos hermosos.

Emily se detuvo—. ¿Ahora?

— ¿Por qué no?—dijo Daniel—. Ahora es un buen momento.

El corazón de Emily comenzó a martillar con una mezcla de miedo y excitación. La parte de Emily que se despreciaba a sí misma se preguntaba si estaba haciendo esto para animarla, pero comprar un anillo no era la clase de cosa que un hombre hacía sólo porque su novia estaba de mal humor, particularmente si ese hombre era Daniel.

— ¿Qué hay de Chantelle y Bailey?—preguntó Emily.

—Las dejaremos en casa de Yvonne en el camino. Estoy seguro de que no les importará cuidar de Chantelle durante una o dos horas mientras escogemos.

¿Una hora o dos? Emily pensó que su corazón se elevaba. Hablaba muy en serio. Daniel lo dijo en serio.

—Vale—tartamudeó Emily—. Claro. Vamos.

Daniel sonrió y luego salió corriendo por los escalones del porche a buscar a las niñas. Emily se quedó allí un momento más, sintiendo el latir de su corazón en su pecho, el correr de la sangre en sus venas, y el zumbido de la anticipación en cada poro de su cuerpo.

CAPÍTULO OCHO

La joyería estaba ubicada en una pequeña y sinuosa carretera a poca distancia del puerto. Emily era una bola de nervios mientras ella y Daniel caminaban de la mano a lo largo de la acera. Los caminos familiares parecían repentinamente nuevos para Emily, como si todo estuviera cambiando ante sus propios ojos.

Emily y Daniel se detuvieron en los grandes ventanales de la tienda para que Emily pudiera ver los anillos que se exhibían. Una cálida luz provenía del interior de la tienda, pequeña pero luminosa y acogedora, con pisos de madera y una alfombra roja desgastada. Se parecía más a la sala de estar de alguien que a una tienda, lo que hacía que Emily se sintiera un poco más relajada.

La campana sobre la puerta sonó cuando la abrieron. Daniel entró, aparentemente mucho más tranquilo de lo que estaba Emily. Entró con un poco más de miedo, su boca seca por los nervios. Pero la tienda era cálida y tenía un olor a moho reconfortante. Emily se quitó el frío de las manos.

La empleada de la tienda, una anciana, levantó la vista y los saludó—. ¿Quieren que les ayude esta tarde o sólo están mirando?

—Sólo mirando—dijo Emily, incapaz de ocultar su tímida sonrisa.

Daniel frunció el ceño—. Estoy bastante seguro de que hoy compraremos algo—le dijo a la encargada. Luego se volvió hacia Emily—. ¿Verdad?

El corazón de Emily tamborileaba aún más fuerte, si eso era posible. ¡Daniel parecía tener prisa de repente! Ella misma no estaba del todo segura, pero el comportamiento de Daniel la hacía más segura. Lo decía en serio. Estaba sucediendo de verdad. Sentía como las mariposas se elevaban en su pecho.

—Hay algunas piezas realmente hermosas aquí—dijo Emily, sintiendo aún más calor en sus mejillas—. Pero no quiero apresurarme a elegir mal.

—¿Saben su presupuesto?—preguntó la encargada.

—¡Diablos!—dijo Daniel de repente—. Hablando de presupuesto, acabo de darme cuenta de que dejé mi billetera en el coche. Será mejor que vuelva a buscarla. —Le dio a Emily un beso rápido—. Siéntete libre de seguir adelante y buscar—agregó antes de desaparecer por la puerta.

La señora salió de detrás del mostrador—. Típico hombre—dijo ella, riendo—. No parece entender que elegir el anillo de compromiso requiere tiempo y consideración.

Emily sonrió. La idea de que podría estar a punto de elegir su anillo de compromiso la llenaba de emoción, y también de alivio por no haber sido tan tonta como para aceptar la propuesta de Ben. Esperar a Daniel había sido la decisión correcta después de todo, aunque Amy, Jayne y Vanessa no parecían estar de acuerdo.

Se movió lentamente a lo largo de las columnas de cristal, cada una mostrando hermosos

anillos de oro, plata y platino, con todo tipo de diamantes.

— ¿Sabes lo que quieres?—preguntó la encargada.

Emily agitó la cabeza—. No. Pero no quiero nada demasiado elegante o caro. —Su mente recordó la imagen de Ben sobre una rodilla en la cocina, sosteniendo un anillo de diamantes extraordinariamente caro entre sus dedos. Había sido hermoso, pero no era personal. Ella no quería que fuera así con Daniel. Quería que el anillo que simbolizaba su amor significara algo—. Prefiero algo único, para ser honesta. Tal vez una antigüedad.

Parecía apropiado para Emily que el anillo que eligiesen fuera una antigüedad, ya que se habían unido por amor a las antigüedades. Además, su padre había sido un gran conocedor, Emily sentía que sería una forma de acercarlo a ella.

—En ese caso—dijo la encargada de la tienda, caminando hacia el mostrador. Trajo una bandeja de anillos vintage y antigüedades—. Esto podría ser de su interés.

Emily se acercó al mostrador de cristal para ver mejor.

—Incluso con los anillos más viejos—continuó la encargada—podremos moldear el anillo de bodas para que encajen.

Emily se agachó y miró a la bandeja de anillos impresionantes. Había rubíes, esmeraldas y ópalos, bandas de plata y bandas de oro. Entonces Emily vio algo que realmente le llamó la atención. Era el anillo más único que jamás había visto, con una hilera de perlas engastadas dentro de una banda de color azul pálido y plata retorcida. Le recordaba al mar, que le parecía muy apropiado.

La encargada se lo sacó para que se lo probara. Emily esperaba que no le quedara bien, sabiendo muy bien que la mayoría de los anillos tenían que ser ajustados, pero cuando lo deslizó sobre su dedo anular se sorprendió al ver que le quedaba perfecto.

—Esa es una señal, si alguna vez vi una—dijo la encargada con una sonrisa.

Emily miró adorablemente el anillo. Era perfecto. Más que perfecto. Era como descubrir algo que nunca se había dado cuenta de que quería.

—Tengo que preguntar—dijo Emily, entrecerrando los ojos un poco en anticipación—. ¿Cuánto cuesta?

La encargada sonrió con una sonrisa mordaz—. ¿Por qué no dejamos que tu prometido se preocupe por las finanzas?—dijo ella, señalando hacia la puerta.

Emily miró por encima de su hombro justo a tiempo para escuchar la campana sonar y ver a Daniel entrar. Emily se arremolinó completamente, una gran sonrisa en su cara, su estómago revoloteando de alegría, y levantó su mano. El anillo brillaba en su dedo anular, atrapando la luz y brillando.

—Lo encontré—gritó con emoción—. ¡Encontré el anillo perfecto!

Durante un microsegundo no pasó nada. Entonces Emily notó el cambio en la expresión de Daniel, una realización repentina, como si algo se le hubiera ocurrido de repente. Vio el destello de preocupación en sus ojos. Entonces el momento de la realización la golpeó también, como una tonelada de ladrillos, un peso de plomo. Ella había malinterpretado todo esto. Daniel no la había traído aquí para comprar un anillo de compromiso, sólo un regalo de agradecimiento.

Ella se apartó rápidamente de su vista mientras las lágrimas saltaban inmediatamente a sus ojos. Con el estómago hundido por el shock y la vergüenza, Emily se quitó el anillo a la fuerza de su dedo. Daniel caminó hacia adelante y la tomó por los hombros, guiándola suavemente hacia atrás, de modo que la encargada no pudiera escuchar.

—Emily—susurró, el pesar audible en su voz—. Lo siento si te di una impresión equivocada.

—No, no—dijo Emily, moviendo la cabeza, sintiendo sus mejillas arder de vergüenza—. No fue tu culpa. He malinterpretado la situación. Simplemente lo asumí. Estaba siendo una idiota.

—No estabas siendo un idiota—dijo Daniel—. Debería haber sido más claro. Sólo quería darte un regalo para agradecerte por ayudar con Chantelle, por ser tan increíble en todo. —Ahora era su turno de arder de vergüenza—. Parece que lo arruiné todo.

—¿Podemos irnos a casa?—Emily murmuró, desesperada por no llorar en público.

—Pero todavía quiero comprarte algo—dijo Daniel con un suspiro de dolor—. Por favor. Quiero que sepas lo mucho que significas para mí, lo agradecido que estoy.

Pero Emily se sentía muy mal. Sólo agitó la cabeza.

—Por favor, Daniel—susurró ella—. Ya estoy humillada. Lo último que quiero es llorar también.

—Lo último que quiero es que te sientas humillada—dijo Daniel. Parecía muy preocupado.

Pero al mismo tiempo, Emily se dio cuenta de que no entendía completamente su reacción. No sabía por qué ella estaba tan cerca del borde de las lágrimas, o por qué quería huir del escrutinio de su mirada. Para él fue un pequeño malentendido, pero para ella fue el pasado repitiéndose. Ella había pasado por esto con Ben, por la humillación de pensar que él se lo iba a proponer. Se sintió como una tonta por haberse permitido pensar que sería diferente.

—Bueno, lo estoy—dijo ella enfadada.

Se acercó al mostrador y devolvió el anillo a la encargada, demasiado avergonzada para establecer contacto visual con ella, incluso mientras murmuraba una disculpa por haberle hecho perder el tiempo. Cuando se giró para dirigirse hacia la puerta, Daniel estaba bloqueando su camino.

—Emily...—empezó

—Estás empeorando las cosas—dijo Emily en voz baja.

Como Daniel no parecía que iba a dejar el tema, Emily no tuvo más remedio que pasar a su

lado y salir a la calle. La tienda estaba empezando a hacerla sentir claustrofóbica. Pero una vez en la calle, sus emociones asfixiantes no disminuyeron. Ella marchó por el camino, dirigiéndose hacia la camioneta.

— ¡Emily!—Daniel le llamó, corriendo por la calle detrás de ella—. Para, ¿quieres? ¿Podemos hablar de esto, por favor?

—No hay nada de qué hablar—contestó Emily, sus lágrimas finalmente cayendo por sus mejillas—. Fui tan tonta como para pensar que querías casarte conmigo. Pero por supuesto que tú no.

—No por el momento—exclamó Daniel, exasperado—. Hace un año que no salimos juntos. Quiero decir, vamos, sólo me mudé hace una semana.

Él mostró una sonrisa comprensiva pero Emily no estaba de humor para ello. No quería ser el blanco de ningún tipo de broma o burla. Estaba demasiado susceptible. No podía evitar preguntarse si se dejaría llevar por un cuento de hadas. Tal vez el que Daniel se mudara a la posada no había sido un movimiento tan inteligente después de todo.

*

Emily se encontró incapaz de decirle una palabra a Daniel mientras conducían por las calles de Sunset Harbor. Ella no quería que se sintiera mal -algo que él sí sentía a juzgar por sus miradas angustiadas en su dirección-, pero no podía encontrar las palabras.

—Será mejor que llame a Yvonne y le diga que vamos a recoger a Chantelle temprano—dijo Daniel.

—Claro—contestó Emily—. En realidad—añadió— ¿por qué no vas para allá? Pasa algún tiempo mirando el avión de Kieran como querías. No hay necesidad de poner fin a su cita de juegos.

— ¿Pero qué hay de ti?—preguntó Daniel.

—Creo que caminaré a casa. Tengo ganas de tomar un poco de aire.

Daniel la miró con expresión de dolor—. Emily...—dijo, su tono haciendo evidente que sentía que ella estaba tratando de alejarse de él, lo cual, por supuesto, era cierto.

—No, Daniel, por favor—dijo Emily.

Ya estaba harta de tratar de justificar sus emociones. El malentendido la había dejado sintiéndose horrible. Necesitaba un poco de tiempo lejos de Daniel para ordenar sus pensamientos.

En ese momento, Daniel se acercó a un semáforo en rojo. Emily lo tomó como su oportunidad

de escapar. Ella abrió la puerta.

—Te veré de vuelta en la posada para la cena—dijo ella, saltando y dando un portazo antes de que él tuviera la oportunidad de responder.

Solo miró muy brevemente hacia atrás para ver su expresión exasperada, y luego la fuerza cambió en la dirección opuesta. Fue sólo una vez que la luz se puso verde y la camioneta había acelerado que Emily comenzó su viaje de regreso a casa.

Su estómago se llenó de miseria mientras caminaba por la acera. No sabía qué era lo que más la enfermaba: el hecho de que Daniel pensara que quería casarse con él o el hecho de que se diera cuenta de que en realidad sí lo quería. Pero antes de que tuviera la oportunidad de pensar mucho más en sus pensamientos, sintió que su teléfono celular vibraba en su bolsillo.

Emily se detuvo y lo sacó. Era Amy intentando hacer una videollamada. Inmediatamente aceptó la llamada.

En el momento en que apareció la cara de Amy, Emily sintió una ola de alivio. Necesitaba ver una cara amiga.

—Estoy tan contenta de que llamas—dijo Emily en una gran exhalación.

La cara de Amy se volvió agria—. Oh, déjame adivinar, ¿Jayne ya te lo dijo?

Emily frunció el ceño—. ¿Eh? ¿Qué tenía que decirme?

—Mis noticias.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando—dijo Emily.

Amy sonrió de nuevo—. Oh. Vale. Pensé que cuando dijiste que te alegrabas de que te llamara era porque Jayne te había contado mis noticias.

Emily respiró para calmar sus nervios. Claramente esta conversación iba a ser todo sobre Amy.

—Bueno, no lo ha hecho, así que supongo que eso significa que puedes decírmelo tú misma—dijo Emily, sintiéndose un poco molesta porque Amy no había captado de su expresión que realmente necesitaba un hombro sobre el que llorar.

—Bien—dijo Amy, las comisuras de sus labios apareciendo—. Nunca adivinarás.

—Tienes razón—dijo Emily. No estaba de humor para juegos—. Así que será mejor que lo escupas.

— ¡Estoy COMPROMETIDA!—Amy gritó.

Emily se congeló. Su boca se abrió. ¿Comprometida? ¿Amy? ¡Y hoy de todos los días! ¿Qué clase de cruel truco del destino era este?

— ¿Con quién?—Emily tartamudeó.

Amy frunció el ceño—. Fraser. Mi novio. Oops. Quiero decir, prometido. —ella volvió a sonreír.

—Pero sólo han estado saliendo por cinco minutos—dijo Emily.

Esta vez los rasgos de Amy se cayeron por completo—. Han pasado cuatro meses. Y sabes que vamos en serio.

—Lo sé, pero... ¿no se están moviendo un poco rápido?

Amy puso los ojos en blanco—. No voy a estar sentada esperando siete años como tú lo hiciste.

El comentario picó a Emily. Se sentía un poco por debajo del cinturón. Pero luego se dio cuenta. Su mejor amiga estaba llamando con las noticias más felices de su vida y todo lo que Emily estaba haciendo era sentir lástima de sí misma.

—Lo siento, Amy—dijo ella—. He tenido un mal día. Estoy súper feliz por ti. Por supuesto que sí.

Claramente iba a costar mucho bajar a Amy de su nube nueve. Inmediatamente empezó a sonreír de nuevo.

—¿Quieres ver el anillo?—preguntó, mostrando los ojos y moviendo las cejas.

—Por supuesto—dijo Emily, aunque nada podría estar más lejos de la verdad.

Amy movió el teléfono sobre su mano. Era la cosa más ridícula que Emily había visto en su vida. Había alrededor de cincuenta diamantes de diferentes tamaños todos amontonados uno encima del otro, como si el diseñador hubiera estado buscando el récord mundial de la mayor cantidad de diamantes en un anillo.

—Es precioso—dijo Emily obedientemente.

—Lo sé, ¿verdad?—Amy chillaba, volviendo la cámara hacia su cara—. Y tengo más noticias.

Emily se preparó. Amy no podría estar embarazada también, ¿verdad? Al menos eso explicaría de alguna manera el apuro de la boda. No, era más probable que el súper rico Fraser les hubiera comprado una casa. O cuatro...

—¿Y bien?—preguntó Emily. Luego, con un sarcasmo velado, añadió—: El suspenso me está matando.

Amy sonreía como un gato de Cheshire—. Vamos a tener la fiesta de compromiso el fin de semana del Día de la Raza y hemos decidido hacerla en tu posada. ¡Sorpresa!

Emily se congeló, su lengua trabada. Por un lado, ella podía hacer mucho con el negocio, ya que las cosas habían sido un poco lentas. Pero por otro lado, la perspectiva de ponerle una cara

valiente ante Amy cuando estaba secretamente aplastada era desalentadora.

—Eso es increíble—dijo Emily, esperando que su voz no sonara tan forzada como ella sabía que era.

—¿Así que eso es un sí?

Lo que Emily realmente quería decir era—: ¿Tengo elección?—pero las palabras que salieron de sus labios fueron—: Por supuesto que es un sí.

—Oh, gracias a Dios—dijo Amy—. Porque ya se lo he dicho a todo el mundo. Así que seremos treinta. Tienes capacidad para 30, ¿no?

—Sí—contestó Emily. Todavía estaba demasiado aturdida para formular oraciones completas.

—Genial. Y quién sabe, tal vez tú y uno de los amigos bancarios de Fraser se lleven bien.

—Estoy con Daniel—dijo Emily automáticamente.

Pero tan pronto como las palabras salieron de su boca, ella se preguntó qué tan cierto era eso realmente.

CAPÍTULO NUEVE

SEIS SEMANAS DESPUÉS

Emily estaba sentada en el gran banco de su porche tomando un café con leche de calabaza con especias hecho en casa, y el vapor se enroscaba en el aire frío del otoño. Miraba contenta cómo Chantelle jugaba en las hojas de naranja crujientes, envuelta en un hermoso abrigo de lona, sombrero de lana y guantes, y se veía cada centímetro de ella como la niña despreocupada en la que se había convertido. A poca distancia, Daniel cuidaba el huerto de calabazas, con la nariz enrojecida por el frío en el aire.

La propia Emily estaba envuelta en guantes y una bufanda y el calor del café con leche se filtraba en sus manos, calentándola. Ella estaba teniendo uno de esos momentos felices donde todo se sentía bien en el mundo, como si las estrellas se hubieran alineado para hacer todo perfecto. Al menos, así se sintió hasta que vio su dedo anular desnudo....

Daniel no se había declarado. De hecho, ese horrible día en la joyería no había vuelto a mencionarse. Emily no había querido ir allí, para rascarse esa herida en particular. La vida era maravillosa - con Daniel mudándose, Chantelle feliz en la escuela y con sus nuevos amigos - ¿por qué interrumpirla? Emily sintió que era mejor dejarlo todo. Ni siquiera había estado pensando en casarse con Daniel; solo se dejó llevar por el momento, dejó volar su imaginación. Aunque en secreto deseaba que hubiera habido un resultado diferente hasta ese día.

Emily obligó a concentrarse en Amy y su fiesta de compromiso, que tendría lugar este mismo fin de semana. Emily no podía evitar sentirse nerviosa por todo esto. Ella ni siquiera conocía a Fraser; todo lo que sabía de él era que era banquero y que provenía del dinero, y no podía evitar que sus prejuicios pintaran un cuadro determinado. Ella se decía a sí misma que mantuviera una mente abierta, que fuera cordial y amistosa sin importar qué, porque eso era lo que Amy quería y, como su mejor amiga, Emily necesitaba apoyarla. La gente no puede decidir de quién se enamora, se recordó Emily. Miró a Daniel, con la pala en la mano, y sintió una sensación de hormigueo en su abdomen.

El cielo estaba despejado hoy sin señales de lluvia. Era el clima favorito de Emily, frío pero con un sol brillante. Revisó su reloj. Todavía faltaban unas horas para que llegaran los invitados.

—Creo que deberíamos ir a caminar—sugirió Emily.

Chantelle parecía emocionada por la perspectiva.

—¿Estás segura?—preguntó Daniel—. Este fin de semana vas a estar agitada con la fiesta de compromiso. ¿Por qué no te relajas ahora?

Emily no estaba segura de por qué, pero el comentario de Daniel la molestó. Parecía un poco condescendiente.

—No soy una mujer débil—dijo Emily—. Puedo manejar una caminata antes del trabajo.

Daniel frunció el ceño y luego suspiró, claramente sin ganas de discutir o defenderse. Emily sintió una punzada de culpa. Ella sabía que estaba llevando sus frustraciones y angustias por la fiesta de compromiso contra Daniel. No pudo evitarlo. Estaba celosa de Amy. Su amiga parecía haber adquirido la vida perfecta en cuestión de meses, mientras Emily todavía luchaba para llegar a fin de mes. Y aunque adoraba a Chantelle, el hecho de que existiera le preocupaba que Daniel no estuviera interesado en comenzar una familia con Emily. Tenía casi treinta y seis años; pronto sería demasiado tarde. Pero Daniel no tenía que preocuparse por eso en absoluto. Le quedaban años para preocuparse por crear otro ser humano, y ciertamente no iba a tener prisa ahora que tenía a Chantelle.

Emily agitó la cabeza, tratando de despejar sus preocupaciones.

—Lo siento—le dijo a Daniel—. Sólo estoy nerviosa por ver a Amy y Fraser. Creo que una caminata ayudaría a despejar mi mente.

Daniel pareció ablandarse entonces—. Por supuesto. Creo que es una gran idea. —Miró a Chantelle—. ¿Qué te parece, chiquilla?

Chantelle asintió—. ¿Podemos llevar a Mogsy y a Rain?

—Sí, por supuesto—contestó Daniel.

Todos se subieron a la camioneta y Daniel les llevó al parque nacional. La mayoría de los árboles ahí eran de hoja perenne, pero unos pocos habían perdido sus hojas, y se abría una vista asombrosa de Sunset Harbor abajo. Mirar hacia abajo a la pintoresca ciudad le recordó a Emily por qué le encantaba estar aquí.

—Qué vista—dijo Daniel, acercándose por detrás de ella y acurrucándose en ella.

Emily se relajó en sus brazos, su calor corporal se filtró en ella—. Es precioso, ¿no?—estuvo de acuerdo.

En el camino detrás de ellos, Chantelle jugaba con los perros. Su entusiasmo sin fin por los animales era algo maravilloso de contemplar. Ella los cuidaba tanto, de una manera que Emily nunca había visto en un niño. Era el lado serio que se había visto obligada a desarrollar, pero aquí pudo canalizarlo en algo gratificante. Fue asombroso cuánta responsabilidad estaba dispuesta a asumir por los perros: alimentar, pasear, jugar, asearlos. Sunset Harbor y la vida que ofrecía parecía ser tan rejuvenecedora para Chantelle como lo era para Emily.

*

De vuelta en la posada, Serena ya había llegado para hacer los preparativos finales de las habitaciones. Vanessa ya había aceptado trabajar ese fin de semana, y siempre estaba agradecida por la oportunidad de salir de la casa y ganar algo de dinero extra. Parker estaba ocupado con su negocio de mayorista, que afortunadamente había mejorado recientemente, así que Emily tenía

una nueva cocinera en espera, una mujer grande llamada Claudia. Mañana sería su primer turno. Era otra cosa por la que Emily se sentía ansiosa. Hubiera preferido tener a todo el equipo de sus sueños con ella en lo que probablemente iba a ser un fin de semana difícil.

— ¿Todos los dormitorios tienen ropa de cama limpia?—Emily le preguntó a Serena.

La joven mujer asintió—. He hecho absolutamente todo lo que hay que hacer, Emily. Honestamente, he estado trabajando aquí durante tres meses. Conozco el procedimiento.

Emily asintió con la cabeza pero se mordió el labio—. Sólo estoy ansiosa.

—Lo sé—dijo Serena con suavidad, una pequeña sonrisa en sus labios—. Tal vez deberías dejar el café un poco.

Emily le miró con cara de ofendida—. Ese café es lo único que se interpone entre mí y el estar en coma. No tenía ni idea de lo agotada que estaría por ser madre.

Se detuvo entonces y reflexionó sobre sus palabras. Aún no se había puesto el apodo de mamá. Se le había escapado entonces, naturalmente. Se sentía como la madre de Chantelle. Había asumido la misma responsabilidad que Daniel sobre la niña. Y sin embargo, no era su madre y nunca lo sería. Ni siquiera era su madrastra, Daniel no la había considerado digna de ese título todavía. Sólo era Emily. Claro, aceptando a Emily. Por primera vez, tuvo el temor repentino de que la tomaba a la ligera, de que la pisoteara. ¿Estaba volviendo a los viejos hábitos, viviendo la vida que tenía con Ben? ¿Absorbiendo las necesidades y deseos de Daniel y percibiéndolos como propios?

No tenía tiempo de pensar más en ello. El primer coche salió de la calle y se dirigió a la entrada. Sus invitados habían llegado. Emily respiró hondo y se preparó.

CAPÍTULO DIEZ

Emily y Serena se pararon en los escalones del porche una al lado de la otra en su forma profesional de anfitrionas. Se sentía extraño que Emily se comportara de esa manera con sus amigas, pero la mayoría de la gente en la fiesta de compromiso era gente que Emily no conocía, así que ellos esperaban profesionalismo.

La primera en llegar fue una mujer mayor con el pelo gris y el estilo perfecto de mamá futbolista. Llevaba un vestido de traje y tacones negros. No podría haber parecido más fuera de lugar en el pintoresco entorno de Maine. Emily podía ver en su cara que ya estaba descontenta con lo que veía.

Emily se presentó con Serena. La mujer ni siquiera pudo sonreír.

—Estoy aquí por el compromiso de mi hijo—dijo—. No me quedará mucho, sólo una noche. —Luego miró a la casa—. O tal vez sólo por la tarde.

Mientras Serena la llevaba adentro para que la registraran, le disparó a Emily con una cara graciosa. Emily respiró hondo y se estabilizó. Esperaba que el resto de la familia de Fraser no fuera tan desagradable.

En ese momento llegó otro coche, que contenía a Amy, Jayne y un hombre apuesto que Emily sólo podía asumir que era Fraser. Bajó trotando por las escaleras del porche para ayudarles con sus maletas.

Amy abrazó a Emily—. ¡Estoy tan feliz de verte!—gritó.

Emily la abrazó de vuelta, entrecerrando los ojos mientras el sol se reflejaba en el enorme racimo de diamantes de su dedo.

— ¡Em!—Jayne gritó cuando le tocó su turno de abrazar a su amiga—. No puedo creer que hayamos vuelto para otro fin de semana de travesuras en Sunset Harbor. —Ella se estaba burlando de Emily pero de una manera amistosa; era el tipo de bromas que siempre habían existido entre ellas—. Estoy deseando conocer a estos banqueros ricos— agregó desde el borde de la boca—. Tal vez encuentre a mi Sr. Perfecto.

Emily hizo una mueca, pero inmediatamente tuvo que cambiar la expresión de la cara cuando Fraser apareció ante ella, con la mano extendida.

—Debo decir que es un verdadero placer conocerte por fin—dijo. Emily notó lo perfectamente alineados que estaban todos sus dientes, y lo deslumbrantemente blancos. Prácticamente exudaba salud. Y riqueza, pensó Emily irónicamente.

—Igualmente—dijo ella amablemente, estrechándole la mano.

Amy se aferró a su costado como una lapa. Emily nunca había visto a su amiga así. Ella siempre había estado tan enfocada en su carrera, tan rápida en terminar relaciones que no creía que estuvieran funcionando. Claramente, ésta la había hecho perder los estribos. Emily podría

sentir empatía.

— ¿Quieren entrar? Serena puede registrarles.

Jayne se rió—. Es tan formal. Eres tan profesional ahora, Em.

Emily sonrió—. Vaya, gracias. Por favor, por aquí.

Hizo un gesto demasiado teatral para que los tres entraran. Pero cuando levantó la vista, se dio cuenta de que había llegado otro coche de invitados, uno lleno de hombres que se parecían a Fraser, pero con diferentes peinados, y todos la miraban con alegría. Emily sintió cómo se le hundía el estómago. Esto era lo que ella temía.

Observó con ansiedad cómo los cuatro hombres salían de su coche. Todos llevaban trajes, como si fuera otro día en la oficina, como si tuvieran que anunciar el hecho de que eran banqueros en todas partes. Si Emily hubiera pensado que la madre de Fraser se veía fuera de lugar en el pintoresco escenario de Maine, estos cuatro eran aún peores. Se reían a carcajadas entre ellos, miraban a su alrededor con disgusto el escenario y encendían cigarrillos. Emily temía acercarse a ellos pero sabía que enviar a Serena a hacerlo sería como tirarla a los leones. Se tragó su angustia y cruzó el camino de entrada hacia ellos.

—Buenas tardes—dijo ella—. Soy Emily. ¿Necesitan ayuda con sus maletas?

El clon rubio de Fraser levantó una ceja—. ¿Con estos bíceps? No lo creo.

Emily fingió una sonrisa.

El clon pelirrojo de Fraser le dio un codazo—. No te preocupes por Simón. Siempre es un imbécil. Soy Andy. —Fue lo suficientemente cordial como para estrechar la mano de Emily.

—Si quieren seguirme, haré que se registren.

Se giró y se dirigió hacia la posada. Inmediatamente se arrepintió cuando uno de los lobos silbó. Se giró bruscamente, frunciendo el ceño. Andy levantó las manos en una posición de tregua, como si se disculpara por el resto de sus amigos. Emily no estaba segura de si estaba ejecutando su rutina de chico bueno. Probablemente lo tenían todo resuelto entre ellos, en qué personaje deslizarse para conseguir lo que querían. Ella tuvo una aversión instantánea a todos ellos, Simón, Andy, y los otros dos clones de los que no tenía intención de aprender los nombres. Ya sabía que iba a ser un fin de semana difícil.

Los invitados comenzaron a congregarse en la sala de estar. Emily escuchó el sonido de un piano discordante y se encogió al pensar que uno de los amigos de Fraser abusaba del piano antiguo de su padre. Ella saludó a algunos invitados más, notando las miradas de confusión y desdén en cada uno de sus rostros mientras miraban la posada, los pintorescos alrededores. Jayne no se había resistido a decir lo aburrida que pensaba que era Sunset Harbor, pero en comparación con estos tipos, era una santa absoluta. Emily se recordó mentalmente a sí misma de colocar a los más arrogantes de los huéspedes en las habitaciones más pequeñas del tercer piso (¡y las más alejadas de ella!).

Con los invitados finalmente registrados, Emily se fue a la sala de estar. La última vez que llegó al límite de su capacidad con Gus y sus amigos de la reunión, la sala había estado llena de amor y amistad. Esta vez estaba llena de bravuconería. Cada una de las personas que estaban allí dentro parecía estar tratando de superar a las demás, presumiendo de la marca de zapatos que llevaban puestos, del tipo de bolso que llevaban y de la exclusividad del perfume que llevaban puesto. Hizo que Emily se encogiera.

Serena se acercó a ella—. Bueno, estos tipos apestan—dijo ella por el rabillo de su boca.

Emily le la miró de lado—. Profesionalismo, por favor—dijo. Serena no siempre era tan buena en no cruzar la línea entre ser la amiga de Emily y ser la empleada de Emily. Pero un segundo después, Emily agregó—: Son los peores.

Serena se rió.

En ese momento, Chantelle entró en la sala de estar.

—Hola, muñeca—dijo Serena—. Tenemos invitados aquí. ¿Por qué no vas a jugar con tu padre en el patio trasero?

Daniel se había mantenido fuera del camino a propósito. No le gustaba mucho Amy o Jayne, e iba a odiar a los demás.

—¿Dónde está papá?—Emily le preguntó a Chantelle. Prometió llevarla en el barco esta tarde, así que ambos estarían fuera del camino.

—Tenía que conseguir gasolina—dijo Chantelle—. Iremos al puerto tan pronto como él regrese. ¿Puedo esperar aquí?

Emily se mordió el labio. No le gustaba la idea de exponer a Chantelle a esto. Cuando la posada estaba llena podía ser ruidosa e impredecible en el mejor de los casos, pero con estos chicos, cualquier cosa podía pasar.

—¿No quieren Mogsy y Rain unos abrazos?—Emily sugirió.

Chantelle frunció el ceño. Emily no había visto su lado enojado en mucho tiempo. Esperaba no haber desencadenado el comienzo de una rabieta.

—Estás tratando de deshacerte de mí—dijo Chantelle.

Emily agitó la cabeza—. Absolutamente no. Pensé que preferirías jugar con los perros que sentarte con adultos aburridos.

Chantelle se encogió de hombros—. Me gustan los adultos. Siempre había muchos adultos en la casa de mamá.

El comentario dejó fría a Emily. No podía imaginar a qué personajes desagradables había sometido Sheila a la pobre niña. Pero no estaba dispuesta a discutir con Chantelle, así que cedió.

—De acuerdo. Déjame presentarte a mis amigas.

Ella esperaba que si podía tener a Amy y Jayne preocupándose por ella, entonces Daniel regresaría antes de tener la oportunidad de estar expuesta a cualquiera de los otros.

Emily llevó a Chantelle de la mano hasta donde Amy, Jayne y Fraser estaban sentados juntos en uno de los sofás. Cuando Amy la vio, sus ojos se abrieron de par en par.

— ¿Esta es Chantelle?—dijo con un chillido agudo.

—Ella quería saludar—explicó Emily.

—Bueno, eres monísima—dijo Jayne—. ¿Te gusta vivir en Sunset Harbor?

Chantelle asintió—. Es mucho más bonito que mi antigua casa.

—Aunque un poco pequeño, apuesto a que sí. Estar en la cochera.

Chantelle frunció el ceño—. No vivo en la cochera. Vivo aquí.

Ahora le tocó a Jayne fruncir el ceño. Ella miró a Emily—. ¿Vive contigo?

Emily sintió que se sonrojaba. No era que ella estaba escondiendo la verdad a sus amigas, sino que no quería entablar conversaciones difíciles con ellas. Ella sabía que desaprobaba lo rápido que dejó que Daniel volviera a su vida, lo fácilmente que había asumido el papel de madre de su hija secreta con otra mujer.

—Emily—dijo Amy, casi como si la estuviera regañando—. ¿No crees que te estás moviendo un poco rápido?

Emily levantó una ceja—. No nos pongamos en marcha rápidamente, ¿de acuerdo?— dijo ella, secamente.

Jayne se rió. Siempre le gustó un poco el conflicto. Miró a Chantelle—. Ella nunca nos dice nada—dijo—. Así que supongo que tu padre también vive aquí, ¿verdad?

Chantelle parecía estar aguantando a pesar de la situación que provocaba bastante ansiedad para Emily—. Sí, por supuesto que sí. Sería un poco raro si viviera aquí sola, ¿no?

Las cejas de Jayne se le subieron a la frente—. Vaya—dijo ella—. Esta chica tiene agallas.

Emily suspiró en voz alta—. Jayne, por favor, sólo tiene seis años. ¿Puedes no...?

— ¿...envenenarla con mi boca sucia?—Jayne terminó arrogantemente.

Antes de que Emily tuviera la oportunidad de hablar, Chantelle se entrometió—. Conozco todas las palabrotas. No hay nada que no haya oído.

Emily la tomó por los hombros rápidamente—. Creo que oí que la camioneta de papá subir por la entrada. Deberías ir a comprobarlo.

Chantelle se abrió camino entre la multitud. Tan pronto como se fue, Emily le echó una mirada a Jayne.

— ¿Puedes hablar con ella como si fuera una niña en vez de alguien que hayas conocido en un bar o en un club nocturno? Chantelle ha tenido una vida dura. Necesita estar rodeada de gente amable y cariñosa.

Jayne agitó la cabeza—. Bueno, tal vez si nos hubieras contado lo que está pasando no necesitaríamos sondear a tu hija.

Emily no quería hablar de ello. Ahora no era el momento ni el lugar. Pero ella sabía que tendría que lidiar con las preguntas de Jayne y Amy más tarde.

CAPÍTULO ONCE

Los huéspedes comenzaron a instalarse en sus habitaciones y a explorar los terrenos. Emily podía sentir cada una de sus miradas críticas tan intensamente como la víctima de un matón nota cada movimiento de su atormentador. Esto claramente no era lo que esperaban, esta casa, esta zona. Emily sintió que se calentaba de resentimiento.

De repente, Amy apareció junto a Emily en la ventana—. Casa llena—dijo—. Es un poco abrumador, ¿no?

Emily se giró y dejó caer la cortina de su mano—. ¿Estás nerviosa?

Amy sonrió—. ¿Es tan obvio?

Emily empujó suavemente a su amiga—. No puedo creer que te vayas a casar.

—Lo sé, ¿verdad?—Amy dijo. Emily notó el brillo en sus ojos de nuevo, la mirada en su cara que tenía cada vez que pensaba en la boda. Emily no podía evitar sentir envidia de ello.

De repente, Jayne apareció y colgó sus brazos sobre ambas—. ¿De qué están hablando?—dijo ella.

—El hecho de que Amy se vaya a casar—dijo Emily—. Y lo loco que es.

— ¡Dímelo a mí!—Jayne bromeó—. Quiero decir, ¿con quién voy a ir a los clubes ahora? Tú estás aquí en Villa Aburrada y Amy está a punto de convertirse en la señora ama de casa.

— ¡Hey!—Amy y Emily dijeron al unísono. Entonces los tres se disolvieron en risas.

—Sabes—dijo Amy—Desearía que fuéramos sólo nosotras tres.

—Yo también—dijo Jayne—. Pensé que iba a conocer a algunos solteros, pero los amigos de Fraser son unos idiotas.

Emily se alegró de que fuera Jayne quien lo dijera y no ella.

—Son un poco raros—admitió Amy—. Pero honestamente, todos son muy amables. Uno a la vez.

Las tres comenzaron a reírse de nuevo.

—Oigan—dijo Emily—. ¿Por qué no vamos a dar un paseo a la playa? Parece que muchos de los huéspedes se están dispersando de todos modos, explorando la ciudad y ese tipo de cosas. Estoy segura de que a nadie le importará si nos tomamos una o dos horas para nosotras.

Amy pareció inmediatamente aliviada—. Sí. Sí, por favor. Me encantaría eso. —Luego, en voz baja, añadió—: Cualquier cosa para alejarse de la madre de Fraser.

Emily fue a buscar a Serena y le pidió que lo vigilara todo, luego las tres viejas amigas se fueron por el camino escondido que conducía al océano.

—Esto es agradable—dijo Jayne.

Emily levantó una ceja—. ¿Quieres decir que hay algo que te gusta de Sunset Harbor?

Jayne sonrió maliciosamente.

— ¿Cómo te sientes?—Emily le preguntó a Amy—. ¿Un poco más relajada?

—Sí—dijo Amy con una gran exhalación—. No es que sea una bola de nervios. Es un poco abrumador tener a toda esta gente junta. Quiero decir, Fraser y yo no hemos estado juntos tanto tiempo, así que recién estoy conociendo a algunos de ellos yo misma.

— ¿Pero eres feliz?—preguntó Emily.

—Dios, estoy increíblemente feliz—dijo Amy—. No tenía idea de que podía sentir tanta felicidad. Fraser es casi demasiado bueno para ser verdad. Todavía no entiendo qué es lo que ve en mí.

— ¿Disculpa?—Jayne se burló—. Eres súper sexy, tienes tu propio negocio que construiste desde cero después de la universidad, y eres una de los humanos más decentes que jamás haya existido.

—Vaya—dijo Amy, abriendo los ojos—. ¡Espero que el discurso de boda de Fraser sea tan elogioso como eso!

Las tres amigas se rieron.

— ¿Y qué hay de ti y Daniel?—preguntó Jayne. Siempre tenía una forma de llegar directamente a los temas delicados, de no contenerse—. Estás criando a su hija por él, ¿te va a hacer la cortesía de hacerlo oficial?

Emily se retorció—. No es así entre Daniel y yo.

— ¿Quieres decir que te las has arreglado para encontrar otro con fobia al compromiso?

Emily puso los ojos en blanco. Ella realmente no quería meterse en esto. Especialmente cuando la vida perfecta y la felicidad abrumadora de Amy se le estaba metiendo por la garganta. Estaba contenta con su vida; solo justo cuando se la comparaba con la de otra persona es que comenzaba a cuestionar las cosas. Ella amaba a Daniel completamente, pero él no era el hombre más romántico del mundo, y tenía muchas cosas cerca de su pecho. Ella era muy parecida. Ambos habían sido heridos por sus experiencias en la vida. Amy y Fraser no tenían de qué preocuparse. Ningún chico de una relación anterior de qué preocuparse. No había historia pasada. Y ni siquiera se mencionaba el dinero. Amy y Fraser estaban arreglados de por vida. Amy tenía su negocio, y él tenía su trabajo en la banca de inversión, sin mencionar a todos sus amigos de la Ivy League de los que podía conseguir favores y a sus ricos padres. Tenían un hermoso apartamento en Nueva York y cuando llegara el momento de mudarse a una casa familiar, podrían hacerlo sin preocupaciones. Sería como comprar un sombrero nuevo o algo así. El dinero no sería problema.

Emily tuvo un momento repentino de duda. ¿Daniel era el indicado para ella? ¿Era esta vida lo que ella quería? Todo era tan complicado entre ellos. ¿Pero no había venido a Sunset Harbor en primer lugar para averiguar lo que necesitaba de la vida? ¿Se las había arreglado para dejarse arrastrar por algo que no quería, tan indefenso como la madera a la deriva flotando en el océano?

*

Para cuando regresaron a la posada, Daniel y Chantelle ya habían terminado su viaje en bote. Emily los encontró en la cocina comiendo sándwiches, ambos con las mejillas rojas por el viento. Se parecían tanto, tanto como padre e hija, que casi le dolía a Emily saber que no era realmente parte de su familia.

— ¿Cómo se están acomodando todos?—preguntó Daniel.

Emily se encogió de hombros—. Son ruidosos—dijo ella, caminando hacia la nevera y sacando un poco de agua—. No es mi tipo de gente—añadió.

— ¿Oh?—preguntó Daniel, sondeándola para que revelara más.

Emily no estaba de humor para hablar. Amy y Jayne se habían puesto un micrófono en el oído y no podía evitar ver a Daniel ahora a través de un lente sospechoso. Ella había hecho todo tan fácil para él. Ella lo aceptó de nuevo en su vida sin cuestionarlo. Ella lo dejó mudarse, vivir sin pagar alquiler, traer a su hija. ¿Cuál había sido la frase de Jayne? No había tenido “la cortesía” de casarse con ella, de comprometerse con ella, a pesar de todo lo que ella le había dado.

—Sólo son unos imbéciles de Nueva York—dijo Emily bruscamente—. Ya sabes, del tipo que odias.

Había tanta animosidad en su voz que incluso Chantelle se dio cuenta. La niña la miró con ojos asustados. Pero fue la expresión de Daniel la que más disgustó a Emily. Él la estaba frunciendo el ceño y ella sabía por qué; no creía que debía perder la calma de esa manera frente a Chantelle. ¿Pero por qué no debería? Chantelle no era su hija, después de todo. Ni siquiera cerca.

—Chantelle, ve a jugar a tu cuarto—dijo Daniel. Sonaba más severo de lo que Emily le había oído jamás, y Chantelle se fue corriendo sin dudarle. Tan pronto como ella se fue, se volvió hacia Emily—. ¿Qué está pasando?

Emily agitó la cabeza—. Nada. Sólo estoy abrumada. Trabajando. ¿Sabes?

El ceño fruncido de Daniel se hizo más profundo—. ¿Es una especie de indirecta? ¿Crees que no trabajo?

—Bueno, no lo haces—dijo Emily—. Tú cuidas el jardín.

—Gratis—agregó Daniel, su tono se agudizó.

—Bueno, es tu manera de pagar la comida para ti y tu hija, ¿no?—Emily volvió a disparar.

Daniel miró más allá de la confusión y Emily no pudo culparlo. Estaba siendo mala y lo sabía, pero no podía evitarlo.

—Siempre podemos volver a la cochera si no estás contenta de que estemos aquí.

— ¡Tampoco pagas alquiler ahí!—exclamó Emily.

No pudo evitarlo. Gracias a Jayne y Amy ella sólo podía ver a Daniel sospechosamente, a través de los ojos de un extraño. ¿Se estaba aprovechando de ella? ¿Viviendo cómodamente de su duro trabajo?

Daniel se puso de pie entonces—. Mira—dijo—. No sé cuál es tu problema de repente, pero será mejor que terminemos esta conversación antes de que ambos digamos algo de lo que nos arrepintamos.

Emily lo miró con ira. Pero mantuvo la boca cerrada. Él tenía razón. Ya se estaba arrepintiendo de todo lo que había dicho hasta ahora—. Bien—murmuró.

Daniel asintió con la cabeza, pero su enojo aún era palpable—. Obviamente tienes mucho que hacer este fin de semana. Sería mejor que Chantelle y yo nos mudemos a la cochera para liberar algunas habitaciones.

Emily se arrepintió mucho de haber empezado esta pelea. ¿Ella había empujado a Daniel? ¿Estaba huyendo a la primera señal de problemas?

—No necesitas hacer eso—dijo Emily.

—Preferiría no tener a Chantelle cerca de los invitados borrachos.

Emily suspiró en voz alta—. Siempre supiste que podría haber invitados borrachos cuando la mudaste. ¿Ahora de repente te estás arrepintiendo?

—Sólo creo que sería lo mejor—contestó Daniel.

Luego salió de la cocina y se dirigió al dormitorio de arriba. Un momento después, Emily observó cómo aparecía con Chantelle en sus brazos. Bajaron las escaleras y salieron por la puerta principal.

Emily los vio mientras Daniel caminaba por el camino de entrada a su cochera, sin saber por enésima vez en su relación dónde estaba realmente con Daniel.

CAPÍTULO DOCE

Su pelea con Daniel resonó en la mente de Emily durante todo el día. No podía evitar sentirse preocupada por ello, por su arrepentimiento de haberlo iniciado y por las razones por las que había sucedido. Alejar a Daniel no había sido su intención. Ahora tenía que pasar toda la noche pensando en su pelea y preocupándose por su futuro.

Mientras el cielo se oscurecía sobre la posada, Owen, el pianista, llegó con sus partituras. Emily le dio la bienvenida y vio como Serena le saludaba con un tímido abrazo. Luego entró en el salón de baile donde el piano había sido reubicado para practicar. Emily no estaba muy segura de cómo los invitados a la fiesta de compromiso se divertirían con las elegantes piezas barrocas para piano, pero era parte del servicio formal de fiesta de compromiso que Amy había pagado y ella insistió en ello.

—Compraron tanto alcohol—dijo Serena mientras Emily y ella terminaban de preparar el salón de baile.

—Lo sé—dijo Emily nerviosamente—. Deberíamos tratar de limitar la cantidad que beben. No quiero que se pongan muy ruidosos.

Serena le echó un vistazo—. No puedes hacer eso—dijo ella, sin rodeos—. Pagaron por el licor. Es una fiesta de compromiso formal. Pueden beber todo lo que quieran.

Emily suspiró. Serena tenía razón. No estaban en un pub o club, estaban en una posada. Se aplicaban diferentes reglas. Mientras los invitados no dañaran su propiedad ni se volvieran groseros o agresivos, tenían todo el derecho de emborracharse con el licor que Amy y Fraser habían suministrado.

Los primeros invitados comenzaron a presentarse. Al menos el salón de baile les impresionó. Hubo muchos gritos de asombro ante la hermosa cristalería de Tiffany, e incluso la madre de Fraser parecía impresionada por la decoración.

Todos empezaron a tomar asiento. Entonces Amy y Fraser entraron y todos aplaudieron. Ambos estaban vestidos impecablemente, el cabello color miel de Amy con aspecto brillante y perfectamente peinado, y Fraser con un traje gris apuesto. Emily sintió el aguijón de la envidia otra vez.

El licor se colocó en cada una de las mesas para que los invitados se sirvieran ellos mismos. Inmediatamente comenzaron a beber. Una mesa de los amigos de Fraser empezó a tomar shots casi inmediatamente. Emily se encogió. Esto iba a ser peor de lo que anticipaba. Incluso Owen parecía sorprendido. Se sentó pacientemente al piano, sus ojos se abrieron un poco al ver a los solteros bebiendo.

—Correcto—dijo Fraser, de pie y sosteniendo su copa—. Si todos llenaran una copa y compartieran un brindis conmigo, por mi hermosa prometida, Amy.

Todos llenaron sus copas y las sostuvieron en el aire.

—Amy—comenzó Fraser, mirando a su impresionante prometida—ha sido increíble conocerte. Estaba empezando a pensar que mi alma gemela no existía realmente. Pero tú lo cambiaste todo. Estoy tan, tan feliz de que vayas a ser mi esposa.

Un coro de “awww” sonó, encontrado por un igualmente fuerte “ewwww”. Emily puso los ojos en blanco. Estos tipos eran como niños.

— ¡Por Amy!—Fraser terminó, y todos hicieron sonar sus copas.

Emily se inclinó hacia Serena—. Es como la cuarta bebida que algunos de ellos ya han tomado. —Ella miró su reloj—. Sólo han pasado diez minutos.

Serena sacó una cara.

Luego le tocó a Amy ponerse de pie—. Y todos podemos llenar nuestras copas para que pueda brindar por mi maravilloso prometido. —Todo el mundo se alistó y Emily se puso tensa—. Para Fraser—dijo Amy, volviéndose hacia él—. Me has hecho perder la cabeza literalmente. Has reinventado el término amor para mí. No sabía que podía sentir la felicidad así. Estoy tan agradecida de poder sentirlo para siempre.

Claramente conmovido por su discurso, Fraser se inclinó para darle un beso. Cuando Amy y Fraser se cerraron los labios, sus amigos achispados comenzaron a ladrar y a hacer ruidos de aullido de lobo.

— ¡Por Fraser!—Amy gritó tan pronto como se separaron.

Una vez más, la gente rechinaba sus copas y se bebía sus bebidas.

La madre de Fraser estaba harta de todo esto. Se levantó y se acercó a su hijo, besándole en la mejilla. Emily observó como ella entonces volvía su atención a Amy y amablemente le estrechaba la mano. Luego se dirigió hacia la salida.

— ¿Nos deja ahora?—Emily preguntó con su voz más profesional y agradable de todos los tiempos, aunque secretamente despreciaba a la mujer.

Para su sorpresa, la mamá de Fraser le apretó el brazo cariñosamente—. Buena suerte—dijo ella, una irónica sonrisa apareciendo en sus labios. Y luego ella se fue.

—Creo que ella sabe algo que nosotros no sabemos—dijo Serena.

Emily temía pensar en lo que podría ser.

Ahora que las declaraciones de amor de Amy y Fraser habían terminado, era hora de que el padrino principal hablara. Emily gimió al darse cuenta de que este honor le había correspondido a Simón, el hombre rubio que había sido vulgar cuando llegó. No podía imaginar qué clase de discurso se le ocurriría a un imbécil como él.

Cuando Simón se puso de pie, se balanceó un poco, y los otros chicos de su mesa comenzaron a rebuznar y gritar. Se estaban poniendo colorados por todo lo que habían bebido. Emily se sentía como si estuviera viendo una fraternidad universitaria.

—Conozco a Fraser desde que era virgen—comenzó Simón.

Una gran táctica de apertura, Emily pensó sarcásticamente para sí misma.

—Y estoy seguro de que todos los chicos de aquí estarán de acuerdo, virgen es la última forma de describir a Fraser ahora.

Hubo más gritos. Emily miró a Amy. Parecía estar incómoda, mirando el mantel. Probablemente sólo esperaba que todo terminara pronto.

—Así que, entiendes lo que quiero decir con esto, ¿verdad?—dijo Simón—. Fraser es el jugador más grande que he conocido. Son sus dientes, creo. Y ese pelo exuberante. Las mujeres se lanzaban sobre él.

A diferencia de Amy, Fraser parecía estar disfrutando el discurso. Estaba riendo, con la mirada puesta en su amigo. Emily se preguntaba por qué no podía ver lo incómoda que se sentía Amy.

—Cuando dijo que se estaba estableciendo—añadió Simón con un hipo—creo que todos estábamos conmocionados. ¡Y todo el mundo estaba aliviado de que ya no iba a ganar la mayor cantidad de puntos en el concurso de postes de la cama! Aunque creo que aún nos queda mucho camino por recorrer antes de que alcancemos tu récord. Es probablemente mayor que el de todos nosotros juntos, ¿verdad, chicos?

Todos rugieron de risa, incluido Fraser. Emily podía ver el rojo filtrándose en las mejillas de Amy. Se preguntaba si sabía algo de esto, si todo esto le iba a parecer una sorpresa horrible. Era como si la propia Amy no hubiera tenido muchas parejas anteriores, pero que se le restregara en la cara cuántas había tenido Fraser era claramente desagradable, especialmente en su fiesta de compromiso. Fue bueno que la madre de Fraser se hubiera ido cuando ella lo hizo.

—De todos modos—dijo Simón—. Levantemos nuestras copas por Amy. La chica que finalmente domesticó a Fraser. Creo que todos estamos contentos de que te eligiera a ti en vez de a como se llame.

Por primera vez desde que Simón había empezado a hablar, Fraser no se rió. De hecho, su cara palideció por completo. Amy lo miró fijamente, y Emily vio que su boca formaba las palabras: “¿De qué está hablando?”

— ¡Jenna!—exclamó Simón—. Eso era. Sí, Jenna estaba buena, tienes que admitirlo, pero ella no se estaba estableciendo, teniendo bebés, que es lo que supongo que vas a hacer con Amy. Y siempre es bueno estar con una chica con la que no hemos estado antes para variar.

La risa continuó, pero nada de eso venía de Amy o Fraser. Emily pudo ver las acusaciones que su amiga le estaba lanzando a Fraser, las preguntas, el horror en su cara. Fraser estaba tratando de calmarla, diciéndole que todo era una broma, que Simón estaba siendo gracioso. Parecía aceptarlo, aunque su cara seguía pareciendo estruendosa, y se sentó con los brazos cruzados.

Terminados los discursos, Owen empezó a tocar. Emily aprovechó esta oportunidad para hablar con Amy.

—Eso fue un poco incómodo—dijo ella, tratando de ignorar la crudeza total del discurso de Simón. Pero cuando Amy levantó la vista, Emily vio que su amiga estaba llorando—. Oh, cariño—dijo ella—. Está bien.

Amy agitó la cabeza, su labio inferior temblando—. No, no lo está. Nunca he oído hablar de esta chica Jenna.

—Estoy segura de que era sólo una broma. Una broma misógina asquerosa, pero dudo que sea cierta. Fraser se va a casar contigo. Él te ama. El pasado no importa, sólo el futuro.

Pero Amy seguía llorando. En ese momento, Simón, Andy y los otros clones de Fraser empezaron a interrumpir a Owen, gritándole que tocara éxitos de las últimas listas de éxitos. Estaban siendo malos, reprendiéndolo. El pobre Owen parecía aterrizado. Entonces se puso de pie repentinamente, claramente ya no era capaz de aguantar las burlas, y dobló su música de piano.

—Owen—dijo Serena, corriendo hacia él mientras salía a toda velocidad de la habitación al son de gritos y burlas. Emily la vio seguirlo.

Amy había visto suficiente. Se puso de pie repentinamente, tan abruptamente que su silla se cayó. Fraser estaba al otro lado de la habitación, bromeando con sus amigos de la fraternidad. Ni siquiera se había dado cuenta de que Amy estaba llorando.

—¿Crees que se daría cuenta si dejo esto aquí?—dijo ella, sosteniendo su anillo.

—Amy, no lo dices en serio—dijo Emily.

—¿No crees?—dijo Amy amargamente—. Me ha humillado. No es el hombre que yo creía que era.

Emily la tomó por los hombros—. Consúltalo con la almohada, ¿de acuerdo? No hagas nada precipitado. Deja que todo esto se asiente antes de que tomes una decisión.

—No lo quiero en mi cama—dijo Amy.

Emily asintió—. Puedo asegurarme de que lo pongan en otra habitación. Miró a la ruidosa mesa mientras tomaban más shots—. Si alguna vez duermen, claro.

Amy asintió con la cabeza y secó sus lágrimas. Por fin parecía haberse calmado un poco.

—Gracias, Emily—dijo ella, en voz baja—. Siento que esto haya sido un desastre. ¿Crees que podrías quedarte conmigo esta noche? ¿Tú y Jayne?

Emily asintió—. Por supuesto. Lo que necesites.

Amy abrazó a su amiga y luego se fue del salón de baile. Emily la vio irse, con el corazón destrozado por su pobre y deshonrada amiga.

CAPÍTULO TRECE

Cuando Emily se despertó a la mañana siguiente, se encontró en el dormitorio de la suite nupcial. Jayne estaba acurrucada a los pies de la enorme cama, roncando fuertemente. Pero el espacio junto a ella donde Amy debería estar estaba vacío.

Emily comprobó la hora. Ni siquiera eran las seis. ¿Se había escapado Amy antes de que Fraser pudiera detenerla? Fue justo cuando estaba pensando esto que oyó voces que venían de fuera. Ella corrió hacia la ventana y miró hacia afuera. Abajo, justo al otro lado del vasto césped, estaban Amy y Fraser en una acalorada discusión. Debían haber estado gritando fuertemente para que Emily lo escuchara desde el otro extremo del patio trasero y a través de una ventana de doble cristal.

Emily rápidamente se vistió y salió corriendo de la habitación. Afuera en el pasillo, ella estaba sorprendida por la cantidad de desorden. Había botellas vacías en el suelo. Alguien había roto un vidrio y un líquido marrón había manchado la alfombra. Y lo que era peor, había colillas de cigarrillos por todas partes. Emily miró la devastación, su corazón hundiéndose. Los amigos de Fraser habían hecho un gran trabajo en el lugar.

Bajó corriendo por las escaleras, horrorizada en cuanto vio cómo era el pasillo de abajo. Alguien había tirado un cuadro de la pared. Un jarrón yacía destrozado en el suelo. Emily jadeó.

De repente, Serena apareció de detrás de la recepción.

—Emily—dijo ella—. Lo siento. He estado tratando de arreglarlo. Pasé toda la noche.

—¿Qué pasó?—Emily tartamudeó. Tal vez dejar a Serena a cargo fue una idea estúpida. Pero Amy la necesitaba.

—Estaba en el salón de baile. Creo que algunos de ellos debieron haber decidido extender la fiesta a la sala de estar y no me di cuenta.

Emily miró a la puerta cerrada. De repente, Serena corrió hacia ella y se paró frente a ella—. No entres ahí. Vanessa ya ha empezado. No necesitas verlo.

Emily gimió en voz alta. Pero Serena tenía razón. No necesitaba verlo. Necesitaba estar con su amiga.

—Bien—dijo, cediendo—. Lo dejaré en tus manos capaces.

Emily fue por el pasillo y entró a la cocina, luego salió por la puerta trasera. Se dirigió rápidamente por el sendero del jardín, dirigiéndose hacia Fraser y Amy y su ruidosa pelea a gritos.

—¡No éramos exclusivos!—Fraser estaba gritando—. ¿Qué es lo que no entiendes?

—¡Porque normalmente cuando alguien te pide que seas su novia no tiene a otra esperando entre bastidores!—Amy le devolvió el grito.

Fraser gruñó. Era toda una figura, todavía con el traje de la noche anterior, pero con la camisa colgando suelta de sus pantalones. Había manchas en su chaqueta y un agujero de cigarrillo quemado en su corbata.

— ¡Ella no estaba *esperando!*—gritó Fraser—. Cuando te pedí que fueras mi novia, fue cuando terminé con Jenna.

— ¿Cómo puedo creerte?—Amy gritó.

—Porque es la verdad—contestó Fraser, exasperado.

—No según Andy, no lo es—le respondió Amy. Entonces su cara se retorció amenazantemente—. Sí, uno de tus secuaces te delató. Al menos uno de tus patéticos amigos tiene conciencia.

Emily se giró entonces, dándose cuenta de que alguien más también se había encaminado por ahí. Era Andy, igual de desaliñado. Entonces se dio cuenta de que todos los demás invitados habían sido despertados por la pelea y estaban empezando a congregarse en el patio de afuera.

— ¡Tú!—Fraser gritó en el momento en que vio a Andy—. ¿Qué le has estado diciendo?

Andy trató de calmar la situación—. No dije una palabra, tienes que confiar en mí. Hemos sido amigos desde siempre. Sabes que yo no te haría eso.

— ¿En serio?—Fraser escupió de vuelta—. ¡No es como si no lo hubieras hecho antes!

Ahora era el turno de Amy para hablar—. ¿Has engañado antes?—le gritó a Fraser.

— ¡No *fue* un engaño!—gritó Fraser—. DIOS mío, mujer, ¿cuándo te vas a meter eso en tu cabezota?

— ¡Hey!—dijo Emily, repentinamente inflamada por la rabia protectora.

—Dormir con más de una mujer sin que ellas lo sepan es más o menos mi definición de engañar—gritó Amy.

Emily agarró a su amiga. Nunca la había visto en ese estado. Trató de abrazarla, pero Amy se negó.

— ¡Debería haber aceptado esa oferta, Andy!—Amy gritó. Cuando la cara de Andy cayó y la de Fraser se enfureció, Amy continuó, deleitándose con su habilidad para lastimar a Fraser, aunque sólo fuera una fracción de la cantidad que él le había hecho pasar—. ¿No te contó la vez que me lo propuso?

En ese momento, Fraser se perdió. Se lanzó sobre Andy y los dos cayeron al césped, intercambiando golpes. Andy recibió un puñetazo en la nariz de Fraser y la sangre empezó a brotar de ella. Amy miraba, horrorizada, mientras los dos rodaban. Finalmente Simón y los otros solteros los separaron.

Fraser estaba allí jadeando, su traje roto, sangre goteando por su cara. Amy se enfrentó a él, se

arrancó el anillo de su dedo y se lo arrojó a Fraser.

—No eres el hombre que creía que eras—dijo ella—. Se acabó. —Luego se volvió para mirar a los invitados que se habían amontonado junto a la puerta—. ¡Todos váyanse a casa!

Se quedaron parados allí atónitos, sin creer lo que estaban oyendo.

— ¡Dije que se fueran a casa!—Amy gritó. Entonces ella se puso a correr, bajando por el camino de entrada.

Emily salió corriendo tras ella.

— ¡Em!—oyó a Jayne gritar desde la puerta de la posada. Todavía estaba vestida con su ropa de dormir de seda—. ¿Qué está pasando?

Típico de Jayne haber dormido durante todo el drama. Emily le hizo una seña—. Ven conmigo. Tenemos que encontrar a Amy. Se cancela la boda.

Jayne levantó las cejas sorprendida. Pero ella no discutió. Salió corriendo de la casa, con los pies descalzos, llevando nada más que una camisola de seda negra.

Juntos bajaron corriendo por el camino, salieron a la calle, y fueron lo suficientemente rápidas como para ver a Amy desaparecer por el camino que conducía al océano. Corrieron tras ella.

Cuando salieron del follaje y sintieron la arena bajo sus pies, Amy ya se había desplomado en la playa. Estaba sollozando incontrolablemente. Jayne y Emily corrieron hacia adelante y la abrazaron.

—Fui una idiota—se lamentó Amy—. Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad.

Emily le acarició el pelo—. No te sientas mal por confiar en alguien. Él es el que ha hecho mal. Él es el idiota.

—Siento mucho haberte hecho pasar por esto—dijo Amy—. Por el daño. Pagaré por todo. No tenía ni idea de que tenía ese lado. Pensé que era increíble, exitoso, saludable, pero estaba escondiendo un lado horrible.

—Supongo que es bueno que te enteraras en la fiesta de compromiso en lugar de en la boda—dijo Jayne.

Emily le dio un puñetazo en el brazo.

Amy la miró con tristeza—. ¿Por qué no puedo encontrar a alguien tan perfecto para mí como Daniel para ti?—murmuró.

Tomó a Emily por sorpresa al escucharla decir eso. Ella había tenido envidia de Amy, y sin embargo, su amiga había tenido siempre envidia de ella. Se dio cuenta entonces de que lo que tenía con Daniel era especial. Era real. Puede que no se viera perfecto sobre el papel, pero era perfecto entre los dos. Eran un equipo. ¿Por qué importaba que tuvieran una relación poco

convencional para el espectador casual? Cualquiera que los conociera y los amara podía ver que su relación era algo único y maravilloso. De repente se sintió terrible por la discusión que tuvo con Daniel el día anterior. Ella esperaba que él la dejara compensarlo. Sólo tenía que resolver lo de Amy primero.

Las lágrimas de Amy comenzaron a brotar—. Quiero irme a casa—dijo con voz mansa. Parecía una niña perdida.

Jayne y Emily la ayudaron a ponerse de pie—. Yo conduciré—dijo Jayne.

—¿Y qué de ya sabes quién?—Emily le preguntó a Jayne entre dientes—. Todos ustedes vinieron juntos.

Jayne mostró una sonrisa malvada—. Puede volver a casa con sus amigos. Creo que él y Andy tienen muchas cosas de las que hablar, ¿no crees?

Emily sonrió. Jayne podía ser descarada, pero tenía un corazón de oro—. Mientras no se quede en mi posada ni un segundo más—contestó Emily.

Volvieron a subir por el sendero y salieron a la calle. Al pasar por el camino de entrada, Emily notó que Daniel estaba mirando por la ventana de la cochera. Debió haber despertado por los gritos también. Emily lo saludó con la mano, sintiéndose un poco avergonzada. Para su alivio, le devolvió el saludo.

Una vez que llegaron al porche, Amy se sentó en los escalones. Miró en silencio mientras los invitados se iban, metiendo sus maletas en el maletero de sus coches y saliendo a toda velocidad. Emily y Jayne se pararon a su lado como guardaespaldas. Nadie fue lo suficientemente valiente para decirle nada. La mayoría se fueron rápidamente, con el rabo entre las piernas.

Cuando Fraser salió a la escalera, miró de reojo a Amy.

—Gracias por avergonzarme delante de mis amigos. Menos mal que nunca borré el número de Jenna.

Amy lo miró fríamente—. Me alegro por ti. Suenan como una pareja perfecta. Sé que lo primero que busco en una pareja es que se hayan acostado con todos mis amigos.

Fraser la miró con ira—. Si vas a ser tan perra con esto, entonces quiero que me devuelvas el collar de diamantes que te di.

—¿Te refieres al collar de tu abuela?—dijo Amy, metiéndose la mano dentro del cuello de su camisa—. Este le voy a dar a Emily para que pague por todo el daño que tú y tu desagradable séquito causaron—lo colgó de un dedo, luego agarró la palma de la mano de Emily y se lo dio.

Emily vaciló, no queriendo ser atrapada en todo el asunto, pero tampoco queriendo rechazar la tan necesitada ayuda financiera para aclarar todo el lío.

Fraser hizo un ruido de asco y salió corriendo por las escaleras del porche. Pero cuando vio que sólo quedaban dos coches -el de Jayne y el de Simón- se detuvo, mirando de uno a otro.

Emily no pudo evitar reírse.

—Déjame ponértelo fácil—dijo Jayne—. ¡Tú no vienes conmigo!

Fraser estaba furioso cuando se subió al asiento del pasajero de Simón. Un momento después, el resto de los hombres dejaron la posada. Amy, Jayne y Emily no dijeron ni una palabra cuando los chicos se metieron en el coche y se fueron tan rápido en el camino que sus ruedas patinaron grava en el aire.

Finalmente el silencio descendió.

—Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites—le dijo Emily a Amy.

Amy asintió—. Lo sé. Pero sólo quiero volver a Nueva York. —Se puso de pie y se limpió las lágrimas de los ojos—. Lo siento por todo.

Emily la jaló a un abrazo—. No tienes nada de qué arrepentirte.

Jayne envolvió sus brazos alrededor de ambas y las tres mujeres se pararon así por un rato, abrazándose.

—Vamos entonces—dijo Jayne—. Partamos.

—Uh... Jayne—dijo Emily—. ¿No te olvidas de algo?

Jayne miró hacia abajo y se dio cuenta de que todavía estaba en su ropa de dormir. Todas empezaron a reírse. Incluso a través de su tristeza, todavía se tenían la una a la otra.

Tan pronto como Amy y Jayne se fueron, Emily voló por el sendero del jardín y se dirigió directamente a la cochera. Llamó a la puerta. Un momento después, Daniel apareció.

—¿Qué está pasando?—preguntó, preocupado.

Pero Emily no habló. Ella abrazó a Daniel y le dio un beso en los labios. Cuando finalmente se alejó, Daniel parpadeó, como si estuviera aturdido.

—Lo siento—dijo Emily con mucha prisa—. Estaba siendo un imbécil. No me importa tener un anillo o casarme. Sólo me preocupo por ti. Tú y Chantelle.

Daniel la empujó a un abrazo. Ella se hundió en él, sintiéndose amada y aliviada.

Cuando se separaron, Emily agregó—: Te perdiste una gran fiesta.

—¿Oh?—preguntó Daniel, llevándola adentro.

La cochera había sido completamente transformada. Emily no había estado allí desde que Daniel se mudó. Se veía tan extraño, sin nada de sus cosas dentro. En cambio, tenía todos los muebles viejos de la habitación de Chantelle, pero no había suficiente para llenar el espacio, lo que la dejaba vacía y sin amor.

—Amy y Fraser rompieron—explicó Emily—. No era el hombre que ella creía que era.

—Eso explicaría todos los gritos—contestó Daniel.

— ¿Te despertamos?—preguntó Emily.

—Ah, sí—dijo riendo—. Pero afortunadamente Chantelle durmió durante todo el tiempo. Ella sigue durmiendo ahora. ¿Están todos bien?

Emily asintió—. Sobrevivirán. Sin embargo, no estoy segura sobre la posada. Cuando me fui estaba en un estado terrible.

—Vaya, realmente me perdí la fiesta—bromeó Daniel.

Colocó sus brazos alrededor de la cintura de Emily y ella se apoyó en él—. ¿Volverán a casa hoy? ¿Tan pronto como Chantelle se despierte? En realidad, tan pronto como la posada no apeste a cigarrillos y alcohol.

Daniel se inclinó hacia atrás y la observó—. Nunca fue permanente. Lo sabes, ¿verdad?

Emily asintió—. Supongo. Sólo quiero seguir adelante ahora. Mirar hacia el futuro. Quiero decir, tenemos que prepararnos para Halloween. Ahora tenemos una hija. Va a ser todo tallado de calabazas y dulce o truco.

—Oh—dijo Daniel—No había pensado en eso.

—Bueno—Emily bromeó—será mejor que empieces a pensar.

CAPÍTULO CATORCE

Tres calabazas estaban en la mesa de la cocina en fila, cada una arrancada del jardín de Daniel. La suya y la de Chantelle eran muy grandes. Emily había optado por tener la más pequeña de las tres, sabiendo que necesitaría mucho menos esfuerzo para sacar las entrañas y perforar la carne con su navaja.

— ¿Qué vas a tallar?—Emily le preguntó a Chantelle.

La niña se encogió de hombros. Estaba vestida con una calza negra y un suéter grande con un gatito en la parte delantera.

— ¿Qué tal un gato?—Emily sugirió.

—Eso no es muy espeluznante—contestó Chantelle.

— ¿Qué tal un gato con colmillos?—preguntó Emily.

Chantelle comenzó a reírse. Daniel se puso a trabajar tallando los gruesos trozos de piel antes de sacar el centro para Chantelle. Entonces empezó con su propia calabaza.

—Creo que haré un murciélago—dijo.

—Eso es muy ambicioso—bromeó Emily—. Me quedo con una buena y vieja cara de linterna. No hay nada malo con la tradición.

—Yo también haré una linterna—dijo Chantelle.

Emily sonrió a al pensar que la niña la copiaba. Todavía no era su mamá, ni siquiera estaba cerca, pero se daba cuenta de que Chantelle la admiraba, que había encontrado en ella las cualidades de calma y cuidado de las que carecía su propia madre.

— ¿Cómo va todo con los ensayos en la escuela?—Emily dijo, mientras empezaba a hacer incisiones en la calabaza.

Chantelle tenía una actuación en camino y estaba nerviosa por ello. Sólo tenía un papel muy pequeño, pero aun así tenía que unirse a los demás en las canciones, y eso era lo que la preocupaba.

—Están bien, supongo—dijo Chantelle un poco evasivamente—. No me gusta cantar delante de la gente.

— ¿Ni siquiera cuando hay otros cantando?—preguntó Emily.

Chantelle asintió—. No quiero equivocarme y arruinarlo para todos. —parecía muy triste.

Emily le echó una mirada triste a Daniel. Todavía les quedaba un largo camino por recorrer con Chantelle antes de que pudiera ser la niña feliz y segura de sí misma que merecía ser.

—Oye, tengo una idea—dijo Daniel—. ¿Por qué no salimos en el barco hoy? Va a ser nuestra

última oportunidad antes de que haga demasiado frío y tenga que atracar durante el invierno.

Esto pareció levantar el ánimo de Chantelle—. ¡Sí!

Emily se sonrió a sí misma. De tal palo, tal astilla. Chantelle se había ido al mar de la misma manera. Cuando se sentaban juntos en el bote eran como dos guisantes en una vaina. A Emily le encantaba que Chantelle hubiera heredado la aventura de Daniel.

Entonces Chantelle se volvió hacia Emily—. ¿Vendrás con nosotros esta vez?—preguntó.

Emily estaba desconcertada. Ella había visto los paseos en barco como un tiempo especial de unión padre-hija. Nunca había sido invitada. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en acompañarles. Que Chantelle la quisiera allí le reconfortó muchísimo.

—¿Seguro que no quieres que sólo sean tú y papá?—preguntó.

—Quiero que sea toda la familia—dijo Chantelle.

Emily llamó la atención de Daniel. Sonrió tiernamente. Así que Chantelle la veía como parte de la familia. Era una sensación increíble.

Todos se apresuraron a prepararse y pronto estaban cargando la camioneta con equipo de pesca y bajando a toda velocidad hacia el puerto. Cuando llegaron a la barca, Daniel les ayudó a cargar todo lo que había dentro, y luego las guió gentilmente hasta la barca.

—¿Estamos listos?—preguntó Daniel.

—¡Sí!—Chantelle gritó—. ¡Ve rápido, papá!

Daniel encendió el motor y dirigió el barco fuera del puerto. Luego se rindió a las demandas de Chantelle y empujó el barco tan rápido como pudo.

Emily se agarró de los costados mientras el rocío del océano salpicaba su cara. Chantelle gritaba de alegría.

—El último viaje en barco del año—le dijo Daniel a Emily—. Será mejor que lo aproveche al máximo.

Emily seguía agarrándose fuerte, apretando los dientes.

Finalmente, Daniel ralentizó el barco.

—Este parece un buen lugar para pescar—dijo.

Él tomó el equipo y ayudó a Chantelle a lanzar su línea.

—¿Crees que atraparé uno hoy, papá?—le preguntó.

—Apuesto a que puedes—contestó Daniel sonriendo. Luego miró a Emily y puso una cara graciosa. Chantelle no había sido capaz de pescar un pez todavía y claramente Daniel tampoco creía que lo sería hoy en día.

Echó su propia línea y Emily se acomodó en el barco, mirándolos con satisfacción, riéndose para sí misma de las expresiones gemelas de concentración de Daniel y Chantelle. El silencio descendió sobre ellos. Emily respiraba el aire salado y escuchaba el sonido del agua chapoteando contra el costado del barco. Aunque estaban en silencio, Emily se sentía aún más unida, más como una familia.

—¿Alguien tiene hambre?—Emily susurró—. Traje bocadillos.

Sacó bolsas de papas fritas de su bolso y las entregó.

—Estos son demasiado ruidosos para comer—se quejó Chantelle—. El ruido asustará a los peces.

—Creo que es hora de que nos tomemos un pequeño descanso de todos modos—dijo Daniel—. Una olla vigilada nunca hierve y todo eso. Si estamos callados no deberíamos asustarlos demasiado. Además lanzamos las líneas bastante lejos.

Chantelle parecía tranquila por las palabras de Daniel—. ¿Qué más tienes en tu bolso, Emily?—preguntó.

Emily se rió mientras buscaba por dentro y sacó algunas manzanas y algunas barras de chocolate. Se las dio a la niña.

Chantelle se puso triste de repente.

—¿Qué pasa?—Emily preguntó. Chantelle no parecía querer hablar. Emily extendió la mano y la tocó—. ¿Te preocupa que sigamos siendo demasiado ruidosos para los peces? No tenemos que comer bocadillos todavía si no quieres.

—No es eso—murmuró Chantelle—. Es sólo que nunca solíamos hacer cosas así. Mamá y yo. Pero...

Ella se detuvo, y Emily y Daniel se callaron completamente, sus expresiones se volvieron acogedoras, animando a Chantelle a abrirse a ellos. La niña rara vez ofrecía una visión de su vida pasada con Sheila, aunque tanto Emily como Daniel sabían que había mucho de lo que necesitarían hablar, y numerosas experiencias que necesitarían desenredar, para encontrarle sentido.

—Adelante—dijo Emily, instándola.

—...pero tuvimos picnics—dijo Chantelle—. Cuando mamá no tenía suficiente dinero para pagarle al hombre alto, nos hacía un picnic y nos íbamos al estacionamiento al fondo de la licorería. —Ella levantó sus patatas fritas con queso—. Este era el sabor favorito de mamá—agregó. Luego recogió la barra de chocolate—. Y mi caramelo favorito.

Por primera vez, Chantelle les contaba un recuerdo positivo de su infancia, pero aun así les rompió el corazón. Emily no tenía ninguna duda de que el hombre alto al que Sheila debía dinero era un traficante, pero al menos no había sometido a Chantelle a ninguna violencia o amenaza por su parte. Y ella había convertido su huida y encontrar refugio en un estacionamiento como

un juego por el bien de Chantelle, protegiéndola del trauma de su realidad.

—Estoy tan contenta de que mamá me dejara ir a vivir contigo, papá—agregó Chantelle—. Y tú, Emily. Y Rain y Mogsy. Me gusta mucho nuestra familia y nuestra casa aquí. Ni siquiera extraño el sol.

Su última declaración hizo que las lágrimas nadaran en los ojos de Emily. Ella extendió la mano de Daniel y la sostuvo con fuerza, sabiendo muy bien que su corazón le dolía tanto como a ella.

—¿Seremos una familia para siempre?—añadió Chantelle, un tono suplicante en su voz—. ¿Tú, yo y Emily?

Daniel miró a Emily. Ella sonrió con tristeza. Ninguno de ellos podía responder a esa pregunta en este momento.

—Para siempre es mucho tiempo—dijo Emily—. ¿Qué tal si nos concentramos en ahora y nos preocupamos por siempre en otro momento?

Le acarició el pelo a Chantelle. La niña se aferró a ella con fuerza, sus brazos pequeños más fuertes de lo esperado. Daniel las rodeó a ambas, y las sostuvo mientras la barca se balanceaba en el agua. Finalmente, Chantelle se movió. Su cara estaba enrojecida y manchada por las lágrimas que derramaba.

—¿Quieres ir a casa?—Emily preguntó.

Agitó la cabeza, desafiante—. No hasta que pesque un pez.

Daniel le echó una mirada a Emily por encima de su cabeza, una que parecía comunicar que pensaba que iban a estar allí por mucho, mucho tiempo. Emily no pudo evitar sonreír. Aunque no sabía si había una eternidad en esta familia, sí sabía que amaba a Daniel y Chantelle con todo su corazón y que eso era suficiente para ella, por ahora.

Contra todo pronóstico, unos minutos después Chantelle gritó—. ¡Tengo algo! ¡Tengo algo!

Daniel se levantó de un salto y se acercó para ayudarla a enrollar suavemente. Claro que sí, la cara de un pez salió del agua. Juntos, Daniel y Chantelle lo trajeron. Sus escamas resplandecían al aterrizar con un golpe bajo en el fondo del barco.

Chantelle se agachó, mirándolo fijamente—. Emily debe ser mi amuleto de la suerte— dijo.

Emily resplandeció de felicidad.

—Buen trabajo, cariño—dijo Daniel. Emily podía ver que estaba muy orgulloso. Luego a Emily agregó—: Ese es la cena.

Cuando el barco regresó al puerto, Emily vio que muchos de los habitantes de la ciudad estaban caminando alrededor.

—¿Qué está pasando?—le preguntó a Daniel.

Él sonrió—. Todo el pueblo se da cuenta de que los barcos están atracados para pasar el invierno. Es como una tradición de la ciudad.

—Por supuesto que lo es—dijo Emily con una sonrisa de satisfacción.

Emily saltó y luego ayudó a Chantelle a salir del barco. Mirando alrededor, Emily vio que había linternas a lo largo de la acera con pequeñas velas encendidas dentro de ellas. Era hermoso. Alguien tenía una gran caldera preparada y el letrero en el frente decía “Sidra de manzana con especias”. La gente deambulaba con expresiones alegres, envuelta en guantes y bufandas. Incluso había un pequeño grupo de músicos tocando canciones folclóricas con guitarras acústicas y violines.

En ese momento, Emily oyó el sonido de una sirena de niebla. Chantelle jadeó y se puso las manos sobre las orejas. Era como una especie de orden para que los barcos empezaran a ser izados desde el agua. Emily se rió para sí misma de esta extraña ciudad con sus divertidas tradiciones.

Emily estaba en el borde del puerto tomando la mano de Chantelle. La niña estaba envuelta en suaves guantes, pero Emily seguía disfrutando de la intimidad. Ella había pasado un rato maravilloso en el barco con la niña y Daniel, y todo había mejorado gracias a los dulces comentarios de Chantelle. Estaba empezando a sentir que era parte de una familia.

Codo con codo, observaron cómo la barca de Daniel era levantada del agua y atracada para el invierno. Había algo de melancolía en todo esto. A Daniel le encantaba su barco, y a Chantelle, a su vez, le encantaba pasar tiempo con su padre en él. Emily se preguntaba qué harían en su lugar. Apenas podía llevarla en su motocicleta, y ¿quiénes en su sano juicio disfrutaban de los viajes en la camioneta? Tendrían que encontrar otra actividad para hacer juntos, pero qué podría ser, Emily no podía pensar.

Una vez que su bote fue atracado, Daniel se unió a ellas, el precioso cargamento de Chantelle en un congelador junto a sus pies, y juntos observaron los otros botes que estaban siendo levantados. Emily sentía un fuerte sentido de comunidad, como lo hacía a menudo en Sunset Harbor.

Cuando se levantó el último barco, una vez más sonó una sirena de niebla.

—Eso es todo por el año—dijo. Sonaba sombrío.

—Parece que necesitas una sidra de manzana con especias—dijo Emily, empujándolo—. Y estoy bastante segura de que a Chantelle le gustaría una manzana de caramelo.

—Si está bien—dijo Chantelle con voz tímida—me gustaría irme a casa.

—Por supuesto—dijo Emily—. Puedo cocinar tu pescado para la cena.

Mientras caminaban de regreso al auto, de la mano, Emily notó lo gris que se estaba volviendo el cielo, y cuánto antes. Con tantos de los clubes y pubs que se habían abierto para el cierre de invierno, apenas había luces brillando sobre ellos. Pronto algunas de las tiendas que sólo existían para servir a los turistas también se estarían cerrando. Sunset Harbor empezaba a

sentirse muy vacío, y sólo quedaban los verdaderos lugareños.

El pensamiento calentó a Emily. Ahora sí que era de aquí. Ella, Daniel y Chantelle. Una verdadera familia local.

CAPÍTULO QUINCE

Emily miraba las enormes telarañas del techo, colgadas entre los cristales de la araña al marco del cuadro y al gran espejo barroco. Una espantosa araña negra estaba pegada a la seda, sus patas arqueadas como si estuviera a punto de saltar. Chantelle estaba de pie junto a ella, mirando hacia arriba con una expresión de desconcierto.

—Te dije que no me asustan las arañas—dijo Chantelle con indiferencia.

—¿Quieres decir que eso no es ni siquiera un poco espeluznante?—Emily preguntó—. ¡Esa araña es del tamaño de Mogsy!

Chantelle agitó la cabeza y sonrió maliciosamente—. No. Factor espeluznante, cero.

Emily levantó una ceja—. Ya que eres una experta en cosas horribles y macabras, ¿por qué no me dices cómo decorar este lugar para Halloween?

Para desilusión de Emily, ningún invitado había reservado en la posada durante las fiestas de Halloween. Era una situación estresante, pero en lugar de sucumbir a su creciente desesperación por la disminución de sus ingresos, Emily decidió invitar a las amigas de la escuela de Chantelle a una fiesta antes de que todas salieran a pedir dulces. Era otro hito para la familia, otro día festivo para que vivieran juntos. Emily quería hacer el día tan especial como fuera posible para Chantelle; la niña le recordaba tanto a Charlotte, quien también adoraba Halloween, que Emily no podía evitar ser demasiado indulgente.

A Emily le encantaba darle a Chantelle cada oportunidad de flexionar sus músculos creativos, y le encantaba ver cómo Chantelle rediseñaba las decoraciones con gran éxito. Su tema eran los fantasmas, y dirigió a Emily, Daniel y Serena (cuando llegó un poco más tarde) para que colgaran sábanas sobre los muebles, rociaran harina para que el lugar pareciera polvoriento y abandonado, y escribieran mensajes extraños en todos los espejos.

—¿Deberíamos preocuparnos por su imaginación morbosa?—Daniel le preguntó a Emily mientras terminaba de escribir un epitafio con un marcador en una lápida de cartón.

Emily se rió mientras vertía colorante rojo en un frasco de cristal lleno de limonada con la etiqueta “Sangre”. Apenas es Wednesday Addams.

En ese momento, Serena entró, con una botella de ketchup en sus manos—. Chantelle quiere que llene la bañera con esto.

Los ojos de Daniel se abrieron de par en par con el shock—. No lo creo. Tendremos padres que nos llamarán quejándose de que les dimos pesadillas a sus hijos.

Chantelle entró corriendo a la habitación con un viejo camisón blanco que Emily había sacado del ático para ella. Su cara estaba pintada completamente de blanco. Incluso se había pintado debajo de los ojos con delineador.

Emily se asustó. Chantelle se parecía tanto a Charlotte. De niñas les encantaba disfrazarse,

usar todo lo que podían encontrar a su alrededor para crear disfraces, y ver a Chantelle como un fantasma hizo que Emily recordara un juego que habían jugado en el que eran fantasmas persiguiendo a un internado.

—Te ves aterradora Char-Chantelle—dijo Emily, moviendo la cabeza. Luchó para mantenerse en el momento presente y no volver a caer en sus recuerdos.

Con las manos temblando, agarró su teléfono y le tomó una foto a la niña. Pero al mirar hacia atrás, la similitud entre Chantelle y Charlotte era espeluznante e inestable. Casi podría estar mirando una foto de su hermana.

El timbre de la puerta sonó, asustando a Emily para que saliera de su ensueño. Serena fue a contestar, regresando un momento después con Owen por detrás. Estaba vestido como *Where's Waldo* y sonrió con su sonrisa tímida.

—Ojalá alguien me hubiera dicho que sólo los niños llevarían disfraces.

Serena tomó la botella de ketchup de donde la había dejado, abrió la tapa y de repente se echó chorros en el estómago. Una enorme mancha roja se extendió sobre su blusa de encaje blanco. Chantelle explotó de risa.

—Listo—dijo Serena, extendiendo marcas de dedos de ketchup por toda su ropa—. Ahora los dos estamos bien vestidos.

Owen se rió, claramente divertido por sus payasadas.

Emily hizo un gesto con la botella—. Pásamelo aquí. Yo también seré una persona muerta.

Chantelle aplaudió con deleite mientras Emily se llenaba ketchup. A Emily le encantaban estos momentos, donde las cosas se sentían libres, fáciles y divertidas, donde todas sus preocupaciones se desvanecieron. Cuando Chantelle se reía libremente, Emily se olvidaba de los impuestos que se avecinaban sobre la posada y del misterio de su padre.

Sintiéndose traviesa, Emily apuntó la botella a Daniel como un arma—. ¿Vamos a decorar a papá también?—dijo ella, sonriendo a Chantelle.

—No te atrevas—advirtió Daniel mientras Chantelle corría al lado de Emily—. Esta es mi camisa favorita.

Estar en un equipo con Chantelle fue la mejor sensación del mundo para Emily. Impulsada por su aliada, Emily apretó. Daniel gritó mientras una enorme mancha de ketchup le explotaba en el pecho desde el hombro derecho hasta el estómago. Miró con ira fingida. Chantelle chillaba, encantada con todo. En lo más profundo de su alma, Emily sintió que los lazos de su familia se fortalecían.

Yvonne fue la primera en llegar a la fiesta. En el momento en que Emily abrió la puerta, Bailey pasó corriendo como un tornado en busca de Chantelle.

—Se supone que soy Jessie de *Toy Story 2*—explicó Yvonne, besando a su amiga en la mejilla—. Pero parezco una vaquera genérica. ¿Qué se supone que eres?

Emily miró su pecho manchado de ketchup—. Creo que soy una víctima de asesinato.

Mientras Yvonne entraba para unirse a la fiesta, Emily vio el auto de Suzanna estacionándose en el camino. Toby estaba vestido de vampiro, pero Suzanna no estaba disfrazada.

—Soy demasiado tímida para eso—explicó mientras entraba.

—Bueno, si cambias de opinión, hay mucho ketchup—dijo Emily riendo.

Llegaron más niños de la clase de Chantelle: Ryan con una capa de Superman, Mika con un elaborado vestido de princesa, Gabriella vestida como un gato negro. Emily se enorgullecía de saber que Chantelle había hecho tantos amigos y que los padres de Sunset Harbor la habían aceptado con los brazos abiertos. El hecho de que todos ellos se reunieran aquí hizo que Emily se sintiera como un elemento clave de la comunidad por primera vez.

Los niños corrían alrededor de la posada, persiguiéndose unos a otros, tirando tazones de papas fritas, metiendo los codos en salsas, mientras Daniel intentaba (y fracasaba miserablemente) mantener algún tipo de orden.

Hubo un choque repentino. Levi, uno de los niños más bulliciosos, había tirado un plato decorativo de la pared. Fragmentos de porcelana lo rodeaban como una especie de círculo ritualista de sal.

—Creo que deberíamos tomar eso como una señal para ir a pedir dulces—dijo Emily, más que lista para sacar a los niños.

Chantelle guió el camino, dirigiendo a su pandilla a través de céspedes bellamente decorados y hacia las grandes casas de su vecindario, hablando con confianza a quienquiera que abriera la puerta. Mientras avanzaban, Daniel caminaba con Emily, con su brazo alrededor de la cintura.

—Parece que se está adaptando muy bien—dijo.

Emily asintió con la cabeza y Daniel la empujó más cerca hacia él.

—Verla abrirse es increíble—agregó.

—¿Verdad que sí?—Emily contestó, suspirando contenta—. Estamos haciendo un buen trabajo, ¿no?

—Tú sí—dijo Daniel—. Ustedes dos son tan duros como ladrones.

Emily frunció el ceño—. ¿Y tú crees que no lo eres?—preguntó ella, un poco preocupada.

—No creo que sea tan natural como tú. No sé cómo hacer picnics con ositos de peluche o

peinados.

Los niños se dirigieron hacia ellos, sus canastas y bolsas llenas de dulces. Chantelle corrió hacia Emily y Daniel.

— ¡Mira!—gritó, sacando unas tazas de mantequilla de maní y dándoselas a Daniel—. Son tus favoritos, ¿verdad?—dijo ella.

Daniel aceptó la oferta de Chantelle.

—Gracias—tartamudeó.

Emily podía ver claramente que se estaba ahogando en emociones.

Chantelle corrió a la casa de al lado, su pandilla de amigos riéndose, empujándose y balbuceando entre ellos. Emily empujó a Daniel y sonrió.

—Esa es una chica brillante que tenemos en nuestras manos—dijo, con orgullo surgiendo de él.

*

Más tarde esa noche, una vez que terminó el dulce o truco y todos los niños habían regresado a sus casas, y se consumió más dulces de los que deberían comerse en una sola sesión, Chantelle subió a su cuarto a jugar.

Sorprendida de que la niña estuviera tan callada cuando normalmente intentaba quedarse despierta hasta lo más tarde posible jugando con los perros o charlando con Daniel y Emily, Emily subió a ver cómo estaba. Pero cuando entró en la habitación de Chantelle estaba oscuro y la niña no estaba en ninguna parte a la vista.

— ¿Chantelle?—Emily gritó, sintiendo un poco de pánico.

—Estoy aquí—dijo una suave voz.

Emily entró corriendo en la habitación y miró a través de la oscuridad. Chantelle estaba acurrucada como una pelota en el suelo detrás de su cama.

— ¿Qué estás haciendo ahí abajo?—Emily preguntó. Nunca había visto a Chantelle en una postura tan extraña—. ¿Tienes dolor de estómago?

Se acercó y tocó ligeramente a la niña. Chantelle se estremeció.

— ¿Qué pasa?—preguntó Emily, sintiéndose más preocupada que nunca. Hace apenas una hora, Chantelle había estado corriendo de un lado a otro de forma bulliciosa, claramente pasándola como nunca antes lo había hecho. Ahora estaba tumbada aquí en la oscuridad, abatida. Emily notó las marcas de lágrimas en sus mejillas—. Cariño, sea lo que sea, puedes decírmelo.

¿Estás enferma?—adivinó—. ¿Te peleaste con uno de tus amigos?

De repente, Chantelle se sentó. Su cabello era un desastre, y el delineador que se había puesto bajo los ojos como parte de su disfraz estaba manchado en su cara. Se veía aún más espantosa en ese estado de lo que se veía cuando trataba de parecer un fantasma.

—Es mamá—tartamudeó finalmente, y luego sus lágrimas comenzaron a caer en torrentes.

Emily vio a la niña temblar con sollozos. Trató de consolarla, pero cada vez que tocaba a Chantelle, la niña se alejaba, ampliando la distancia entre ellas.

—¿Qué pasa con tu mamá?—preguntó Emily, tratando de sonar lo más suave y sin confrontaciones posible. No era frecuente que la niña hablara de su madre. De hecho, en las últimas semanas, apenas la había mencionado. Emily no podía entender lo que había desencadenado este episodio.

—Pensé que llamaría—se lamentó Chantelle.

—¿Por qué?—Emily preguntó.

Sheila no había llamado ni una sola vez desde que Chantelle había sido confiada a su cuidado. ¿Por qué hoy de todos los días Chantelle querría hablar con su madre? ¿Tenía algo que ver con Halloween? ¿Tal vez había desencadenado un repentino flashback en la niña como el que Emily misma experimentaba a veces?

Chantelle levantó la cabeza y se dejó caer de rodillas. Miró a Emily con cansancio, su expresión de completa devastación.

—Pensé que ella llamaría por lo menos—dijo Chantelle, suspirando en sus sollozos—. Ya que es mi cumpleaños.

Emily sintió que se convertía en hielo. ¿Cumpleaños? ¿Hoy? La niña a la que había llegado a amar había cumplido siete años y no había hecho nada para celebrar, para conmemorar la ocasión.

—A veces—continuó Chantelle—, Mamá me llevaba a ver una película en mi cumpleaños. Una vez fuimos a ver una película de Disney y comimos palomitas de maíz y bebimos soda. —sonrió con tristeza y se limpió el pelo rubio de los ojos. Ella sollozaba en su llanto—. Pero mamá empezó a temblar mucho y tuvimos que irnos antes del final. A medida que avanzábamos, había todos estos juguetes de peluche y le pregunté a mamá si me compraría uno por mi cumpleaños, pero me dijo que no podíamos permitirnoslo y se puso a llorar.

Le rompió el corazón a Emily al escuchar a Chantelle hablar. ¿No tenía la niña un solo recuerdo feliz de su infancia? ¿Todas las experiencias que había compartido con Sheila habían estado bajo la sombra oscura de la drogadicción? Era trágico.

—¿Mamá ya no me quiere?—dijo repentinamente Chantelle. Por primera vez se acercó a Emily, buscando consuelo.

Emily la levantó en sus brazos, aliviada de estar haciendo contacto físico de nuevo; la distancia había sido agonizante.

—Ella te ama tanto—dijo, tranquilizando a Chantelle—. Pero está enferma y eso la hace olvidar. Eso es todo.

Chantelle comenzó a sollozar de nuevo en serio—. Ojalá fueras mi madre—se lamentaba—. Haces que todo sea bonito.

Emily sintió que se le rompía el corazón. Se aferró a Chantelle, balanceando a la niña en sus brazos mientras sollozaba hasta quedarse dormida.

*

—¿Por qué no me lo dijiste?—Emily le gritó a Daniel en la cocina—. ¡Es su cumpleaños! Encontré a esa niña llorando en la oscuridad, en el duro y frío suelo, preguntándome por qué su madre no la amaba lo suficiente como para llamarla en su cumpleaños.

Daniel se veía devastado—. No lo sabía, Emily. No sabía que era su cumpleaños.

—¿No pensaste en preguntar?—exclamó Emily—. Entre descubrir que tenías una hija y rescatarla de su vida de privación, ¿no te detuviste a preguntarte cuándo era su cumpleaños?

Se agarró de la encimera, con el estómago lleno de emoción. No podía evitar estallar de rabia, no sólo hacia Daniel por su falta de previsión y cuidado, sino también por el estúpido mundo que le había dado a Chantelle un comienzo tan podrido. La sensación de dolor que Emily sintió en nombre de Chantelle fue abrumadora. Si hubiera sabido que era su cumpleaños, podría haber hecho algo, podría haberse acercado a Sheila. Diablos, incluso falsificaría una tarjeta de cumpleaños de la madre ausente si eso significara salvar a Chantelle de esa angustia.

—Tenemos que hacer algo especial por ella—dijo Emily, tratando de calmarse respirando—. Vamos a sacar las decoraciones de Halloween y hornear un pastel.

Daniel miró a su alrededor y vio la cantidad insondable de desorden que habían creado durante la fiesta—. Emily, creo que tenemos que calmarnos un poco. Le conseguiré una tarjeta por la mañana, recogeré un pastel de Karen. Vanessa puede limpiar la casa durante su turno mañana.

Pero Emily no estaba conforme—. De ninguna manera. Convertiremos esta casa en un maldito castillo de princesas o en el País de las Maravillas de Alicia, aunque nos lleve toda la noche. ¡Ahora vete a hornear!

Daniel suspiró pesadamente—. Estás exagerando.

—No la viste—dijo Emily, su voz se hundía—. Ni siquiera nos lo dijo. Ni siquiera sabía que su cumpleaños debía celebrarse. —ahora era el turno de Emily de llorar. Las lágrimas empezaron

a rodar por sus mejillas—. Todo lo que sabía era que a su madre no le importaba. Ni siquiera se le pasó por la cabeza pedirle a su padre amor y afecto en su cumpleaños. Daniel, son cosas como esta las que necesitamos hacer todo lo que esté en nuestro poder para cambiar. Estas actitudes que ella tiene. Esa niña no se dio cuenta de que en su cumpleaños se le permite ser el centro de atención de todos. Ella cree que no importa. No es una reacción exagerada.

Daniel finalmente asintió—. Tienes razón. Lo siento mucho. Lo estaba mirando desde los ojos de un cansado en sus treintas. —Sonrió irónicamente—. Démosle algo especial para cuando se despierte.

CAPÍTULO DIECISEIS

Emily se despertó con los ojos hinchados a la mañana siguiente, después de haber pasado la mitad de la noche preparando la posada para el cumpleaños de Chantelle. En el momento en que se dio cuenta de que era de día, se levantó de la cama.

—Daniel, levántate, rápido—siseó mientras intentaba vestirse.

Daniel parecía exhausto—. Necesito café—murmuró.

Al igual que Emily, había trabajado a toda máquina durante horas quitando las telarañas falsas y barriendo toda la harina que se había usado como polvo de mentira, antes de hacer estallar globos rosas brillantes y colgar serpentinas brillantes.

Bajaron tropezando juntos, a través de la tela de encaje rosa que habían colgado a lo largo de la escalera, golpeándose los hombros al bajar los escalones, y luego corrieron por el pasillo que ahora estaba lleno de luces de hadas y bonitas flores de seda. Pero al entrar en la cocina se dieron cuenta de que ya era demasiado tarde; Chantelle estaba despierta y sentada plácidamente a la mesa.

Daniel y Emily se congelaron en la puerta. Chantelle los miró de uno al otro.

—Cambiaste la decoración—dijo ella sin rodeos. Su mirada se dirigió hacia la pancarta que Daniel había pintado anoche, colgada de la ventana de la cocina. Proclamaba “Feliz Cumpleaños 7 Chantelle” en letras de color rosa brillante y brillante.

—Queríamos hacer algo especial para tu cumpleaños—explicó Emily—. Nos sentimos muy mal por no saber que fue ayer.

La expresión de Chantelle era ilegible. Emily no podía decir si estaba feliz o triste, molesta porque se habían perdido el día exacto o contenta porque habían hecho todo lo posible para compensarla.

—Te gustan los globos, ¿no?—preguntó Daniel, mirando a su alrededor los globos de colores brillantes esparcidos por el piso de madera. Él y Emily habían pasado al menos una hora inflándolos a todos.

La mirada de Chantelle rozó los globos. Ella asintió, pero aun así se veía en algún lugar entre desconcertada e irritada. Era casi como si estuviera en shock y no pudiera asimilarlo todo. Que alguien fuera a hacer todo este esfuerzo por ella parecía ser confuso para la niña. Emily no pudo evitar sentirse deprimida por el pensamiento.

—Hice algunas magdalenas para que se las lleves a todos tus amigos de la escuela—dijo Emily.

Fue al refrigerador y sacó dos enormes recipientes con tapa llenos de magdalenas que había horneado en medio de la noche. Cada uno estaba glaseado, la mitad con glaseado rosa y la otra mitad con azul.

—Gracias—dijo Chantelle, su voz seguía siendo completamente indiferente—. Creo que necesito ir a la escuela ahora, ¿no?

Emily miró el reloj de pared. Chantelle tenía razón; ella y Daniel se habían quedado dormidos y ahora ni siquiera había tiempo para desayunar. Se habían agotado tratando de asegurarse de que todo fuera especial para Chantelle y al hacerlo la habían defraudado al no despertarse lo suficientemente temprano como para sorprenderla con ello. Emily se sintió muy decepcionada.

—Pongamos esto en la camioneta—dijo, recogiendo los recipientes—. Le diré a la Srta. Glass que son por tu cumpleaños.

Chantelle asintió con la cabeza y se deslizó desde el taburete de la cocina. Mientras caminaban por el pasillo hacia la puerta, Emily miró a Daniel con preocupación. Lo habían arruinado, y por la expresión de su cara se dio cuenta de que se sentía tan mal como ella.

*

Después de despedirse de Chantelle en las puertas de la escuela, Emily se apresuró a reunir a los padres de todos sus amigos.

—¿Pueden venir a una fiesta de cumpleaños de última hora?—les preguntó frenéticamente. Ella miró a Daniel, tímida para admitir su situación—. No sabíamos que el cumpleaños de Chantelle era en Halloween. Tenemos que compensarla a lo grande.

Yvonne parecía horrorizada—. ¿No lo sabían?

Su tono era de incredulidad. Hizo que Emily se sintiera aún peor. ¿Cómo habían fracasado tanto en la crianza de la niña?

Daniel se movió torpemente de un pie a otro, metiéndose las manos en los bolsillos—. La madre de Chantelle no nos lo comunicó. —se veía más que avergonzado.

El padre de Ryan agitó la cabeza—. No podemos ir esta noche—dijo—. Se avecina una gran tormenta. Vamos a llevar a nuestros hijos directamente a casa desde la escuela y nos acurrucaremos por la noche. —Se encogió de hombros—. Lo siento.

Esta era la primera vez que Emily oyó hablar de una tormenta. Se mordió el labio con ansiedad mientras recordaba la devastación que las dos últimas tormentas habían infligido a la posada—. Tenemos un sótano enorme. Es muy seguro. Es más o menos un refugio antiaéreo.

La madre de Gabriella suspiró profundamente—. Tan encantadora y *segura* como suena, Emily, creo que todos nos sentiríamos mejor en nuestras propias casas durante una tormenta. Estoy segura de que lo entiendes. —le tocó la mano suavemente.

Algunos de los padres comenzaron a alejarse. Emily se acercó a Suzanna.

—Vendrás, ¿verdad?—suplicó—. ¿Por Chantelle?

Su amiga suspiró profundamente—. Por supuesto que sí—dijo con resignación—. Chantelle se merece una fiesta.

—Nosotros también estaremos allí—dijo Yvonne—. Kieran, Bailey y yo.

Daniel asintió con la cabeza y Emily suspiró aliviada. Se sintió conmovida de que sus nuevas amigas hicieran todo lo posible para ayudarles y apoyar a Chantelle.

Pero mientras se dirigían a casa, los pensamientos de Emily se centraron en la inminente tormenta. La posada ya había sido golpeada varias veces; ¿cómo podría ella permitirse el lujo de reparar más daños? Siempre en el fondo de su mente tenía el tictac del reloj de los impuestos atrasados que había que pagar. Sin huéspedes en la posada, pagarles a tiempo parecía imposible. ¿Y ahora también se avecinaba una tormenta? A veces parecía que el Universo conspiraba para agravar el estrés de Emily.

En el asiento del pasajero de la camioneta, Emily frotaba sus manos, su mente frenética por la ansiedad. ¿Podrían sobrevivir a otro golpe?

*

Esa noche, Chantelle estaba sentada tranquilamente en el sofá, con las piernas recogidas debajo de ella mientras leía un libro. Emily miraba el reloj expectante, esperando a ver si Yvonne y Suzanna iban a cumplir sus promesas. Todavía no le había dicho nada de la fiesta a Chantelle, preocupada de que le diera esperanzas a la niña y luego las echara a perder. Eso era lo último que la pobre niña necesitaba.

Desde la ventana, Emily pudo ver que el cielo se oscurecía. Gruesas y negras nubes rodaban por el océano. A Emily le preocupaba que sus amigos pudieran cambiar de opinión ante la inminente tormenta. Parecía que iba a ser una grande. Pero al final, sonó el timbre de la puerta.

Chantelle ladeó la cabeza y frunció el ceño mientras Emily saltaba del sofá y corría a abrir la puerta. En el pasillo, se encontró con Daniel, que también estaba corriendo hacia la puerta, arrancando las serpentinas rosas de la pared en su torpe apuro.

Cuando Emily abrió la puerta principal, vio a Yvonne y Kieran con Bailey, y a Suzanna y Wesley con Toby. Todos ellos estaban envueltos en sus cálidos abrigos de invierno, sus narices enrojecidas por el frío.

—Vinieron—dijo Emily suspirando.

—Por supuesto que sí—contestó Yvonne, extendiendo la mano y apretando el brazo de Emily.

—Rápido, entren—dijo Daniel, asomando la cabeza por la puerta y frunciendo el ceño con

temor ante las densas nubes negras.

Entraron en la posada justo cuando las primeras gotas de lluvia caían del cielo. Yvonne miró a su alrededor para ver las brillantes decoraciones de color rosa.

— ¿Hiciste todo esto desde anoche?—dijo ella, impresionada.

—Me llevó horas—contestó Emily.

Yvonne frunció el ceño—. Estoy segura de que sí. ¿Pero por qué *rosa*? Pensé que Chantelle odiaba el rosa.

Emily palideció y miró a Daniel. No era de extrañar que Chantelle hubiera estado tan desanimada; ¡habían decorado la casa de una manera que ella odiaba! Deberían haber sabido que su valiente hija que quería que la casa fuera lo más macabra posible en Halloween no querría una fiesta de cumpleaños con tema de hadas. Emily quería patearse por su estupidez. Todavía tenía mucho que aprender sobre ser madre.

Chantelle miró desde la sala de estar. Cuando vio a Toby y a Bailey, sus ojos se abrieron de par en par con la emoción.

— ¡Feliz cumpleaños!—gritaron los niños, corriendo hacia ella.

Emily se sintió aliviada al ver por fin a Chantelle sonreír. Todos fueron a la cocina. Emily pateó todos los estúpidos globos brillantes fuera del camino, aunque a Bailey le gustaron, al menos. Toby anduvo por ahí golpeándolos, lo que Emily dedujo que era probablemente lo mejor.

Cuando Daniel sacó el pastel de cumpleaños de Chantelle de la nevera, Emily deseó no haber hecho un pastel rosa tan tonto y femenino. Pero afortunadamente Chantelle aplaudió con deleite. Claramente la presencia de sus amigos había sido suficiente para levantarle el ánimo, aunque el tema de la fiesta no fuera de su gusto. Ver su sonrisa fue suficiente para que Emily y Daniel empezaran a respirar desde que descubrieron que se habían perdido el cumpleaños de Chantelle. La chica estaba feliz, finalmente, y todo parecía estar perdonado. Intercambiaron una sonrisa mientras los niños se metían el bizcocho en el relleno de fresa y glaseado de mantequilla blanca.

De repente, un trueno resonó. Los niños gritaron de nerviosismo. Desde el lavadero, Mogsy y Rain empezaron a ladrar febrilmente. Todos los adultos se miraban del uno al otro.

— ¿Hora de entrar al sótano?—preguntó Yvonne.

Esto pareció emocionar aún más a los niños. Emily debería haberse dado cuenta de que Chantelle estaría más emocionada por una espeluznante fiesta en el sótano que por las serpentinas y los globos que pondrían.

— ¿Hay algún tesoro en tu sótano?—preguntó Bailey con su habitual voz apresurada, sus ojos muy abiertos por la emoción.

Emily pensó en los cofres de su padre, en las joyas que había encontrado dentro de una de ellas, y en las otras que aún no había abierto.

—Sí—dijo ella, sonriendo—. Un famoso ladrón de bancos escondió su tesoro allí abajo. Si puedes descifrar los códigos secretos de los cofres, quizá encuentres algo emocionante.

Ella les entregó a cada uno una linterna, y se fueron corriendo, balbuceando sobre ladrones y tesoros escondidos. Daniel sonrió a Emily, claramente orgullosa de su imaginación. Pero cuando un repentino relámpago iluminó la habitación, su sonrisa se desvaneció.

—Mejor cerrar las persianas—dijo, trotando hacia arriba mientras un trueno sacudía la casa.

Después de él, Emily se estremeció y rezó para que la vieja casa permaneciera de una pieza. Corrieron de habitación en habitación, escuchando el sonido de la lluvia de azotes contra los cristales de las ventanas. El viento rugió, haciendo que el vidrio sonara en sus marcos.

En el tercer piso, Emily vio a lo lejos el rugiente océano. Parecía negro y enfadado, con olas agitadas. Mientras miraba sintió esa sensación familiar de ser absorbida por un recuerdo, por el recuerdo de Charlotte perdiendo el control de su mano en la tormenta. Pero Emily se resistió. Ella no quería volver a esa época. Ella no podía. Necesitaba permanecer en el momento presente, para mantener a su familia a salvo de la feroz tormenta.

Para su sorpresa, funcionó. A través de la pura fuerza de voluntad, Emily permaneció en el presente. Cuando la amenaza de otro apagón se filtró, el latido de su corazón comenzó a disminuir.

Un segundo después, un rayo se abalanzó desde el cielo. Si Emily no hubiera estado tan asustada, se habría quedado asombrada por su majestuosidad. Pero su preocupación por la posada era demasiado grande, así que volvió a correr, cerrando las persianas.

En el segundo piso, Emily y Daniel se encontraron.

—¿Todo listo?—preguntó.

Ella asintió. El trueno resonó. Daniel agarró su mano para tranquilizarla y se apresuraron a bajar al piso de abajo. Toda la casa parecía temblar, crujir, gemir, como si quisiera arrancar del suelo y tomar vuelo.

Juntos se apresuraron a entrar en la cocina para cerrar la habitación. Emily no pudo evitar pensar en la horrible noche en que su cocina se había hecho pedazos y esperaba desesperadamente que la historia no se repitiera.

En ese momento, Emily oyó un horrible crujido. Jadeó y miró a través de las tablillas de la ventana de la cocina cerrada justo a tiempo para ver caer un árbol sobre el césped.

—¡Daniel!—Emily gritó.

—Rápido—dijo—. Está empeorando.

Entraron corriendo por la puerta del sótano y la cerraron detrás de ellos. Las piernas de Emily temblaban mientras corría por las escaleras. Las luces empezaron a parpadear.

Daniel apretó su mano—. Menos mal que arreglaste el techo durante el verano—dijo.

Al mencionar el verano, Emily sintió que su mandíbula se tensaba. Ella no pudo evitar recordar el sentido de abandono de Daniel, de cómo él la había ayudado a encontrar las tejas de pizarra que necesitaban para hacer el trabajo, pero no había estado allí durante las semanas de trabajo que habían realizado en su ausencia.

Las luces parpadeaban de nuevo. Emily y Daniel llegaron al último escalón y el vasto sótano se abrió ante ellos. Entonces las luces se apagaron por completo. Quedaron sumergidos en la oscuridad.

A lo lejos podían escuchar a los niños corriendo por los laberínticos pasillos, cerrando de golpe las puertas mientras miraban en las diferentes habitaciones, buscando las bóvedas y el tesoro que había dentro de ellas. Emily podía ver sus linternas encendidas.

Era como una madriguera de conejos en el sótano, con pasillos que salían de los pasillos. Emily ni siquiera había entrado en todas las habitaciones del sótano y estaba segura de que algunos más de los secretos de su padre le serían revelados una vez que lo hiciera. Tal vez uno de los niños se las arreglaría para entrar en una de las bóvedas cerradas y descubrir otra pieza del rompecabezas.

Finalmente se encontraron con todos en la bodega. Yvonne sostenía una vela, mientras Suzanna agarraba una linterna con sus manos temblorosas. Incluso aquí abajo, podían oír el rugido del viento. Al menos la bodega era más cómoda que las otras habitaciones del sótano; su padre la había preparado con una mesa de banquete y sillas.

—Todo saldrá bien—aseguró Emily a todos, aunque ella misma se sentía de todo menos segura. En vez de eso, se sintió culpable por pedirles a sus amigos que se arriesgaran tanto. Pero se obligó a sonreír de manera despreocupada—. ¿Por qué no probamos un poco de vino?— sugirió, señalando a las filas de botellas polvorientas.

Esto pareció deleitar a todos. Emily se acercó al botellero, que ocupaba toda la longitud de una de las paredes de ladrillo, y sacó una botella vieja y polvorienta.

—Esto es increíble—dijo Wesley, estudiando la etiqueta descolorida—. Solía trabajar en una tienda de vinos. Siempre fue un sueño mío entrar en el negocio. Comercio, tal vez un poco de producción.

—¿Qué pasó con el sueño?—Emily preguntó.

Wesley miró a Suzanna—. Bueno, decidimos empezar una familia. Asentarnos. Conseguir trabajos sensatos.

A Emily le entristeció pensar que Wesley había renunciado a su sueño. Por primera vez se sintió orgullosa de sí misma por haber asumido un riesgo tan grande al renunciar a su propio “trabajo sensato” en la ciudad de Nueva York. Había pasado menos de un año y, sin embargo, había logrado mucho. Había sido valiente, y nunca se había dado suficiente crédito.

Abrió el corcho y les sirvió una copa a todos. Daniel encendió más velas, haciendo que la vieja habitación de ladrillo se viera hermosa y aterradora. Todos juntaron sus vasos y tomaron un

sorbo de áspero vino tinto.

—Exquisito—dijo Wesley, haciendo girar su vino como un profesional.

—Creo que deberías arriesgarte—dijo Emily de repente, con los ojos brillantes—. Iniciar un negocio de vinos. ¿Cuál es el sentido de la vida si no seguimos nuestras pasiones?

Suzanna parecía horrorizada ante la sugerencia. Se rió nerviosamente en un intento de ocultar sus verdaderas emociones y tomó un largo sorbo de vino.

Kieran agregó—. Estoy del lado de Emily en esto—dijo—. Todo lo que siempre quise hacer cuando era niño era volar aviones. Estaba obsesionado con ellos. Cada cumpleaños, cada Navidad, todo lo que pedía eran revistas sobre aviones, maquetas de aviones, diablos, incluso los aviones de papel me entretenían. Tan pronto como cumplí dieciséis años empecé a aprender a volar en un aeródromo local. Y me encantó. Era todo lo que había soñado que sería. Pero mis padres querían que me hiciera cargo del negocio familiar. ¡Refrigeración! ¿Puedes imaginarme estando remotamente satisfecho vendiendo sistemas de refrigeración a la industria avícola?—se rió y bebió su vino—. Fue tan difícil rechazarles. La decepción en sus caras, Dios mío, nunca lo olvidaré. No sé si alguna vez se sintieron realmente orgullosos de mis logros como piloto. Subir de rango, convertirme en capitán, nada de eso les importaba. Pero para mí no era sólo un deseo, era una necesidad. Tenía que volar para ser feliz en la vida. Y no me arrepiento ni por un segundo.

La habitación se quedó en silencio mientras todos se empapaban de la historia de Kieran. Emily se sentía cada vez más cerca de la pandilla de padres. Yvonne apretó el brazo de Kieran.

—Era lo correcto—dijo ella, sonriendo con su hermosa sonrisa—. Nunca nos hubiéramos conocido si no hubieras seguido tu sueño.

Kieran parecía un poco nervioso. Vació su copa de vino—. Creo que necesito otra de estas.

El estado de ánimo en la habitación se tranquilizó. Wesley seleccionó otra botella de vino tinto para el grupo. Emily ya podía sentir los efectos del alcohol. Se volvió más risueña, más abierta. Pronto, todos se reían y compartían historias.

Podían oír a los niños corriendo por el sótano, riendo felices también. Incluso cuando hubo un gran golpe -uno que le dijo a Emily que había caído otro de sus queridos árboles-, gritaron con deleite asustado en lugar de terror. Tanto Emily como Daniel se sintieron aliviados al saber que Chantelle finalmente estaba feliz, incluso si sonaba como si toda la casa estuviera a punto de derrumbarse a su alrededor.

Mientras otro gran estruendo de truenos sonaba por encima de ellos, Emily bebió su vino y rápidamente se sirvió otro. Iba a necesitar algo más que un poco de coraje para sobrevivir esta noche.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando Emily despertó a la mañana siguiente, envuelta en un saco de dormir en el sótano, aturdida por el exceso de vino y alegría durante toda la noche, se apresuró a subir para evaluar los daños de la tormenta de la noche anterior. Para su gran alivio, el nuevo techo había resistido y no había señales de fugas. Pero fuera en el césped, Emily se enfrentó a una escena de devastación. El césped estaba completamente inundado y varios árboles habían caído.

Mientras Emily miraba alrededor, sorprendida e incrédula, vio que el gran árbol que había entre su propiedad y la de Trevor había caído en su casa, destrozando el techo e incluso dañando algunos de los ladrillos del piso de arriba. La ventana de donde Trevor la miraba había sido destruida por completo.

Emily fue golpeada con un miedo repentino. ¿Estaba Trevor en casa durante la tormenta? ¿Y si hubiera estado en la habitación de arriba espíandola como lo hacía a menudo?

Corrió a través de la hierba empapada hacia la casa de Trevor y saltó a través de la nueva brecha que el árbol había chocado contra la cerca entre sus dos propiedades. Ella corrió por los escalones del porche de Trevor y llamó a su puerta en voz alta.

— ¿Trevor?—llamó cuando no hubo respuesta—. Trevor, ¿estás ahí?

Ella miró a través de la ventana hacia su sala de estar. Nada estaba fuera de lugar allí. Ella nunca había visto la casa de Trevor y estaba un poco sorprendida por la decoración, que era más moderna de lo que esperaba del hombre.

Emily dudó brevemente, preguntándose si estaba interfiriendo en la privacidad de Trevor al estar aquí. Pero su abrumadora preocupación de que algo terrible le hubiera ocurrido la llevó a seguir adelante. Ella corrió a la parte de atrás de su casa y se sorprendió al ver aún más devastación allá afuera. Su cobertizo se había caído por completo, las tablas estaban astilladas, el contenido -una segadora y una azada, entre otras cosas- estaba esparcido sobre la hierba, como si hubieran sido arrojadas allí por un gigante furioso. A Emily le pareció que un tornado había desgarrado el patio trasero de Trevor en lugar de una tormenta. Claramente se había llevado la peor parte.

Karma, pensó Emily, luego inmediatamente se arrepintió.

Mientras Emily se dirigía hacia la puerta trasera, vio que había otro árbol caído. Las ramas superiores de ésta se habían estrellado contra la ventana trasera de la cocina, y fragmentos de vidrio colgaban precariamente en el marco de la puerta. Emily entró cuidadosamente en la cocina de Trevor, que era blanca y brillantemente limpia.

— ¿Trevor?—llamó hacia la casa estremecedoramente silenciosa.

Por primera vez escuchó un sordo murmullo. Emily saltó a la acción, siguiendo el ruido, corriendo por el pasillo llamando a Trevor, escuchando la respuesta gimiendo, volviéndose más frenética y aterrorizada con cada segundo que pasaba.

Luego dobló la esquina hacia el lavadero de Trevor. Allí estaba él, tendido en el suelo, cubierto de escombros y yeso que había caído sobre él desde el techo. Una enorme viga de acero del techo yacía diagonalmente sobre su pecho, aplastándole contra el suelo. Emily tardó un momento en darse cuenta de lo que había pasado. Cuando lo hizo, dio un grito ahogado. El gran árbol caído entre sus propiedades debía haber golpeado en el tanque de agua del ático, provocando que se inundó durante toda la noche, debilitando la estructura. Entonces el árbol más pequeño del jardín debía haberla dañado aún más. Finalmente, cuando Trevor había salido de su búnker del sótano esta mañana, había sacudido la debilitada estructura, haciendo que el techo cayera sobre él. Toda la casa podría ser inestable.

—Trevor, ¿puedes oírme?—Emily gritó.

Murmuró en respuesta, sus párpados parpadeando y revoloteando varias veces antes de cerrarse de nuevo. El estómago de Emily se estremeció de terror. Trevor necesitaba ayuda y rápido.

Se levantó de un salto y salió corriendo de la casa, con cuidado de no engancharse en los fragmentos de vidrio de la puerta trasera rota, y se dirigió de nuevo a través de la hierba pantanosa hacia su casa. Sus zapatos estaban empapados para cuando regresó, y las piernas de su pantalón habían absorbido agua fría y herbosa.

— ¡Daniel!—gritó, atravesando el pasillo.

En la cocina, se detuvo. Daniel estaba allí preparando café. Se giró para mirarla a la cara.

—Ahí estás—dijo, tratando de alcanzarla—. Estaba preocupado. No tenía ni idea de lo que te había pasado. —su expresión cambió cuando vio la mirada en su rostro. Le quitó las manos—. Te estás congelando. ¿Qué está pasando?

—Es Trevor—tartamudeó Emily—. Está atrapado. Herido. Necesita ayuda.

— ¿Qué?—Daniel jadeó, sus ojos abriéndose de par en par.

— ¡Tenemos que darnos prisa!—Emily gritó, más frenética ahora, frustrada por la confusión de Daniel—. La casa es inestable. Un tanque de agua debe haber estallado e inundado el lugar.

—Deberíamos llamar a Jason—dijo Daniel, refiriéndose a su amigo bombero—. Si la casa es inestable, no deberíamos entrar.

— ¡No podemos esperar al departamento de bomberos!—exclamó Emily—. ¡Tenemos que movernos ahora!

Finalmente, Daniel estuvo de acuerdo. Se lanzó a la acción. Corrió hacia la puerta del sótano para llamar a los demás, pero se dio cuenta de que ya estaban a mitad de la escalera. Debían haber sido alertados por el alboroto.

— ¿Qué está pasando?—preguntó Yvonne mientras Bailey se abría paso, empujándose hacia la cocina.

— ¡Mira!—gritó, señalando por la ventana los restos del jardín.

—Dios mío—exclamó Suzanna mientras salía tras los demás—. La tormenta realmente hizo un buen trabajo en tu huerto, Daniel.

—No importa el huerto—gritó Emily—. Mi vecino está atrapado. Herido. Necesita ayuda.

Kieran y Wesley salieron de las escaleras del sótano con Chantelle y Toby detrás de ellos. Mogsy y Rain le siguieron.

Chantelle parecía aterrorizada—. ¿Qué está pasando?—gritó, se aferró a la pierna de Emily y luego se encogió cuando se dio cuenta de que sus pantalones estaban empapados de agua.

—Sólo necesitamos ayudar a alguien—dijo Emily apresuradamente, tratando de tranquilizar a Chantelle lo más que podía, aunque ella misma necesitaba ser tranquilizada. Emily miró a Suzanna—. ¿Puedes quedarte con los niños?

—Por supuesto—dijo ella, asintiendo, su cara desenfocada por la ansiedad. Jaló a Chantelle y a Toby hacia ella.

— ¿Puedo ir?—preguntó Bailey, emocionada.

—De ninguna manera—dijo Yvonne bruscamente—. Quédate aquí y compórtate.

Bailey hizo pucheros, pero nadie tenía tiempo de tratar con un niño malhumorado.

Los adultos corrieron hacia la casa de Trevor.

—Cuidado con el vidrio aquí—dijo Emily mientras los guiaba a través de la puerta trasera rota, luego a lo largo del pasillo y hacia el cuarto de servicio. Trevor estaba inconsciente, atrapado bajo la viga del techo.

—Oh Dios—jadeó Yvonne.

Juntos tomaron la viga e intentaron quitársela. Pesaba una tonelada y todo el mundo puso una mueca mientras intentaban levantar la gran viga de acero. Finalmente, se las arreglaron para levantarla sólo una pulgada. Trevor gimió fuertemente cuando la presión que había estado sobre su pecho finalmente se liberó.

— ¡No puedo aguantar esto mucho tiempo!—Wesley gritó, sus brazos temblando por el esfuerzo.

Trevor se despertó y empezó a gemir de dolor.

—Voy a tratar de sacarlo—dijo Emily—. ¿Todo el mundo está agarrando bien?

Daniel asintió con la cabeza, y Emily pudo ver los músculos que se tensaban en su cuello. Ella tendría que moverse rápido si iba a sacar a Trevor antes de que no tuvieran más remedio que dejar caer la viga pesada.

—Está bien, Trevor—dijo Emily mientras se agachaba—. Vas a estar bien. Sólo trabaja

conmigo. —Ella deslizó sus brazos por debajo de las axilas de él—. ¿Listo? Necesitas empujar con los pies.

Sobre ellos, la viga de acero se movió precariamente.

— ¡Mantenlo quieto!—Daniel ladró.

—Trevor—dijo Emily apresuradamente—. Quédate conmigo. —Se estaba desmayando de nuevo por el dolor—. No puedo sacarte a menos que me ayudes.

Finalmente, algo hizo clic en la cabeza de Trevor. Pateó con las piernas. Poco a poco, Emily fue capaz de sacarlo de su trampa. Se esforzó, poniendo todo su peso en ello. Luego, con un empujón final, cayeron al lavadero. Un segundo después, Daniel y los otros dejaron caer la viga del techo. Se estrelló contra el suelo.

Yvonne corrió hacia Emily y Trevor—. ¿Estás bien?

Jadeando, Emily asintió y se sentó. Se sintió aturdida por el esfuerzo, pero se concentró en Trevor. Incluso cuando Daniel corrió y trató de ayudarla a ponerse de pie, ella lo empujó y en su lugar fue a ayudar a Yvonne a maniobrar a Trevor a una posición sentada. Estaba cubierto de yeso blanco y parecía un zombi. Tosió, haciendo que una nube de polvo volara en el aire.

—No te levantes muy rápido—le dijo Emily.

Con la ayuda de todos lograron poner al anciano de pie y lo llevaron a la cocina, donde lo colocaron en una de las sillas.

—Emily—murmuró Trevor, mirándola. Parecía sorprendido de verla allí. Luego le dio una palmadita en la mano.

Emily estaba conmocionada. Trevor nunca había mostrado ni un ápice de bondad hacia ella. Se sentía mal por todas las cosas terribles que había pensado de él durante meses. Mirándolo ahora, cubierto de polvo, con un aspecto frágil y aterrorizado, se dio cuenta de que Trevor era sólo un ser humano vulnerable después de todo.

—Podría tener una conmoción cerebral—dijo Emily a los demás—. Llamaré a la Dra. Patel, a ver si puede venir a la casa y revisarlo.

—Buena idea—estuvo de acuerdo Daniel—. Veré si Jason puede venir y ver el daño estructural.

Ambos desaparecieron en conversaciones por teléfono celular. Yvonne se quedó con Trevor, haciéndole preguntas suavemente, tratando de mantenerlo despierto y hablando. Kieran, mientras tanto, le sirvió al anciano un vaso de agua, mientras Wesley comenzaba a barrer algunos de los escombros.

Jason y Sunita se apresuraron a llegar a la casa tan rápido como pudieron. Mientras Jason y Daniel deambulaban evaluando el daño estructural de la propiedad, Sunita revisó a Trevor, iluminándole los ojos con su linterna, revisando su cabeza para ver si tenía algún signo de lesión,

escuchando su pecho.

—Eres un hombre muy afortunado, Trevor—dijo finalmente Sunita, envolviendo su estetoscopio y poniéndolo en su bolsillo—. No hay fracturas, ni conmoción cerebral. Apenas un rasguño.

Emily se sintió tan aliviada al enterarse de la noticia. Fue casi un milagro que no se hubiera lastimado en la caída.

—Es bueno que seas una vecina tan preocupada—le dijo Sunita a Emily—. El número de personas que viven solas y no tienen a nadie que las controle es realmente trágico. Si hubiera estado atrapado allí por un día, habría sucumbido rápidamente a la deshidratación.

El pensamiento horrorizó a Emily. Ella prometió ser más amable con Trevor, aunque él se mantuviera tan desagradable con ella como siempre. Era un hombre solitario, tan frágil como cualquier otro humano.

Jason y Daniel regresaron de evaluar los daños estructurales de la casa.

—Conozco a la gente a la que llamar, Trevor—explicó Jason—. No te preocupes. Arreglaremos esto para ti en un abrir y cerrar de ojos.

Trevor asintió hipnotizado. Emily se mordió el labio con ansiedad.

—¿Se va a poner bien?—le preguntó a Sunita—. Parece realmente fuera de sí.

Trevor debía haberlas escuchado por casualidad, porque por primera vez en mucho tiempo se animó de nuevo—. Estaré bien—dijo despectivamente, quitándose la manta de las piernas y poniéndose de pie. Pero tan pronto como lo hizo, perdió el equilibrio y tropezó.

Emily le agarró el brazo justo a tiempo y lo bajó de nuevo a la silla.

—¿Quizás podrías quedarte con él por un tiempo?—sugirió Sunita con voz más baja—. Obviamente está bastante conmocionado.

Emily asintió con la cabeza. Entonces les dijo a sus amigos—: ¿Por qué no se van a casa? Me quedaré aquí con Trevor.

—Mientras estés bien—dijo Yvonne.

Emily asintió—. Lo estoy. Y gracias por todo, chicos, realmente aprecio que hayan venido por Chantelle.

Todos salieron de la casa de Trevor, ninguno de ellos dijo una palabra. Emily fue a hacerle una taza de té.

—No tienes que quedarte—dijo Trevor.

Emily podía ver por su tono que su orgullo había sido mordido por toda la experiencia. Aunque él estaba claramente agradecido por su ayuda, ella se dio cuenta de que había un poco de

Trevor Mann que deseaba que hubiera podido ser literalmente cualquier otra persona en el mundo que hubiera venido a rescatarlo.

—Lo sé—contestó ella encogiéndose de hombros—. Pero quiero hacerlo.

Tan incómoda como Emily se sintió por entrometerse en la vida de Trevor, ella también sabía que era lo correcto. Trevor podía ser un hombre hosco y enojado, pero no debería estar solo, no después de lo que acaba de pasar. Nadie debería estar solo en un momento así.

Terminó de hacer el té, escuchando desde el otro lado de la ventana el sonido de sus amigos saliendo en sus autos, de Mogsy y Rain ladrando, de las risitas felices de Chantelle. Sintió una punzada de celos, ganas de estar allí, de saborear cada momento. Pero ella estaba aquí con Trevor y se alegraba por ello. Quizás esta experiencia compartida podría ser el comienzo de algo diferente entre ellos.

—Toma—dijo ella, moviendo la taza frente a Trevor.

—Gracias—murmuró Trevor.

Emily estaba tan aturdida que se congeló en el acto. ¡Eran palabras que ella nunca le había oído decirle antes ni esperaba que le dijera! Fue casi tan chocante escuchar eso como lo había sido verlo atrapado bajo una viga del techo.

—De nada, Trevor—dijo ella, una pequeña sonrisa en sus labios.

Se sentaron juntos en silencio, Trevor bebiendo su té, la manta alrededor de sus hombros, hasta que los trabajadores llegaron para arreglar el daño. Entonces Trevor ahuyentó a Emily, insistiendo en que ya estaba bien. Ella salió de su casa, sorprendida y sin palabras por el sorprendente giro de los acontecimientos.

De vuelta en casa, encontró a Daniel y Chantelle en la sala de estar. Nunca se había sentido más bendecida por tenerlos en su vida de lo que se sintió en ese momento. Terminar sola como Trevor era su mayor temor.

—¿Está todo bien ahora?—preguntó Daniel.

Emily asintió y se hundió a su lado en el sofá, sintiéndose todavía sacudida por toda la experiencia.

—Han sido un par de días muy ocupados, ¿eh?—dijo.

Daniel se rió—. No puedo esperar a ver qué nos depara el Día de Acción de Gracias.

Emily gimió—. No me lo recuerdes. Trevor me lo agradeció antes, pero sigue siendo el tipo que trata de que nos echen de este lugar. Y todavía es gracias a él que tenemos que pagar esa enorme factura de impuestos para Acción de Gracias. —Ella agitó la cabeza, repentinamente triste—. No tengo ni idea de cómo vamos a encontrar el dinero.

—No te preocupes—contestó Daniel—. La cochera estará lista para entonces y los ingresos empezarán a llegar.

—Suenas optimista—dijo ella.

Daniel la besó ligeramente y la envolvió en sus brazos—. Lo soy. Tengo la sensación de que todo va a salir bien. Sólo espera y verás.

En muchos sentidos tenía razón. No importaba lo que pasara con la posada en el futuro, se tenían el uno al otro. Emily esperaba que siempre estuvieran juntos, que el tiempo y las circunstancias no los separaran el uno del otro. Pensó en el anillo de perlas de la joyería, y de repente se lo imaginó en el dedo, escuchando el sonido de un bebé recién nacido llorando. ¿Cómo sería un niño concebido por ella y Daniel? Un hermano para Chantelle, un matrimonio, estabilidad para todos. Con repentina claridad, Emily se dio cuenta de que eso era lo que quería. Pero tendría que ser paciente y aceptar que por ahora tenía todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO DIECIOCHO

A medida que se acercaba el Día de Acción de Gracias y la posada permanecía sin huéspedes, Emily trató por todos los medios de no entrar en pánico. La tormenta le había hecho contar sus bendiciones y mantener en mente lo que era importante para ella, y que era la familia, la comunidad.

En los últimos días, la sala de estar de la posada se había transformado en un lío de actividades artesanales, pegatinas brillantes y pegamento brillante. Chantelle estaba ansiosa por crear el centro de mesa, y también había decidido hacer menús que explicaran cada plato en detalle, con las ilustraciones correspondientes. Emily, deseando animar a Chantelle en sus esfuerzos creativos tanto como fuera posible, se entregó a su nuevo pasatiempo. También fue una forma útil de asegurarse de que estuviera ocupada durante los tiempos en que Daniel estaba ocupado redecorando la cochera.

Esa noche, sin embargo, toda la familia se sentó junta en la sala de estar, Daniel exhausto luego un día de trabajo duro, Emily exhausta luego de un día de maternidad, y Chantelle llena de energía y entusiasmo por la próxima fiesta.

—Necesito saber cuánta gente viene—dijo, mirando desde donde estaba sentada en el suelo al lado de la chimenea, con un cuaderno de bocetos delante de ella en la mesa de café. Había brillo por todas partes.

Mogsy yacía tendido junto a Chantelle, Rain metida junto a su vientre como siempre lo hacía. Daniel dobló el periódico que había estado leyendo.

—¿Cuántos vienen para qué?—preguntó.

—¡Acción de gracias!—exclamó Chantelle, poniendo los ojos en blanco ante su padre.

—Oh. —Daniel miró a Emily, acurrucada en el sofá con una novela. Levantó las cejas—. No lo sé.

En las conversaciones de los últimos días había surgido que quizás el Día de Acción de Gracias sería el momento adecuado para presentarle a Cassie a Chantelle, de manera apropiada y con anterioridad. Emily asumió que Daniel pensaba que Cassie se comportaría de la mejor manera posible. Emily, por otro lado, sintió que lo usaría como una oportunidad para beber tanto licor como fuera posible.

—Voy a invitarla—dijo Daniel, con la mirada fija en Emily.

Emily agitó la cabeza—. No es una buena idea.

—¿Invitar a quién?—preguntó Chantelle.

Emily le dio a Daniel una mirada de advertencia. No quería que Chantelle se ilusionara con conocer a su abuela paterna sólo para que la mujer la defraudara. Ella ya había sido decepcionada tantas veces en su joven vida. Emily quería que Chantelle aprendiera que los adultos podían ser

dignos de confianza y que el hecho de que Cassie estuviera aquí definitivamente sería un obstáculo para ese objetivo.

—Ella es de la familia—dijo Daniel, su voz un poco más aguda—. Acción de Gracias es tiempo para la familia.

—¿*Quién* es la familia?—preguntó Chantelle, cada vez más insistente mientras agitaba su pluma de pegamento brillante.

—Nadie—dijo Emily, tratando de silenciar a la chica. Luego a Daniel, añadió—Depende de ti. Si crees que es una buena idea, obviamente te apoyaré. Pero creo que es una mala idea.

Daniel asintió con la cabeza y Emily pudo darse cuenta instintivamente de que no había forma de que siguiera su consejo. Cuando Daniel tenía una idea en su cabeza, no era fácil persuadirlo de lo contrario.

Se puso de pie y dejó caer el periódico en el sofá.

—La llamaré ahora—dijo.

—¿*A QUIÉN?*—Chantelle gritó, su curiosidad transformándose en frustración.

—Tu abuela—dijo Daniel con cierta brusquedad, girando su cabeza sobre su hombro para mirarla brevemente mientras salía de la habitación.

Chantelle parecía aturdida. Emily vio a la chica sentarse y respirar un poco. Luego miró a Emily, un pliegue de confusión en su frente.

—¿La señora de antes?—preguntó.

Emily suspiró profundamente. Por supuesto que Chantelle había recordado el encuentro en el camino de entrada esa vez. Era una niña brillante. A veces demasiado brillante para su propio bien.

Emily llamó a Chantelle. Ella se paró desde donde estaba sentada, haciendo una cascada de brillantina a su alrededor, y luego se acurrucó junto a Emily en el sofá. Emily le acarició su suave pelo rubio.

—Te prometo que no habrá ninguna pelea. Sin discusiones. Si tu abuela te asusta en algún momento, me aseguraré de que estés a salvo.

—¿Pero por qué quiere papá que venga?—preguntó Chantelle en voz baja—. Pensé que no se caían bien.

—Papá quiere llevarse bien con ella—dijo Emily suspirando—. Todo el mundo quiere llevarse bien con su madre.

Pensó en su propia madre, sola en Acción de Gracias. Este sería el primer año que Emily pasaría fuera de la ciudad de Nueva York, y aunque había dejado de ver a su mamá durante las fiestas hace varios años por pasarla con la familia de Ben, siempre había hecho el esfuerzo de

invitarla. Patricia, por supuesto, nunca vino, pero al menos Emily sabía que había hecho todo lo que podía. Se preguntaba si debería invitarla este año.

—No quiero volver a ver a mi mamá—dijo de repente Chantelle, su voz rompiendo los pensamientos de Emily.

Emily se sorprendió con las palabras—. ¿No quieres?

Sintió a Chantelle sacudir la cabeza contra el lugar donde descansaba en ella—. La odio.

A Emily le dolía oír a la niña hablar así, saber que a los siete años ya había renunciado a que su madre fuera una influencia positiva en su vida.

—Puede que algún día—le dijo Emily con calma—. Si deja de estar mal, podría ser más amable.

—Pero no se detendrá, ¿verdad?—dijo Chantelle. Su voz se había vuelto increíblemente pequeña y silenciosa.

Emily apretó los brazos alrededor de la niña, sintiendo una ola de amor y un fuerte deseo maternal de protegerla del daño. Las drogas que Sheila tomó debían ser tan poderosas que podrían romper este vínculo.

—Tal vez no—dijo Emily. Nunca quiso mentirle a Chantelle, ni darle esperanzas a la chica. Se dio cuenta de que Chantelle apreciaba su franqueza. Devolvió el abrazo de Emily.

En ese momento, Daniel regresó a la sala de estar. Emily podía darse cuenta por su comportamiento de que su llamada con Cassie no había ido bien.

—Ella no vendrá—dijo, simplemente—. Dice que está demasiado herida después de lo que pasó la última vez.

Chantelle se desplegó desde el abrazo de Emily y regresó a su estación de artesanías.

—Está bien—dijo ella, diplomáticamente—. Seguiremos divirtiéndonos los tres solos.

Daniel sonrió débilmente.

*

Más tarde esa noche, una vez que Chantelle había sido metida en la cama, una vez que Daniel se había dormido de cansancio en el sofá, Emily fue a la mesita junto a la puerta donde dejó su teléfono celular. Era el único lugar donde tenía recepción en la casa, pero también le gustaba dejarlo allí, no llevarlo encima todo el tiempo. Era otra forma de desconectarse de su antigua vida, de sus viejos amigos. Ben. Su madre.

Ella lo cogió y miró la pantalla durante mucho tiempo, antes de finalmente sacar el número de

su madre. Hacía mucho tiempo que no se hablaban.

Patricia respondió en el segundo timbre.

— ¿Sí?—dijo en tono seco.

—Soy yo, mamá—dijo Emily.

—Sé que eres tú. Tu nombre apareció en la pantalla.

La voz de Patricia era monótona, impasible ante los intentos de su hija de comunicarse con ella. Hizo que el corazón de Emily se rompiera al oírla de esa manera. ¿Su madre se interesaba por ella?

— ¿Cómo está el tiempo en Nueva York?—Emily intentó, manteniendo su voz alegre.

Oyó a Patricia suspirar profundamente al otro lado de la línea—. ¿Qué quieres, Emily?—dijo ella.

— ¿Qué te hace pensar que quiero algo?

— ¿Por qué si no estarías llamando?

Emily vaciló. Ella había perdido toda la confianza que había tenido antes; el comportamiento de su madre la había absorbido.

—Día de Acción de Gracias—dijo finalmente Emily.

Escuchó el silencio al final de la línea.

— ¿Qué pasa con eso?—dijo Patricia finalmente, su voz tan seca como siempre.

—Me preguntaba si querías venir y pasarla aquí. Conmigo y Daniel. Y la hija de Daniel.

— ¿La qué de Daniel?—dijo Patricia sin rodeos.

—Su hija—dijo Emily apresuradamente—. Ella es increíble. Te va a encantar. Brillante. Hermoso. Se parece tanto a Charlotte que es extraño. Ahora somos una familia de verdad, mamá. Tengo una buena vida aquí.

—Si crees que voy a poner un pie en esa casa otra vez.... —Patricia comenzó, y Emily se dio cuenta de que había inflamado el temperamento de su madre, que la mujer estaba a punto de estallar—. Tu padre me sacó de todas las vacaciones, Emily. ¿No te acuerdas? Nunca estuve allí. No he pasado un Día de Acción de Gracias en Sunset Harbor en casi treinta años.

Emily recordó las fotografías que había encontrado en el ático, en las que su madre siempre estaba ausente. Pero en sus recuerdos, fue porque su mamá no quería estar allí, por lo que se negó a ir con ellos. ¿O era eso lo que su padre le había dicho? Ella odiaba pensar en su padre de esa manera.

—Siempre te llevaba a ese horrible lugar—decía su mamá, su voz ahora temblando de

emoción—. Navidades. Cumpleaños. Después de la muerte de Charlotte, se obsesionó con esa casa. Era donde él se sentía más cercano a ella. Dios sabe por qué eso significaba dejarme fuera. Probablemente porque había una ramera ahí arriba que lo adoraba de maneras que yo no lo haría.

Emily escuchó, su corazón martilleando. Ella también se sentía más cerca de Charlotte en esta casa, en el lugar donde había muerto. Pero ella siempre había pensado que su madre había decidido no volver aquí para evitar los recuerdos dolorosos. Patricia siempre había culpado a Roy por la muerte de Charlotte, por estar borracho y por no haber cuidado bien a los niños en esa fatídica noche tantas décadas antes. Que había sido su padre quien había impuesto la prohibición a su madre, sacudió a Emily hasta la médula. No encajaba en absoluto con los recuerdos que ella tenía de él, y ciertamente no encajaba con la historia que él le había contado. La idea de que su padre había estado teniendo una aventura se hizo aún más fuerte en la conciencia de Emily. Ella nunca quiso creer que su desaparición se debía a algo tan estúpido y trivial. Le rompería el corazón descubrir que esa había sido la razón.

—Mira, mamá—dijo Emily suspirando—. Papá... todas esas cosas están en el pasado. Esta es mi casa ahora y quiero que conozcas a mi familia. Quiero que estés aquí.

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea—. Lo siento, Emily—dijo finalmente Patricia—. No es posible.

Entonces la línea se cortó.

Emily sintió lágrimas cayendo por sus mejillas. Oyó un ruido detrás de ella y se giró, casi sorprendida al descubrir que estaba parada en el pasillo de la posada, y que Daniel se había despertado y había subido detrás de ella.

—Tu mamá tampoco vendrá—dijo simplemente.

Emily agitó la cabeza mientras se limpiaba las lágrimas de sus mejillas—. Somos sólo nosotros—contestó ella.

Daniel la alcanzó y apretó los brazos a su alrededor. Ella volvió a descansar su cabeza sobre su pecho, sintiéndose devastada y traicionada.

—Tenemos que salir—dijo Daniel en la parte superior de su cabeza—. Salir de este lugar por un rato. Tener una cita, sólo nosotros dos.

Emily lo abrazó de vuelta—. Me gustaría eso—dijo ella, en voz baja.

Puede que ya no tenga su propia familia a su alrededor, pero tenía una nueva familia con Daniel y Chantelle. Cultivar eso era ahora su prioridad. Ser la clase de madre en la que Chantelle podía confiar, la clase que ella y Daniel nunca habían tenido, era lo más importante para ella en el mundo.

Al diablo con la familia y los impuestos atrasados, pensó Emily. Esta es mi vida y voy a disfrutarla.

Cogió su móvil y buscó el número de Serena.

—Oye, más despacio—dijo Daniel cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Parecía repentinamente nervioso.

—Quiero irme ahora—contestó Emily, decidida. Estaba harta de sentirse preocupada y miserable. Se merecía un poco de placer.

Pero la mano de Daniel en la suya la tranquilizó—.Serena viene mañana por la tarde—dijo—. Está todo preparado. Se suponía que iba a ser una sorpresa.

—Oh—Emily jadeó, sorprendida—. Eso es una sorpresa.

Daniel le sonrió tímidamente—. ¿Por qué no nos vamos a la cama ahora?

Le acarició el brazo, encendiendo las llamas del deseo dentro de ella. Emily se inclinó hacia él y lo besó suavemente, todo su cuerpo temblando de emoción. Entonces Daniel tomó su mano en la suya y la llevó a la cama por la escalera.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La noche siguiente, Daniel guió a Emily a través de la puerta de cristal del nuevo restaurante de lujo que se había abierto en la ciudad.

—¿Vamos a entrar aquí?—Emily dijo, un poco sorprendida.

Daniel asintió. Parecía incómodo en el opulento escenario, y alisó su camisa de cuadros escoceses.

—Pensé que deberíamos intentarlo—dijo—. Apoyar el nuevo negocio local.

La música de piano flotaba a través del restaurante, que estaba iluminado con luces suaves y románticas. Oía delicioso. Emily sintió su estómago refunfuñar con anticipación.

Su mesera, una muchacha de veintitantos años con el pelo rizado, apareció y los llevó a su mesa. Era una mesa redonda en un rincón tranquilo y acogedor. La pared era de ladrillo visto con enredaderas trepadoras que la cubrían. Sobre la mesa había un candelabro adornado y un florero de cristal que contenía una sola rosa roja.

Emily se sentó en una de las sillas acolchonadas y cogió su menú—. ¿Has visto estos precios?—jadeó.

—No te preocupes por eso—dijo Daniel—. Esta noche invito yo.

Emily levantó una ceja sospechosa—. ¿Has conseguido algo de dinero o algo?—bromeó.

Pero Daniel frunció el ceño y agitó la cabeza. Parecía más incómodo que nunca y Emily empezó a ponerse nerviosa, como por ósmosis.

La mesera se acercó y les sirvió un vaso de agua a cada uno. Daniel ordenó una botella de vino blanco, algunas aceitunas y pan, y la mesera se fue.

—Esto es tan elegante—dijo Emily, inclinándose sobre la mesa y susurrándole conspirativamente a Daniel—. No estoy segura de que Sunset Harbor necesite un lugar como éste. —La mayor parte del restaurante estaba vacío. En una noche como esta, la casa de waffles de Joe estaría llena de gente—. Aunque, diciendo eso—continuó Emily—a Gus y a su amigable grupo de ancianos les encantaría un lugar como este.

Daniel gruñó algún tipo de reconocimiento y se movió en su asiento.

—¿Qué pasa?—preguntó Emily riendo—. ¿No te gusta estar aquí?

—Shhh—dijo Daniel. La mesera estaba regresando y él estaba claramente preocupado de que ella lo oyera por casualidad.

Pero no mostró ningún indicio de ello mientras les servía una copa de vino a cada uno y les preguntaba si estaban listos para ordenar.

—Pediré los langostinos asados con puré de ostras para empezar y la tarta de camembert e higos como mi plato principal—dijo Emily.

—Vieiras, por favor—dijo Daniel torpemente—. Y, eh, soufflés.

La mesera recogió sus menús, sonrió y se alejó.

Daniel inmediatamente le dio a Emily una mirada de vergüenza—. Eran las únicas cosas del menú que sabía pronunciar. ¿Cómo es que estás tan a gusto aquí?

Emily se encogió de hombros—. Probablemente porque Ben siempre me llevaba a este tipo de lugares. Cuanto más elegante, mejor.

—Oh—contestó Daniel. Su nerviosismo se convirtió en una tristeza repentina.

—Lo siento, no debí mencionarlo en una cita—dijo Emily, sintiéndose culpable.

—No es eso—dijo Daniel. Se rascó el cuello y miró torpemente a la mesa.

—Bueno, ¿qué es entonces?—preguntó Emily, un poco exasperada—. Has estado actuando raro toda la noche.

—Quería hablar contigo—dijo Daniel—. Sobre ese día en la joyería.

Emily agitó la cabeza—. No lo hagas. Por favor. No hay nada que discutir. —no quería recordar la humillación que sintió ese día.

—Pero si hay—dijo Daniel—. Hay mucho que hablar. Quiero decir, vivimos juntos. Tenemos a Chantelle. ¿Por qué no deberíamos simplemente... ya sabes...—Se volvió a rascar el cuello—. Hacerlo todo.

Emily se detuvo y levantó una ceja. ¿Estaba Daniel abordando el tema del matrimonio? Ella había estado pensando mucho en su futuro, preguntándose qué pasaría si perdían la casa debido a la bancarrota por los impuestos atrasados, preguntándose si el matrimonio era lo correcto para ellos, si ampliarían su familia en algún momento, o si Daniel quería algo de eso en absoluto. Siempre era tan difícil de leer.

— ¿Hacerlo todo?—preguntó ella.

—Ya sabes a qué me refiero.

— ¿Te refieres a casarnos?

Daniel asintió. Emily sintió una extraña mezcla de emociones. Sorbió su agua, su cabeza nadando repentinamente. Debería estar contenta de que Daniel sacara el tema, pero ella no se sentía así en absoluto. Se sintió fría, llena de dudas. Se tomó un momento para averiguar por qué, y se dio cuenta de que era la manera en que Daniel estaba abordando el tema lo que la estaba molestando. No hubo ningún gesto romántico exagerado. Nada de arrodillarse y profesar su amor eterno. Hablaba evasiva e incómodamente de “hacerlo todo”. No podría ser menos romántico.

Daniel parecía cada vez más nervioso—. Lo siento. Estoy haciendo todo esto mal.

En ese momento la mesera llegó con sus entradas, interrumpiendo la conversación. Emily se sentó hacia atrás, observando intensamente a Daniel mientras acomodaba la comida frente a ellos. Tan pronto como se fue, Emily preguntó—: ¿Haciendo qué mal?

—Ya sabes—dijo Daniel, inquieto, mirando su comida—. Proponiendo.

Emily frunció el ceño. ¿Eso era lo que estaba pasando? ¡Ciertamente no se sentía así!

—He estado pensando mucho en el futuro—continuó Daniel, sus palabras se desvanecían rápidamente—. Desde ese día en la tienda he estado pensando mucho en *eso*.

Emily clavó a una de las langostas con maldad—. Matrimonio—le corrigió—. Puedes decir la palabra.

—Sí. Matrimonio—dijo Daniel, la incomodidad audible en su tono—. Y estaba pensando que tal vez no sería tan mala idea hacerlo oficial.

Emily masticó con enojo. Esto se estaba poniendo cada vez peor. Daniel hablaba de comprometerse con ella para siempre y decía que hacerlo no sería “una mala idea”. Sintió la familiar sensación de humillación que la invadía.

—No quiero que me lo propongas por compasión—dijo Emily—. Si se puede llamar a esto una propuesta.

Daniel pareció sorprendido de repente. Se retorció en su asiento, claramente sorprendido por la reacción de ella. Se dio cuenta de que él no había regresado a eso, lo que confirmó que era lo que ella temía; que su deseo de comprometerse con ella había surgido debido a Chantelle y Chantelle solamente. Si él iba a proponerle matrimonio, ella siempre se preocuparía de que fuera una boda de conveniencia, de que Daniel hubiera decidido casarse con ella sólo porque ella era una madre comprometida con su hija sorpresa. Ella había hecho todo esto extremadamente fácil para él.

Se acarició los labios con la servilleta y luego la dejó caer sobre la mesa—. Discúlpame—dijo ella, de pie.

—Emily—dijo Daniel con una exhalación, con cara de desconcertado y herido—. No te vayas.

—Lo siento, Daniel—dijo en voz baja—. Me gustaría irme a casa ahora.

Esperaba irse sola, para dejar que sus lágrimas se derramaran tan pronto como saliera del restaurante. Pero Daniel no era Ben y ella debería haber sabido que nunca la dejaría irse así, sola, con este asunto sin resolver entre ellos. Estaba junto a ella en cuestión de segundos, después de haber tirado suficientes billetes de dólar para cubrir la comida con una generosa propina para la desconcertada mesera, y estaba deslizando su chaqueta sobre sus hombros mientras aparecía apresuradamente a su lado.

—Más despacio, ¿quieres?—dijo.

Emily lo hizo, el ruido de sus talones en la acera se hizo más lento. Ella lo miró, su visión nadando. Una parte de ella quería abrazarlo con alivio porque él no la había dejado ir sola, pero la otra parte estaba tan, tan decepcionada con él, tan decepcionada. Una propuesta debería ser uno de los momentos más maravillosos de su vida, algo que apreciar y mirar hacia atrás con cariño para siempre. No debería ser una conversación confusa en un restaurante, una resignación a la conclusión lógica de su relación. Debería ser un riesgo, un viaje que elegirían hacer juntos, no un mediocre paseo por el mismo camino por conveniencia. Sin importar lo que pasara en su relación, Emily siempre tenía una sombra de duda colgando sobre ellos, como una nube de tormenta amenazando con llover. No estaba segura de si alguna vez se iría.

—Fue un poco exagerado, ¿no?—dijo Emily.

Daniel dejó salir una risa incómoda—. Me alegro de no ser el único que se sintió incómodo en ese lugar.

Emily se detuvo entonces y se volvió hacia él—. ¿Por qué fuimos allí?—preguntó—. ¿Por qué elegiste ese lugar?

Daniel se encogió de hombros—. Porque quería tratarte bien, hacer algo especial. Quería mostrarte lo serio que soy sobre nuestro futuro juntos.

—No necesitas un restaurante elegante para mostrarme eso—replicó Emily, pero su voz se hacía más baja con cada palabra. ¿Qué necesitaba que hiciera Daniel, en realidad, para demostrar su compromiso con ella? ¿Había algo que pudiera hacer para borrar su miedo al abandono, el miedo que la desaparición de su padre había creado dentro de ella? Podrían estar juntos por el resto de sus vidas, por cincuenta años más, y Emily aún estaría esperando que Daniel la dejara.

Se quedaron en silencio mientras caminaban el resto del camino de regreso a la camioneta.

—Siento que la cita haya sido un fracaso—dijo Daniel. Le puso las manos alrededor de su rostro—. Te adoro, Emily Mitchell—dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

Emily asintió con la cabeza, su estómago revoloteando de confusión. En un nivel lo sabía. Toda la evidencia estaba allí. La alegría que tenían en la compañía del otro. La completa facilidad con la que interactuaban. Su incapacidad para imaginar una vida sin Daniel en ella. Su alegría abrumadora por criar a su hija y su emoción ante la posibilidad de que algún día su familia crezca. Su deseo de casarse con él. Pero había otra parte de Emily que no podía aceptar que lo hiciera, porque ella no podía aceptar que nadie lo hiciera. Si ella no era suficiente para hacer que su propio padre se quedara, ¿por qué demonios alguien más pensaría que lo era?

Una lágrima bajó por la mejilla de Emily. Daniel la limpió con el pulgar.

—¿Crees—dijo—que si te lo propusiera bien, con el anillo y arrodillándome y todo eso, dirías que sí?

Emily apretó un dedo contra el labio de Daniel—. Por favor, ¿podemos dejar el tema? No estoy de humor para pensar en ello.

Daniel parecía decepcionado—. ¿Eso es un no?

—En un no ahora, no así. —Ella entrelazó sus dedos a los de él—. ¿Podemos irnos a casa ahora?

Daniel asintió. Se subieron a la camioneta y Emily pensó que podría haber visto a Daniel metiendo algo profundamente en su bolsillo. Se dejó imaginar que era un hermoso anillo en una caja, y luego se regañó a sí misma. Eso era sólo un deseo. Daniel no había estado a punto de proponerle, ¿verdad? ¿No lo había rechazado de verdad?

De repente sintió náuseas y se envolvió con los brazos apretados alrededor de la mitad de su cuerpo mientras se daba cuenta de que podía haber malinterpretado la situación, que podía haber arruinado su única oportunidad de conseguir lo que deseaba.

CAPÍTULO VEINTE

A la mañana siguiente, Emily yacía en la cama mirando el techo, reflexionando sobre la desastrosa propuesta fallida de la noche anterior. Apenas había podido dormir esa noche, despertándose constantemente y reflexionando sobre todo el asunto. Mientras repetía la noche en su mente, deseaba haber respondido de manera diferente cuando ellos estaban fuera del restaurante. Ella había estado demasiado molesta para considerar una propuesta en ese momento, pero ¿y si esa resultó ser su única oportunidad? ¿Y si ella asustó a Daniel y él nunca lo volvería a hacer?

Miró hacia donde Daniel dormía tranquilo a su lado. Con un repentino golpe de envidia, Emily sintió que la vida era mucho más simple para él, pasando sus días trabajando en la cochera y luego volviendo a casa a una novia y una hija felices, mientras ella trataba de hacer que su negocio moribundo fuera rentable, rediseñando el sitio web y entrevistando a un nuevo y elegante chef y buscando constantemente mejoras en la decoración y la calidad al mismo tiempo que cuidaba a una niña. Pero tan pronto como lo pensó, se regañó a sí misma. Daniel trabajaba igual de duro por su familia, pero no dejaba salir su estrés de la misma manera.

En ese momento, Emily oyó el timbre. Miró el reloj, viendo que aún no eran las siete de la mañana.

La campana sonó una vez más, así que Emily levantó su cuerpo cansado de la cama, la envolvió con una bata y bajó trotando los escalones.

Cuando abrió la puerta, tuvo que volver a mirar. De pie en el escalón de delante de ella estaba Trevor Mann.

—¿Qué haces despertándome antes de las siete?—preguntó irónicamente, refiriéndose a la época en que Trevor se había molestado con Chantelle por hacer lo mismo—. ¿Vienes a soltar una especie de bomba sobre mis impuestos atrasados? Déjame adivinar, ¿encontraste una forma de cuadruplicarlos y de reducir a la mitad el tiempo de pago?

—En realidad—comenzó Trevor—quería hablar contigo. Para agradecerte, por lo del otro día, después de la tormenta. —se alisó el bigote nerviosamente.

Emily tuvo la clara impresión de que la visita de Trevor era más de lo que estaba diciendo. No pudo evitar sospechar.

—De nada—dijo ella, cruzando los brazos—. Pero no es eso, ¿verdad? No viniste aquí al amanecer para agradecerme, ¿verdad?

Trevor miró por encima de su hombro. Aquí viene, pensó Emily, preparándose instintivamente para una noticia terrible.

—También quería disculparme—dijo Trevor—. No te he tratado bien.

Emily estaba desconcertada. ¡Primero un gracias, ahora un perdón! ¿El golpe de la viga del techo de Trevor le había dado una nueva personalidad?

En ese momento, Emily se dio cuenta de que Trevor tenía un trozo de papel en sus manos, y jugueteando con él.

— ¿Qué es eso?—preguntó.

Trevor se lo dio a Emily. Era una carta de la Dra. Patel. Mientras sus ojos escudriñaban el papel ante ella, Trevor comenzó a hablar.

—Después de mi caída empecé a sentirme extraño. Pensé que era ansiedad, pánico, causado por el accidente. Así que fui a ver a la Dra. Patel otra vez.

Emily jadeó, llevándose la mano a la boca mientras terminaba de leer la carta y descubría la verdad. Trevor tenía un tumor.

—No tenía a nadie más a quien contarle—dijo Trevor en voz baja.

—Lo siento mucho—tartamudeó Emily. Ella instintivamente quería abrazarlo, ofrecerle algún tipo de afecto físico. Pero ella podía ver por su postura que eso no era lo que Trevor quería en absoluto. Era un hombre práctico, un hacedor, un pensador. Los abrazos no lo consolarían. Y ciertamente no apreciaría sus lágrimas.

— ¿Cuáles son tus opciones de tratamiento?—preguntó, tratando de acercarse a todo el asunto de la manera práctica que ella creía que Trevor apreciaría—. Si necesitas que alguien te lleve a las citas, Daniel y yo estaremos encantados de ayudarte. Puedes desayunar aquí si te cuesta cocinar, y...

Trevor la cortó a mitad de la frase—. Es incurable. —Por primera vez, Emily vio un destello de dolor en sus ojos y escuchó una vacilación en su voz—. Voy a morir, Emily. Voy a morir.

Emily no podía creer lo que estaba escuchando. El una vez formidable Trevor Mann estaba muriendo. Ella lo había visto vulnerable después de la conmoción de la tormenta, pero eso palideció en comparación con este momento. Trevor nunca se había visto tan frágil y pequeño. Su visión se nublaba con lágrimas, pero se obligó a no derramarlas. Eso era lo último que un hombre orgulloso como Trevor apreciaría.

— ¿Por qué no entras a tomar un café?—dijo ella, sin saber qué hacer o qué decir.

—No, no, gracias—contestó Trevor, volviéndose de repente formal de nuevo—. Tengo que volver a la casa para asegurarme de que los trabajos de reparación vayan de acuerdo con mis expectativas. Confío en que no compartas esto con nadie más en la ciudad.

—Por supuesto—dijo Emily en un susurro aturdido.

Le devolvió la carta a Trevor. La dobló lentamente y se la metió en el bolsillo de su pecho de una manera extrañamente rígida, antes de darse la vuelta.

—Espera, Trevor—dijo Emily de repente—. ¿Por qué no pasas Acción de Gracias con nosotros?

Se detuvo, una mirada de genuino asombro en su cara—. No podría. Sería una molestia.

—Nuestras propias familias se han negado a venir—añadió Emily—. Estoy pensando en invitar a todos los de la ciudad y significaría mucho para nosotros si estuvieras entre ellos. —a Emily se le acababa de ocurrir y cuando las palabras se le salieron de la boca, se le hizo más obvio que nunca que sus amigos de Sunset Harbor debían estar presentes en Acción de Gracias. Eran lo que más agradecía.

Trevor aclaró su garganta—. Supongo que podría venir. Sólo por un rato.

—Sólo por un rato—dijo Emily, sonriendo.

Vio a Trevor irse antes de cerrar la puerta. Tan pronto como se cerró, sintió que las lágrimas empezaban a caer de sus ojos. Apoyó la cabeza contra el marco, respirando hondo para calmarse.

—¿Qué pasa?—dijo una voz detrás de ella.

Se giró en el lugar y por un breve momento pensó que se encontraría cara a cara con Charlotte. Pero no, era Chantelle. El timbre debía haberla despertado.

—Acabo de enterarme de una triste noticia—dijo Emily.

Chantelle se acercó y la abrazó por la cintura—. ¿Quieres abrazar a Andy el Pandy? Es bueno con los abrazos.

Emily limpió una lágrima y acarició el cabello suave de Chantelle. El hecho de que la niña pudiera ser tan cariñosa después de todo lo que había pasado la dejaba atónita.

—Me encantaría—dijo ella—. Oh, ¿y Chantelle?—añadió mientras la niña empezaba a subir a buscar su juguete—. Trae tus colores y plantillas para colorear. Tenemos un montón de invitaciones para el Día de Acción de Gracias que hacer.

Los ojos de Chantelle se abrieron de par en par con emoción—. ¿En serio? ¿Para quién?

Emily sonrió—. Todos.

Las trágicas noticias de Trevor le habían recordado a Emily lo preciosa que era la vida, lo importante que era pasar cada momento posible rodeada de los más queridos y cercanos. Sus amigos en Sunset Harbor se sentían como familia para ella ahora; de hecho, muchos de ellos habían llenado el lugar de sus propios parientes ausentes.

Chantelle regresó con su caja de manualidades y Andy el Pandy metido bajo su brazo. Ella tenía razón, él era bueno dando abrazos. Mientras estaban sentadas juntas en la sala de estar, Emily recitando la lista de asistentes a Chantelle, sintió que su corazón se hinchaba de gratitud. Había hecho algunos amigos de verdad en Sunset Harbor. Ella podía hacer de esto un verdadero evento comunitario, una fiesta a la que todos fueron bienvenidos. Owen podría proporcionar la música, por supuesto, y Parker sería jefe de cocina junto con su nuevo empleado Matthew. Jeremy Jones, el hijo pequeño de su querida amiga Cynthia, podía ayudar a servir y limpiar los platos para que Serena pudiera tener la noche libre para unirse a las festividades; Emily estaba segura de que Jeremy disfrutaría la oportunidad de ganar algo de dinero extra.

Pero cuando dijo el nombre de Trevor, sintió que se desinflaba de nuevo. Que ella fuera la única persona a la que él se había sentido capaz de contar sus noticias para entristecerla profundamente. Cuánto tiempo habían perdido siendo enemigos mortales cuando en realidad estaba solo y agobiado.

—Chantelle, ¿crees que a Andy el Pandy le importaría pasar un poco de tiempo con un amigo mío? Está enfermo.

Chantelle levantó la vista de su mesa de manualidades—. Por supuesto que no. Pero si está enfermo, necesitará algo más que abrazos. Necesitará una tarjeta y fruta también.

Emily sonrió, conmovida por la bondad inherente de Chantelle—. Hagámosle un paquete de cuidados, ¿de acuerdo?

Fueron juntos a la cocina y comenzaron a llenar una canasta de mimbre con golosinas para Trevor. A Emily le encantaba estar en la compañía de Chantelle, y comenzó a relajarse en su presencia.

Pero mientras trabajaban en su canasta, Emily sintió que volvía a caer en el pasado, en uno de sus recuerdos previamente perdidos. Era Charlotte, no Chantelle, quien ahora estaba a su lado llenando una canasta con latas de sopa de pollo y racimos de uvas.

—Atémoslo con un lazo—escuchó el eco de la voz de Charlotte en su mente.

Mientras la memoria se repetía, Emily casi podía sentir la sensación de satén bajo las puntas de sus dedos al atar una hermosa cinta púrpura alrededor del mango de la canasta.

Vio a su hermanita colocar una tarjeta de recuperación en la canasta, junto con un puñado de flores silvestres que habían recogido de la pradera. El nombre en la tarjeta era Sra. East, y Emily de repente recordó la cara a la que pertenecía, una vecina anciana. Había sido idea de Charlotte darle a la mujer un paquete de cuidados. Odiaba pensar que la gente se quedaba sola mientras estaba enferma.

Emily estaba tan consumida por la memoria que fue sólo cuando Daniel entró en la cocina que volvió a la realidad. Miró el reloj y se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado. Siempre era estridente volver a la actualidad, volver a acostumbrarse a la realidad. En este caso en particular tuvo que reajustarse a la pérdida de su hermana una y otra vez y aceptar que era Chantelle de pie junto a ella trabajando en la canasta, que siempre había sido así.

—El amigo de Emily está enfermo, así que le estamos preparando un paquete de cuidados—explicó Chantelle a Daniel mientras él preparaba una taza de café.

Daniel miró a Emily inquisitivamente. Ella pronunció silenciosamente el nombre de Trevor. Daniel parecía sorprendido.

—Chantelle, será mejor que te prepares para la escuela—dijo.

La niña salió corriendo de la habitación. Tan pronto como se fue, Emily hundió la cabeza en sus manos. Su corazón seguía latiendo demasiado rápido por la experiencia del recuerdo

recuperado y ahora se enfrentaba de nuevo con el recuerdo de Trevor.

—Se está muriendo, Daniel—murmuró ella—. De un tumor cerebral.

Daniel le frotó la espalda—. Eso es una locura. No puedo creerlo.

—Él no tiene a nadie—agregó—. Me lo dijo porque era la única persona a la que se le ocurrió decírselo.

Chantelle apareció de nuevo, vestida para la escuela, su mochila colgada sobre un hombro. Daniel la llevó a la camioneta. Tan pronto como se fueron, Emily se acercó a la casa de Trevor y dejó la canasta en su puerta, Andy el Pandy asomándose por la parte superior, con los brazos abiertos para un abrazo.

Al salir del porche, sintió un repentino calor que se extendió por sus hombros como una manta. ¿Era el espíritu de Charlotte diciéndole que estaba haciendo lo correcto, agradeciéndole por su amabilidad y generosidad, recordándole que esparza amor? Emily sabía que si Charlotte estuviera viva estaría haciendo exactamente esto. Y aunque nunca sabría con certeza si era el espíritu de Charlotte quien actuaba a través de ella, se aferró a ese sentimiento, agradecida de tener algo que la consolara cuando su desesperación por la situación de Trevor se apoderó de ella.

*

Mientras Chantelle estaba en la escuela y Daniel estaba fuera siguiendo una pista de eBay para conseguir una increíble colección de cuencos y jarrones de cristal Kandinsky, Emily intentó sacarse de la cabeza el shock de los problemas de salud de Trevor lanzándose a trabajar en las tareas de la posada. Se sentó en su laptop y comenzó a revisar sus varias hojas de cálculo, haciendo una lista de cosas por hacer. Parecía que hacía mucho tiempo que no se esforzaba tanto en la posada. Chantelle la había desviado.

Revisar la hoja de cálculo de las finanzas abrió los ojos. Lo había dejado para el final, sabiendo que ver la realidad de su situación en blanco y negro la haría sentir aún más en peligro. El plazo con el pago de los impuestos atrasados se acercaba cada vez más y al mismo tiempo el vacío general de la posada en esta época tan lenta del año significaba que ella tenía pocos medios para pagarlo. No tenía ni idea de lo que saldría de ellos si los echaban de la casa.

Pasó las siguientes horas arreglando el diseño del sitio web y poniendo algunos anuncios en los periódicos locales, además de en otros lugares, y cruzó los dedos para que algo bueno saliera de ello.

Poco después, Daniel regresó con la nueva cristalería, un frutero y un jarrón para la restauración de la cochera. Se acercó por detrás de ella, mirando por encima de su hombro a la pantalla de la computadora portátil y le plantó un beso en la cabeza.

—Cosas de posada—explicó Emily, girando en la silla para enfrentarlo—. Estoy cambiando algunos de los materiales de marketing. Espero que eso signifique que tengamos más huéspedes.

Daniel tenía una sonrisa traviesa en sus labios—. ¿Incluye algo sobre la cochera en tus materiales?

Emily frunció el ceño—. No. Quiero decir, no está lista todavía, ¿verdad?

La sonrisa de Daniel se amplió aún más—. Sorpresa—dijo.

—¿Sorpresa qué?—Emily gritó, saltando de su silla—. ¿Quieres decir que ya está hecho? ¿Has terminado?—ella lo golpeó—. ¿Por qué lo mantienes en secreto?

Daniel se rió y la abrazó con un abrazo—. Quería hablar de ello en el restaurante, pero ambos sabemos cómo fue eso. Iba a decírtelo esta mañana, pero estaba la situación de Trevor. Así que pensé que lo mejor sería recoger estas últimas piezas esta mañana y llevarte a verla ahora.

Emily irrumpió en una sonrisa. Esta era la clase de buenas noticias que necesitaba ahora mismo—. ¿Puedo verla?

Daniel agarró su mano—. Te daré el tour.

Salieron corriendo de la casa y bajaron por el camino de entrada, desviándose hacia el camino que conducía a la cochera. Entonces Daniel abrió la puerta y la llevó adentro.

Emily entró y jadeó. Su aliento se congeló por la belleza del lugar. Era impresionante. Había una preciosa zona de cocina con superficies de trabajo de madera hechas a medida y un fregadero de estilo antiguo, similar al que tenían en la casa grande. La vieja barra de desayuno había sido reemplazada por una nueva isla de madera, con un par de taburetes de cuero debajo de ella. En la nueva parte del salón de la casa había un sofá de cuero rojo. Emily no pudo evitar sentirse un poco triste al saber que su viejo sofá de amantes había desaparecido.

—Lo sé, ¿verdad?—dijo Daniel, aparentemente leyendo su mente—. Fin de una era.

Emily asintió—. Es increíble. Has hecho un gran trabajo. Pero es tan extraño pensar que alguien más viva aquí, ¿no?

En los ojos de Daniel, Emily podía ver su orgullo en el lugar mezclado con un aire de tristeza. Se preguntaba si también había detectado una pizca de miedo y esperaba que, si lo había hecho, no fuera porque ahora estaban totalmente comprometidos a vivir juntos en una casa. Si Daniel estaba preocupado por ese nivel de compromiso, ¿qué significaba para su futuro juntos? ¿Y qué significaba eso, a su vez, sobre su propuesta fallida de la noche anterior?

—Traje esto conmigo—dijo Daniel, sacando una cámara de su bolsillo—. Pensé que querías algunas fotos para poner en la página web.

—Genial—dijo Emily, aunque su corazón se sentía más pesado de lo que había estado cuando entraron por primera vez por la puerta.

—Empieza en el dormitorio. Te encantará el nuevo marco de la cama que encontré en Rico's.

Emily estaba igual de asombrada por la transformación de esta habitación. El dormitorio anterior de Daniel estaba destartado, con su guitarra en una esquina y libros esparcidos por todas partes. Cada centímetro de la habitación era de soltero. Pero ahora parecía elegante. Su personalidad había desaparecido, reemplazada por un opulento esquema de color azul polvo y dorado. Emily no pudo evitar preguntarse dónde habían ido sus cosas. Había sido asimilado en la posada, algunos de los libros en un estante, otros en otro, DVDs en un cajón, fotografías y obras de arte en el ático. No había ningún lugar en la casa principal que fuera verdaderamente suya, donde pudiera poner su propio estilo y expresar sus intereses personales. Quizás esa era parte de la razón por la que ella sentía resistencia en él de vez en cuando. Quizás se sentía reprimido, sofocado en el extraño y formal entorno de la posada.

—¿Todo listo?—preguntó una vez que Emily había tomado varias fotos—. Es casi la hora de recoger a Chantelle.

Emily asintió con la cabeza y ambos se fueron juntos de la cochera.

—Sólo una más—dijo Emily—. Del exterior.

Ella enmarcó la imagen en el visor y tomó la fotografía. Mientras lo hacía, vio a través del visor lo que la tormenta había hecho en los árboles del frente de la casa de Trevor. El paquete de cuidados no estaba a la vista; lo había llevado adentro. Emily se sintió aliviada al saber que lo había aceptado, pero se comprometió a hacer más por él, a tenderle la mano y ayudarlo. Es lo que Charlotte quería después de todo, lo que habría hecho si hubiera estado viva para hacerlo. Y ella podía conseguir que Chantelle ayudara; la niña siempre tenía grandes ideas, sin mencionar la energía y el entusiasmo para llevarlas a cabo.

Condujeron juntos a la escuela de Chantelle y la recogieron, saludando a los padres y a la creciente pandilla de amigos de Chantelle.

—Tenemos mucho que hacer esta noche—dijo Emily a la niña mientras caminaban de la mano hacia la camioneta—. Todavía hay treinta personas para las que hacer invitaciones.

Chantelle se veía con los ojos más abiertos y emocionada de lo que Emily la había visto antes. Un gran y feliz Día de Acción de Gracias era claramente algo que ella nunca había experimentado.

—También quería hacer un pastel—dijo Emily, ayudando a Chantelle a sentarse en su asiento—. Para mi amigo enfermo. Del que te estaba hablando.

Ella notó el ceño fruncido de Daniel y lo ignoró. Probablemente pensó que ella estaba exagerando con Trevor, especialmente porque él era parte de la razón de sus problemas financieros actuales, pero a ella no le importaba. El espíritu de Charlotte le había dicho que difundiera el amor pase lo que pase.

Una vez de vuelta en la posada, Chantelle se puso inmediatamente en acción, extendiendo sus materiales de manualidades sobre la mesa.

—¿Así que vas a invitar a Trevor al Día de Acción de Gracias?—Daniel le dijo a Emily

mientras miraba la lista de invitados.

—Probablemente no vendrá, pero quiero que sepa que es bienvenido.

—Sé que estás actuando con un sentido de humanidad, pero debo recordarte que Trevor es el mismo hombre que está haciendo todo lo posible para sacarte del negocio. Puede que se esté muriendo, pero eso no ha cambiado.

—Lo sé—dijo Emily—. Pero nadie debe terminar solo.

Tan pronto como dijo las palabras, supo que una vez habían pertenecido a Charlotte, que estaba haciendo eco de los sentimientos de su hermana. El pensamiento la consoló.

Pensar en Charlotte le recordaba a Emily los juegos que jugaban en la vasta casa. Las escondidas era una de las favoritas, ya que había muchos lugares para esconderse. Al recordarlo ahora, Emily apenas podía creer que aún no lo había jugado con Chantelle.

— ¿Quién quiere jugar al escondite?—Emily de repente anunció.

Chantelle parecía emocionada—. ¡Yo!

—De acuerdo—dijo Emily—. Escóndete tú primero.

Chantelle salió de la habitación con emoción cuando Emily comenzó a contar. Al hacerlo, sintió que el calor del espíritu de Charlotte la rodeaba de nuevo, diciéndole que lo aprobaba. Emily se dio cuenta entonces de lo que Charlotte intentaba decirle: diviértete. Incluso en los momentos más oscuros era importante divertirse, vincularse, compartir experiencias entre sí. La vida era corta. La de ella lo había sido. Podía ser arrebatada en cualquier momento, como la de ella, como la de Trevor estaba a punto de serlo.

Emily terminó de contar y se fue en busca de Chantelle, su mente recordando los pasos que había caminado décadas antes, sintiendo el cambio de hora y el reflujo a su alrededor mientras recorría los caminos que había seguido hace mucho tiempo. Fue desorientador pero feliz al mismo tiempo. Y cuando vio un mechón de pelo rubio que se asomaba por detrás del reloj del abuelo en el pasillo, su mente se remontó a una época en la que había estado Charlotte escondida en ese mismo lugar, su pelo rubio que la delataba.

— ¡Te encontré!—Emily gritó, alcanzando a Chantelle y haciéndole cosquillas sin piedad, tal como lo había hecho con su hermana todos esos años atrás.

Chantelle chillaba de alegría, su parecido con Charlotte en ese momento extraño.

— ¡Tu turno!—gritó, y fue la voz de Charlotte la que Emily escuchó.

Emily corrió a esconderse, sintiéndose con más energía que en años, sintiéndose como una niña otra vez. Mientras jugaban varias rondas más de escondidas, Emily estaba a veces jugando con Chantelle en la posada actual, pero en otras ocasiones jugando con Charlotte en la casa de vacaciones de su padre hace muchos años atrás. Se sumergió en la realidad y en los recuerdos mientras jugaban una partida de cartas en el ático, seguida de un salto en el patio. Calentó el

alma de Emily al jugar estos juegos divertidos y tontos de su infancia otra vez. Se sintió rejuvenecida y se sintió más cerca de Charlotte de lo que se sintió en cualquier otro momento desde que se mudó aquí.

Finalmente, agotadas de su larga cita de juegos, Chantelle y Emily se instalaron en la sala de estar para otra tarde de relax. Chantelle garabateaba con sus materiales de artesanía en la mesa de café, Daniel tocaba una canción en su guitarra acústica, los perros rodando lánguidamente sobre la alfombra al lado de la chimenea. Emily leía una novela, o al menos lo intentaba, pero en realidad no pudo evitar distraerse con la escena que tenía ante sí. Nunca en sus sueños más salvajes podría haberse imaginado la vida que estaba viviendo ahora. La tranquilidad de la misma. La belleza. El amor que sentía por Daniel y Chantelle parecía crecer cada día. La sensación de paz que sentía en Sunset Harbor también se hizo más fuerte, y su pasión por el éxito de la posada aumentó. Aquí es donde se suponía que debía estar, lo que siempre le había faltado en su vida.

Mientras la mente de Emily deambulaba, el timbre de la puerta sonó de repente. Se levantó, tirando su novela en el sofá, y se fue a la puerta esperando ver a Owen allí en su chaqueta de pana con partituras debajo del brazo, o a Serena con su elegante cabello negro enrollado en un estilo elaborado trayendo su olor ahumado con ella, o tal vez a Vanessa con Katy; cualquiera de ellas parada en la puerta de su casa no habría sido una sorpresa.

Pero la persona a la que Emily abrió la puerta fue más que una sorpresa, fue como encontrarse cara a cara con un fantasma. Porque cuando vio quién estaba del otro lado, se le abrió la boca de golpe.

Allí, en sus vaqueros descoloridos y rasgados, con su pelo rubio pajizo, estaba Sheila.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Emily fue golpeada por un torrente de emociones; el shock, el miedo y la incredulidad se arremolinaron dentro de ella. Pero el sentimiento que más la abrumó fue la necesidad de proteger a Chantelle, de mantenerla a salvo del daño emocional que la repentina aparición de Sheila podría causarle.

Emily tardó dos segundos en medir a Sheila y darse cuenta de que estaba tan alta como una cometa. La mujer vaciló en la puerta, sus ojos vidriosos y desenfocados. Estaba pálida, más delgada que la última vez que Emily la había visto, su clavícula sobresaliendo bruscamente bajo su mugrienta camiseta blanca.

Emily no necesitaba preguntarle a Sheila qué estaba haciendo aquí porque la respuesta era obvia. Quería ver a Chantelle. Quería entrometerse en su vida feliz y reclamar a la niña que ya no la amaba. Y no había manera de que Emily dejara que eso pasara.

—¿Dónde está ella?—dijo Sheila con su acento sureño, difuminando las palabras.

Emily ignoró la pregunta de Sheila—. ¿Cómo llegaste aquí?

Pero Sheila era de mente firme, centrada sólo en su objetivo. Trató de empujar a Emily dentro de la casa, pero sus brazos demacrados no eran lo suficientemente fuertes. Emily la retuvo fácilmente.

—¿Dónde está mi Chantelle?—preguntó Sheila, su voz haciéndose más fuerte.

—Está jugando—dijo Emily—. Ella es feliz. Y no necesita verte en este estado.

Sheila gruñó a Emily—. ¿Qué te importa mi estado, perra engreída?

Emily podía sentir que su simpatía disminuía y su temperamento se encendía—. Soy la mujer que ha estado cuidando a tu hija porque estás muy drogada para hacerlo. No creo que merezca que me insultes.

Sheila entrecerró los ojos y se balanceó.

—Mira—dijo Emily, tratando de ser diplomática— ¿por qué no te calmas? Respira profundamente. Vuelve a tu hotel y vuelve mañana cuando estés sobria. Dame tiempo para preparar a Chantelle para que te vea.

—¿Prepararla?—Sheila se burló—. ¿De qué demonios estás hablando? Estoy aquí por mi hija. Me la llevo a casa.

Emily se congeló instantáneamente. Sheila no sólo estaba aquí para ver a la niña, la quería de vuelta.

—No puedes hacer eso—tartamudeó Emily.

—Soy su madre.

—Renunciaste a su cuidado otorgándole a Daniel.

— ¿Crees que eso será suficiente en un tribunal de justicia?—Sheila se mofó. Entonces sobre el hombro de Emily comenzó a gritar— ¡Chantelle! Chantelle, ¿dónde estás?

Emily se peleó con Sheila, empujándola fuera de la puerta y hacia el porche. Su corazón palpitaba de angustia—. Por favor, esta no es la manera de hacerlo—dijo entre dientes—. La asustarás.

— ¿Asustarla? ¡Esa chica no le teme a nada! Ni las arañas, ni la oscuridad, y definitivamente no a mí. —La voz de Sheila se elevó aún más fuerte—. Chantelle, cariño, es tu mamá. ¡Ven a saludar a mamá!

Emily oyó pasos por detrás y se arremolinó para mirar detrás de ella. Afortunadamente, era Daniel quien apareció en la puerta y no Chantelle. Su cara estaba llena de ira.

—Sheila, sal de aquí—ladró, saliendo al porche.

Sheila trató instantáneamente de reordenar su rostro.

—Hola, Daniel, cariño—dijo—. Sólo vine a ver a mi hija.

Emily se volvió hacia Daniel, entró en pánico—. Quiere llevarla de vuelta a Chantelle.

Daniel levantó las palmas en un gesto de “calma”, como si tratara de decir que sabía cómo manejar esto. Emily se echó atrás y le dejó tomar el control de la situación. Regresó a la puerta para crear una barrera en caso de que Chantelle fuera alertada el ruido y viniera a ver lo que estaba sucediendo, y para estar más cerca de su teléfono celular en caso de que necesitara llamar a la policía.

Daniel le hablaba tranquilamente a Sheila en el porche.

—Ya hablamos de esto, ¿recuerdas?—dijo diplomáticamente—. Aceptaste que Chantelle estaría mejor aquí.

—Bueno, cambié de opinión—escupió Sheila, su cara transformándose de nuevo en esa bestia gruñona—. La quiero de vuelta. Ella es mía.

Daniel permaneció tan tranquilo como siempre—. ¿Por qué?

— ¿Cómo que por qué?—Sheila gritó—. Ella es MI bebé.

—Eso no es suficiente—dijo Daniel—. No podías cuidar de ella. Aceptaste eso.

—No tienes derecho legal a llevártela—dijo Sheila.

En ese momento, ella se quedó callada. Su mirada había viajado más allá de Daniel hasta donde Emily estaba en la puerta de la posada. Emily se giró, sabiendo que sólo había una cosa que podía domar a la bestia salvaje que era Sheila, dándose cuenta de que la niña debía haberse arrastrado silenciosamente por el pasillo. De pie detrás de ella estaba Chantelle.

—Vuelve adentro, cariño—dijo Daniel de una manera calmada pero apresurada.

—Mi bebé—tartamudeó Sheila.

Chantelle se quedó allí, quieta, como si estuviera evaluando la escena que tenía por delante. Por un momento pareció increíblemente madura, sabía más allá de sus años. Entonces su cara se cayó y se convirtió en una niña aterrorizada, confundida, incapaz de procesar la situación.

—Está bien—la tranquilizó Emily.

Chantelle miró a Emily con terror en sus ojos—. ¿Voy a volver a Tennessee?—balbuceó.

—Sí—dijo Sheila, dando un paso hacia la chica.

No llegó muy lejos. Daniel se mantuvo firme, convirtiéndose en una estatua de piedra, una barrera que impidió que Sheila llegara a Chantelle.

—Absolutamente no—contestó Emily. Ella tomó la mano de Chantelle—. No si no quieres.

Pero una mano claramente no era suficiente consuelo para la niña. Se aferró a Emily, envolviéndose ferozmente con sus brazos pequeños alrededor de la cintura.

—No me hagas volver—tartamudeó.

Emily podía sentir su temblor. Miró a Sheila, furiosa.

—Tienes que irte—dijo ella—. Estás molestando a Chantelle.

Por primera vez, Sheila vio un destello de comprensión en sus ojos. Era como si pudiera darse cuenta, a través de su neblina inducida por las drogas, que la niña lloraba por ella, que se aferraba a una mujer que no era su madre, buscando el consuelo de otra persona que no era ella. Se aflojó, fue derrotada. Toda la pelea se le escapó. Empezó a llorar.

Daniel miró a Emily, brevemente, y luego tomó a Sheila en sus brazos. A Emily le dolía verlos juntos así, no sólo porque una vez se habían amado o porque habían creado un hijo juntos, sino por lo lejos que había caído Sheila, por lo mucho que había perdido. Sheila estaba llorando y temblando tan vigorosamente que era casi doloroso de ver. Se parecía más a un padre consolando a su hija que a cualquier otra cosa. En muchos sentidos, eso es lo que las drogas habían hecho que Sheila se convirtiera: una niña aterrorizada y confundida por todo lo que la rodeaba.

Una vez que los sollozos de Sheila se calmaron, Daniel la liberó.

—Te llevaré a la parada del autobús—dijo.

Sheila asintió. Había sido derrotada al ver a su aterrorizada hija. Mientras Daniel la guiaba hacia la camioneta, miró a la niña por encima de su hombro.

—Lo siento, nena—ella balbuceó—. Siento no haber podido hacerlo mejor para ti.

Pero Chantelle no dijo una palabra. Ella se aferró aún más a Emily en respuesta. Se quedaron

allí, ambas temblando, mientras veían a Daniel alejarse, con Sheila mirando por la ventana todo el camino.

CAPÍTULO VEINTIDOS

El sonido de la camioneta apenas se había desvanecido cuando Chantelle se giró y subió corriendo por las escaleras. Emily le siguió, preocupada por el tipo de efecto que la aparición inesperada de Sheila tendría en ella. Quería tranquilizar a Chantelle, pero también sabía que tenía que dejar que la niña lidiara con todas las emociones que sintiera de la forma que fuera necesaria.

Chantelle entró corriendo en su habitación y cerró de golpe la puerta detrás de ella. Emily respiró hondo para calmarse y luego abrió la puerta. Chantelle estaba de pie al otro lado de la habitación golpeando con sus puños contra el armario, dándole patadas una y otra vez.

Emily miraba impotente—. Chantelle—dijo, pero fue como si la niña estuviera poseída y no pudiera oírla.

Chantelle golpeó el armario hasta el punto en que la madera se hundió. Emily jadeó. Pero el armario roto no rompió el hechizo bajo el que Chantelle estaba. Agarró el taburete de su escritorio y lo tiró contra la pared. Una de las patas se rompió y salió volando. Emily se agachó.

Chantelle ya había encontrado a la siguiente víctima de su ira, su lámpara de escritorio. La tiró contra el suelo. Inmediatamente se rompió.

Emily no sabía qué hacer. Se quedó allí, con una mano cubriéndose la boca, mirando cómo Chantelle destrozaba su habitación. La chica estaba en una furia apasionada y nada podía sacarla de ella. Sus juguetes de peluche salieron volando. Arrancó los carteles de su pared. No se salvó nada.

Finalmente, Emily oyó el portazo de la puerta principal y respiró aliviada. Daniel estaba en casa. Ella escuchó sus pasos al subir las escaleras. Luego apareció en la puerta de la habitación de Chantelle. En el instante en que Chantelle lo vio, y vio que estaba solo, ella se detuvo.

—¿Qué está pasando?—dijo Daniel, observando el daño con una expresión de asombro en su cara.

Emily suspiró—. Se volvió loca. No pude hacer nada para detenerla.

Chantelle estaba en el detritus de su dormitorio, jadeando. Parecía sorprendida al darse cuenta de dónde estaba y de lo que había hecho.

—Está bien, cariño—le tranquilizó Daniel.

Por fin, Chantelle se desmoronó. Se cayó en la cama y se acurrucó. Emily fue hacia la cama a su lado. Alargó la mano y la tocó suavemente. La chica estaba caliente al tacto, casi como si tuviera fiebre.

—Ven, vamos a meterte en la cama—le dijo tranquilamente a la niña.

Ella tiró de las sábanas sobre la niña. Daniel deslizó una almohada bajo su cabeza. Chantelle aceptó su ayuda pero no dijo una palabra. Estaba claramente exhausta y rápidamente se quedó

dormida. Emily y Daniel se quedaron con ella, sentados en la cama en silencio, mientras el cielo se volvía negro.

*

— ¿Café?—Emily preguntó cuándo ella y Daniel bajaron a la cocina.

Se sentía como si hubieran pasado un millón de años desde que habían estado sentados en la sala de estar juntos relajándose. Todo lo que se necesitó era la aparición de Sheila para poner todo patas arriba para ellos.

—Creo que necesito algo más fuerte—dijo Daniel cansado, hundiéndose en una silla—. ¿Tenemos cerveza?—dejó que su cabeza cayera en sus manos.

Emily cogió una botella de cerveza para cada uno de ellos de la nevera. Ella puso la de Daniel frente a él y luego se sentó en la silla opuesta.

Daniel tomó un sorbo de su cerveza—. Lo siento mucho—dijo—. Eso fue terrible.

Emily le dio una palmadita en la mano—. No necesitas disculparte. No es tu culpa.

—Pero es mi equipaje—dijo Daniel—. Y no deberías tener que lidiar con ello.

—Me apunté para ello—dijo Emily encogiéndose de hombros. No le gustaba ver a Daniel de tan mal humor, tan oprimido y cansado. Intentó cambiar la conversación—. ¿Te las arreglaste para poner a Sheila en un autobús?

Daniel asintió con la cabeza y tomó otro trago de su cerveza. Parecía perdido en sus pensamientos. Emily quería que se abriera a ella.

— ¿Estás bien?—preguntó suavemente.

Daniel la miró, frunciendo el ceño—. ¿Yo? Estoy bien. ¡Eres tú quien me preocupa!

Emily le dio una mirada tranquilizadora—. No tienes que preocuparte por mí. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Juro que las cosas serán más estables en el futuro—dijo Daniel—. Sabes, podemos casarnos y...

—Oh, no otra vez—dijo Emily, retirando repentinamente su mano de la suya. Volteó la cara—. No después de la noche que acabamos de tener.

Que Daniel lo mencionara cuando se sentía tan agitada por Sheila parecía un mal momento, y aún más evidencia de que él sólo quería casarse con ella por culpa de Chantelle. Emily no pudo evitar dejar que estas experiencias pintaran sus sentimientos generales. Ella quería establecerse con Daniel, pero no podía eliminar esa sensación de incertidumbre que la envolvía cada vez que

él se lo sugería. ¿Podría ser realmente sólo porque siempre abordaba el tema de una manera tan poco romántica, o porque había algo más que eso, una incertidumbre más profunda? Ella podía proyectar su mente tan fácilmente hacia el futuro, con Chantelle, como hermana mayor, a su propia prole creciente de niños, todos felices y sanos en la posada. Pero algo acerca de cómo Daniel lo sacaba a relucir hacía añicos esa imagen y la convertía en algo completamente distinto, una vida de trabajo y domesticidad, una vida a la que ella se enlistó sin pensar y por todas las razones equivocadas.

Daniel suspiró—. ¿Por qué siempre actúas tan raro cuando hablo de ello?—la desafió.

—No quiero hablar de esto.

— ¿Por qué?—insistió.

—Porque no es el momento adecuado—dijo ella—. ¿No lo ves?

Los hombros de Daniel estaban encorvados. Parecía derrotado—. No quiero que discutamos—dijo—. No quiero que Sheila arruine lo que tenemos.

Emily no podía procesar el significado de las palabras de Daniel. ¿Quería decir que le preocupaba que Sheila pudiera recuperar a Chantelle? ¿O fue otra cosa? ¿Quería decir que Sheila podría de alguna manera tener el poder de destrozarlos, de hacer que rompieran?

Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera hablar más, fueron interrumpidos por el grito estridente y aterrorizado de Chantelle.

Todos los pensamientos anteriores salieron de la mente de Emily en un instante. Inmediatamente se puso en modo maternal y protector. Daniel estaba claramente en la misma onda. Tiró su cerveza en su apuro por correr hacia su hija.

Chantelle gritó de nuevo. Con su corazón latiendo fuerte, Emily corrió.

— ¿Chantelle?—gritó Daniel, su voz retumbando.

Parecía que el grito de Chantelle venía del sótano. Emily y Daniel bajaron corriendo por las escaleras hasta el sótano para descubrir que estaba negro como el carbón.

—Las luces se han apagado—dijo Daniel, pulsando el interruptor en vano—. Debe ser el fusible. —Le dio a Emily una linterna—. Encuentra a Chantelle, yo me encargo del fusible.

Emily podía oír a la niña llorando desde algún lugar del laberinto del sótano. Encendió la linterna.

—Chantelle, cariño, ¿dónde estás?—dijo ella en la oscuridad.

—Estoy aquí—fue la respuesta de Chantelle.

Emily siguió los ruidos, iluminando las espeluznantes paredes del sótano con el rayo de su linterna. Fue bueno que Chantelle no tuviera miedo de las arañas porque Emily vio muchas en su viaje hacia la madriguera de conejos del sótano.

Por fin su luz captó la vista que había estado desesperada por ver desde que escuchó el chillido de Chantelle. La niña estaba de pie en camisón en medio de una de las pequeñas habitaciones del sótano y parecía perdida y aterrorizada.

—¿Qué haces aquí abajo?—Emily dijo, alcanzándola y tirando de ella hacia un abrazo.

Chantelle tembló al agarrarla y enredó las manos en el pelo de Emily para tranquilizarla—. Vine al sótano a esconderme, como hicimos en la tormenta.

—¿Pero por qué, cariño?—preguntó Emily, abrazándola fuertemente y meciéndola para tranquilizarla.

—En caso de que vuelva.

Emily se dio cuenta entonces de que era de Sheila de quien Chantelle se escondía. Se había escabullido en medio de la noche para protegerse de la tormenta que era su madre. Entonces las luces se apagaron, sumergiéndola repentinamente en la oscuridad en un momento en que necesitaba tanto la luz.

—Oh, cariño—susurró Emily, meciéndola. Ella deseaba poder decirle a Chantelle que Sheila nunca volvería, pero no era una promesa que pudiera cumplir.

Daniel debía haber arreglado el fusible porque en ese momento las luces volvieron a encenderse. En los brazos de Emily, Chantelle comenzó a calmarse.

—No sabía que te asustaba la oscuridad—Emily se burló de la chica suavemente—. No creí que le tuvieras miedo a nada.

Chantelle sonrió tímidamente, pero Emily se dio cuenta de lo conmovedor de sus palabras tan pronto como las pronunció. Chantelle no había tenido miedo de nada. Fue el regreso de Sheila y la inestabilidad que había traído a su vida lo que causó que la niña enloqueciera cuando se apagaron las luces.

Daniel apareció en la puerta—. ¿Está todo bien?—preguntó preocupado.

Chantelle lo miró y luego se desenredó de Emily. Corrió hacia su padre. La cogió en sus brazos.

—¿Te llevamos de vuelta a la cama?—dijo.

Chantelle asintió. Daniel, aun claramente sacudido por todo el episodio, sacó a Chantelle de la habitación y se dirigió hacia las escaleras. Pero cuando Emily fue a apagar el interruptor de la luz de la pequeña sala de vinos, se dio cuenta de que una de las bóvedas estaba abierta.

—Chantelle—llamó desde la puerta—. ¿Lograste abrir una de las bóvedas aquí abajo?

—Sí—fue la tímida respuesta de Chantelle—. Bailey, Toby y yo lo hicimos durante la tormenta cuando estábamos buscando el tesoro. Pero sólo había cartas dentro.

Emily se congeló en el acto, su corazón se paralizó. ¡Había pasado tanto tiempo tratando de

entrar en todos los escondites secretos de su padre y los niños se las habían arreglado para hacerlo por accidente! Volvió corriendo a la habitación y se arrodilló sobre el suelo, luego tiró de la puerta de la bóveda hasta abrirla por completo y entró. Su mano cayó contra un montón de cartas. Las sacó con los dedos temblorosos.

Había por lo menos veinte cartas, todas apiladas unas encima de otras y atadas con una cuerda en un fardo. Emily pudo ver que estaban dirigidas a su padre en esta misma propiedad. Estudió el sello postal de la primera. Era de hace veinte años.

Emily rápidamente desató el paquete y dio vuelta el primer sobre en sus manos. Había sido abierto y la carta le fue devuelta. Ella la sacó y la desplegó. Se dio cuenta por las sucias marcas de los dedos en los bordes y la cantidad de arrugas y pliegues que la carta había sido leída una y otra vez. La primera carta era corta.

Querido Roy,

Ojalá pudiera volver a verte. Es difícil de creer que haya pasado un año desde que desapareciste. Es una tortura no poder buscarte adecuadamente. Todo lo que puedo hacer es recorrer los bosques con Perséfone. Pero no estarás allí, ¿verdad? Te conozco demasiado bien, Roy.

Toni

PD - He adjuntado una foto de tiempos más felices. Siempre apreciaré estos recuerdos.

El corazón de Emily se aceleró cuando la fotografía cayó en su regazo. Inmediatamente le resultó familiar y se dio cuenta con asombro de que había sido tomada al mismo tiempo que una de sus desoladas cenas de Acción de Gracias. Su padre sólo debía haber guardado las fotos donde esta mujer Toni no estaba presente y había escondido cualquiera de las que la presentaban.

Así que ahí estaba, la evidencia de que su padre había estado teniendo una aventura. Perséfone era el perro que recordaba. Toni era la mujer que había estado fuera en todas esas fotos, la “ramera” con la que su madre sospechaba que su padre estaba huyendo a Sunset Harbor para estar con ella.

Pero había más en esta historia de lo que Emily esperaba. Toni también había perdido a Roy. Había abandonado a su amante como había abandonado a su familia. No había dejado a Emily porque amaba a otra mujer más que a su hija; había dejado a todos.

Por primera vez, la posibilidad real de que su padre estuviera muerto golpeó a Emily como una tonelada de ladrillos. Ella siempre se aferró a la esperanza de que él estuviera por ahí en algún lugar, viviendo una vida feliz, viviendo la vida que deseaba, aunque eso significara que él egoístamente huyera hacia el atardecer con otra mujer. Pero aquí estaba la prueba de que eso no había pasado. Quizás le había pasado algo terrible. Asesinato. Suicidio. La mente de Emily giró en espiral.

Cogió el siguiente sobre. Pero antes de sacar la carta, un nuevo y repentino pensamiento la golpeó con tanta fuerza que casi la golpeó de lado. Una pequeña risita se le escapó de los labios al darse cuenta de la nueva realidad. Entonces, de repente, se estaba riendo como una loca.

Su padre no estaba muerto. No podría estarlo. ¡Porque había leído estas cartas! ¡Los había atado en un fardo! Las había guardado en una de sus bóvedas ocultas y las había cerrado con un candado y un código.

Riendo con una extraña y frenética desesperación, Emily comenzó a estudiar los sellos postales de cada una de las cartas. Había uno por año. Cada año Toni había escrito otra carta a su padre. Hace quince años. Hace diez años. Emily las hojeó todas hasta que encontró la más reciente de hace sólo cinco años. Su corazón se aceleró. No podía creerlo. Aquí había pruebas, pruebas reales y sólidas, de que no sólo su padre había estado vivo y bien hace cinco años, sino que también había estado aquí, en esta misma casa.

Querido Roy,

Te extraño muchísimo. Y a las chicas. Ojalá hubiera podido conocerlas mejor. Emily era una chica tan dulce. Si hubieras tenido la valentía de dejarme entrar en su vida, podría haber sido una buena madre para ella, podría haberla consolado después de que te fueras, igual que yo la consolé después de la muerte de Charlotte. ¿Por eso huiste, Roy? ¿Culpa? ¿Miedo? Debes saber que lo que pasó esa noche no fue culpa tuya. Si era de alguien, era mía. Yo fui el que exigió verte. Yo fui la razón por la que dejaste a las chicas solas.

Emily dejó que la carta cayera de sus manos a su regazo. Apenas podía creer lo que estaba leyendo. Después de años de pensar que la muerte de Charlotte había sido su culpa, por soltar su mano durante una tormenta en el puerto, sólo hacía unos meses que su madre había corregido esa memoria, diciéndole que Charlotte se había ahogado en la nueva piscina porque Roy estaba borracho y no la había supervisado adecuadamente. Pero ahora había una nueva pieza en el rompecabezas. Roy las había dejado solas en la casa esa noche, escabulléndose para ver a su amante por insistencia de ella. ¿Podría ser por eso por lo que había huido? No sólo por la culpa por la muerte de Charlotte, ¿sino por su miedo a la venganza de la ley, a ser acusado de negligencia y enviado a prisión?

Emily escaneaba cada carta en busca de pistas, pero todo lo que aprendió de la amante de su padre fue que ella estaba tan perpleja por su desaparición como todos los demás. Cada año ella enviaba otra carta de amor solitaria, agonizando por los detalles de su aventura, de la muerte de Charlotte y del profundo efecto que había tenido en él, de su deseo de conocer más a Emily. Casi le rompió el corazón a Emily leer las palabras de Toni. Ella sabía que debía estar enojada con la mujer que había estado cometiendo adulterio con su padre, pero en cambio sintió lástima por ella. Ella también sabía lo que era ser la madre del hijo de otra persona, para mostrarle el amor y el cuidado que su propia madre no podía darle, y sin embargo su padre había mantenido a Toni a distancia, nunca le había permitido establecer un vínculo total con Emily. No era de extrañar que

no recordara nada de la mujer.

Más fotografías cayeron del bulto, familiares pero no al mismo tiempo. Emily las miró, afligida por la forma en que Toni había sido borrada completamente de su memoria. ¿Podría haber sido la figura materna que siempre anheló? ¿Por qué su padre la habría mantenido alejada de eso?

Emily se dio cuenta en ese momento de que una fotografía había caído en su regazo. Mirándola estaba una foto del faro favorito de su padre, el que ella y Daniel habían encontrado en una isla a poca distancia en barco del puerto. En el reverso, Toni había escrito: Nuestro lugar favorito. Siempre me encantará. Y aquí, siempre pensaré en ti. Toni.

Emily fue golpeada por otro rayo de claridad. ¿Podría ser Toni Antonia Westerley, la artista de todas esas pinturas? Había sospechado de una aventura entre ellos, había muchas pistas, pero ¿había sido su padre tan descarado como para colgar un cuadro pintado por su amante en la casa de su esposa?

Emily recordó cuando conoció a Catherine Westerly, la hija de la artista, por casualidad al final del verano. Catalina le había dicho que Antonia había muerto de cáncer después de una larga batalla. Si la autora de estas cartas era efectivamente la artista de esas pinturas -y parecía probable que lo fuera- entonces ya estaba muerta y desaparecida. Emily no encontraría respuestas siguiendo esta pista. No había ninguna figura materna esperándola con los brazos abiertos. La sensación de dolor la golpeó poderosamente.

Pero Emily se aferró a lo positivo, al hecho de que su padre había leído estas cartas y las había guardado en su bóveda. Ahora podía imaginárselo, veinte años mayor que la última vez que lo vio, entrando a hurtadillas por la puerta trasera de la casa, encontrando las cartas amontonadas allí, deslizándose a través de la solapa del gato por alguien familiarizado con la propiedad, o dejándolo en un escondite secreto que los amantes habían descubierto juntos -el nardo de un roble, debajo del lavabo de los pájaros-, había un millón de posibilidades. ¿Había regresado año tras año, recogiendo cada carta preciosa, leyéndola y releuyéndola, escondiéndola en una de sus bóvedas impenetrables con el resto, antes de salir corriendo hacia la noche, de vuelta a su vida secreta? ¿O sólo había regresado una vez y descubierto todo el paquete?

Su mente giraba con preguntas. Todo lo que Emily sabía con certeza era que su padre había encontrado estas cartas, que las había leído, no una sola vez, sino una y otra vez, tal como ella lo estaba haciendo ahora, y que las había escondido, como solía hacer. Sin lugar a dudas, su padre había regresado a la casa. Ella estaba segura. Y eso significaba que su desaparición no tenía nada que ver con su aventura. Algo más lo había llevado a esconderse.

Entonces Emily encontró algo más en la bóveda que estaba segura de que era un mensaje de su padre. Tenía que serlo. Un billete de un dólar, sólo uno, cayó en su regazo. Cuando estudió la fecha en ella se dio cuenta de que era del año pasado.

Emily apenas podía creerlo. Tuvo que reorganizar su mente para aceptar la nueva realidad de que el año pasado, Roy Mitchell había estado vivo y había estado en esta casa. ¡Sólo pudieron haber sido unos meses antes de que ella se mudara! El pensamiento le dio náuseas. ¿Realmente

había estado tan cerca de verlo de nuevo?

Ella agarró el billete de dólar, la nueva cuerda de salvamento para su padre. Aunque todavía no tenía respuestas reales, había encontrado las pruebas más reveladoras.

Roy Mitchell estaba vivo.

CAPÍTULO VEINTITRES

— ¡Debe haber estado aquí!—Emily le exclamó a Daniel una vez que salió del sótano, cargando su paquete de cartas fuertemente en sus brazos.

—Alguien ha estado aquí, no hay nada que diga que fue tu padre—respondió Daniel.

Emily agitó la cabeza—. No. Fue él. Sé que lo fue. Puedo sentirlo. Nadie más guardaría las cartas así, las escondería en una bóveda. Nadie más las leería una y otra vez.

Daniel respiró hondo—. Bien. Supongamos que fue tu padre quien leyó las cartas. ¿Qué te hace estar tan segura de que está vivo?

— ¿No lo ves?—Emily gritó, casi histérica—. Hace 25 años mi padre desapareció. Hace cinco años estaba en esta casa leyendo estas cartas. —ella agitó el bulto en el aire para dar énfasis. Luego levantó el billete de dólar, apuntando con el dedo índice una y otra vez en la fecha—. Y hace un año también dejó esto en la bóveda. UN AÑO. Pudo haber sido tan sólo un mes antes de que yo llegara aquí.

Daniel parecía incierto—. He estado viviendo en la cochera durante mucho tiempo, vigilando la propiedad, asegurándome de que la casa no cayera en un estado de completo deterioro. Nunca vi ninguna señal de que tu padre estuviera aquí.

—No te diste cuenta—dijo Emily—. Como el resto de nosotros. —recordó su juego de esconderse con Chantelle. Había mil y un lugares para esconderse en la casa, desde el ático hasta el sótano, y era más que probable que su padre entrara sin ser detectado, justo debajo de las narices de todos.

—Lo importante—añadió Emily—es que su desaparición no fue un accidente. No fue asesinado ni se suicidó. Hizo un intento deliberado de desaparecer. —Miró a Daniel y trató de leer su expresión, concluyendo que era de incredulidad—. Todavía está vivo, Daniel. Necesito que me creas.

—De acuerdo—Daniel se tranquilizó—. Te creo. ¿Podemos irnos a la cama ahora? Ha sido un día infernal.

Pero Emily no podía dormir. Ahora no. No después de este descubrimiento. Que Daniel pudiera pensar en dormir a esa hora parecía sugerirle que no le creía, a pesar de su insistencia en ello. Enfurecida, pasó a su lado, con el precioso paquete de cartas en sus brazos.

— ¿Adónde vas?—dijo Daniel, exasperado.

—A algún lugar donde pueda leer esto en paz—contestó Emily.

Subió corriendo las escaleras y entró en el estudio de su padre, cerrando la puerta con llave. Siempre se sintió más conectada con su padre en esta habitación, con su enorme escritorio y archivadores. Se sentó en la silla, ignorando el reloj de pared que le decía que era pasada la medianoche, y empezó a leer.

Al leer y releer las cartas, el presente desapareció y Emily se encontró a sí misma retrocediendo en el tiempo, regresando a uno de los recuerdos borrados de su infancia.

Era el Día de Acción de Gracias. Tenía diez años. La amiga de su padre venía a ayudar a preparar la cena, algo que a ella le gustaba hacer en las fiestas para asegurarse de que no se sintiera sola, le había explicado su padre.

—Si mamá viniera, no estaríamos solos—dijo Emily.

Se estaba haciendo mayor, cuestionando más las cosas. A Roy no le gustaba que su hija lo desafiara.

—Tu mamá no quería venir—respondió bruscamente—. Y Toni es una muy buena amiga mía. Si la quiero para el Día de Acción de Gracias, la invitaré para el Día de Acción de Gracias. Te encanta jugar con Perséfone, siempre estás pidiendo verla.

Emily escuchó su perorata, pero las palabras no le llegaban realmente. Algo que su padre había dicho antes la había dejado confundida. Ella frunció el ceño—. ¿Por qué la llamaste Toni?

Los ojos de su padre se abrieron de par en par con el shock. Inmediatamente agitó la cabeza—. Diana, quiero decir. Ya sabes cómo soy, siempre mezclando nombres.

Pero Emily sabía que eso no era verdad. Roy era bueno con los nombres, una persona muy sociable, siempre se esforzaba por recordar a todos. Por primera vez Emily se preguntó si su padre le estaba ocultando algo. Diana. Toni. Diana. Toni. Lo rumiaba una y otra vez. Y no le pareció una coincidencia que Diana no viniera a ayudar a cocinar la comida de Acción de Gracias ese año, que no viniera en verano con Perséfone. Pero como todas las cosas en la primera infancia de Emily, su memoria de la mujer comenzó a desvanecerse, junto con sus sospechas.

Fue el sonido de los gritos de Chantelle lo que sacó a Emily de su flashback. Desorientada, tardó un momento en averiguar dónde estaba, *en qué época* estaba. Pero el llanto de una niña por su madre es una fuerza poderosa, y Emily se encontró de pie antes de que su cerebro volviera a sus sentidos.

Se dio cuenta de que los gritos venían de la habitación de Chantelle. Entró corriendo y encontró a la niña en su cama, gritando frenéticamente. Emily saltó a su lado y abrazó a la niña con fuerza.

—No dejes que me lleve de vuelta—gritó Chantelle, jadeando.

—Está bien, estoy aquí—le tranquilizó Emily—. Acabas de tener una pesadilla.

—No voy a volver a Tennessee—gritó Chantelle—. ¡No lo haré!

—Vale, vale—dijo Emily, una y otra vez, desesperada por quitarle el dolor a la niña. La breve visita de Sheila pareció haberla arrastrado al pasado a la niña. Haría falta tiempo y paciencia para que volviera al lugar despreocupado al que había llegado. E incluso entonces, no había garantía de que Sheila no la aceptara de nuevo al final. Ellos no tenían ningún derecho legal sobre ella.

—Quiero que seas mi mamá—dijo Chantelle, agarrándose fuertemente a los brazos de Emily.

—Puedo serlo—dijo Emily—. Puedo ser tan mamá para ti como lo es tu verdadera mamá.

—No—dijo Chantelle con fiereza—. Quiero que seas mi mamá. Mi única madre.

Emily la abrazó con fuerza. Ella también quería eso, pero sabía que en realidad sólo había una posibilidad muy pequeña de que se hiciera realidad, y había hecho un trato consigo misma para no hacer nunca una promesa que no pudiera cumplir.

Así que en vez de eso cantó suavemente, de una manera que le gustaría que una madre le hiciera algo en una situación así, para calmarla con su gentileza y calidez. Cantaba y mecía a la preciosa niña en sus brazos, se acariciaba el pelo una y otra vez, y empezaba a sentir que los tensos músculos de Chantelle se relajaban. Finalmente, el terror se filtró completamente de la niña y ella volvió a caer en el sueño. Emily esperaba que esta vez no fuera despertada por los fantasmas y pesadillas de su pasado.

*

Una vez que Emily estuvo segura de que Chantelle estaba profundamente dormida, fue al dormitorio principal. Daniel no despertó por la pesadilla de la niña en absoluto. Estaba en un profundo sueño, roncando suavemente.

Emily se arrastró a la cama a su lado, mirando el techo, llena de angustia. Sus venas estaban llenas de electricidad, de los recuerdos recuperados, de las pesadillas de Chantelle; no había manera de que pudiera descansar ahora.

—Daniel—dijo ella, volviéndose de lado para mirarlo. Ella le sacudió el hombro cuando él no se movió y habló más severamente—. Daniel.

Se sobresaltó, miró a su alrededor, desorientado—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Creo que tenemos que dar algunos pasos reales para darle seguridad a Chantelle. Necesita saber que no la alejarán de nosotros.

—De acuerdo— murmuró Daniel dormido—. ¿Pero podemos hablar de ello por la mañana?

—Tuvo una pesadilla—le informó Emily, ignorando su petición de dormir. Esto era más importante—. Está aterrorizada de que la lleven de vuelta con Sheila.

— ¿Pero qué podemos hacer?—Daniel dijo, frotándose la cara y con los ojos caídos—. Quiero decir, convertirse en su tutor legal sería difícil. Tendríamos que involucrar a los abogados, y eso significaría honorarios. ¿Crees que tendría un caso?

Escuchar a Daniel hablar seriamente sobre sus preocupaciones por el bienestar de Chantelle hizo que Emily se relajara un poco. Sintió como se aflojaba uno de sus estrechos nudos de

angustia.

—Puedo preguntarle a Richard por la mañana—dijo, refiriéndose a su amigo el abogado de la familia.

Daniel envolvió a Emily en sus cálidos y fuertes brazos y la abrazó. Normalmente Emily encontraría la comodidad de relajarse y ella se quedaría dormida, pero esta noche el sueño no llegaría fácil. Emily se dio la vuelta, su mente frenética. Pasaban demasiadas cosas y apenas podía seguirle la pista a todo. La inminente muerte de Trevor y sus inminentes impuestos, la charla poco entusiasta de Daniel sobre el matrimonio y la terrible historia de Chantelle persiguiendo sus sueños. Luego estaban las cartas, Antonia, su padre. ¿Cómo podía dormir con todas esas preocupaciones flotando en su mente?

Cuando llegó la mañana, lo primero que hizo Emily fue concertar una cita con Richard. Estaba encantado de ayudar, accediendo a conducir hasta la posada para una cita al mediodía, renunciando a la tarifa por su amiga. Luego levantaron a Chantelle y la prepararon para la escuela. Estaba tan deslucida que era casi como si fuera una niña diferente, como si la apariencia de Sheila le hubiera succionado la alegría. Esto hizo que Emily estuviera aún más decidida a obtener algún tipo de protección legal para Chantelle, para luchar por la tutela oficial de Daniel sobre ella.

Cuando Richard llegó, todos se sentaron a la mesa en la ventana de la sala de estar y Daniel hizo café.

—¿Por qué no empiezas por contarme un poco sobre la historia de tu hija?—hizo clic en su bolígrafo, listo para tomar notas.

Daniel contó todo lo que sabía de Chantelle, que era muy poco. Él y su madre se habían separado antes de que ella naciera. No sabía nada de su concepción ni del embarazo de Sheila. Había escuchado a través de amigos comunes que Sheila había empezado a consumir drogas, pero ninguno de ellos mencionó el hecho de que había tenido una hija, que había una posibilidad de que la niña pudiera ser suya.

Emily escuchó con paciencia. Para ella, esta fue la primera vez que oyó hablar de mucho de esto. Daniel siempre mantuvo su pasado muy privado. Ella no sabía cómo sentirse sobre el hecho de que él era capaz de exponerlo crudamente en este contexto, pero no se abrió a ella sobre estas cosas cuando ella le preguntaba.

—¿Está tu nombre en su certificado de nacimiento?—Richard le preguntó a Daniel una vez que terminó de hablar.

—No lo sé—admitió.

Richard tarareó y golpeó su barbilla con su pluma—. Bueno, si estuvieras, ciertamente fortalecería el caso, aunque una prueba de paternidad es igual de útil en este tipo de situaciones. Si la madre es drogadicta y no tiene domicilio fijo, definitivamente funcionará a tu favor. Lo único es que no hay nada por escrito ni testigos del acuerdo de que tomaste a Chantelle bajo tu cuidado. Así que hay una posibilidad de que esto salga mal.

— ¿Cómo?—preguntó Daniel.

—En el extremo más pequeño de la escala podría contrarrestar con un reclamo de manutención por paternidad.

— ¿Qué?—Emily jadeó—. ¿Incluso si ya no tiene a la niña bajo su cuidado?

Richard asintió—. Me temo que sí. Si Daniel quiere tomar la custodia de Chantelle, tendrá que probar que es su padre. La trampa es que una vez que lo haga, admite también que no ha pagado nada por su cuidado durante los primeros seis años de su vida.

—No me importa el dinero—dijo Daniel con severidad—. Le pagaré a Sheila lo que quiera si eso significa que puedo ser el tutor legal de Chantelle.

Richard parecía entender. Debía haber visto esto mil veces antes. Familias destrozadas por las drogas y los problemas de salud mental, niños atrapados en medio de adultos que no podían cuidarlos, o que los amaban tanto que peleaban por ellos en un tribunal de justicia.

—Dijiste que era el extremo más pequeño de la escala—dijo Emily—. ¿Qué hay al otro lado?

Richard se detuvo, claramente indeciso de compartirlo con ellos—. Si ella es del tipo vengativo, entonces hay una posibilidad de que pueda argumentar secuestro.

Daniel golpeó su puño contra la mesa, y de repente se enfureció. A Emily le sorprendió verle así. Había algo casi animal en su necesidad de proteger a Chantelle del daño.

—Así que estás diciendo que seguir una ruta legal es arriesgado—preguntó Emily, tratando de darle sentido a la advertencia de Richard—. ¿Para que la perdamos por completo?

Asintió con la cabeza—. Si Sheila tomara esa ruta, ambos podrían perder a la niña. Podría terminar en el sistema de cuidados, con Sheila incapacitada y ustedes dos considerados peligrosos.

Daniel maldijo en voz alta y se pasó las manos por el pelo.

—Pero eso es sólo si sigue ese camino—contestó Emily—. Y no lo haría. A pesar de todo, ama a Chantelle y quiere lo mejor para ella. No creo que ella haría eso.

Daniel la miró, confundido—. ¿Confías en ella?

—Confío en que no se comporte de una manera que arruine la vida de Chantelle para siempre sólo para vengarse de nosotros—explicó Emily—. Dicho esto, no me extrañaría que intentara desangrarte hasta el último centavo que pudiera.

—El dinero no importa—dijo Daniel despectivamente—. Pero si yo sacudo el barco y termino perdiéndola por completo, nunca podré vivir conmigo mismo.

—Tienes un caso fuerte—interrumpió Richard—. Ya que hay drogas involucradas. Pero no será fácil. La ley rara vez lo es.

Dobló su portapapeles y se puso de pie. Daniel y Emily lo vieron en la puerta, cada uno estrechando su mano.

—Estaré en contacto—dijo.

Luego se fue.

Emily y Daniel se pararon en la tranquila posada, dejando que todo se hundiera. La vida les había puesto otro obstáculo aparentemente imposible en su camino. Emily rezó para que tuvieran la fuerza para superarlo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cuando Emily se despertó temprano a la mañana siguiente, después de otra noche inquieta, lo primero que se encontró haciendo fue correr por los escalones de Trevor y llamar a su puerta. Ella tenía un fuerte deseo de verlo, de asegurarse de que estaba bien y de ofrecerle todo el apoyo que pudiera.

Cuando Trevor contestó, parecía contento de verla. Pero por su apariencia, Emily podía darse cuenta de que su salud ya había declinado. Su piel había adquirido un tono casi amarillo.

Emily sonrió a cambio, aunque se sintió muy antinatural hacerlo; le iba a llevar un poco de tiempo adaptarse a la idea de que Trevor era su amigo y no su enemigo.

—Vine a ver cómo estabas—explicó Emily.

—¿Comprobando que sigo vivo?—contestó sarcásticamente.

Emily jadeó, sorprendida de que Trevor estuviera bromeando sobre su propia mortalidad.

—¿Por qué no entras?—añadió.

Emily dudó. La última vez que estuvo aquí la casa estaba en un terrible estado, con Trevor perdiendo la conciencia frecuentemente. Había sido una experiencia tensa. Nunca había estado en la casa de Trevor como invitada. Se sentía un poco como cruzar la barrera hacia un mundo extraño y desconocido.

En la cocina de Trevor, Emily vio que el trabajo de reparación de la casa había terminado. Había muy poca evidencia de la destrucción que sufrió, aparte de un pequeño trozo de yeso en una esquina de la habitación.

—Se ve increíble aquí—dijo Emily, maravillada con la cocina limpia, reluciente y blanca de Trevor—. Es casi como una cocina de un programa de televisión.

—Ese es el mayor cumplido—dijo Trevor—. ¿Té?

—Déjame hacerlo—dijo Emily—. Deberías descansar.

Sólo su breve conversación hasta ahora parecía haberle agotado. Aceptó su oferta sin resistencia, aunque Emily pudo darse cuenta de que le dolía su orgullo al aceptar su ayuda.

Se sentaron a la mesa juntos, cada uno agarrando una taza de té humeante entre sus manos.

—¿Por qué estás aquí, Emily?—preguntó Trevor un poco hoscamente—. Quiero decir, ¿en serio?

—Te lo dije—dijo ella—. Sólo quería ver cómo te sentías. Ver si necesitabas ayuda con algo.

—Te compadeces de mí—dijo Trevor sin rodeos.

Emily se sorprendió—. No. No es eso en absoluto. —ella no quería decirle que sentía que el

espíritu de su hermana la urgía a cuidarlo, que se sentía obligada a controlarlo y a ofrecerle toda la ayuda que pudiera.

—Sientes un sentimiento de culpa por mi muerte—continuó Trevor filosóficamente.

—¿No puede una chica prepararle a su vecino una taza de té de vez en cuando?—Emily bromeó.

Trevor se rió y Emily se movió un poco torpemente, sintiéndose muy fuera de lugar en el dominio de Trevor.

Mientras estaba sentada en la mesa de su cocina, bebiendo té y mirando por la ventana de su immaculado jardín, se encontró con que su mente estaba deambulando hacia el descubrimiento más reciente sobre su padre. De repente se le ocurrió que como ella y Trevor nunca habían tenido una relación amistosa, nunca le había hablado de su padre, nunca le había preguntado. También era el único de sus amigos de Sunset Harbor al que aún no había abordado para obtener información sobre la desaparición de Roy Mitchell. Pero Trevor tenía una posición ventajosa al vivir en la propiedad vecina. ¿Pudo haber visto algo?

—¿Te acuerdas de mi padre?—Emily preguntó—. Quiero decir que debes haberle conocido de pasada al menos. Eras su vecino, después de todo.

Trevor sorbió su té—. Bueno, esta era mi casa de vacaciones antes de que decidiera instalarme aquí el año pasado. Sólo estuve aquí un par de semanas cada verano. Ocasionalmente pasábamos la Navidad aquí, o el Día de Acción de Gracias.

La esperanza de Emily saltó—. Supongo que no...—Se detuvo, sin saber cómo enmarcar la pregunta—. ¿Alguna vez lo viste?—preguntó finalmente—. ¿Después de su supuesta desaparición?

El bigote de Trevor se movió—. ¿Después?

—Sí. —Emily se retorció—. Tengo razones para creer que pudo haber regresado a la casa.

Los ojos de Trevor se abrieron de par en par con asombro. Pero agitó la cabeza—. Perdóname por ser grosero, pero no le presté mucha atención a toda la situación. Tu padre no era mi persona favorita en el mundo y no era exactamente inusual pasar años sin que nos cruzáramos.

—¿Pero sabías que estaba desaparecido?—Emily preguntó—. ¿Que había sido declarado desaparecido?

Trevor se encogió de hombros—. Para ser honesto, pensé que se había mudado. Mi única preocupación era el deterioro de la casa y el estado de la calle a causa de ello.

Emily sintió que su mente empezaba a girar con los pensamientos—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Te acuerdas?

Trevor tomó otro sorbo de té. Emily notó que el vapor se aferraba a las puntas del pelo de su bigote donde descansaba en su labio superior.

—Dios, no estoy seguro—dijo Trevor—. El tiempo se difumina cuando llegas a mi edad.

Emily apretó cada músculo de su cuerpo—. ¿Puedes tratar de recordar? Por favor.

Trevor debe haberse dado cuenta de su angustia. Golpeó su barbilla y miró a la distancia como si tratara de sacar un recuerdo de la nada—. Ha pasado mucho tiempo, querida. Al menos una década.

Una década. Diez años. Si ella podía confiar en la memoria de Trevor entonces aquí estaba un testigo del regreso de Roy Mitchell a la propiedad después de la fecha en que había desaparecido. Tenía que seguir investigando.

— ¿Qué estaba haciendo la última vez que lo viste?—preguntó ella.

—Honestamente no lo recuerdo—dijo Trevor, exasperándose un poco—. Era tarde en la noche. Me había despertado el sonido de un coche que venía por la calle. Tenía un motor ruidoso, debe haber sido algún tipo de coche viejo arreglado. Fui a la ventana...

Entonces frunció los labios y Emily no pudo evitar sonreír al admitir que espiaba a la casa a través de su ventana superior.

—...los árboles no eran tan altos entonces, así que la vista era mejor. Vi a Roy entrar en la casa y eso fue todo. Nada más que informar.

Se encogió de hombros como si se sintiera decepcionado de que la anécdota hubiera terminado con un anticlímax así. Pero para Emily, su avistamiento de su padre fue asombroso, emocionante y aterrador a la vez. No eran sólo cartas, ni hipótesis vagas sobre cómo llegaron a estar en la bóveda de la bodega, era un recuerdo real, concreto, con detalles. Ella podía imaginarse a su padre ahora en un viejo coche que él había arreglado, llegando a la casa en plena noche pensando que estaba escondido bajo el manto de la oscuridad, pero que en realidad estaba siendo observado por su vecino entrometido a través de una ventana del ático.

El corazón de Emily se estremeció de expectativa. Necesitaba más. Esto era lo más cerca que había estado de su padre.

— ¿No viste cuánto tiempo se quedó?—preguntó ella.

—No—contestó Trevor—. Volví a la cama. El coche se había ido por la mañana, para mi alivio. Era una monstruosidad. Un pedazo de chatarra. Me sorprende que se las haya arreglado para que funcione en el estado en el que estaba.

Emily se sentó, desilusionada pero también vigorizada. El avistamiento de un coche viejo era ciertamente extraño: el padre de Emily se enorgullecía mucho de sus vehículos. Había hecho una bicicleta para ella desde cero y había arreglado varios coches viejos en su época. No era el tipo de hombre que conduciría un coche oxidado.

— ¿Recuerdas a alguien llamada Diana?—preguntó Emily.

Trevor se golpeó la barbilla otra vez—. No, me temo que no.

— ¿Qué hay de Toni?

Otro movimiento de cabeza.

Emily intentó una nueva táctica—. ¿Recuerdas haber visto un labrador dorado? Su nombre era Perséfone.

Trevor empezó a reírse entonces—. ¡Oh, sí, recuerdo a Perséfone! Tenía un chihuahua llamada Mildred. Cuando estábamos de vacaciones, la llevaba a la playa. Perséfone siempre estaba ahí abajo y Mildred, que en paz descansa, la amaba. Se veían tan graciosos juntos, ese gran labrador y mi pequeña chihuahua. Él suspiró—. La extraño muchísimo. Supongo que la veré pronto, si crees en ese tipo de cosas.

Emily sintió un destello de dolor por él. Quería decir algo reconfortante, pero se dio cuenta de que no podía decir ni una palabra. Apenas podía respirar. Las piezas más grandes del rompecabezas finalmente estaban cayendo en su lugar. Ella había estado ladrando al árbol equivocado todo este tiempo. Su padre había estado teniendo una aventura, pero la aventura no era la razón por la que se había ido. Algo más había llevado a su padre a tomar medidas tan drásticas. Pero Emily no se sentía más cerca de la verdad.

CAPÍTULO VEINTICINCO

En los días siguientes, los pensamientos de Emily estaban plagados del misterio de su padre. Pero eso no era lo único en lo que pensaba. Estaba pensando más y más en la familia, en la vida con Daniel y en crear un hogar estable para Chantelle. Esperar noticias de Richard sobre la obtención de la tutela legal de Chantelle era frustrante. Y Daniel no había sacado el tema del matrimonio de nuevo, aunque probablemente se debía a que ella lo había asustado al ser tan brusca y poco acogedora cada vez que lo mencionaba.

Pero a medida que se acercaba el Día de Acción de Gracias, Emily se fue preguntando más y más cómo sería tener un par de niños más sentados alrededor de la mesa, un niño y una niña con el cabello oscuro y los ojos penetrantes de Daniel. Si los impuestos atrasados de la posada milagrosamente se pagaran, sus hijos podrían asistir a la misma escuela que Chantelle, dormir en las dos habitaciones al lado de la suya. Ensayarían para el mismo recital que Chantelle.

Hasta ahora, Chantelle sólo había estado ensayando durante las horas de clase, pero hoy Owen le había sugerido que fuera a la posada y la acompañara al piano para que pudiera practicar un poco más. Emily, viéndolo como una oportunidad para socializar, había invitado a algunos de los compañeros de clase de Chantelle y a sus padres también.

Ninguno estaba aquí todavía, así que estaban ella y Daniel sentados juntos en el sofá de la sala de estar, Chantelle de pie nerviosa al lado del piano. Owen comenzó a tocar los acordes iniciales de la canción y Chantelle, nerviosamente jugueteando con sus manos, se movió de un pie al otro, luego respiró y comenzó a cantar.

El segundo que se escuchó la voz de Chantelle, como la de un pájaro, comenzó a tensar la voz de Daniel. Emily también se sintió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. La voz de la niña era bella, impregnada de una emoción mucho más allá de lo que uno esperaría de una niña de siete años.

Emily se extendió hacia la mano de Daniel y sintió cómo sus dedos se entrelazaban con los de ella. Observaron, maravillados, como Owen creó la música que actuaba como portadora de la hermosa voz de Chantelle. ¿Cómo les había ocultado este talento? Su miedo a ser el centro de atención la había hecho esconderse de ellos, para guardarse este precioso talento para sí misma. Pero ahora, con su actuación en la escuela acercándose rápidamente, finalmente reunió el coraje y permitió que sus padres la vieran cantar. Era impresionante. Maravilloso.

—¿Soy parcial porque es mi hija?—Daniel jadeó cuando la canción terminó.

Owen agitó la cabeza—. No. Ella es una cantante excelente.

En ese momento sonó la campana. Emily podía oír la alegre charla de Bailey que venía del otro lado. Fue y abrió la puerta a Yvonne y Bailey.

—Kieran está volando a Hawaii, así que sólo somos nosotras dos—dijo Yvonne.

—No hay problema, entra—dijo Emily, señalando hacia adentro—. Chantelle está calentando.

Bailey pasó a Emily, dejando que las dos mujeres se saludaran. Se sentía como si hubiera pasado un año desde que se habían reunido; había habido muchas distracciones en la vida de Emily. Volver a una rutina familiar normal era tranquilizador para Emily.

Suzanna y Wesley llegaron un poco más tarde con Toby, luego Ryan y su papá aparecieron, y Georgina y sus dos padres. Finalmente, con todos los niños juntos en el escenario improvisado y todos los padres con sus mimosas en la mano, comenzó el “ensayo general”.

Una vez más, Owen comenzó a tocar el acompañamiento. Los niños cantaron. Toby estaba tan callado que era inaudible y Bailey era tan ruidoso y entusiasta que ahogó a todos los demás. Yvonne se rió y observó con deleite cómo su bulliciosa hija exigía una vez más el protagonismo y echaba toda la pasión y energía que tenía en la actuación. Luego, a lo largo de todo el proceso, se oyó el sonido de la voz de Chantelle, que parecía una campana cristalina. Incluso con las distracciones, Emily se encontró capaz de afinar el sonido de Chantelle. Se preguntó si esto era lo que era ser una madre, siempre capaz de escoger a su propio hijo entre la multitud, capaz de distinguir su llanto, sintonizada con ellos por instinto.

La actuación terminó y todos aplaudieron.

—Creo que te mereces una mimosa—le dijo Emily a Owen, dándole un trago. Lo aceptó con su tímida sonrisa—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros—añadió Emily—. Has sido de gran ayuda con Chantelle.

—Ella tiene un verdadero talento—dijo Owen—. Yo la llevaría a clases de canto si fuera tú. Tal vez incluso ópera. Podría ser una estrella.

Emily levantó las cejas. Imagínate si la niña fuera un genio.

Mientras todos comían y bebían juntos y los niños corrían alrededor de la posada jugando, Emily miraba con satisfacción. La vida era buena, se sentía bendecida, pero también sentía que estaba parada en el precipicio de una montaña a punto de saltar, como si todo fuera a cambiar dramáticamente. Que de alguna manera ya lo había hecho. Ahora tenía pruebas definitivas de que su padre estaba vivo, y sin embargo sentía como si el misterio estuviera atado en nudos, que cada nudo que desenredaba revelaba otro, y así sucesivamente hasta el infinito, sin terminar de resolver nunca el acertijo de Roy Mitchell. Luego estaba Daniel y sus fallidas propuestas. ¿Tendría las agallas de volver a intentarlo? ¿Podría hacerlo bien, en la forma en que Emily lo deseaba? Y finalmente la posada. ¿Su negocio sobreviviría al invierno? ¿O los impuestos atrasados la obligarían a declararse en bancarrota?

Como si el Universo hubiera oído su predicamento, el teléfono de la posada empezó a sonar en ese preciso momento. Con el corazón temblando, contestó Emily, usando su mejor voz de anfitriona.

La voz en el otro extremo era masculina—. Hola, vi en tu sitio web que tienes una cochera—dijo—. Me gustaría reservarla.

—Por supuesto—contestó Emily, tratando de mantener su voz firme. Pero en realidad estaba más que emocionada. Estaba extasiada. El plan de la cochera había llegado por fin bien y el

esfuerzo que ella había puesto en el sitio web estaba dando sus frutos. Finalmente, iba a obtener unos ingresos muy necesarios. Era sólo un pequeño paso hacia el pago de los impuestos, pero podría ser suficiente para calmar a los bancos temporalmente y evitar un desalojo—. ¿Puedo preguntarle cuándo esperaba ocuparlo?

—Llegaré el fin de semana si es posible.

—Está bien. En realidad será nuestro primer invitado. Los trabajos de renovación acaban de terminar.

—Maravilloso—contestó el hombre. Luego lanzó una bomba—. Me gustaría que fuera durante un mes.

Emily vaciló, intentó recuperar el aliento. La cochera no era barata. Reservarla por un mes significaría mucho dinero.

—Eso no es ningún problema—logró decir en la voz de su anfitriona, aunque el tono se había elevado a un nivel similar al de un ratón.

Sus dedos temblaban de emoción mientras escribía toda la información en el sistema y reservaba al invitado, Colin Magnum, para el mes siguiente. Luego envió un mensaje de texto a su personal informándoles sobre la reservación y preguntándoles por su disponibilidad de turnos. Todo el mundo parecía tan entusiasmado como ella de que la posada estaba de nuevo en pie, de que su riesgo de renovar la cochera estaba dando sus frutos.

Una vez que finalmente había organizado el próximo mes, regresó a la fiesta y se dio cuenta de que estaba terminando.

—Ya nos vamos—le dijo Wesley a Emily mientras envolvía a Suzanna con su brazo—. No queremos estar cansados y gruñones para la actuación de mañana.

Suzanna se sonrojó y se inclinó hacia su amiga, susurrándole al oído—: Además, estamos tratando de tener al bebé número dos.

Emily jadeó. Suzanna solía ser muy tímida y retraída. La hizo reírse al escuchar que divulgaba tal información personal.

—¿Qué es lo que impulsó eso?—Emily preguntó.

—En realidad fuiste tú—contestó Suzanna—. Durante la tormenta nos hiciste pensar en no posponer más las cosas, en seguir nuestros sueños. Así que Wesley va a tratar de establecer algo en términos de un negocio de vino y yo voy a tratar de crear otro humano. —ella sonrió.

—Bueno, buena suerte con eso—dijo Emily con un guiño. Se alegró saber que había animado a sus amigos a seguir un nuevo camino, a arriesgarse en la búsqueda de la felicidad.

Todos recogieron sus abrigo. Cuando se fueron, Emily se disculpó por haberlos abandonado por asuntos relacionados con el trabajo.

—Nos vemos mañana en la función—dijo Yvonne, besando a Emily y Daniel en retribución.

Les despidieron con las manos.

Una vez que todos se habían ido, Daniel, Emily y Chantelle se retiraron a la sala de estar.

—¿Así que tenemos un invitado?—Daniel le preguntó a Emily.

—Sí—contestó Emily, casi aturdida por la emoción—. Y escucha esto. Está alquilando la cochera por un mes. ¡Un mes!—prácticamente estaba saltando en el sofá.

Daniel jadeó—. Eso es increíble. ¡Ganarás un montón! Estoy tan contento de haberlo terminado a tiempo para las vacaciones.

Emily suspiró contenta, agradecida por todo el arduo trabajo que Daniel había realizado para restaurar el lugar, y por los innumerables viajes que había hecho siguiendo las pistas de eBay para obtener decoraciones y obras de arte raras y exóticas. Él realmente había trabajado muy duro por ella, tal como lo había prometido.

Después de que Chantelle se había metido en la cama y Emily y Daniel estaban juntos en su dormitorio, Emily se sentó en su peinador para pasarse la crema hidratante. Ella podía ver el reflejo de Daniel en el espejo mientras se desvestía.

—Quiero adoptar a Chantelle—dijo Emily.

Ella lo vio detenerse, sus dedos sobre el botón de su camisa.

—Richard dijo que tienes un caso fuerte para ganar la tutela legal completa sobre ella debido al abuso de drogas de Sheila—explicó Emily—. Una vez que la tengas, quiero buscar la adopción.

Se giró sobre el taburete para mirar a Daniel. Su expresión era ilegible.

—No quiero borrar su historia—dijo finalmente.

—Y no quiero que nos la quiten—respondió Emily—. Chantelle es mi hija, simple y claro. No quiere a Sheila.

—Ella no quiere al monstruo drogadicto que se apodera de Sheila—contestó Daniel—. Pero ella necesita a su madre en su vida.

Emily se puso de pie—. Ella no quiere dejarnos. Necesita la seguridad de saber que ésta será su casa. Que si Sheila aparece de nuevo, no podrá llevársela. —Ella alcanzó a Daniel y apoyó una mano sobre su pecho—. No quiero que nuestra hija se esconda más en el sótano. No quiero que tenga pesadillas. —Se detuvo y se tragó el nudo en la garganta—. Quiero que tenga una vida feliz aquí con nosotros, con hermanos y hermanas.

Las palabras de Suzanna antes habían hecho pensar a Emily. ¿Por qué esperar? ¿Por qué no dar el paso y hacer que las cosas sucedan como ella quería? Lo había hecho antes con la posada. Daniel lo había hecho con Chantelle. Ahora era el momento de que hicieran algo juntos.

Daniel agarró la mano de Emily. Parecía estupefacto por sus palabras, conmovido, y ya no era más una confrontación—. ¿Realmente harías eso? ¿Adoptar oficialmente a Chantelle si pudieras?

—Si tal cosa es posible. La amo y no quiero dejarla nunca. Es lo que ella también quiere.

— ¿Qué quieres decir?

—Ella me lo dijo—dijo Emily—. Cuando estaba teniendo una pesadilla. Me dijo que quería que fuera su madre. Su única madre.

Daniel suspiró levemente. Parecía sorprendido de que tales conversaciones hubieran tenido lugar sin que él lo supiera. Aunque por supuesto había estado allí para ver a Chantelle y Emily acercándose, el hecho de que su vínculo se había vuelto tan inquebrantable se le había pasado claramente por alto.

—Si eso sucede—dijo Daniel—hipotéticamente hablando, no habría vuelta atrás.

Emily asintió. Nunca se había sentido más segura de nada en su vida—. Lo sé.

— ¿Quieres eso?

—Sí, quiero.

Daniel acercó a Emily contra él y sus labios encontraron los de ella.

—No hay vuelta atrás—susurró.

—No hay vuelta atrás.

CAPÍTULO VEINTISEIS

El salón de la escuela estaba oscuro, con una gran cortina de terciopelo rojo cubriendo el escenario. Mientras Emily miraba a su alrededor el gran espacio y todos los asientos se llenaban lentamente de padres, sintió una punzada de nervios por Chantelle, sabiendo lo ansiosa que estaba la niña por actuar delante de la gente. Pero también estaba emocionada de que Chantelle tuviera la oportunidad de mostrar al mundo su talento. Este sería un momento de orgullo para toda la familia.

Emily y Daniel encontraron asientos junto a Yvonne y Kieran.

— ¿Cómo estuvo Hawaii?—Emily le preguntó a Kieran mientras se sentaba a su lado.

— ¿Te refieres a cómo estuvo el interior de mi habitación de hotel en Hawaii?—Kieran contestó riendo—. ¿Durante las seis horas que lo ocupé? Encantador, gracias.

Emily sonrió. Entonces se sentaron en sus asientos, mientras las luces se atenuaban. El público se calló. La Srta. Glass se sentó detrás del piano y comenzó a tocar los acordes de apertura. Luego las cortinas se abrieron y comenzó la actuación.

Emily sintió la mano de Daniel agarrando la suya. Se agarró con fuerza. En el momento en que vio a Chantelle subir al escenario, sintió que se le formaba un bulto en la garganta y le empezaron a caer lágrimas por las mejillas, ¡y la niña ni siquiera había empezado a cantar! Emily no podía evitarlo. Chantelle había llegado tan lejos y no podía estar más orgullosa de ella.

Los niños comenzaron a cantar sus canciones, siendo Bailey, con mucho, la más teatral del grupo. Emily tuvo una repentina visión de Chantelle y Bailey en las clases de artes escénicas, cantando y actuando juntas, envejeciendo, siendo amigas por años. El pensamiento le reconfortó.

La canción terminó y todos aplaudieron. Entonces, para sorpresa de Emily, Chantelle se adelantó. Un foco de atención se posó sobre ella.

— ¿Está haciendo un solo?—Emily gimió a Daniel.

Ninguno de ellos sabía nada al respecto. Chantelle parecía un ángel mientras estaba allí de pie, su voz tan clara como el cristal, su cabello dorado iluminado por las luces del escenario. Emily sintió que la belleza del momento la había congelado en el tiempo. Parecía como si cada persona en la audiencia estuviera conteniendo la respiración, sorprendida por el talento de una niña tan pequeña.

Cuando la canción terminó, la multitud estalló de alegría. Emily nunca antes había sentido un orgullo tan feroz. Chantelle se sonrojó y se unió al resto de sus compañeros. La actuación continuó, pero Emily todavía estaba congelada en ese momento, en ese lugar de amor puro.

Emily, Daniel y Chantelle entraron en el restaurante de Joe. El anciano sonrió cuando los vio.

—Un poco tarde para los waffles, ¿no?—dijo.

Emily se rió—. Chantelle acaba de hacer su primera actuación en la escuela—dijo apresuradamente.

—Y ella estuvo increíble—agregó Daniel con el mismo entusiasmo.

—Así que la trajimos a tomar un helado—terminó Emily.

Joe levantó los ojos—. Bueno, bueno, bueno—dijo—. Felicidades, querida. Creo que tres cucharadas serían apropiadas esta noche, ¿si mamá y papá están de acuerdo?

Daniel asintió. Emily también lo hizo, sólo que después de una breve pausa, se sorprendió por ser llamada “mamá”.

Chantelle eligió sus sabores de helado - menta, trocitos de chocolate y crujiente de mantequilla de maní - y luego eligieron una de los reservados de plástico rojo y se deslizaron hacia adentro. Joe se acercó con el helado, que era más bien un montón que tres cucharadas, y lo dejó frente a Chantelle. Sus ojos se abrieron de par en par con asombro.

—Sabes—le susurró Joe a Chantelle—aquí es donde estos dos vinieron en su primera cita.

Chantelle se rió. Emily no pudo evitar ruborizarse. Joe se enderezó con una risa.

—Eso va por cuenta de la casa—dijo mientras se alejaba con una sonrisa de satisfacción.

Emily se sonrió a sí misma. La generosidad de la gente de Sunset Harbor siempre la asombraba.

Chantelle comenzó a meterse helado en la boca—. ¿Van a estar juntos para siempre?—preguntó inocentemente a Emily y a Daniel, con los labios llenos de helado pegajoso.

La chispa de interés había sido claramente encendida por Joe y ahora ella quería saber más. ¿Pero qué podría decirle Emily? ¿Que quería ser su madre adoptiva? ¿Que quería iniciar una batalla legal para emanciparla de la ruina de su madre? ¿Que lo más cerca que ella y Daniel habían estado del compromiso fue un incómodo malentendido en una joyería y unas cuantas conversaciones sobre ir a por todas?

Emily quería desesperadamente darle a Chantelle una respuesta suave, para darle una respuesta que fuera tan dulce como el helado que se estaba devorando. Pero había prometido no mentirle nunca a Chantelle y se iba a ceñir a ello.

—No sé cómo responder a eso—dijo Emily—. Para siempre es mucho tiempo y muchas cosas pueden cambiar entre ahora y siempre. —ella sonrió en lo que esperaba que fuera una forma tranquilizadora.

—Pero ustedes se aman, ¿verdad?—preguntó Chantelle.

Esta vez Daniel respondió. Agarró la mano de Emily y la puso sobre la mesa para que todo el mundo la viera—. Es cierto—dijo—. Mucho, mucho.

—Entonces deberían casarse—dijo Chantelle a su manera sencilla e infantil.

Si tan sólo fuera tan simple, pensó Emily.

En el silencio incómodo que siguió, Emily aflojó su mano en la de Daniel. Pero para su sorpresa, su agarre se apretó, no permitiéndole deslizar su mano lejos de la suya. Era como si se estuviera comunicando en silencio con ella que soltarla ahora sería demasiado simbólico, demasiado conmovedor. Así que Emily se agarró fuerte, su palma presionando la de Daniel, sus dedos entrelazados con los de él, y silenciosamente le comunicó que ella tampoco la iba a soltar.

CAPÍTULO VEINTISIETE

— ¿Soy yo?—Emily dijo, volteándose en la cama para enfrentarse a Daniel—. ¿O parece que hoy va a nevar?

Daniel metió un mechón de su cabello detrás de su oreja y sonrió—. Puede que tengas razón. —la besó ligeramente—. Feliz Día de Acción de Gracias.

—Feliz Día de Acción de Gracias—contestó ella.

—Lástima que no podamos quedarnos en cama—bromeó Daniel—. Ya que invitaste a toda la ciudad a cenar.

—Quería que Chantelle estuviera rodeada de amor—respondió Emily riendo.

Se levantó de la cama, sintiendo el frío en el aire, y miró las largas cortinas de encaje que cubrían las puertas francesas que daban al balcón. Aún no había nieve, pero el cielo tenía ese tipo de nubosidad gris y esponjosa que parecía insinuarlo.

— ¿Qué hora es?—Daniel murmuró desde la cama.

—Seis—contestó Emily—. Siento haberte despertado tan temprano. El Sr. Magnum llega temprano. Parker está haciendo el turno del desayuno, luego Vanessa hará la limpieza. Serena quería hacer el turno de recepción, pero yo quería que viniera al desfile con nosotros. Ha estado tan bien con Chantelle en las últimas semanas que ahora se siente como de la familia. Así que la chica nueva, Lois, hará el turno de recepción. La primera por su cuenta. Estoy segura de que ella puede manejarlo.

Daniel sonrió con suficiencia—. Eres tan sexy cuando hablas de negocios.

Emily inclinó la cabeza hacia atrás y se rió—. Bien, si quieres desayunar tienes hasta las ocho de la mañana. Saldremos para el desfile a las ocho y media. ¿Entendido?

—Sí, señora—contestó Daniel jovialmente.

Emily se vistió rápidamente con su atuendo de anfitriona y bajó para asegurarse de que Parker hubiera llegado a tiempo. Lo hizo, y ya había recogido los huevos de las gallinas. Satisfecha de que todo estaba listo para el huésped, Emily salió al porche para dar la bienvenida al Sr. Magnum. Ella llegó justo a tiempo para ver su coche entrando en la entrada.

— ¿Sr. Magnum?—dijo ella, sonriendo.

—Sí, Colin—contestó, saliendo del coche.

Sólo había una palabra que Emily podía usar para describir a Colin, y eso era apuesto. Parecía una vieja estrella de cine en blanco y negro, del tipo de Frank Sinatra. Su pelo era plateado, no gris. Tenía rastrojos, pero eso no lo hacía parecer desaliñado y harapiento, sino que lo hacía más distinguido. Incluso las arrugas de su rostro complementaban su apariencia, acentuándose más cuando sonreía, demostrando que había vivido una vida plena llena de risas.

Se dieron la mano -muy contenta consigo mismos por no haberse desmayado- y entonces Emily les mostró el camino a la cochera.

—Aquí es completamente independiente—explicó, abriendo la puerta.

—Es fantástico—contestó Colin, poniendo sus maletas en el suelo. Caminó hacia el área de la cocina y pasó sus dedos por la superficie de trabajo—. Asombrosa carpintería.

—Mi pareja lo construyó—explicó Emily, sintiendo un poco de orgullo.

—¿De verdad?—dijo Colin, levantando sus gruesas cejas—. Es todo un artesano. Qué lugar tan encantador. —Se fijó en los jarrones—. ¿Kandinsky?

—Sí—contestó Emily, encantada de que se los hubiera reconocido—. Soy una fanática de lo antiguo.

—Igual que yo—contestó Colin, sonriendo—. Tienes un gusto impecable.

Emily no pudo evitar encontrar a Colin Magnum como un misterio. ¿Qué estaría planeando hacer este apuesto hombre al estilo de George Clooney en un lugar como Sunset Harbor durante todo un mes? Las preguntas ardían en su mente, pero se las tragó. No era correcto husmear.

—A pesar de la independencia que tienes aquí, eres bienvenido en la casa grande cuando quieras—dijo Emily—. Y el desayuno está incluido, por supuesto. —ella sonrió.

—Me muero de hambre, en realidad—contestó Colin—. Eso sería genial.

Emily lo llevó a la posada. Tan pronto como estuvo dentro, Colin jadeó ante su grandeza.

—Este lugar es fantástico también—dijo—. No puedo esperar a que mi familia llegue más tarde para verlo todo.

Así que tenía una familia, pensó Emily. En cierto modo, no podía imaginarse a un hombre como Colin casado y atado. Tampoco llevaba anillo de bodas. Colin Magnum se estaba volviendo más misterioso que nunca.

—Hoy tengo una cena de Acción de Gracias—le dijo Emily—. Tú y tu familia son bienvenidos a unirse si aún no tienen planes.

Colin sonrió amablemente—. Eso es muy amable. Pero en realidad estoy cocinando para la esposa. Tengo que hacer las paces.

Emily se preguntaba a qué se refería, pero se abstuvo de seguir investigando.

—Te dejaré en las capaces manos de Parker—dijo.

En el pasillo, Emily se topó con Daniel, vestida y lista para alimentarse. Al entrar en la cocina, Emily subió a despertar a Chantelle. Afortunadamente no había tenido pesadillas recientemente.

Emily abrió la puerta de Chantelle lentamente. Su habitación aún no había vuelto a la

normalidad tras su violento arrebato. Terminó rasgando unas cuantas fotos y los intentos de Chantelle de volverlas a juntar eran evidentes. Emily le había ayudado a coser el brazo de su osito de peluche, pero el hilo brillante era apenas discreto. Daniel había arreglado la silla de su escritorio, pero ahora estaba tambaleándose. Las cicatrices de la visita de Sheila estaban por todas partes, si sabías dónde buscarlas.

—Despierta, dormilona—dijo Emily, inclinándose sobre Chantelle y besándola en la mejilla —. Feliz Día de Acción de Gracias.

Chantelle se sentó rápidamente y sonrió. Arrojó sus brazos alrededor de Emily—. Feliz Día de Acción de Gracias.

Emily la ayudó a vestirse para el desfile, explicando que se reunirían con Bailey y Toby allí, fuera de la librería de Cynthia. Chantelle era una bola de emoción, corriendo por la habitación probándose diferentes trajes y peinados.

— ¿Habrá algodón de azúcar otra vez?—preguntó.

—Por supuesto—contestó Emily sonriendo.

— ¿Y globos? ¿Y una banda de música?

Emily asintió con la cabeza. Sunset Harbor siempre organizaba los mejores desfiles. Ella los había amado cuando era niña y le encantaba ver a Chantelle amarlos también.

—Usa una bufanda—dijo Emily—. Y guantes. Podría nevar.

No había visto nieve en Sunset Harbor desde el fin de semana en que llegó. ¿Había pasado casi un año desde que llegó aquí? Había salido de Nueva York para pasar un fin de semana y casi un año más tarde seguía aquí, desentrañando el misterio de su padre paso a paso, encontrándose paso a paso, enamorándose más profundamente de su vida aquí, de Daniel, de Chantelle.

De vuelta abajo, Serena había llegado y estaba emocionada por llegar al desfile. Emily y Chantelle desayunaron rápidamente y luego se envolvieron en su ropa de abrigo.

Tan pronto como Lois llegó para comenzar su turno, todos se dirigieron al desfile. La primera persona con la que se toparon fue Karen. Ella abrazó a Emily con fuerza.

—Siento como si no te hubiera visto en años—dijo—. Toma. —Le dio a Chantelle un rollito de canela—. Nueva receta. Dime lo que piensas.

Chantelle sonrió y lo masticó con avidez.

— ¿Vas a venir más tarde?—Emily preguntó.

— ¡Por supuesto!—exclamó Karen—. No me lo perdería por nada del mundo.

La familia siguió adelante, sintiendo el frío en sus narices. Más adelante vieron a Cynthia con su hijo Jeremy de pie frente a su librería. Emily se acercó y habló con su amiga, asegurándose de que tanto ella como Jeremy pasaran más tarde, mientras que Chantelle vio a Bailey e Yvonne en

uno de los puestos y se unió a su juego, lanzando bolsas de frijoles a las torres de latas. Gracias a su determinación, Chantelle ganó y seleccionó una bolsa de dulces, que compartió generosamente con Bailey.

— ¿Podemos intentar ganar otro juguete?—le preguntó a Daniel a su regreso—. ¿Igual que la última vez?

—Por supuesto—dijo Daniel.

Se acercaron al campo de tiro de los patos y Daniel derribó uno, ganándole a Chantelle un pequeño oso de color caramelo, un nuevo amigo para sus otros juguetes.

Comenzó el desfile y el alcalde Hansen los saludó a todos desde una gran carroza. Llevaba un sombrero de pavo inflable.

— ¿Vendrás a mi comida de Acción de Gracias más tarde?—le preguntó Emily.

—Por supuesto—dijo—. Está en la agenda, ¿verdad, Marcella?

A su lado, su ayudante, vestida sin entusiasmo de calabaza, asintió con la cabeza.

— ¡Tú también puedes venir, Marcella!—Emily gritó.

La carroza pasó antes de que la mujer tuviera la oportunidad de responder, aunque Emily estaba segura de que su respuesta sería negativa; a menos que el alcalde Hansen la obligara a ir.

Aparte de Marcella, parecía que todos con los que Emily se topó en el desfile iban a pasar más tarde. Birk y Bertha, Sunita y Raj, Charles y Barbara, Jason, Vanessa y la bebé Katy, Richard el abogado. Todos ellos habían recibido su invitación de Chantelle y no habían podido resistirse. Y al igual que Emily, Daniel y Chantelle, estaban más que emocionados por pasar el Día de Acción de Gracias juntos en la posada.

*

Chantelle insistió en las serpentinas, así que a medida que pasaba la tarde, ella, Serena y Emily las colgaron alrededor de la posada. Empezaba a verse hermoso, lleno de colores vibrantes.

— ¿Está listo tu centro de mesa?—Emily le preguntó a Chantelle.

—Por supuesto que sí—contestó Chantelle con una sonrisa. Su proyecto de alto secreto iba a ser un éxito.

El día de los preparativos se les fue, y después de varias horas en la cocina cocinando exquisitos platos con Parker, de repente llegó el momento de dar la bienvenida a los huéspedes.

Sunita y Raj fueron los primeros en llegar, tan puntuales como siempre.

—Vino—dijo Sunita mientras le daba el regalo a Emily y le besaba la mejilla.

—Entren, salgan del frío—dijo Emily, invitándolos a entrar.

Raj había traído un plato de pastel de calabaza, que Emily puso en el salón de baile con el resto del buffet.

—Por favor, no sientan que tiene que esperar a los demás antes de empezar a comer—dijo.

Owen llegó después, con sus partituras bajo el brazo. Habían trasladado el piano al salón de baile para que la fiesta pudiera tener lugar en un solo lugar.

—Comerás con nosotros más tarde, ¿verdad?—Emily insistió mientras caminaban por el pasillo—. No quiero que trabajes toda la noche. Eres tan parte de esta familia ahora como Serena. Honestamente, todo lo que has hecho por Chantelle, te lo agradezco mucho.

Owen se sonrojó tímidamente—. En realidad, soy yo quien debería estar agradeciéndote. — Su voz se hizo más baja—. De lo contrario, habría estado solo hoy.

—Oh—dijo Emily, sorprendida. Presionó su mano contra su corazón—. ¿No tienes una familia con la que pasar Acción de Gracias?

Owen agitó la cabeza—. Mis padres se mudaron al extranjero, así que no los veo mucho. Y no tengo esposa ni hijos. —su voz se calló.

Emily se entristeció por Owen. La entristeció pensar en él solo, cuando era un hombre tan gentil y amable. Se alegró de que al menos él los tuviera a ellos, a su familia en la posada y a la gente que allí había crecido para cuidar de él. Emily vio cómo se iba con sus partituras, antes de toparse con Serena al salir del salón de baile. Su rubor se intensificó cuando chocaron. Emily se sonrió a sí misma al reconocer las chispas entre ellos. Tal vez Owen no estaría solo por tanto tiempo después de todo.

A medida que Emily daba la bienvenida a más y más huéspedes en la posada, se dio cuenta de que muchos de ellos no tenían familias reales, nadie con quien pasar el Día de Acción de Gracias. Ya sea por el fallecimiento de sus familiares, como era el caso de Rico, o porque sus familias vivían muy lejos, como Suzanna y Owen, muchas de las personas que habían venido estaban armando su propia familia en Sunset Harbor, tal como lo estaba haciendo la propia Emily. Mientras los veía congregarse, brindando con las copas y mordisqueando los diversos platos, sintió que era increíblemente conmovedor. Ella y Daniel no eran los únicos de familias fracturadas. Todos aquí tenían algún tipo de trauma pasado con el que vivían. Mientras estuvieran todos juntos, estarían menos solos.

Sonó la campana y Emily invitó a Cynthia y Jeremy.

— ¡Por favor, no me digas que has venido en esa cosa!—Emily exclamó mientras veía la bicicleta tándem en la entrada.

— ¡Por supuesto que sí!—exclamó Cynthia mientras se quitaba el casco.

Emily agitó la cabeza con alegría y les mostró el interior. Al hacerlo, vio las luces que brillaban en la cochera. Colin estaba dentro. Se pregunta si su familia ha llegado y si tenían previsto asistir a la velada.

Emily decidió ir a ver cómo estaba. Cruzó el césped y bajó por el camino de entrada hacia la cochera, notando que no había ningún carro extra en el camino de entrada. Las luces del interior eran muy brillantes, y sin intención de espiar, Emily vio a Colin sentado en el taburete de la cocina con la cabeza en las manos. Se detuvo, reconociendo la mirada de abatimiento en su lenguaje corporal. Algo le dijo que su esposa ya no vendría.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando Colin levantó la vista y giró la cabeza para mirarla. Emily sintió que no tenía más remedio que molestarle y se dirigió hacia la puerta. La había abierto antes de que ella llegara.

—Buenas noches—dijo Emily, tratando de sonar como una anfitriona amigable en lugar de una especie de acosadora espeluznante, que era lo que ella sentía en realidad—. Quería venir rápidamente para informarte que la fiesta ha comenzado en la casa principal. Me preguntaba si te gustaría unirte a nosotros.

Colin se metió las manos en el bolsillo—. ¿Es tan obvio?—dijo sombríamente.

Emily sonrió educadamente, sin saber qué decir.

Colin le dio una sonrisa triste—. Ella no vino. Mi esposa. Bueno, ex-esposa, pero esperaba cambiar eso. Para eso era esto. —Señaló a la cochera que le rodeaba—. Intentaba recuperarla con un gesto extravagante. Pero ella me dejó plantado.

Emily vaciló. No estaba acostumbrada a este nivel de franqueza.

—No te preocupes por la reservación—agregó Colin—. Me quedaré a pesar de todo.

—Por favor, ven a comer con nosotros esta noche—dijo Emily finalmente—. Odiaría saber que estás aquí solo.

Colin parecía reticente—. Estaría molestando.

— ¡Tonterías!—exclamó Emily—. Todos, desde el tipo de la gasolinera hasta el alcalde, van a venir.

Finalmente, Colin aceptó—. Supongo que no hará ningún daño—dijo.

Emily llevó a Colin de vuelta a la casa principal y le presentó estratégicamente a varias de sus amigas solteras, que cayeron en una tormenta. Todo el mundo parecía interesado en el hombre de pelo plateado, especialmente porque tenía ese aspecto de George Clooney. Colin parecía un poco sorprendido al darse cuenta de que un hombre divorciado rechazado podría ser propiedad de Sunset Harbor.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando la campana volvió a sonar y Emily abrió a Trevor Mann. Estaba más pálido de lo normal, sus ojos algo vidriosos. Tal vez los cambios serían

imperceptibles para cualquiera que no estuviera atento, pero para Emily significaban el deterioro de su salud.

—Viniste—dijo ella, sonriendo.

—Traje patatas al horno—dijo, ofreciendo un gran plato de porcelana—. Es una receta que se transmite de generación en generación. O al menos de mi madre. Oh, y también estoy devolviendo esto. —Levantó a Andy el Pandy—. Asumo que era sólo un préstamo.

Emily se rió de la forma formal de hablar de Trevor. Sonrió y Emily se dio cuenta de que era la primera vez que veía sonreír de verdad a Trevor.

Ella lo invitó a entrar y lo guió por el pasillo hacia el salón de baile. Trevor era la única persona en Sunset Harbor que aún no había visto la transformación de la posada y miró a su alrededor, atónito. Pero seguía siendo Trevor Mann después de todo y no se le escapó ningún cumplido de los labios.

Mientras entraban juntos en el salón de baile, una onda de cháchara recorría la sala. La gente se giraba y miraba fijamente. Nadie podía creer que Trevor Mann de entre toda la gente estaba aquí.

—Trevor ha traído patatas al horno—dijo Emily, en un intento de romper el hielo.

Karen, quien tuvo el mayor contacto con Trevor gracias a estar en la junta de zonificación con él, se llevó un tenedor lleno de patatas—. Está delicioso—anunció. Era suficiente para que la gente se sintiera atraída por él. No del todo, pero lo suficiente para no ser hostil.

—Emily—dijo Trevor, apartándola—Quería hablarte de algo.

—Por supuesto—dijo Emily—. ¿Qué pasa?

—Son los impuestos atrasados—dijo Trevor.

Emily sintió como si un balde de agua fría la bañaba. Ella se había esforzado tanto por separar su enojo por la intromisión de Trevor en los impuestos atrasados de su vecino moribundo que necesitaba atención. ¿Por qué se sintió obligado a recordarle la enorme factura que tenía que haber pagado al final del día? ¿El proyecto de ley que *él* había asegurado era diez veces más grande de lo necesario?

—No tienes que preocuparte por ellos—dijo Trevor rápidamente, como si notara el pánico absoluto en su expresión.

— ¿Por qué no?—dijo Emily, inclinando la cabeza hacia un lado con curiosidad—. ¿Retrasaste la fecha límite con el banco o algo así?

Trevor agitó la cabeza—. No. Quiero decir que ya se han pagado. Completamente.

Tomó un tiempo para que el significado de las palabras de Trevor se asimilara.

— ¿Los has pagado?—dijo Emily, su voz apenas audible, saliendo más como un chorro de

aire.

—Así es—fue la respuesta de Trevor—. Como agradecimiento. Y disculpa.

Aturdida por el silencio, Emily se agarró a la mesa para estabilizarse. Sentía que estaba a punto de hiperventilar. Los impuestos atrasados habían sido como una sombra oscura sobre ella desde que llegó a Sunset Harbor. Ellos fueron la razón por la que ella estaba constantemente preocupada por la posibilidad de que el negocio se hundiera, de que fracasara o se declarara en bancarota. Y ahora había descubierto que Trevor se lo había llevado todo en un instante.

—¿Por qué?—finalmente se las arregló para jadear—. Son miles de dólares, Trevor.

Se acarició el bigote—. No puedes llevarte el dinero contigo cuando te vas—dijo—. Quería verlo hacer algo bueno, mientras aún podía.

Tan pronto como las palabras salieron de los labios de Trevor, Emily lo abrazó—. Gracias—susurró, lágrimas cayendo por su cara—. No tienes idea de lo que esto significa para mí.

Trevor estaba rígido al principio, pero pronto se relajó. Emily sintió como le daba una palmadita en la espalda—. Es lo menos que puedo hacer después de cómo te he tratado a ti y a tu familia.

Emily salió del abrazo y asintió—. Gracias—dijo de nuevo, secándose las lágrimas de sus mejillas.

En ese momento, Chantelle entró con su centro de mesa. Era una enorme calabaza de papel maché de color naranja brillante en bandeja de plata decorada con hojas de otoño. Ella había hecho figuritas; Emily vio a Alicia en el País de las Maravillas, a Owen en su piano, a Serena sosteniendo un palo de algodón dulce arco iris, a Bailey en su traje de calabaza y a Toby como vampiro. Luego había un pequeño bote de pesca. Dentro estaban sentadas tres figuras. Emily, Daniel y Chantelle. El personaje de Chantelle estaba sosteniendo un pez. El barco se llamaba *Mi Familia*.

Emily se sintió bien al ver la creación de Chantelle representando todos los hermosos recuerdos que había reunido ese año. Mientras Chantelle colocaba el modelo en el centro de la mesa, Emily atrapó a muchos de los residentes secándose una lágrima de sus ojos. Hace un año, el centro de mesa de Chantelle habría sido un piso sucio, un tío y una madre drogados, una acera, una mochila con casi nada dentro. Ver la transformación de Chantelle dispuesta frente a ellos de esa manera era abrumador.

Daniel apareció a su lado.

—Es increíble, ¿no?—dijo Emily.

Daniel asintió—. Claramente tiene algún tipo de gen creativo en alguna parte—dijo.

Emily se dio cuenta de que parecía distraído.

—¿Está todo bien?—sondeó, intentando leer su expresión—. ¿Ha pasado algo? No es Sheila,

¿verdad?

Daniel agitó la cabeza—. Emily, ¿quieres dar un paseo conmigo? Tomar un poco de aire fresco en la playa. Creo que deberíamos hablar.

—Claro—contestó Emily, frunciendo el ceño con confusión.

Le pidió a Yvonne que vigilara a Chantelle, luego dejó la fiesta de la mano de Daniel, yendo por el sendero que conducía a la playa, su mente dando vueltas a una milla por minuto mientras se preguntaba de qué demonios era lo que Daniel necesitaba hablar con ella.

El sol estaba empezando a ponerse cuando llegaron al océano. Emily apretó los brazos alrededor de la cintura, sintiendo el frío en el aire. La nieve definitivamente amenazaba con caer.

Daniel extendió la mano y envolvió su brazo alrededor del hombro de Emily. Ella se acurrucó en su calor. Ella podía sentir su corazón latiendo con fuerza en su pecho y se preguntaba qué le estaba causando estrés. Él tenía noticias, ella podía decir eso, algo que necesitaba decirle. Tal vez tenía algo que ver con la adopción, algún obstáculo legal que tendrían que superar. Sea lo que sea, ella deseaba que él se lo dijera y pusiera fin a sus constantes preguntas.

Caminaron hacia el puerto con el sol poniéndose ante ellos. Cuando llegaron al muelle vieron hielo brillando en el agua. El invierno se acercaba rápidamente y el agua helada se veía hermosa con la luz del sol refractada.

—Ahí está tu nieve—dijo Daniel.

Emily levantó la vista justo cuando un copo de nieve le golpeó la nariz. Era hermoso. Una ráfaga de nieve cayó hacia ella. Emily pensó de nuevo en la transformación por la que había pasado su vida desde la última vez que había nevado hasta ahora. La desaparición de su padre seguía siendo un misterio, pero se sentía más cerca de resolverlo. Lo que no era un misterio era el amor que sentía por Daniel, por Chantelle y por su vida en la posada. La vida que había creado aquí era mejor de lo que podría haber imaginado.

Así que se preparó para la bomba que Daniel estaba a punto de lanzar sobre ella, antes de volver a mirarlo. Pero cuando se volvió, se dio cuenta de que él estaba arrodillado. Ella jadeó.

—Emily—comenzó—Sé que he hecho todo esto mal hasta ahora. Pero quiero casarme contigo. Te amo y quiero que seas tú para siempre. —buscó en el bolsillo y sacó una pequeña caja. Mientras pronunciaba las siguientes palabras, su voz se rompió con emoción—. Por favor, hazme el honor de convertirme en mi esposa.

Abrió la caja y Emily se dio cuenta con sorpresa de que el anillo de adentro era el mismo que ella quería de la joyería, el único anillo con perlas.

— ¿Regresaste por él?—tartamudeó, se conmovió, se sintió abrumada por el gesto romántico.

Daniel asintió—. ¿Y? ¿Qué dices? ¿Te casarías conmigo, Emily Mitchell?

Mientras la nieve caía alrededor de ellos, Emily se arrodilló y agarró la cara de Daniel con sus

manos.

—Por supuesto que sí—dijo ella—. ¡Por supuesto!

Temblando por la nieve que caía a su alrededor, Daniel deslizó el anillo sobre el dedo de Emily. Emily se rió entre sus lágrimas de felicidad y enjugó las brillantes lágrimas que rodaban por las mejillas de Daniel.

Entonces sus labios se encontraron y se besaron, apasionadamente, tiernamente, emocionados por el nuevo futuro que les esperaba.

¡AHORA DISPONIBLE PARA PRE-PEDIDO!

[SI SÓLO FUERA PARA SIEMPRE](#)

(La posada en Sunset Harbor-Libro 4)

“La habilidad de Sophie Love para impartir magia a sus lectores está exquisitamente forjada en frases y descripciones poderosamente evocadoras....Este es el romance perfecto o lectura de playa, con una diferencia: su entusiasmo y hermosas descripciones ofrecen una atención inesperada a la complejidad no sólo del amor en evolución, sino también de las psiques en evolución. Es una deliciosa recomendación para lectores románticos que buscan un toque más complejo de sus lecturas románticas”.

--Reseña del libros Midwest (Diane Donovan re Por Ahora y Para Siempre)

SI SÓLO FUERA PARA SIEMPRE es el libro #4 de la serie romántica La Posada en Sunset Harbor, que comienza con el libro #1, Por Ahora y Para Siempre, ¡una descarga gratuita!

Emily Mitchell, de 35 años, ha huido de su trabajo, de su apartamento y de su ex-novio en la ciudad de Nueva York para ir a la histórica y abandonada casa de su padre en la costa de Maine, necesitando un cambio en su vida y decidida a convertirla en una posada. Ella nunca había esperado, sin embargo, que su relación con su cuidador, Daniel, le diera la vuelta a su vida.

Emily todavía está tambaleándose por la propuesta de Daniel. Como todo parecía estar en su lugar en su vida, ella esperaba un año de compromiso emocionante, desde el reservar un lugar y la compra de un vestido de novia, hasta la creación de su lista de invitados, hasta la fijación de una fecha.

Pero no todo va como estaba planeado. Los interminables eventos del año de compromiso añaden más estrés que alegría, poniendo presión sobre su relación a medida que se ven forzados a tomar decisiones difíciles. Adaptarse a la vida como padres no lo hace más fácil, ya que Chantelle se encuentra con problemas en la escuela y mientras se avecina una batalla por la custodia. A medida que se acercan la Navidad y el Año Nuevo, el estrés se agrava.

Mientras tanto, a medida que la posada añade nuevos huéspedes y personal y a medida que encuentran más antigüedades de valor incalculable, Emily descubre un secreto sorprendente que sólo puede llevarla un paso más cerca de encontrar a su padre.

¿Ella y Daniel se casarán? ¿O el estrés del compromiso los separará para siempre?

SI SÓLO FUERA PARA SIEMPRE es el libro #4 de una nueva y deslumbrante serie romántica que te hará reír, llorar, y te mantendrá dando vuelta las páginas hasta altas horas de la noche, y te hará enamorarte del romance una y otra vez.

El libro #5 estará disponible pronto.

“Una novela muy bien escrita, que describe la lucha de una mujer (Emily) para encontrar su verdadera identidad. La autora hizo un trabajo increíble con la creación de los personajes y su descripción del entorno. El romance está ahí, pero no es una sobredosis. Felicitaciones a la autora por este increíble comienzo de una serie que promete ser muy entretenida”.

--*Reseñas de libros y películas*, Roberto Mattos (re *Por Ahora y Para Siempre*)

[SI SÓLO FUERA PARA SIEMPRE](#)

(La posada en Sunset Harbor-Libro 4)

Sophie Love

Como apasionada de toda la vida del género romántico, Sophie Love se enorgullece de presentar su primera serie romántica: POR AHORA Y SIEMPRE (LA POSADA DE SUNSET HARBOR – LIBRO 1).

¡A Sophie le encantaría oír tu opinión, así que por favor visita www.sophieloveauthor.com para escribir un correo electrónico, para unirse a su lista de contactos, recibir ebooks gratis, enterarte de las últimas noticias y seguir en contacto!

NOVELAS DE SOPHIE LOVE

LA POSADA DE SUNSET HARBOR

POR AHORA Y SIEMPRE (Libro #1)

POR Y PARA SIEMPRE (Libro #2)

PARA SIEMPRE, CONTIGO (Libro #3)

Table of Contents

CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUARTO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISEIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDOS
CAPÍTULO VEINTITRES
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISEIS
CAPÍTULO VEINTISIETE